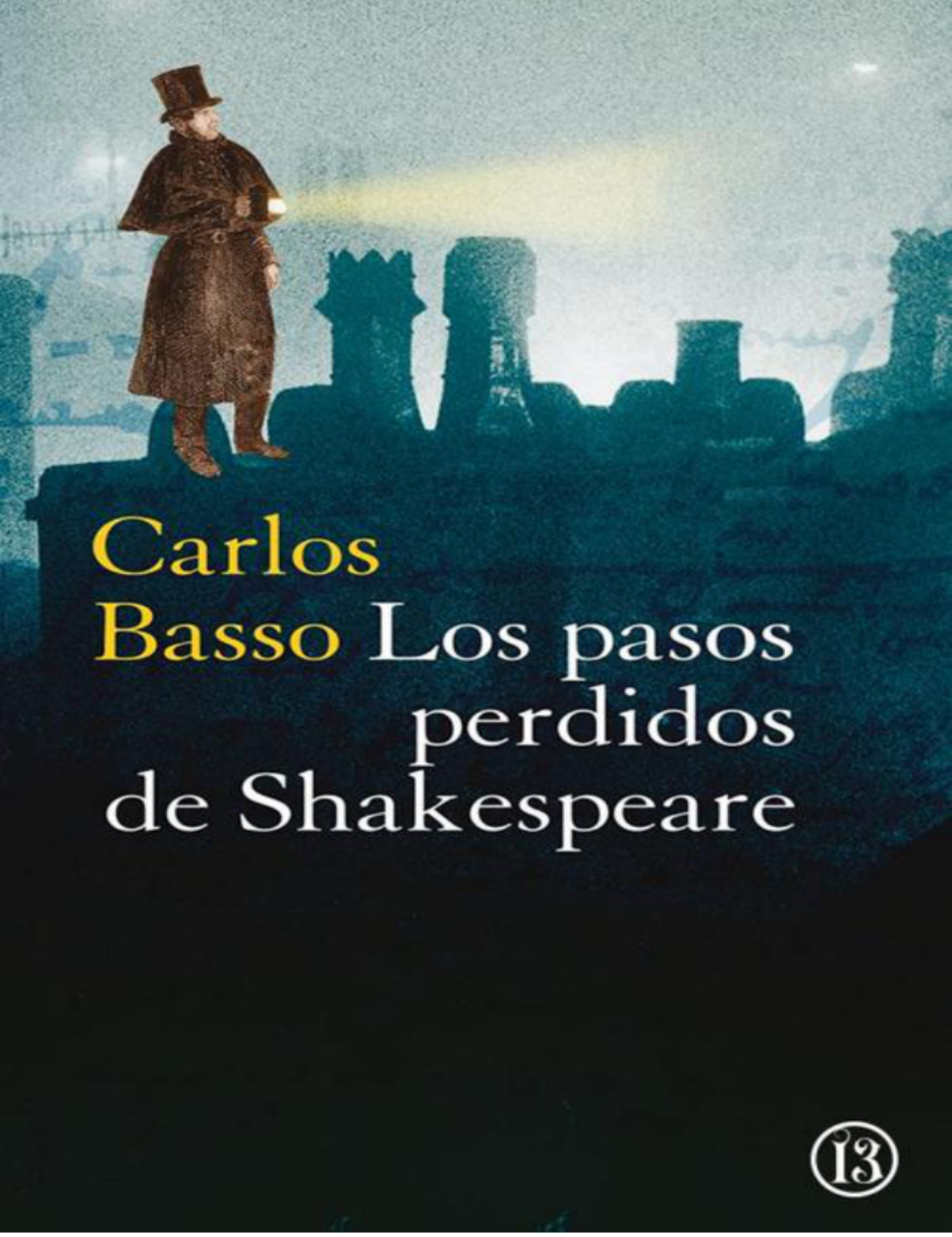

Carlos
Basso Los pasos
perdidos
de Shakespeare

Arthur Conan Doyle y Jules Verne son citados por sorpresa en un hotel de Londres por Joseph Bell, el médico que inspiró el personaje de Sherlock Holmes. Antes de que los dos escritores se repongan de su asombro, se desata una carrera contra el tiempo en la que se ven implicados en crímenes que tienen que ver con un manuscrito maldito, atribuido a otro sabio, Isaac Newton. El legajo contendría la clave sobre el verdadero autor de las obras firmadas por William Shakespeare, y sobre su verdadero sentido. Con el trasfondo de la Inglaterra victoriana y el clima prebélico entre las potencias europeas —que estimula el espionaje—, los protagonistas se enfrentan con humor y astucia a numerosos enigmas y peligrosas situaciones. Intentan descifrar, entre otras cosas, por qué el número 287 se repite constantemente en las obras de Shakespeare, a qué obedece el increíble parecido entre los retratos de éste y *Sir* Francis Bacon, o el papel de los rosacruces.

Carlos Basso

Los pasos perdidos de Shakespeare

Título original: *Los pasos perdidos de Shakespeare*
Carlos Basso Prieto, 2008

–

Revisión: 1.0
02/11/2021

Nosotros, diputados del colegio principal de los Hermanos de la Rosa Cruz, tomamos morada visible e invisible en esta ciudad por la gracia del Altísimo, hacia el que se vuelve el corazón de los Justos.
Enseñamos sin libro ni máscara a hablar toda clase de lenguas de los países donde queremos estar, para liberar a los hombres de errores mortales.

Manifiesto pegado en varias calles de París,
agosto de 1623

533172719181538171130253111303
13217211130211534191914181130
3314192728113439272315371919
141037211139172715321533172
81539113111113313153113313
9113027213439253410241

abaabbabbabbaaababbaabaabaabaabbaaababbaa
baaaaaabaabaabaabaabbabaaaaabaabaabbbaab
aaabbaaaabbabaababaaaaaaaabaaaaabaaaaaaaabb
aaabaabbabababbabbbaaaabbabbaab

Capítulo 1

Arthur Conan Doyle encuentra una carta — Recuerdos sobre Joseph Bell — Reunión en el Langham Hotel — El caso Dreyfus — Propuesta política — El hombre que inspiró a Sherlock Holmes — Visita a un paciente francés

«Grandísimo asno», rezaba en el sobre que Arthur Ignatius Conan Doyle Foley sostenía entre sus manos. La mayoría de las cartas que estaban llegando a su casa desde hacía varios meses eran insultos o súplicas zalameras y el autor de ésta, seguramente previendo que el creador de Sherlock Holmes deduciría su contenido y por ende no la abriría, había decidido insultarlo de entrada. Muy inteligente, pensó cuando miró el sobre a contraluz y vio que se encontraba vacío.

Doyle, enfundado en un batín de seda hindú y calzado con unas amplias babuchas de la misma procedencia, recogió el manojo de cartas y comenzó a arrojarlas una a una a la chimenea donde chisporroteaban unos trozos de roble hasta que se detuvo en la octava o novena. La letra con la que estaba escrito su nombre le pareció familiarmente conocida, mas no pudo deducir de inmediato quién era el autor. Le dio la vuelta, pero nada figuraba en el remite.

La misiva estaba fechada en Edimburgo el cinco de enero de 1895 —es decir, dos días antes— y era muy breve:

> Mi querido y aventajado alumno: Estaré en Londres el próximo diez del corriente para visitar a cierto cliente francés, un hombre al parecer muy importante que dice necesitar mi concurso para solucionar un problema médico. Odiaría no poder vernos y quisiera saber si nos podemos encontrar en el *lobby* del Langham Hotel a las 18 horas, para tomar un té y rememorar viejos tiempos. Le saluda atentamente, Sherlock Joe Bell.

Por lo menos el viejo Joseph Bell se lo toma con humor, pensó Doyle, quien hacía ya tiempo que estaba esperando que Bell, su antiguo profesor de anatomía en la escuela de medicina de la Universidad de Edimburgo, le reprochara el haberlo usado como molde intelectual para ese personaje que él mismo había asesinado unos meses antes, en abril para ser más exactos, cuando decidió escribir *Su último saludo en el escenario*, novela breve en la cual dejó que el detective privado más famoso del mundo, Sherlock Holmes,

muriera a manos del profesor Moriarty al despeñarse ambos desde lo alto de la catarata de Reichenbach, en Suiza. Doyle había estado a punto de viajar a Edimburgo para disculparse con Bell personalmente, pero en las ocasiones en las que tuvo dicho impulso lo reprimió y sólo atinó a enviarle algunas melosas cartas en las cuales ensalzaba sus facultades deductivas y admitía que lo había usado de modelo para su personaje. Las escasas veces que el profesor le respondió fue muy frío y evasivo con el tema. Doyle estaba convencido de que le molestaba, y mucho.

Era, pues, el momento adecuado para reencontrarse con el viejo Joe Bell. El detective imaginario estaba ya muerto y sepultado bajo millones de litros cúbicos de agua —así le describió Doyle a su madre la forma en que lo había eliminado, una vez terminó de escribir la muerte de Holmes—, y cualquier error que le quisiera imputar su ex profesor podría ser expiado a través del fallecimiento del personaje literario más famoso que había conocido Inglaterra, al cual su creador había llegado a aborrecer con toda el alma. Y es que cada vez que tomaba la pluma y comenzaba a trazar esas letras ordenadas que salían espontáneas de su mano, excesivamente pulcras y redondas, sentía que se alejaba más y más de su objetivo de convertirse en un escritor «serio».

Menuda contradicción: era sin duda el escritor mejor pagado de Inglaterra y Estados Unidos. El año anterior, hastiado ya del éxito de ese *alter ego* tan insoportable, había decidido pedir mil libras esterlinas al *Strand Magazine* para poner fin a su relación con ellos de forma digna, suponiendo que nadie estaría dispuesto a pagar esa fortuna por una colección de cuentos. Estaba equivocado. No sólo recibió sus mil libras esterlinas por una serie de cuentos cortos, sino que además le fue cancelada una cantidad equivalente en dólares por Joseph Marshall Stoddart, el editor del *Lippincott Magazine* de Philadelphia, para quien había escrito *El signo de los cuatro*, la segunda novela del sagaz Holmes, y quien también editaba a ()scar Wilde al otro lado del gran charco.

No obstante, tras terminar esos cuentos no pudo más. Una vez asesinado su monstruo de papel, creyó que podría liberarse de ese peso que lo lastraba por todas partes, pero tal como lo demostraban las cartas que le llegaban a raudales desde que había aparecido el capítulo de la muerte de Holmes, el público no lo recibió nada bien, y ésa fue la cruel venganza de ultratumba del ahogado detective. En un país asolado por los crímenes de Jack el Destripador, ocurridos sólo siete años antes, tener un héroe —aunque fuera de fantasía— era algo que se agradecía sobremanera. Un enfurecido lector, que ahora se declaraba ex lector, le decía que no tenía derecho a despojar a la masa de su posibilidad de abstraerse de la feroz realidad.

Al principio, Doyle se reía de todo aquello y hacía como que no le importaba lo que sucediera con la turbamulta y sus lastimeros sentimientos de dolor hacia la ficticia muerte de un personaje igual de ficticio. Pero con Bell,

ese profesor que diagnosticaba a los pacientes con sólo mirarles, era otra cosa. Sentía cierto pudor hacia él, una pequeña vergüenza. No sabía exactamente por qué, pero cada vez que trataba de escudriñar dentro de sí y entender esa situación recordaba claramente una de las célebres clases de cirugía de Bell, aquella en que, mientras éste hablaba de lo necesaria que era la experiencia para poder diagnosticar y operar, sometió a sus alumnos a un especial ejercicio, mostrándoles un frasco que contenía un líquido oscuro y viscoso.

—Señores —les dijo—, para saber de qué hablamos, por ejemplo, en casos de envenenamiento, debemos conocer qué lo provocó y no me refiero sólo a memorizar el nombre del fármaco, sino a conocerlo como ustedes podrían llegar a conocer a una amante. Lo que tengo aquí es un veneno de baja potencia, sobre el cual leer al respecto no sirve de nada si no tenemos la experiencia directa de sus efectos. Por ello, quisiera que cada uno de ustedes lo oliera y luego lo probara —declamó.

Ante la cara de estupefacción de su auditorio, que obviamente era lo que estaba esperando, hizo un nuevo anuncio.

—Jamás los induciría a realizar algo que yo mismo no estuviera dispuesto a acometer, así es que, para dar ejemplo, seré el primero en probarlo.

Acto seguido hundió la nariz sobre el frasco haciendo un gesto de asco. A continuación metió un dedo en el líquido, lo sacó y se lo llevó a la boca, llegando a tiritar cuando lo probó.

Uno a uno los estudiantes repitieron el experimento. Varios apenas pudieron reprimir las ganas de vomitar. Esperó a que todos lo hubieran hecho y pidió las impresiones de los estudiantes. Todas versaron sobre las cualidades alcalinas del veneno, su viscosidad, e incluso uno de los alumnos se atrevió a aventurar que era de procedencia amazónica y emparentado con toda seguridad con el curare.

—Estoy muy decepcionado. Hemos hablado hasta el cansancio de usar la deducción, de aplicar la experiencia a nuestros diagnósticos…, y ninguno de ustedes ha sido capaz de darse cuenta de que mientras el dedo que introduje en el frasco fue el índice, el que me llevé a la boca fue el corazón. En todo caso, lo que les di a probar es sólo una infusión de hierbas naturales, muy ácidas por cierto, pero nada más.

En *Estudio en escarlata*, Doyle había aprovechado esa escena y, modificándola un poco, dio a luz un diálogo entre Watson y Stamford —el amigo en común que presentaba al médico y a Holmes— en el cual el segundo decía respecto de Sherlock Holmes que «me lo figuro ofreciendo a un amigo un pellizco del último alcaloide vegetal, no con malicia, entiéndame, sino por la pura curiosidad de investigar sus efectos. Y si he de hacerle justicia, añadiré que en mi opinión lo engulliría él mismo con igual tranquilidad».

Esa frialdad de Bell y su evidente superioridad intelectual eran lo que Doyle pensaba que lo incomodaría en un encuentro cara a cara, aunque se

consoló pensando que después de todo no podía ser tan difícil. Mal que mal, había creado sobre la base de Bell a uno de los prototipos literarios más inteligentes del mundo. Conociendo el ego de su maestro, sabía que sin duda ello debía de causarle alguna satisfacción. Aun así, sentía que por algún motivo tendría que haberle pedido permiso antes de tomar prestada su personalidad para usarla como personaje de una novelita ilustrada. Pero, qué diablos, ya estaba hecho.

El día fijado, a las seis de la tarde menos dos minutos, Doyle atravesó el umbral del imponente edificio del hotel Langham. Un botones lo saludó amablemente (como recibía a toda la gente, en realidad). Traspasó la recepción y avanzó hacia el *lobby*. Ahí se le acercó otro botones, un poco mayor que el primero y con cara suplicante.

—Señor… ¿Por qué lo ha hecho? —le preguntó intempestivamente sin contextualizar a qué se refería, aunque Doyle lo entendió de inmediato.

—No tendría tiempo suficiente para explicárselo. ¿Podría indicarme si el señor Joseph Bell está por aquí? —contestó con enfado, lo que hizo al interpelado recobrar su compostura y, de algún modo, darse cuenta de su desatino.

—Sí, claro. Le ruego que por favor disculpe mi impertinencia. Es que usted no sabe los buenos momentos que he pasado leyendo el *Strand* y deleitándome con las aventuras de Holmes…

—Y usted no sabe los dolores de cabeza que a mí me ha causado. ¿Podría decirme dónde está el señor Bell? —insistió de forma imperativa.

—Oh… sí, perdone usted… está allí fumando, detrás de aquella columna, sentado en el sofá —le indicó apuntándolo con el dedo.

Doyle se apresuró en llegar hasta allá. En un extremo del sillón que le habían mostrado había un sujeto de nariz aguileña y mediana edad que leía el *Times* con cara de intrigado. Al frente de éste, un tipo joven y rubio con una leve cicatriz en la mejilla derecha caminaba de lado a lado, como tratando de ver quién sabe qué. Al lado del de nariz aguileña había alguien que miraba su reloj, sujetando una pipa humeante. Era Bell, que se puso de pie justo en el instante en que Doyle apareció.

—Puntual como siempre, mi querido Arthur —lo saludó con suma frialdad.

—Lo aprendí de usted, doctor.

Ambos hombres se inspeccionaron mutuamente por una milésima de segundo antes de darse la mano con esa circunspección que sólo los británicos pueden lograr. Hacía mucho que no se veían, y el profesor Bell —cincuenta y seis años contra los treinta y siete de Doyle— estaba casi igual, salvo por el fuerte embate de la calvicie en sus sienes. Desde que Doyle le conocía, su delgado pelo había sido blanco y ensortijado, como demasiado ligero para estar sobre su cráneo. Sus ojos entrecerrados también seguían siendo los

mismos, al igual que su nariz aguileña que logró salir indemne de la fractura que sufrió tras recibir un codazo propinado por un alumno durante un campeonato de remo. Bell, como siempre, estaba muy delgado. Llevaba una levita negra abotonada casi hasta el cuello y corbata negra de lazo estrecho, muy ajustada. Era, en definitiva, el mismo hombre que conocía desde hacía muchos años y, sin duda, el mismo hombre que Sidney Paget dibujaba como Sherlock Holmes en cada edición del *Strand*.

Doyle, en cambio, estaba muy distinto, y no sólo porque su cara de formas redondeadas parecía estar ensanchándose, tal como les ocurre a cierto tipo de hombres a determinada edad, sino porque ahora llevaba largas patillas y un bigote un tanto excesivo, de alargadas y curvadas puntas, que de algún modo demostraba el ascendiente que su orgulloso poseedor creía tener sobre la sociedad. Y qué decir de sus suntuosas vestimentas, muy distintas de las que usaba el triste y pobretón jovencito católico que pudo terminar la secundaria gracias a la caridad de algunos parientes adinerados y de los jesuitas de los colegios de Hodder y Stonyhurst.

—Como mínimo le habrán pagado unas dos mil libras esterlinas por sus recientes trabajos… ¿o me equivoco, querido Arthur? —le dijo Bell tras inspeccionar su vestuario.

—No, no se equivoca —respondió Doyle con resignación.

—Debería demostrar algo de desconcierto, alguna frase propia de Watson, como «¡Pero diantres, cómo pudo saber eso…!» para poder yo explicarle cómo lo supe.

—Es muy simple. Alguien le informó sobre el artículo que había aparecido al respecto en el *Strand*, pues para serle franco no me lo imagino leyendo ese pasquín.

—¡Sigue siendo el mismo de siempre, mi apreciado Arthur! De todos modos, debo decirle que durante estos últimos años me ha sorprendido mucho más de lo que esperaba. Pese a que «Sherlock» es un apodo que no me agrada…

—No tiene idea de lo abochornado que me siento. Ya se lo dije por escrito, pero debía decírselo frente a frente. Yo…

—Ya no me molesta. Lo que no le habría podido perdonar es que hubiera bautizado a su personaje como leí en alguna parte que quiso hacerlo originalmente… Sherrinford, ¿no? Eso sí que habría sido horrible. Sherlock es más escocés y, por ende, no me desagrada tanto.

—Nunca creí que esta invención mía fuera a crecer tanto. Le pido mil disculpas.

—No se preocupe, mi querido discípulo. Lo único que me acongoja es que haya decidido dejar la oftalmología por esta profesión tan… tan… liberal, lo que me intriga bastante, pues creo recordar que en alguna de sus cartas me contó incluso que se fue a especializar a Viena.

—Para serle franco, el viaje a Viena fue un verdadero desastre. Ese maldito idioma alemán no fue nunca de mi agrado, pese a que lo entiendo sin problemas y lo hablo con cierta corrección. Sin embargo, un hombre tiene que admitir sus derrotas y, si bien logré algunos conocimientos útiles, no fue todo lo que yo esperaba. El resto de la historia se lo conté en las cartas: me subí como cirujano a dos buques, volví al país y comencé a escribir y trabajar, hasta que finalmente me establecí en Londres, en un consultorio en Upper Wimpole Street. Pero ni las moscas se asomaban por allí. Usted recordará que no soy hombre de fortuna y la necesidad de contar con dinero, sumada al hecho de que siempre me ha gustado escribir, me llevó a decidirme definitivamente por la literatura. Hasta que se produjo todo este revuelo. Como le conté en alguna carta, estoy casado y tengo dos niños, pero algunas sombras se han cernido sobre ese aspecto de mi vida, dado que mi esposa, Louise, fue diagnosticada de tuberculosis, lo que usted comprenderá ha sido un golpe muy duro y difícil de sobrellevar. De hecho, en este momento Louise y los niños se hallan en Sussex, en casa de unos amigos, descansando un poco.

—Lo siento mucho, Arthur.

—¿Y usted? —preguntó el escritor un poco compungido y tratando de cambiar el tema rápidamente.

—Bien, igual que siempre. Dedicado a mis clases y a atender a ciertos pacientes que me identifican con su personaje y que por tanto creen que poseo poco menos que facultades sobrenaturales. Debo reconocer que su invención, aparte de servir de base para que agreguen un sobrenombre más a los que ya tenía en la facultad, ha estimulado a una interesante cantidad de clientela que viaja a Edimburgo sólo para que los atienda.

—Ya veo… En ese caso, me alegra entonces haberme inspirado en usted, si algún beneficio le ha acarreado.

En ese momento fueron interrumpidos por un hombre de mediana edad que se acercó, exultante, a Doyle. El recién llegado, que llevaba un ejemplar del *Times* bajo el brazo, tenía aspecto de encontrarse bastante achispado, pues llevaba ya un buen rato bebiendo en el bar del hotel, pese a ser aún temprano.

—¡Mi escritor novel! ¿Ha pensado ya en la propuesta? —preguntó sin mayores preámbulos y con la lengua un tanto trabada.

—Aún no me he decidido, pero lo tengo pendiente, aunque tal como le dije hace algunas semanas tengo propuestas de todos los partidos, no sólo del suyo. Oh, pero le presento a mi profesor en la Facultad de Medicina, el doctor Joseph Bell. El es *sir* John Aside, del conservador Partido Unionista.

—Un gusto —le respondió Bell dándole la mano.

—¿Un gusto? ¡El gusto es mío! ¡Usted es el famoso Joseph Bell, el verdadero Sherlock Holmes! ¡Pero si es igual que los dibujos del *Strand*! Aunque me lo imaginaba más alto…

—He tratado de crecer un poco para estar a la altura del personaje, pero no

he encontrado aún la fórmula —respondió con una fingida incomodidad, pese a que Doyle notó que no le desagradaba para nada la comparación.

—Muy ingenioso, muy ingenioso. No esperaba menos de usted. Volviendo a la propuesta, Arthur, me interesa sobremanera que se decida a firmar por el partido. Tenemos grandes planes para usted y el país lo necesita más que nunca. Mire esto —le dijo mostrándole uno de los textos del diario en el cual se relataba que cinco días antes, en París, había sido condenado a cumplir cadena perpetua en la infame prisión conocida como la Isla del Diablo, en la Guayana, el capitán del ejército francés Alfred Dreyfus, quien había sido detenido en octubre del año anterior acusado de espiar a favor de los alemanes.

—Sin ánimo de parecer ingenuo…, ¿qué tengo yo qué ver con eso? —preguntó Doyle.

—¿Que qué tiene que ver usted? ¡Lo mismo que yo, lo mismo que el doctor Bell y que cualquiera que sea un británico bien nacido! Corren tiempos álgidos, Doyle. ¿O usted piensa, por ventura, que los alemanes sólo andan haciendo espionaje en contra de los franceses? ¿Cree acaso que nosotros no somos un objetivo para ellos? Y si lo somos, ¿no resulta evidente que la animadversión latente que nos tienen con toda probabilidad desembocará en un conflicto? —explicó con una evidente dificultad para destrabar su lengua.

—No sé mucho de política, señor Aside, pero me parece que nosotros no les preocupamos mucho a los alemanes. Más bien me da la impresión de que éstos tienen un particular encono contra los franceses tras la pérdida de los territorios de Alsacia y Lorena… —objetó Bell.

—¡Que es precisamente donde nació ese judío de Dreyfus, a todas luces un espía del káiser! —interrumpió el político.

—No sé si su condición religiosa o el lugar donde nació tienen algo que ver en que sea o no un espía, señor Aside. Me parece más bien que lo importante es que las autoridades militares reaccionaron a tiempo, descubrieron la traición y ahora el hombre tendrá que pagarla —acotó Doyle.

—Estamos completamente de acuerdo, pero igual como espiaban los más ínfimos secretos militares de los franceses, ¿cuántos espías cree usted que tendrán desplegados en Londres para hacer lo mismo con los nuestros? Es precisamente por ello que necesitamos a gente como usted en el Parlamento, Arthur: gente bien nacida, británicos de tomo y lomo, agudos e ingeniosos, que nos ayuden a sobrevivir a las terribles secuelas del expansionismo alemán. Ya se lo digo yo: algún día esos canallas llevarán a toda la civilización occidental al borde de la debacle. Para nadie son un misterio los adelantos que Otto Lilienthal ha alcanzado en Alemania con máquinas aéreas sin propulsión, aunque los alemanes todavía no han conseguido la forma de dar propulsión propia a una aeromáquina rígida. Un general alemán retirado, Ferdinand von Zeppelin, se encuentra realizando una serie de experimentos

para inventar un globo propulsado por un motor y, mientras lo logran, ¡nos llenan de espías!

—Mmm… me parece que exagera un poco. Las naciones siempre se han espiado unas a otras, incluso entre países amigos y, como le dije la otra vez, el entrar en política es algo que no descarto pero, para serle franco, acabo de sacarme de encima a ese lastre de Holmes y estoy tratando de dedicarme a lo que realmente quiero hacer, que es la novela histórica. Usted sabrá que tuve excelentes críticas con *Micah Claree* y con *The White Company*. En este momento estoy trabajando en un proyecto que va a revolucionar el mundo de las letras y por ello estoy convencido de que mi camino va para allá, más que hacia la política, al menos por ahora. Aunque le insisto que es algo que no descarto para más adelante.

—Qué lástima, con su influencia en el público y la credibilidad que tiene… pero ya se dará la oportunidad. Y a usted, insigne profesor, ¿qué lo trae a Londres? Si no me equivoco, usted es de Edimburgo.

—En realidad sólo estoy aquí para ver a un paciente francés que tiene una grave herida en una pierna y se aloja en el hotel. No ha conseguido curarse del todo y está dispuesto a pagarme una generosa suma por mi diagnóstico.

—¿Y por qué no se trata en Francia?

—En la carta que me envió solicitando mis servicios hizo mención de que había visto a muchos médicos galos y que nadie había podido mejorarlo. Por lo demás, deja entrever una evidente admiración por nuestro imperio.

—Debe de ser un hombre muy rico para alojarse aquí y viajar desde Francia sólo para tratarse. Además, supongo que sus servicios no son muy baratos.

—Sin duda tiene un buen nivel económico, a juzgar por el tipo de tinta y papel que utiliza. Además, escribe mucho, como lo revela el hecho de que las hojas aparecen manchadas en todas las líneas a partir más o menos de la mitad de las mismas. Eso implica que escribe a tal velocidad que la tinta no alcanza a secarse.

—Bien, eso sólo prueba que la descripción de Holmes, o sea de usted, efectuada por el doctor Doyle en *Estudio en escarlata*, era muy exacta en cuanto a sus facultades deductivas y sus conocimientos. Allí era cuando Watson confeccionaba una lista de los conocimientos y habilidades del detective y, si mal no recuerdo, decía que no sabía nada sobre literatura. ¿A usted le interesan las novelas, señor Bell? —intervino Aside.

—No me interesa ninguna hoja de papel que no contenga algo de Medicina. Lo único extra que ha ocupado mi tiempo de lectura en estos años han sido algunas de las historias que tan genialmente ha escrito mi ex alumno y que por un motivo u otro han llegado a mi despacho en la universidad, por lo general a través de algunos entusiastas alumnos que tratan de comparar al personaje de Holmes con mi modesta persona, lo que está completamente

alejado de la realidad.

—¿Sabe algo de filosofía? —le preguntó el político, emulando el listado de los conocimientos de Holmes confeccionado por Watson.

—Nada.

—¡Asombroso! ¿Y de astronomía? —inquirió.

—Tampoco, para mi vergüenza.

—¿Esgrima?

—Bastante.

—¿Literatura?

—Lo que le acabo de decir.

—¿Y de política?

—Un poco, muy poco, aunque conozco ciertas reglas generales, como que la mayoría de quienes la ejercen podrían desaparecer de la faz de la Tierra y todo seguiría igual o mejor, aunque evidentemente no me refiero a usted ni a ningún político de nuestro ilustre país —le respondió con algo de saña, pero tratando de parecer simpático.

—Bien, parece que el doctor Bell sabe un poco más de política que Holmes, de quien Watson decía que tenía conocimientos «escasos» —remató Doyle.

—Se me hace tarde. Ha sido un placer, caballeros —indicó un ruborizado Aside haciéndose a un lado (y haciendo honor a su apellido). Bell y Doyle volvieron a quedar solos.

—¿Quién es el paciente ese que le hizo venir a Londres, doctor?

—Oh… esto sencillamente le va a encantar. Efectivamente, de literatura sé muy poco, pero esto es increíble. Mire, cuando me llegó la carta solicitando mis servicios, este señor me prometió una paga generosa, aunque me intrigó mucho más su petición de discreción absoluta respecto del tema y otras menciones bastante particulares que traía su misiva. Me citó aquí a las cinco de la tarde y ya he hablado con él. Cuando entré en la habitación en que se encuentra me di cuenta inmediatamente de quién se trataba: de don Jules Verne.

—¿Jules Verne? ¿Se refiere al escritor Julio Verne? —preguntó Doyle intrigado y al parecer molesto.

—En efecto. Por lo que deduzco, me resulta evidente que usted aún no ha tenido la fortuna de conocerle.

—Yo más bien diría que es una fortuna el no haberlo conocido. He tenido el privilegio de coincidir a lo largo de estos años con los más insignes personajes de las letras, como Oscar Wilde, con quien he ido varias veces a escuchar a la eminente violinista Wilhelmina Norman-Neruda, así como a otros escritores, pero mi opinión sobre este señor Verne no es de las mejores. Durante mi juventud leí buena parte de su obra… *Cinco semanas en globo, Viaje al centro de la Tierra, De la Tierra a la Luna, Veinte mil leguas de viaje*

submarino, Miguel Strogoff… Eso, hasta que se reveló en varios de sus libros como un violento antimonárquico, como un anarquista de la peor estofa. Este señor ha utilizado sus libros como una trinchera política para orquestar los peores ataques que ha recibido la monarquía en los últimos años. Me dolió mucho la descripción que hizo de los bóer en *La Estrella del Sur*, donde los presenta como unas víctimas del Imperio. En otro de sus libros, *La isla misteriosa*, si no me equivoco, relata la rebelión de los cipayos en la India ¡cómo un hecho digno de admiración! Se lo digo yo: ese hombre es un *sans-culotte*, un bárbaro galo que desearía poder plantar una bandera en medio de Trafalgar Square para luego cantar *La Marsellesa* sobre un par de ingleses decapitados.

—No creo que sea para tanto, hombre. A mí me pareció de lo más encantador y dudo que viniera a Inglaterra en busca de ayuda si no fuera porque cree que aquí la podrá encontrar —indicó Bell observando cómo el rubio de la cicatriz pedía a un mozo que le llevara una cerveza negra de raíz.

—No me convence —declaró Doyle con aire marcial, como dando por terminada la conversación.

Bell tomó un poco de aire antes de hablar de nuevo. Pensó en aguijonearlo un poco en su amor propio, como hacía cuando Doyle era estudiante, diciéndole algo así como «lo que pasa es que usted no es tan famoso como él», pero no quiso arriesgarse. Si bien percibía que su ex alumno aún le mantenía el mismo respeto reverencial de siempre, habían pasado muchos años y el hombre que ahora tenía enfrente ya no era el tímido estudiante pobretón de antaño, sino un soberbio escritor de inmenso éxito. Así las cosas, no quiso arriesgarse.

—La verdad es que yo quisiera pedirle un gran favor: que deje sus prejuicios a un lado y que me acompañe a ver a ese hombre. Necesito a alguien como usted conmigo.

—Doctor, yo…

—Vamos, haga honor a la caballerosidad británica y acompáñeme. Muéstrele lo bien que tratamos a todo el mundo.

—Preferiría que fuera usted solo. Me hallo un poco vulnerable estos días, con todos los insultos que he recibido después de haber sepultado a Holmes, y no quisiera entrar en una conversación desagradable con este personaje. Además, hace varios años que no ejerzo.

Bell trató de pensar en otro modo de disuadirlo, pero no había mucho más que hacer.

—Se lo pediré de otra forma: tiene que acompañarme, y lo hará dentro de dos minutos exactos, cuando subamos esa escalera. El señor Verne nos espera a las seis y diez, en la habitación 515.

—¿Nos espera?

—Tal como lo oye. Después de todo, usted fue el mejor ayudante que

tuve.

Doyle reaccionó de inmediato al halago, aunque posteriormente, recapitulando los extraños y asombrosos acontecimientos que sucedieron en las horas y días siguientes, se dio cuenta de que lo acompañó porque sabía que le debía algo a Bell, y así al menos podría resarcirle de la usurpación de su personalidad.

Mientras avanzaban rumbo al cuarto, Bell pensaba en su vieja teoría de que los hombres exitosos sólo eran de dos estirpes: los que buscaban la gloria y los que adoraban el dinero. Doyle, siempre lo supo, era de los primeros, y ello era fácil de colegir dada la debilidad que tenía por los elogios, aun por los más simples.

Él también era de los primeros.

Capítulo 2

Julio Verne — Un problema policial — Scotland Yard es cuestionado — Verne, socialista — El servicio especial francés — La clave polialfabética — Gugielmo — Jeova Sanctus Unus — La Academia Francesa de la Lengua — ¿Revivir a Holmes? — Fiesta en Scotland Yard

El hombre que estaba sentado en el sofá de la amplia habitación 515 del hotel Langham parecía de edad muy avanzada, a pesar de tener sólo sesenta y cuatro años. Aunque su pelo y la barba —más corta de lo que habitualmente la usaba— no lucían extremadamente canosos, la expresión de cansancio de su rostro denotaba el desasosiego de su espíritu. Era de escasa estatura, pelo ralo y ojos muy azules.

—¡Ah, profesor Bell…! Confiaba en que me haría el favor de acudir con el señor Doyle. Le ruego me excuse por mi mala pronunciación del inglés, pero es lo mejor que he podido lograr, y la verdad es que lo he conseguido a costa de leer a sus magníficos poetas —indicó Verne agitando un bastón con la mano, como un perro que mueve su cola al llegar a casa su amo.

—Señor Verne, para mí es un placer poder verle nuevamente. Le presento a Arthur Conan Doyle.

—¡Fantástico! Tenía cierto temor de que no pudieran llegar ambos, pero siempre he confiado en que todo saldría bien. Siéntese, por favor, Arthur.

—¿Llegar ambos? —preguntó Doyle dirigiéndose a Bell.

—En realidad, Arthur, el señor Verne me escribió pidiéndome que lo localizara… Él quiere hablar con los dos —le respondió inmutable el galeno mientras tomaba asiento y se alisaba el pelo.

—¿Así que un diagnóstico médico? Debo advertirle, señor Verne, que yo no he practicado la medicina desde hace varios años. A simple vista, no obstante, es factible apreciar que usted sufre de desórdenes gástricos, por sólo ver…

—Mi joven Arthur, no necesito un diagnóstico médico. Hace ya años que llevo encajada dentro de mi pierna izquierda una bala que me fue disparada por el más querido de mis sobrinos, Gastón, en un rapto de locura y, para serle franco, la insania que lo atacó me duele más que todo el daño que me ha provocado este pedazo de plomo por culpa del cual ya ni siquiera puedo viajar

con la frecuencia con que solía hacerlo antaño. Sé perfectamente que lo de mi pierna no tiene cura y si bien no puedo desperdiciar la oportunidad de que dos celebridades como el doctor Bell y usted revisen ese y otros problemas que me aquejan, que incluso me costaron una leve parálisis facial años atrás, lo que vengo a plantearles es algo muy diferente, y por ello recurrí al doctor Bell en primera instancia. Es un problema…, ¿cómo decirlo?, que involucra muchos aspectos, aunque en este momento básicamente es de orden policial, por así explicarlo.

—Acuda a la policía entonces —respondió Doyle de una forma bastante brusca, convencido de que había gato encerrado en todo aquello y mirándolo muy secamente, aún de pie en el umbral de la puerta. Dentro de las decenas de cartas y telegramas que le llegaban a diario venían las más increíbles peticiones de lunáticos solicitándole que resolviera casos que iban desde homicidios múltiples hasta el robo de una gallina. Creían que siendo él quien daba vida a Holmes podría resolver cualquier cosa, los muy ilusos.

—Me da la impresión, por lo que he leído en sus obras, que Scotland Yard no es muy eficiente… —ironizó el veterano escritor, quizá buscando ver qué reacción generaba en Doyle, más que convencido de lo que estaba diciendo. Definitivamente no fue una buena idea.

—Para fines literarios, obviamente, no lo podía sobreponer a mi personaje, pero en realidad Scotland Yard es un cuerpo muy eficiente y calificado, el mejor de Europa, y con toda probabilidad mejor que la policía americana.

—¿Mejor que los detectives de la agencia Pinkerton, de Chicago?

—No lo sé, señor Verne, pero insisto en que Scotland Yard resolverá su caso si tiene algo que ver con la corona británica, como es obvio por su presencia en la capital de nuestro imperio —replicó exasperado.

—Sin querer polemizar con usted, honestamente no tengo muchas razones para creer en ello. Vea los casos de esas prostitutas asesinadas en 1888 en el barrio de Whitechapel… ¿Cuántas fueron? ¿Cinco, seis?

—Siete, en realidad… —apuntó Bell.

—Siete mujeres asesinadas por una misma mano. Creo que el autor incluso se dio el lujo de mandar cartas a la policía británica jactándose de sus crímenes. Y nada ha sucedido. ¿Usted confiaría un asunto tan delicado como el que yo les voy a plantear a un cuerpo tan ineficiente?

—Me parece notar cierta crítica que va más allá de una mera subjetividad, como la que planteaba en las historias de Holmes. Por lo demás, no sé de qué problema me está hablando —indicó Doyle.

—No le entiendo, mi querido Arthur.

—En primer lugar, le pediría que no me tratara de «mi querido Arthur», pues apenas nos conocemos. En cuanto a lo que le digo, no tiene sentido que siga escondiendo sus sentimientos antibritánicos, señor. Basta con leer algunas de sus obras para darse cuenta de eso —remarcó con severidad y empleando

un tono que a cualquiera que no lo conociera le habría hecho suponer que estaba a punto de perder los estribos.

—¿Me está acusando de ser antibritánico? Usted está un poco alterado, mi querido Arthur…

—Le reitero mi solicitud: no me trate de esa forma…

—Bien, señor Doyle. No volveré a referirme a usted de esa forma, pero quisiera protestar contra sus alegaciones sobre el fondo del asunto, pues lo que usted plantea es una completa equivocación. Soy quizá el francés más anglofilo de la Historia.

¿Por qué cree que la mayoría de mis héroes son británicos o yanquis? ¿Se olvida de Impey Barbicane, el presidente del Gun Club de Baltimore, uno de los impulsores de la idea de llevar un hombre a la Luna en mi libro *De la Tierra a la Luna*? ¿Se olvida de Philéas Fogg, del Reform Club de Londres?

—Oh, claro, Philéas Fogg… la exacerbación ridiculizada del *gentleman* británico, un hombre cascarrabias y lleno de manías, digno de un sanatorio mental. Debe de sentirse muy orgulloso de él, señor Verne, pues gracias a ese caballerete salido de su mente ahora todo el mundo piensa que somos seres obsesionados con la temperatura del agua y las apuestas. Muchas gracias. En cuanto a ir a la Luna… me pareció una idea interesante pero discutible, lo mismo que lo de situar el lanzamiento en territorio estadounidense. Algún tiempo atrás estuve en una velada durante la cual un eminente matemático de Oxford, si bien admitía que existe una remotísima posibilidad de llegar a algo así, señalaba que los cálculos que usted hacía en el libro estaban errados y que el mejor sitio para lanzar un proyectil a la Luna sería Greenwich —acotó Doyle.

—Usted sabe bien que de cualquier historia se pueden hacer múltiples lecturas. Para mí Fogg es el paradigma del sentido del honor, de la puntualidad, de la palabra dada, del triunfo de la razón por encima de todo, el hombre sereno y racional que yo quisiera ser si no fuera porque nací en tierra distinta. Respecto del viaje a la Luna pueden decir muchas cosas, pero los estudios técnicos que pude revisar indican que no sólo es factible, sino que Américaes el lugar más adecuado para un lanzamiento como el que propuse. Las críticas… ¡usted sabe muy bien lo débiles que son! Desconozco si está enterado de que escribí hace ya bastante tiempo una monografía sobre Edgar Allan Poe, que me imagino convendrá conmigo es el padre del género detectivesco que tan brillantemente ha desarrollado usted, y aun reconociendo su genialidad, podría efectuar diversas críticas a su trabajo, pues creo conocer muchísimo sobre ese género, pero no está en mi ánimo. En todo caso, debo decirle que aunque los cálculos sobre el lugar de lanzamiento pudieran ser errados, está claro que hubo un afán literario al situarlo en Estados Unidos. Nadie, menos usted, puede negar que el misterioso territorio comprendido entre el Atlántico y el Pacífico es un magnífico escenario para cualquier

novela. De hecho, me permito recordarle que usted también utilizó Estados Unidos como escenario para su primera novela, *Estudio en escarlata*. Una novela excepcional, debo decirlo, que me hizo dejar de lado a Dupin como el mayor exponente del género.

—Concuerdo con usted en la atracción literaria que ejerce la Unión. Es más, hace poco que he llegado de un largo viaje por esos territorios. No obstante, y agradeciéndole su comentario sobre esa novela, en lo que no puedo estar de acuerdo con usted es respecto a los comentarios antibritánicos que ha vertido en algunos de sus libros.

—¡Jamás he hecho un comentario antibritánico! Algunos personajes sí los han hecho, porque es obvio que no todo puede ser alabanzas, pero *mon Dieu!*, si usted también es novelista y acaba de admitir que sus críticas a Scotland Yard no eran tales, sino simples argumentos literarios. Alguien debe plantear un problema, pues un libro se construye de conflictos, si no ¡para qué demonios escribir! Eso lo sabe muy bien: planteamiento del problema, desarrollo, clímax y desenlace. Para que lo sepa, por lo demás, nunca me he cansado de decir que los dos grandes escritores que han existido son sus compatriotas William Shakespeare y Charles Dickens, cuyos bustos iluminan mi estudio, junto al de Molière. ¿Usted es de Edimburgo, no, igual que el doctor Bell? Sepa que para mí no existe ciudad igual en Europa. Creo que Escocia es el país más bello del mundo, y no puedo aceptar que me acuse de forma tan impulsiva de ser antibritánico. Si lo fuera, ¿cree acaso que estaría aquí, disfrutando de uno de los mejores hoteles del mundo? Lo lamento, señor Doy le, pero me decepciona mucho la ligereza de su genio, sobre todo teniendo en cuenta que si quiero hablar con usted es por mi admiración hacia su intelecto y hacia su persona, más que por otra cosa.

Doyle, que se sobresaltó un poco al oír la mención de Shakespeare, relajó su rostro congestionado y sus facciones se volvieron menos duras. Bell pensó que Verne había hallado por fin la forma de seducirlo.

—Quizá tenga razón en términos generales. Le ruego me disculpe. Lo que pasa es que estoy muy tenso. Si bien creía que podría vivir aliviado tras asesinar a ese condenado de Holmes, me siento como un verdadero homicida, señalado por la gente en las calles, insultado por los gamberros que creen que Baker Street 221-B existe realmente y por aquellos que acosan a cuanto doctor Watson encuentran por el mundo. Había un sujeto que me escribía cada vez que aparecía un nuevo episodio en el *Strand* retándome a que descifrara los acertijos que me enviaba… y una vez que me tomé la molestia de responder para pedirle que dejara de acosarme me mandó una retahila de insultos, no con groserías, sino diciéndome que qué me creía, que yo me consideraba un ser superior o algo así, que ya nos veríamos las caras… Creí que todo eso se iba a acabar matando al personaje y, si bien no he vuelto a recibir cartas con ese nivel de violencia, ahora muchos me exigen explicaciones de lo que hice,

como si fueran los dueños de esa criatura. El remedio ha sido peor que la enfermedad.

—Resucítelo entonces —sugirió Verne de forma casi ingenua y entornando los párpados en un gesto de cansancio.

—Jamás. Holmes es una sombra ominosa en mi carrera de escritor. Hasta el nombre me resulta abominable. Nunca volveré a escribir algo en que figure ese nombre.

—Lo hará tarde o temprano. Créame que así será.

—Le juro por la reina que eso es algo que no estoy dispuesto a hacer. Tendrían que suceder eventos muy extraordinarios en mi vida sólo para que llegara a considerar la posibilidad de pensarlo.

—En fin, señor Doyle, más sabe el diablo por viejo que por diablo, así que creo que es mejor no insistirle en este punto. Quisiera dar por superado este exabrupto para plantearle la necesidad de que escuche lo que le voy a relatar, y tenga en cuenta que entiendo perfectamente el drama que acaba de contar. A mi casa también llegan lunáticos planteando los más increíbles inventos, dándome fórmulas para viajar en el tiempo o reducir de tamaño a las personas. Y no sólo eso: en mi larga existencia me han atribuido de todo, incluso la autoría de una saga de obras pornográficas bastante audaces y que en realidad no estaban tan mal, debo admitirlo —explicó con picardía—, e incluso hace algunos años apareció un polaco que decía ser mi medio hermano. Había otro señor que me escribía cartas desde Estados Unidos alegando ser descendiente de Arne Saknussem, un personaje ficticio que utilicé en *Viaje al centro de la Tierra*, exigiéndome que aclarase ante el mundo que el tal Arne había sido un sabio real y no sólo un producto de mi invención, y acusándome de ser un soberbio y haberme llenado los bolsillos de dinero a costa de su ilustre e inexistente antepasado… Entiendo lo que usted plantea quizá mejor que nadie en este planeta, pues usted y yo compartimos la gloria de la calles y el desprecio de los intelectuales, por lo que espero que también comprenda que lo que le vengo a explicar es algo de la máxima seriedad y en lo cual necesito el concurso de ambos.

—Le aseguro, señor Verne, que puede confiar en la eficiencia de Scotland Yard, pero no en la mía como investigador. Soy un simple escritor de historias policíacas a las cuales acabo de renunciar, mientras que el doctor Bell es un cirujano, no un cazarrecompensas.

—Un momento… yo quisiera escuchar de qué se trata —lo atajó Bell, intrigado con los argumentos del francés.

—Sólo les pido que escuchen y luego evalúen, aunque de antemano les aseguro que, pese a que el origen de lo que vengo a plantearles es policial, la policía poco podrá hacer por resolverlo. Lo que sucede, doctor Doyle, es que más allá de algunas indignas rivalidades que han empañado a lo largo de los años la relación entre nuestros países, y aunque usted no lo pueda creer, gozo

de una especial admiración por la corona de Su Graciosa Majestad…

—Como todos nosotros —agregó Bell.

—Es por ello —continuó— que he hecho un penoso viaje hasta aquí, sólo con el fin de hablar con usted sobre un hecho que puede tener nefastas consecuencias, aunque a decir verdad todavía no soy capaz de vislumbrar cuáles pueden ser los resultados de todo esto. Dados los personajes implicados, creo que puede tener algo que ver con la política de nuestras respectivas naciones y la agresión que ambas enfrentan, a pesar de que en apariencia el asunto tenga otro cariz.

Las últimas palabras parecieron surtir el efecto deseado, pues Doyle, aunque nada dijo, tomó asiento por primera vez en un sillón esquinero tapizado con unos horribles y recargados motivos florales que parecía haber llegado allí por error, pues en realidad no hacía juego en absoluto con el elegante mobiliario del Langham.

—Desconozco si usted participa en la política activa… —planteó Verne a su colega escocés.

—Le puedo asegurar que no.

—Bien, yo lo hago, pero no en la forma rimbombante que muchos la entienden, pues desde hace varios años formo parte del concejo municipal de Amiens, el pueblo en el cual resido. Le aviso de inmediato que me presenté junto a una lista formada por los socialistas, aunque no comulgo para nada con ellos. Fue una simple alianza instrumental cuyo fin era permitirme llegar al concejo, ya que mi intención de lograr dicha posición era efectuar obras culturales, como la construcción de un circo, la organización de charlas literarias y otras de ese tipo. Ello me ha granjeado buenos contactos con políticos de distinto signo, desde los conservadores a los liberales, que acuden en manadas a Amiens para sacar un poco de ventaja de mi efímera fama. Hacia fines del año pasado… antes de continuar —tomó un poco de aire— debo pedirles su compromiso de caballeros: lo que les voy a decir constituye un secreto que no puede salir de estas paredes, salvo que acordemos lo contrario entre todos.

Ambos asintieron y Verne continuó su relato.

—El pasado mes de diciembre se me acercaron dos emisarios del gobierno con extremo sigilo. ¿Están familiarizados con el caso Dreyfus?

La mención les extrañó sobremanera.

—Algo —dijo Doyle.

—Como recordarán por lo que seguramente han leído en la prensa, el trece de octubre pasado el capitán Dreyfus fue detenido, acusado de espiar a favor de Alemania, encontrándose como evidencia en su contra un documento con su firma dirigido al agregado militar de Alemania en París, el teniente coronel Max von Schwartzkoppen, donde se detallaban una serie de antecedentes del ejército francés relativos a la adquisición de armamentos y

emplazamientos militares.

—Entiendo que la firma de Dreyfus ha sido fuertemente cuestionada y que incluso muchos han criticado en Francia el hecho de que lo estén juzgando más que nada por ser judío —acotó Bell, generando una mirada de extrañeza de Doyle.

—Me pareció escucharle decir, hace un rato, que usted no sabía prácticamente nada de política —comentó este último a su profesor.

—Oh… por supuesto que sé. Sólo estaba respondiendo el cuestionario de su amigo de la forma que él quería, para que creyera que soy como Holmes. No puedo negar que muchas veces me complace esa jugarreta.

—Bueno, respecto a lo que usted dice, señor Bell, efectivamente en mi país se ha generado una gran polémica sobre la religión de Dreyfus y el verdadero papel del capitán en el espionaje, sobre lo que prefiero no pronunciarme. Pero más allá de lo cuestionable que pueda ser el proceso judicial y la participación real de Dreyfus, la maquinación existe, y no sólo involucra a Francia sino también a Inglaterra, por algunas informaciones secretas que les voy a exponer a continuación. Las dos personas que me visitaron eran emisarios de alto rango del servicio especial de mi país, el espionaje oficial, para que lo entiendan mejor, y acudieron a mí en busca de consejo. Desconozco si están enterados de que hace poco fui distinguido con la Legión de Honor francesa a instancias de mi buen amigo Alejandro Dumas hijo, lo que, de algún modo, me convierte en funcionario del gobierno. Sin embargo, creo que el tema ni siquiera reside en esa distinción y en mi irreductible lealtad hacia mi patria, sino en algo que me avergüenza un poco relatar: que en mi país reside la suerte de creencia de que, modestia aparte, soy una especie de Leonardo moderno… nada más lejos de la verdad, pues, para serles francos, eso es algo que jamás he negado: todos los inventos y teorías que he expuesto en la serie de *Los viajes extraordinarios* son simples adaptaciones de ideas de otros. De hecho, mis estudios formales corrieron por campos muy disímiles, pero aun así la vida me ha dotado de muchos conocimientos y no es infrecuente que me pidan consejos de todo tipo…

—Yo suponía que era usted ingeniero o algo semejante —puntualizó Bell.

—No, en absoluto. Mi padre me obligó a estudiar Leyes, carrera que aborrecí con toda mi alma, aunque me ha servido para conocer cómo funciona la política. ¿Sabían ustedes que el espionaje alemán, es decir, el Departamento Tercero del ejército germano, tiene cientos de agentes repartidos por toda Europa? Hay muchos episodios relacionados con el caso Dreyfus que no se han ventilado a la prensa, entre ellos el que voy a relatarles y que a mi juicio es muy delicado. Poco después de la detención de Dreyfus, el servicio especial francés trató de atrapar a un británico, un sujeto de apellido Watts, un traidor a la corona a todas luces, que supuestamente ejercía como traficante de antigüedades en París y que tenía extrañas relaciones con un tal Jurgen von

Appen, un contacto de Schwartzkoppen que logró escapar por escasos minutos, sin que ahora se sepa dónde está, aunque existen sospechas de que pudo haber huido a Alemania. Aparentemente, Watts se dio cuenta de que estaba siendo vigilado y un buen día sencillamente desapareció. Unas horas después, los agentes decidieron allanar su vivienda, aunque lo hicieron a tontas y a locas pues, convencidos como estaban de que encontrarían pruebas de su implicación en el espionaje, no recabaron la orden judicial respectiva. En casa de Watts todo estaba en orden y no parecía haber nada comprometedor, hasta que en un contenedor de basura ubicado debajo de su ventana encontraron un portafolios con su nombre escrito en el interior, que contenía un sobre a nombre de un tal «*Mr.* J. Wild», debajo de lo cual figuraba una letra, una «C», seguida por algunos manchones, lo que evidencia que el hombre debió de enterarse de algo tan grave como para haber interrumpido su escritura y huir, por lo que no sabemos siquiera a qué país iba a enviar aquello, aunque por el apellido del destinatario Inglaterra asoma como el destino más lógico.

—Podría ser también Estados Unidos —acotó Bell.

—Claro. O Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica o incluso cualquier país que no sea anglófono y en el cual resida el señor Wild. De todos modos, por algún motivo que desconocemos, lo más probable es que Watts pensara que tras su interrupción aún podría mandar el sobre, por lo cual lo lanzó al contenedor dentro del portafolios, sabiendo que la basura sería recogida a la mañana siguiente.

—Seguramente cuando volvió a buscarlo vio a los agentes del servicio especial revisando el contenedor y se abstuvo de acercarse —apuntó Bell.

—Pienso lo mismo —dijo Verne—. Dentro del sobre había un ajado ejemplar del *Times*, bastante atrasado, que escondía una hoja escrita a mano con un mensaje criptografiado de catorce palabras envuelto a su vez en una hoja en blanco. Pese a que contamos con excelentes criptoanalistas, les fue imposible descifrarlo. Como les comenté, escribí una breve monografía en honor a ese verdadero maestro del arte del cifrado que fue el gran Edgar Allan Poe y, debido a que también he incorporado mensajes en clave en algunas de mis novelas, varias veces he sido consultado respecto a la materia, en forma *ad honorem*, claro está, y esta vez no fue la excepción, dado que lo único que estaba claro para los criptoanalistas era que se encontraban frente a un cifrado polialfabético de complicada resolución, así que pensaron que yo modestamente podría…

—Vaya un poco más lento, señor Verne. Entre sus largas parrafadas en ese inglés que chapurrea y lo que está tratando de explicar es poco lo que se le entiende —interrumpió Bell mientras Doyle lo miraba extrañamente relajado.

—Disculpe, disculpe. La clave polialfabética es una técnica muy de moda hoy en día en los servicios de espionaje: se diseña un alfabeto al cual se aplican otras veintiséis líneas de alfabeto, aunque cada vez se va corriendo una,

asignándosele un número dentro de una cuadrícula. De esta forma, la primera fila comienza con la «B», que es el «i», y todas las letras siguen correlativas hasta terminar con la «A», que corresponde al «26». La segunda parte empieza con la «C» y finaliza con la «B»; la tercera empieza con la «D» y termina con la «C», y así sucesivamente, hasta que la última se inicia con la «A», que es el «1», y se acaba con la «Z», que es el «26», igual que en el alfabeto normal. El problema para desencriptar un mensaje de este tipo es que se necesita saber qué palabra se usó como clave, pues sucede que usted puede utilizar cualquiera. Esto funciona del siguiente modo: suponiendo que estemos en presencia de una clave encriptada desde el inglés, pues si estuviera cifrada en español, por ejemplo, deberíamos utilizar un alfabeto con veintisiete letras —el francés comenzó a mesarse la barba mientras pensaba—; entonces… présteme su pluma, señor Bell.

Verne arrancó una hoja de un cuaderno y trazó sobre ella una serie de veintisiete columnas interseccionadas por veintiséis filas numeradas del 1 al 26, desde arriba hacia abajo, mientras que en las columnas puso un alfabeto escrito en minúsculas, desde la «z» a la «a», de derecha a izquierda. Luego comenzó a rellenar los espacios hacia abajo, como había explicado antes. Se demoró varios minutos hasta que finalmente mostró el resultado:

	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	k	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	w	x	y	z
1	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A
2	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B
3	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C
4	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D
5	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E
6	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F
7	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G
8	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H
9	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I
10	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J
11	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K
12	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L
13	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
14	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
15	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O
16	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P
17	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q
18	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R
19	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S
20	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T
21	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U
22	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V
23	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W
24	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X
25	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y
26	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z

—Muy ingenioso, muy ingenioso. La clave imagino que está cifrada en alguna parte del mensaje, ¿no? —preguntó Bell al escritor francés.

—Ése es el problema que se le planteó a los criptoanalistas del servicio especial, pues habitualmente los servicios secretos usan alguna forma de comunicarse las claves dentro del mismo mensaje, pero los mensajes polialfabéticos generalmente operan usando una clave anteriormente concordada entre el emisor y el receptor, por lo que para descifrarlo necesitaríamos saber qué se dijeron esos endemoniados. Las posibilidades de combinaciones son prácticamente infinitas, así es que de no tener la clave nada podríamos lograr. En *Viaje al centro de la Tierra* diseñé un criptograma que se descifraba ordenando las primeras letras de cada una de las tres columnas del mensaje que dispuse, pero ello era nada más que un aserto literario. En realidad es casi imposible descifrar algo sin una clave y…

—No necesariamente. De todos modos siempre es posible tratar de obtener la clave viendo los patrones de frecuencia —intervino Doyle muy serio y sin decir nada de los criptogramas que él había usado en sus historias.

—No, pues las letras del mensaje son muy pocas y probablemente, si las sumamos, encontremos que sean menos de veintiséis, que son las que contienen como mínimo la mayoría de los alfabetos occidentales. Por lo demás, tampoco sabíamos el idioma en que fue cifrado el mensaje, aunque fue muy simple resolver esta pequeña jugarreta. El problema es que después de que les hube solucionado su quebradero de cabeza, a los señores del Servicio Especial les dejó de interesar, y es por ello que me encuentro aquí.

—¿Podría ser más explícito? —le pidió Doyle.

—Mejor vean una copia del mensaje original —les dijo abriendo un portafolios de cuero del que extrajo una hoja escrita a mano que mostraba una sola columna de letras inconexas. Al lado dejó otra hoja del mismo estilo, en blanco, que cubría la primera, y al otro un amarillento ejemplar del *Times*:

WDQGV

UCH

ZBUBZBAJUHZHCVLG

HWJECENK

DPE

KLFSR

LHFEXBYNY

KZMHFHQN

CIKVZ

HSV

OX

IP

CRE

POKY

—Al ser un criptograma polialfabético, como era obvio, cada palabra partía con una clave distinta, por lo que el código del cifrado debería contener al menos catorce letras, al ser catorce las palabras que forman el mensaje, ¿no? De esta forma, cada letra de esa clave indicaría qué línea del alfabeto cifrado hay que usar para descifrar la palabra correcta —explicó Verne.

—Entonces la búsqueda de la clave se reduce a una palabra de catorce letras —acotó Bell.

—Y obviamente para eso estaba adjunto el *Times*. Me imagino que bastará buscar en el diario una palabra de catorce letras que tenga alguna muesca o marca para saber cuál es la clave —razonó Doyle.

—El problema es que no había muesca o letra marcada alguna —aclaró Verne al tiempo que Bell hojeaba el diario, lo que interrumpió para dar a conocer su opinión.

—Apuesto una libra a que la palabreja es ésta, aquí, en la página veintiséis: Schwartzkoppen, el nombre de aquella rata alemana —exclamó el profesor de Edimburgo generando una mirada de incredulidad por parte de Verne.

—*Mon Dieu*, doctor. Sabía que el señor Doyle se inspiró en usted para crear a Holmes y que sus facultades deductivas son reconocidas en toda Europa, pero me deja atónito. Yo tardé bastante más que usted en encontrar la clave —dijo Verne, provocando una casi imperceptible mueca en la cara de Bell, mezcla de un ego exaltado y a la vez de una suerte de desprecio ante

aquella confesión de minoría intelectual.

—Lo que el profesor Bell hizo fue muy sencillo, en realidad. ¿Me permite explicárselo, doctor? —pidió Verne a su mentor.

—Adelante.

—El profesor Bell fue mirando todas las palabras que parecían largas, hasta que identificó una que le parecía lógica en medio del contexto. Nada más. Cualquier observador desprevenido habría ido haciendo una lista de todas las palabras de catorce letras que fuera encontrando y probándolas para ver si encajaban. Obviamente, ello debe de haber robado mucho tiempo a los agentes del servicio especial. Y a usted, señor Verne.

Éste lo miró abochornado.

—Parece ser que los agentes del Servicio Especial ni siquiera llegaron a razonar que la clave debía de estar en el diario, pues uno de ellos incluso me comentó que pensaban que el diario y la hoja en blanco estaban allí para evitar que se deteriorara el mensaje cifrado. Dado que me he empapado de los más modernos métodos científicos, yo apliqué un método para buscar la clave, suponiendo que estuviera en el diario… porque, ¿y si no se trataba de lo más evidente, que es lo que ustedes han razonado? —dijo mirando a Bell.

—Lo más simple es siempre lo más evidente y lo más razonable. No se necesita saber de método científico para razonar así, señor Verne. Yo habría empezado por analizar lo que me parecía más evidente y de ahí habría ido descartando lo demás, y no a la inversa, como lo hizo usted, aunque reconozco que mi metodología tiene un factor de suerte muy evidente y que su método es más científico. Pero, por favor, me tiene muy intrigado, así es que dejemos atrás estas niñerías de cuánto tarda usted o cuánto tardo yo y explíqueme qué diantres dice ahí.

—Es muy sencillo. Si tomamos la primera letra de ese apellido, es decir, la «S», entonces tendríamos que traducir «WDQGV», donde la «W» en el alfabeto que comienza con la «S» resulta ser la «E». La «D» es en realidad la «L», la «Q» es la «Y» y… tenemos que la primera palabra es «ELYOD».

—Doyle al revés —apuntó el poseedor del apellido, un tanto sobresaltado al ver aparecer su nombre allí.

—Claramente —comentó Verne—. Lo que hay que hacer es invertir el sentido de las letras y leerlas de derecha a izquierda. Es algo que resulta muy simple. En *Matías Sandorf* inventé una clave bastante más compleja que ésta, modestia aparte, y el resultado era un tanto confuso, pero los protagonistas la resolvieron invirtiendo el orden de las letras, aunque ahora que me acuerdo… no fue sólo ahí donde usé ese método, sino también en el mensaje encriptado de *Viaje al centro de la Tierra*. Pero me estoy desconcentrando. El mensaje completo, con su orden original, es éste:

ELYOD

SAH

SUNUSUTCNASAVOEJ

LANIGIRO

COD

TUOBA

SOMLEIGUG

TSOL

SYALP

TEG

TI

TA

YNA

TSOC

—Parece bastante legible —argüyó Bell mientras miraba las extrañas palabras con la cabeza ladeada, como si con ese solo gesto las letras se fueran a invertir solas—, pero hay dos palabras que no logro entender: la tercera y la séptima.

—Sería más sencillo hacerlo con las letras ordenadas, en efecto —sugirió Doyle, que tenía una evidente sospecha acerca de qué se trataba.

—Bien, entonces así es como quedan:

DOYLE

HAS

JEOVASANCTUSUNUS

ORIGINAL

DOC

ABOUT

GUGIELMOS

LOST

PLAYS

GET

IT

AT

ANY

COST[1]

Doyle se sonrojó cuando vio el resultado final del mensaje. Se mesó el largo bigote y trató de calmarse respirando profundamente y en silencio, intentando que sus interlocutores no notaran su ligero nerviosismo.

—Y bien, Arthur, ¿nos va a explicar de qué va todo esto? Sigo sin entender muy bien la tercera y séptima palabras, aunque hay una evidente mención a un Jehová al que le falta la «h» y a algún Guillermo italiano. Disculpando mi impertinencia, ¿tiene usted algún documento como el que allí se menciona? —preguntó Bell en un tono entre paternal e imperativo.

—Prefiero que el señor Verne termine de explicar toda esta añagaza y veamos hacia dónde va. Más allá de sus dichos y de ese papel, que bien pudo haber sido escrito por él mismo, no entiendo cuál es su idea —se quejó Doyle, retomando el tono desafiante de unos minutos antes.

—Pues bien, dejando de lado lo ofensivo de sus palabras al adjudicarme la autoría de una falsificación, sólo puedo decirle que estoy actuando con absoluta buena fe, porque entiendo que usted y yo somos prácticamente lo mismo y por ello nos debemos un respeto mutuo. Cuando dije a los agentes que el texto hacía referencia a un manuscrito de *Sir* Isaac Newton relativo a la ubicación de los manuscritos perdidos de William Shakespeare, y que al parecer ese escrito estaba en manos del escritor británico más famoso del siglo, Arthur C. Doyle, perdieron completamente el interés, e incluso dejaron en mi poder el contenido del portafolios; es decir, el diario, la hoja en blanco y el mensaje criptografiado.

—No entiendo nada. ¿Por qué habla de Newton, Shakespeare y sus manuscritos perdidos? ¿Qué tienen que ver ellos en este asunto? —lo interrumpió Bell.

—Mucho más de lo que usted supone y de lo que la Historia ha dejado saber, pues a decir verdad el «Gugielmo S» que se menciona en el mensaje cifrado es en realidad William Shakespeare, cuyo nombre real no era William, sino Gugielmo, como dice ahí. Sin embargo, llamárase como se llamara, Shakespeare no parece haber sido más que un seudónimo, o incluso una personalidad alquilada por el verdadero autor de las comedias y tragedias atribuidas a Shakespeare, o sea, *Sir* Francis Bacon, el hombre que inspiró la creación de la Royal Society, más conocida como la Real Sociedad de las Ciencias británica. Uno de los presidentes de esta sociedad fue el señor Newton, que usaba un seudónimo para firmar escritos teológicos en que atacaba fuertemente a la Iglesia católica, a la cual llamaba «la gran putaña de Babilonia». El seudónimo que Newton utilizaba para ello era Jeova Sanctus Unus, un anagrama creado a partir de la acepción latina de su nombre, Isaac Neuutonus, y que se basaba en su desprecio absoluto por el dogma cristiano de la Trinidad, al que atacaba intensamente, motivo por el cual, usaba el nombre falso Jeova Sanctus Unus para redactar sus escritos teológicos, seudónimo basado en tres elementos, que Jehová era el único santo, aunque a veces firmaba sus textos al respecto sólo con las iniciales J S U. Además del escándalo que significaba en su época declararse antitrinitario, en el caso de Newton era absolutamente indispensable escribir en contra de esa idea bajo un nombre falso, pues dictaba cátedra en el Trinity College de Cambridge… el Colegio de la Trinidad, donde, como es obvio, no les caía muy en gracia que alguien se declarara en contra de la Trinidad, idea establecida por decreto y contra cuya abjuración existían severas leyes. *Sir* Francis, en tanto, se autodenominaba «William Shakespeare» cuando firmaba libros que no correspondían a su estatus social y político… Por todo ello sé que el documento se refiere a Newton y Shakespeare.

—Ya me explicarán lo de Bacon, pero… ¿Escritos teológicos? ¿Estamos hablando del mismo Newton, el científico, el racionalista, el hombre que

observó cómo caía una manzana y desarrolló a partir de ahí el *Philosophiae naturalis principia mathematica*, la obra cumbre de la ciencia moderna? —preguntó Bell sin que Doyle se alterara siquiera.

—Del mismo hablamos, aunque calificarlo de «científico» es una mezquindad. Hoy nos place ponerle ese título a alguien que supuestamente sabe mucho, pero Newton fue el último filósofo… cuando ser filósofo era equivalente a ser un sabio con conocimientos superiores en filosofía, matemáticas, astronomía, teología, alquimia…, en todo. Newton fue quizá el último filósofo de una larga lista que integraron en algún momento sabios de la talla de Pitágoras, Giordano Bruno, Galileo, Francis Bacon, John Dee, Ramón Llull y otros. Y no, se equivoca con aquello de la manzana, pues parece que nunca existió dicha anécdota. Es una alegoría creada para explicarle fácilmente al vulgo cómo funciona la gravedad, pero nada más. De hecho, si lee el *Principia* verá que en parte alguna se menciona —recitó Verne.

—Me deja absolutamente asombrado, pues si mis avejentados oídos no me engañan usted acaba de proferir una feroz blasfemia, semejante a la del antitrinitarismo… Y en cuanto a lo otro, ¿oí mal, o dijo que Shakespeare no fue quien escribió sus obras, sino que lo hizo *Sir* Francis Bacon? —preguntó Bell.

—Me oyó muy bien. Shakespeare jamás escribió palabra alguna. Quien lo hacía y firmaba bajo ese nombre era Bacon. De ahí comprenderá la importancia del documento cuya posesión atribuyen al señor Doyle, si es que se trata del mismo Doyle, y la mención al final del mensaje relativa a obtenerlo a cualquier precio. Si quisiéramos reducir esta situación a un tema pecuniario estaríamos ante un documento único que valdría miles, cientos de miles de libras esterlinas, en caso de que efectivamente revele dónde están las obras originales atribuidas a Shakespeare.

—La idea sigue sonándome héretica, pero aunque fuera verdad sigo sin entender por qué está usted aquí, señor Verne, ni tampoco por qué no fue a la policía —se quejó Bell de nuevo, aunque en un tono de sincero interrogante más que de reproche.

—Estoy aquí por el simple motivo de que los agentes del Servicio Especial, al no aparecer en la superficie de este asunto nada que les interesase, lo dejaron de lado. Les advertí que había una amenaza a su vida en el escrito, señor Doyle, pero dijeron que no veían amenazas explícitas ni nada semejante como para que ellos se preocuparan de avisar al consulado británico, e incluso me acusaron de ser yo quien estaba sugiriendo que el «Doyle» que figuraba allí era usted, sin tener más prueba que mis suposiciones, lo que en estricto rigor es cierto, pues tal como recapitulábamos hace poco, de ser efectivo lo dicho ahí, ese Doyle podría ser cualquier Doyle de cualquier parte del mundo, aunque aplicando la metodología del doctor Bell concluí de inmediato que no podía ser nadie más que usted. Los agentes me soltaron una larga perorata

sobre el polvorín en que está sentado el mundo moderno en el momento actual y los miles de asuntos de los cuales deben preocuparse, entre los que no se cuenta un extraño manuscrito perdido sobre cuya legitimidad me dijeron no tenían certeza alguna. En cualquier caso, a mí no deja de resultarme alarmante el que un sujeto vinculado al espionaje alemán esté preocupado por las actividades literarias del más insigne escritor británico del momento, pues creo no estar equivocado respecto al señor Doyle al cual se alude en el mensaje criptografíado. ¿O sí? —le preguntó al escritor británico alzando la vista y clavándole sus ojillos azules.

—Perdone que se lo diga así, pero su discurso me suena al típico resentimiento antigermano que existe en Francia —aseveró Doyle sin responder la pregunta y sosteniéndole la mirada.

—No le niego que los franceses tenemos en general un cierto grado de germanofobia, y más después de los acontecimientos del setenta, pero quisiera que entienda que simplemente quería advertirle a usted, señor Doyle, que algo le puede ocurrir. Le insisto en lo alarmante que me parece que el espionaje alemán esté preocupado por su persona, pues su silencio ante mi pregunta no hace más que confirmarme que mis apreciaciones sobre quién es el poseedor de este documento no andan erradas.

—Sigo sin entender qué tenemos que ver en este asunto. Más aún, no entiendo por qué tuvo que echar mano del señor Bell ni por qué anda por ahí jugando a los espías. Vamos, Verne, ¡usted es un hombre mayor! —gritó Doyle rascándose el bigote y ya con la expresión un poco más relajada.

—Arthur, creo que en vez de seguir atacando al señor Verne sería mejor que nos pusiera al corriente sobre el documento… ¿Lo tiene?

—No, doctor, no tengo ese documento —contestó dramáticamente, generando una muestra de desaliento en Verne, quien sin embargo no dejó de insistir.

—¿Se da cuenta, señor Doyle, de que quien pudiera probar si fue realmente Shakespeare el que escribió las obras con su firma, o si lo hizo alguien más y hubiera evidencia de aquello, entraría en el panteón de los escritores «serios»? ¿Se da cuenta de que un estudio de este tipo podría valerle el título de *sir*? Ya les dije que me mueve mi preocupación al saber que pueda usted ser víctima de quién sabe qué hecho abominable por parte de los alemanes, señor Doyle, pero no puedo negarle otras dos razones para ello. La primera es que me siento hermanado con usted en su aspiración de ser reconocido por la injusta crítica, y la segunda es que me corroe las entrañas la posibilidad de firmar el texto que demuestre quién fue en realidad Shakespeare, sea efectivamente él el autor o cualquier otro.

Doyle sintió muy profunda la estocada lanzada por Verne. Sus ansias de reconocimiento estuvieron a punto de traicionarlo, pero una vez más se impuso su sangre fría.

—Dando fe de su buena voluntad no me queda más que agradecerle la preocupación que demuestra por la posibilidad de que suceda algo contra mi persona, pero debo precisarle que dicho documento no es propiedad mía ni suya, ¡mucho menos suya, que es francés!, sino que pertenece a la corona británica. Hace algún tiempo llegó a mis manos un manuscrito cifrado que al final contenía las iniciales J S U, pero lo deposité en un lugar seguro, un sitio que pertenece a todos los británicos, y es por ello que dije que no lo tengo, pues en efecto no está en mi poder físicamente. Señor Verne, agradezco mucho su consideración, pero yo no voy a tomar parte de charada alguna. Es más, comparto sus aprensiones acerca de lo que pudiera sucederme y no me parece baladí que un traidor a la reina, relacionado con agentes alemanes escriba que es necesario quitarme dicho papel a cualquier precio. Iré de inmediato a Scotland Yard a dar cuenta de lo que sucede, así que le ruego que aguarde aquí, pues sin duda querrán conversar con usted —anunció, girando sobre sus talones y abriendo la puerta de la habitación.

Verne lo miró casi con compasión. Se alisó las barbas y un leve rictus congestionó el lado derecho de su cara, donde había sufrido la parálisis.

—Déjeme decirle una sola cosa más, Doyle, antes de que salga de aquí. Vine a verle porque, a pesar de todo cuanto pueda pensar, de nuestra diferencia de edad y nacionalidad, creo que somos intrínsecamente iguales. Yo comencé a escribir hace muchos años. Si bien mi padre era acaudalado, mi decisión de no ejercer la abogacía significó que me desheredara, y por ello mi época de estudiante en París fue de una pobreza absoluta. Surgí de la nada, inspirado por gente sobresaliente, como los Dumas, y ayudado por un editor muy astuto, mi querido Julius Hetzel. Y lo logré: guiado sólo por mi pluma he conseguido ser quizá el francés más famoso después de Victor Hugo y Dumas padre. Mis libros se han traducido a una decena de idiomas y me llegan cartas de todo el mundo. Como le decía, mis compatriotas me creen una especie de sabio. Incluso, como pasa con Shakespeare, hay gente que supone que en realidad Julio Verne no existe, sino que se trata de un grupo de sabios que escriben y publican bajo ese nombre, pues muchos estiman que es imposible que un solo hombre pueda crear todo lo que yo he inventado, lo que por supuesto no es mi caso. Eso es lo que el vulgo e incluso muchos en el gobierno piensan de mí. Y no puedo negarle que me llena de orgullo. Sin embargo, tampoco puedo negarle que llevo conmigo una gran amargura: la gran mayoría de las cartas que arriban a mi casa de Amiens vienen dirigidas a «Julio Verne, miembro de la Academia Francesa». Menuda ironía. Hasta la fecha, siempre bajo los auspicios de Dumas y otros, he sido propuesto treinta y seis veces para ocupar un sillón en la Academia y he sido rechazado la misma cantidad de oportunidades. Los vetustos señores que calientan dichos escaños, muchos de los cuales ni siquiera han publicado una cuartilla de poemas en su vida, consideran que no soy un escritor «serio». ¿Le suena eso, señor Doyle? —le

preguntó mirándolo de soslayo, sin que el británico moviera una ceja—. No tiene que responderme, pero está claro que así es. Igual que yo quedé enmarcado dentro de la serie de *Los viajes extraordinarios*, usted sufrió con su Sherlock Holmes. Lo felicito, realmente lo felicito por su decisión de matarlo. Es un paso más en el doloroso trance que le significará tener que revivirlo algún día, cuando se debata de nuevo entre la alternativa de ser considerado por la crítica y llegar a los altos círculos literarios, que es la opción que de algún modo le estoy ofreciendo que emprendamos juntos, o ser rico y aclamado por las masas volviendo a inventar historias de policías y ladrones. Es una opción respetable, pero usted ya no necesita dinero ni adulación. Lo que quiere es reconocimiento, que aquellos que hoy lo critican admitan que es usted intelectualmente superior. Por ello nos parecemos, y lo que le estoy ofreciendo es una oportunidad de al menos poder taparles la boca a todos esos señoritingos que claman su grandeza sin haberse movido jamás de sus poltronas. ¿No le gustaría?

Claro que sí, pensó Doyle. Había estado embarcado, y sentía unas ganas infinitas de enrolarse como cirujano militar. Quería estar en el centro de la acción, pero eso estaba mal visto por la intelectualidad. Estar en la línea de combate era para los soldados rasos. Los oficiales de alta graduación observaban la batalla desde sus tiendas de campaña, tomando té de Ceilán.

—No sé si puedo ayudarle. Ya le dije que no tengo el documento —masculló Doyle abandonando la habitación. Bell salió detrás de él, hacia las escaleras. Contrariamente a lo que había manifestado, el escritor no fue a la calle sino que se dirigió al bar, sin percatarse de que su profesor lo seguía.

—Lo de siempre —dijo al barman, que de inmediato le sirvió un vaso de coñac envejecido. Bell se sentó a su lado y con un gesto de la mano indicó que no quería nada. Casi al instante, el sujeto que Doyle había visto un rato antes en el vestíbulo leyendo el *Times*, el de nariz aguileña, apareció caminando con paso cansino por el bar, situándose en la parte de atrás, como si esperara a alguien. Aparentemente no encontró a quien buscaba y se sentó a un par de metros de Bell y Doyle para proseguir con los crucigramas del diario que llevaba.

—No lo entiendo, Arthur. Asevera que irá con el chisme a la policía, pero antes decide pasar a tomar un trago.

—Usted mismo, profesor, fue quien nos enseñó a razonar por medio de silogismos. Pero qué digo, si en realidad éste ni siquiera es un problema de lógica formal o de semiología médica. Es mucho más simple: es pura aritmética. Dos más dos darán cuatro, es inevitable. Desde el momento en que ese condenado francés nos contó su novela de espías nos hizo partícipes de ella y, por eso, indefectiblemente, nos veremos cubiertos del escarnio público que se podría armar a partir de todo esto. No quisiera imaginar qué podría suceder si el asunto llegara a la prensa… y no se puede decir que ese señor pase

demasiado desapercibido, precisamente.

—No lo veo de ese modo, y creo que está siendo injusto con Jules. A mí me parece de lo más encantador, y hasta ingenuo. Creo que fue muy claro al explicar sus motivos, y lo que realmente me extraña es que siendo usted un hombre de palabra salga de la habitación aseverando que irá a la policía y luego me lo encuentre en el bar.

—No puedo ir a la policía. Ése es el problema. ¿Sabe usted cómo llaman a los agentes de Scotland Yard en Londres cuando acuden a la escena de algún crimen? ¿No? Les gritan «¡Lestrade!», «¡Gregson!», como yo bauticé a los detectives que siempre quedaban en ridículo frente a Holmes. Si alguien podía tener alguna fe en Scotland Yard a pesar de esas historias, la perdió completamente con la incompetencia mostrada por ellos en el caso de Jack el Destripador. Debo de ser el hombre más odiado por la policía londinense. Me lo han hecho saber a través de varios canales y sé de buena fuente que cuando se publicó el capítulo final de Holmes hubo una celebración en el cuartel de Scotland Yard. ¡¿Se imagina usted cómo se reirían de mí si les fuera a contar que me siento amenazado porque un sujeto de quien nada sabemos dejó un papel donde supuestamente se amenaza a un tal Doyle, que yo presumo que se trata de mí porque me lo dice don Julio Verne, el mayor fabulador de nuestro siglo?! ¿Se imagina el titular del *Evening Standard*?, con algo así como «¡Ahora Doyle pide ayuda a Scotland Yard! ¡Cree que le quieren matar!». En mi propia editorial, en el *Strand*, le aseguro que pagarían a agentes de Scotland Yard para que contaran todos los detalles de mi visita al cuartel. Publicarían títulos como «¡Un caso para Holmes!». No puedo exponerme a un escarnio de esa magnitud. ¿Entiende ahora por qué maté a Holmes?

—Un poco, pero quizá fue muy drástico. Podría hacerle caso a Verne, revivirlo y quizá matarlo poco a poco, haciendo, por ejemplo, que Scotland Yard comenzara a ganarle la partida… así si en el futuro roban en su casa podrá llamar tranquilamente a la policía. En todo caso, imagino que Scotland Yard no es la única vía. Usted es un hombre bien relacionado. Puede entregarle esta información a algún lord, o a algún ministro, qué sé yo, y solicitar una discreta protección para usted y el documento de marras.

—Todo termina indefectiblemente en manos de Scotland Yard. Cualquier asunto que se denuncie al gobierno cae en manos de ellos. Y temo los resultados que pueda producir. Mi mujer está gravemente enferma y no creo que pudiera soportar una desgracia más. Todo esto me complica mucho.

—¿Y no le apetece seguir la jugarreta de Verne, aunque sea para ver hacia dónde va? Usted ha estado muy evasivo con el asunto del documento, Arthur, por lo que deduzco que, *contrario sensu*, es una materia de su máximo interés. Tampoco dudo que el señor Verne sepa algo más al respecto, pues de hecho no ha sido claro aún sobre qué persigue él, más allá del interés evidente que manifiesta por la presunta falsificación shakespeariana, aunque para ser justos

usted tampoco le ha dejado explicarse. Efectivamente sé muy poco de literatura, pero ¿y si este señor francés tiene razón y juntos logran comprobar algo que nadie más ha probado? Vamos, hombre, no sea malhumorado.

No contestó, pero por su ceño fruncido Bell comprendió que su ex alumno se había complicado quizá más de la cuenta con el asunto.

—Lo dejo con sus pensamientos, Arthur. Si cambia de parecer, búsqueme en la habitación del señor Verne.

Capítulo 3

En la biblioteca del Museo Británico — Todo está ya escrito — Seleni y la esteganografía — La cifra biliteral de Sir *Francis Bacon — La «cifra K» y el alfabeto simple — Baconianos y stratfordianos — 287 — El Libro T — El Folio de MISTER WILLIAM SHAKESPEARE — Dos negativos… iguales —honorificabilitudinitatibus — 287, de nuevo — Un sobre perdido — Cinco pepitas de naranja — Una inocente firma*

—Señor Verne —proclamó Doyle una vez de vuelta en la habitación del francés, quince minutos después—, he pensado en lo que nos ha contado, y antes que nada le ofrezco mis disculpas. He reaccionado como una estibador de Liverpool ante usted, y no puedo negarle que fue simplemente por mi…

—Egoísmo creo que se llama, Arthur —lo miró Bell divertido.

—Estaba tratando de buscar una palabra alternativa para ello… preferiría hablar de celo profesional.

—No lo juzgo, mi joven Arthur. Con toda probabilidad yo habría reaccionado de la misma forma si me vinieran a decir algo sobre un trabajo que tengo muy avanzado —lo excusó el escritor galo.

—Señor Verne, debo confesarle que estoy enfadado conmigo mismo, porque llevo dos semanas revisando el documento y aún no he podido descifrarlo, y resulta que usted ha venido a confirmarme la sospecha de que el documento que llegó a mis manos sería, en efecto, el famoso manuscrito perdido que los círculos esotéricos atribuyen a Newton, en el cual se indicaría la ubicación de los manuscritos originales de las obras de Shakespeare…

—Pero firmadas por su autor original, es decir, Francis Bacon. Eso es lo que usted cree, ¿no? —preguntó Verne.

—En efecto. Aunque quisiera insistirle sobre su interés en este asunto.

—Ya se lo dije. Me preocupa que algo le pueda suceder, así como también me interesaría mucho conocer dicho manuscrito y la posibilidad de descifrarlo en conjunto. Si bien no puedo asumir su protección física, creo que el desencriptar el documento y publicar sus resultados es la mejor protección que existe. Mientras nadie sepa qué contiene exactamente y se especule al respecto, su posesión es un secreto peligroso y su valor comercial se dispara hacia el cielo. Una vez descifrado, deja de ser un riesgo y los créditos sólo se los puede

llevar quien tenga el buen tino de arrancarle sus enigmas.

—Me parece razonable. ¿Por qué no lo ha podido descifrar, Arthur? —preguntó Bell.

—El texto cifrado es una interminable fila de letras «a» y «b», algo así como un código binario, que no tienen separaciones entre ellas, por lo cual me es prácticamente imposible aplicarles un estudio de frecuencias para saber cuáles son las consonantes, sin mencionar que se trata de una hoja tamaño carta u oficio que fue cortada por la mitad. Aunque tras las cinco o seis líneas de letras «a» y «b» figura la firma de Newton con el famoso J S U, tengo la impresión de que alguien cortó intencionadamente el final, donde tiendo a pensar que probablemente se podría encontrar la clave. Consciente como soy de los tiempos que corren y del valor que entraña un documento de ese tipo, anteayer lo dejé en la biblioteca del Museo Británico. El manuscrito apareció en mi correo hará cosa de dos semanas, en un sobre corriente y sin remite. En un principio, no le di importancia alguna, pues esa noche llegué muy tarde a casa y abrí el correo a media luz, por lo que apenas pude ver una serie de garabatos y poco más. A la mañana siguiente, cuando lo iba a tirar, me percaté de que el papel en que estaba escrito y la tinta empleada parecían muy antiguos. Aparte de los garabatos, como ya les decía, en la esquina estaba el anagrama J S U, en el que no me había fijado la primera vez que vi el documento, y en ese momento el corazón me latió intensamente.

—Me encantaría verlo, si me lo permite. Creo que, más que criptografiado, se puede tratar de un documento tratado en forma de esteganografía, sólo pensando en los actores que tenemos en esta escena —pidió Verne.

—En inglés, por favor —lo urgió Bell. Doyle reaccionó haciendo un gesto que daba a entender que él quería explicarlo, casi como si estuviera celoso de la atención que generaba el anciano.

—Hay muchísimas formas de cifrar mensajes, mi querido doctor, y tanto el señor Verne como yo, así como el notable Allan Poe en su época y tantos más, hemos diseñado sistemas propios, adaptados a las necesidades literarias. No obstante, en la realidad existen varias formas bastante definidas de criptografía que se vienen usando desde hace mucho tiempo, y lo que hacemos actualmente, por ejemplo con la cifra polialfabética que nos explicó el señor Verne hace unos minutos, no es más que dar vueltas sobre el mismo círculo…

—Es como en la literatura: todo está escrito ya y no hay nada nuevo que escribir. Lo único que se puede hacer es enlazar las letras de maneras distintas y ver qué sale de allí —lo apoyó Verne.

—¡Exacto! —gritó Doyle, alegre por primera vez desde que estaba con el francés— Es un parangón muy elocuente. La criptografía es un reto muy apasionante y su esencia, en cuanto a las múltiples interpretaciones que puede recibir un mensaje, es muy semejante a la literatura, o al menos eso es lo que

entiendo que quiere decir Seleni en el *Cryptomenytices et Cryptographiae*.

—¿La edición de 1624? ¿La conoce? ¿Lee usted en latín? —interrumpió una vez más Verne, generando en Doyle un movimiento de piernas que denotaba claramente que le producía una auténtica emoción encontrarse con alguien que tuviera el mismo canon de conocimientos que él.

—Existe un ejemplar de la primera edición, la que usted señalaba, en la biblioteca del Museo Británico. Es bellísima. Algo entiendo de latín, pero para serle franco lo que leí fue una traducción al inglés que inició el profesor Walden, de Oxford. Pero para no aburrirlo, doctor Bell, basta que sepa que la criptografía es el género, mientras que podríamos decir que la esteganografía es un subgénero, pues consiste en esconder un mensaje asignándole significados diferentes de los que tiene habitualmente, no como lo hizo el señor Verne hace un rato al mostrarnos veintiséis alfabetos en los cuales «A» deja de ser «A» y se convierte en «B», «K», «T» o cualquier otra. Por el contrario, la esteganografía simplemente disfraza cada carácter de una palabra, o una palabra completa, con algún símbolo elegido para ello; por ejemplo, la «A» puede pasar a ser una manzana, ya que de Newton hablamos, y una palabra completa como «mesa» puede ser representada, por ejemplo, por un buitre. Del mismo modo, existen sistemas esteganográficos que consisten en criptografiar un mensaje determinado y luego reducirlo miles de veces mediante sistemas de imprenta, hasta hacerlo tan pequeño que puede llegar a ser un punto dentro de una carta en la cual su receptor sabe qué debe buscar y cómo ampliarlo. No obstante, si de criptografía pura se trata, sigo sosteniendo que no existe imposibilidad matemática alguna para descifrar un código aunque no se conozca la clave, pues siempre responde a una constante.

Mientras Doyle hablaba, Verne se quedó en silencio un par de segundos, extrañado por algo que aún no escuchaba.

—Arthur, disculpe… pero lo primero que se me viene a la cabeza cuando habla de un montón interminable de letras «a» y «b» es la cifra biliteral de Bacon, que precisamente se compone de alfabetos reducidos a letras «a» y «b». Por eso mencionaba la esteganografía… ¿lo ha intentado con la cifra biliteral? Imagino que sabe de lo que le estoy hablando…

—Por supuesto que la he estudiado, y, aunque la forma del mensaje responde claramente a ella, aún no la he aplicado porque, si bien parece muy lógico, dudo que un sabio de la talla de Newton haya usado un código que todo el mundo conoce para…

—¡Un momento! Hablan de «todo el mundo» con una facilidad asombrosa —se quejó Bell.

—Perdón, profesor, pero es que me resulta evidente que el señor Verne y yo compartimos algunas lecturas exóticas y…

—Me doy cuenta de ello, pero no entiendo por qué no usó el mecanismo que sugiere el señor Verne, si suena tan lógico.

—Porque me parece que precisamente la cifra biliteral atenta contra uno de los principios básicos establecidos no sólo por Seleni, que entre paréntesis era en realidad el duque Augusto II de Brunswick-Lüneburg, sino también por el abad Tritemius, el principal impulsor de la esteganografía: que los mensajes sean confiables e indescifrables para cualquier tercero que no tenga nada que ver con el texto. Y le digo eso porque cualquiera que esté familiarizado con *Sir* Francis Bacon sabrá que en su libro *The advancement of learning*[2] de 1605, precisamente cuando existía una verdadera eclosión de la criptografía, contó cómo estando en Francia al servicio de Lord Bugley desarrolló la cifra biliteral para enviar mensajes cifrados a Inglaterra, y la explica pormenorizadamente, hasta tal punto que cualquier lego en la materia puede entender cómo funciona. Es decir, todos quienes se encuentran familiarizados con el tema están al tanto de este mecanismo y saben cómo utilizarlo, ¡pues está escrito en un libro que fue muy conocido en su momento! Es por ello que me inclino a pensar que Newton debió de haberse basado en ella pero seguramente modificándola, pues no tendría sentido esconder algo tan importante con una clave esteganográfica que se puede conseguir en la biblioteca. Por otro lado, en la misma obra, Bacon explicaba una serie de variaciones a esta regla, como la cifra «K» y otras. Es por ello que tras analizar el texto por varios lados, llegué a la conclusión de que probablemente fuera una adaptación, así que dejé el manuscrito en la biblioteca y decidí solicitar ayuda a una eminencia en estos pagos, mi buen amigo Lord Mycroft Lamont, con quien precisamente he quedado mañana en el museo para revisar el mensaje cifrado.

—Mi querido Arthur, no sólo me impresiona la cantidad de conocimientos extraños que ha amontonado en su cabezota durante estos años, sino que confieso mi más absoluta desazón por todo esto. Recuerdo vagamente que *Sir* Bacon fue canciller de la reina Isabel…

—De Jaime I, Joe. Alcanzó a asesorar un tiempo a Isabel, pero tuvo algunos problemas con ella.

—Como usted diga. Ello sólo le prueba mi ignorancia al respecto. Pero no entiendo nada más. No sé que tendría de raro que haya manuscritos perdidos por allí ni qué diablos podrían tener que ver en esto Shakespeare ni Newton, ni mucho menos por qué tomarse tanto trabajo para esconder algunos manuscritos de nuestro más grande dramaturgo.

Verne titubeó un segundo antes de explicárselo, pero finalmente decidió callar y dejar que Doyle hablara. Ya se había ganado su confianza y no quería herir sus sentimientos patrióticos, aunque estaba seguro de que Doyle pensaba —al menos respecto a eso— igual que él.

—Muy simple, querido doctor. Lo que sucede es que William Shakespeare, a quien usted llama nuestro más grande dramaturgo, nunca existió. Quien sí vivió y está enterrado bajo una lápida con ese nombre es un

carnicero analfabeto, devenido en actor, llamado Gugielmo Shaxpere, o Shakspere, o algo parecido… ése es el Gugielmo del mensaje encontrado en Francia. De hecho, al mencionárselo de tal forma en ese criptograma queda en evidencia que su autor está perfectamente al corriente de la llamada controversia baconiana y, por lo demás, al llamar Gugielmo a Shakespeare, deja de manifiesto que es un *baconiano*; es decir, un partidario de la tesis que señala a Bacon como autor de todos los libros de Shakespeare, y no un *stratfordiano*, como se denomina a los ortodoxos que creen a pies juntillas que realmente existió un escritor llamado Shakespeare.

—¿*Stratfordiano*? ¿Por el pueblo?

—Exacto, pues los primeros en alzar su voz en contra de la tesis *baconiana* fueron algunos habitantes de Stratford Upon Avon, donde vivió Gugielmo, pueblo donde existe toda una industria en torno a la imagen de Shakespeare que, obviamente, se les caería por los suelos de comprobarse que el sujeto en realidad era un fraude. En todo caso, desde hace ya más de un siglo se han ido acumulando evidencias que indican que el autor del llamado *Folio*, un inmenso tomo que recogió en 1623 todas las obras firmadas por el tal William Shakespeare, fue en realidad *Sir* Francis Bacon, quien no podía firmar con su nombre por una serie de razones que más tarde le explicaré, aunque a mi juicio una de las principales tiene que ver con su pertenencia a la fraternidad de los rosacruces, muchas de cuyas enseñanzas están codificadas esteganográficamente en obras como *Hamlet, Romeo y Julieta, Enrique V* y otras. ¿Qué opina usted, señor Verne?

—Comparto todo lo dicho por usted hasta la parte de los rosacruces. Creo que es indudable la autoría baconiana y el que las obras del *Folio* contienen mensajes cifrados por el juego de tipografías, pero lo demás me parece un poquito exagerado —respondió juntando los dedos índice y pulgar de su mano derecha, como enfatizando la suavidad con que estaba diciendo aquello. Trataba así de minimizar sus propias palabras, cuidándolas al máximo para no provocar un nuevo estallido de furia en el irascible escritor escocés. Para su relajo, Doyle escuchó sus últimas palabras sin que se le moviera un músculo de la cara.

—¿Juego de tipografías? —preguntó Bell buscando alguna respuesta en su discípulo, que a esas alturas ya se había relajado por completo e incluso se había sentado más cerca de Verne, desabrochándose la chaqueta y gesticulando constantemente con las manos.

—Tal como lo oye. Para un lector común ello pasa desapercibido, mas para un ojo entrenado es fácil ver los cambios de tipos en las diversas páginas del *Folio*. No existe explicación alguna para que en una misma página, e incluso dentro de una misma palabra, algunas letras estén escritas en caracteres románicos o latinos, es decir, los comunes, y que otras de esas letras estén en itálicas, o sea, levemente inclinadas a la derecha, a veces de forma tan delicada

que resulta casi imperceptible. No sólo eso. En el *Folio* y otras obras relacionadas es habitual encontrar tipos increíblemente menores que los otros, así como algunos escritos sobre o bajo la línea media de las demás palabras, sin que ello pueda siquiera presumirse como un error de imprenta. Para cualquier impresor eso es una tortura, pues significa que cuando se imprimió debió de usar al menos dos o quizá más juegos de tipos distintos, con todo el trabajo que ello conlleva. ¿Para qué? Para dejar mensajes cifrados que sólo algunos iniciados podrían entender interpretando las sumas o restas de tipografías —argumentó Doyle.

—Suena bastante fantasioso —reflexionó el médico, moviendo la cabeza negativamente.

—En absoluto, doctor Bell —contestó Verne—. Yo decía que no comparto plenamente el que se trate de mensajes rosacruces, a pesar de que Bacon era un rosacruz de tomo y lomo, pero son mensajes cifrados, sin duda. Shakespeare, o más bien el carnicero transformado en actor de pueblo que representaba el papel de Shakespeare, murió en 1616; Bacon falleció diez años después. Las obras que mencionamos antes fueron todas publicadas en esas fechas, junto con otras muchas que tratan el tema de la criptografía. No sólo Bacon o Shakespeare dejaron mensajes cifrados en sus obras, también muchos otros autores. Ahí tiene por ejemplo un libro que usted debe de conocer bien, dada su condición de médico: *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton, publicado en 1621, quizá uno de los más completos tratados sobre la mente humana y los problemas de depresión…, que contiene exactamente 13.333 citas. Eso no es casualidad.

—Como tampoco lo es que en varias páginas de la anatomía de Burton la resta de tipos románicos e itálicos dé siempre 287, lo mismo que en el *Folio*. Ni tampoco es casualidad que las obras cumbre de los rosacruces, *Fama Fraternitatis, Confessio Fraternitatis* y *las bodas alquímicas de Christian Rosenkreutz* se publicaran en 1014, 1015 y 1616, aunque se conocían desde al menos veinte años antes en forma de manuscritos. Ni que Burton citara con frecuencia los rosacruces en la obra que mencionamos —complementó Doyle.

—¿287? ¿Los rosacruces? —preguntó Bell.

—Arthur se refiere —argumentó Verne— a una vieja tesis sobre la autoría de Bacon en las obras de Shakespeare, ya que en muchas páginas del *Folio*, aplicando la técnica de sumar o restar letras capitales, romanas, itálicas, tipos mayores o menores, obtenemos la cifra 287. Muchos partidarios de la tesis rosacruz dicen que además el 287 aparece también como el valor de muchas palabras en varios textos de Bacon y otros autores, cifra que se obtiene al asignar valores aritméticos al alfabeto inglés vigente hacia el 1600, compuesto por 24 letras, dado que en aquel tiempo no se usaban la «J» y la «U», utilizando tanto el alfabeto simple como la denominada «cifra K» diseñada por Bacon, y que se llamaba así porque comenzaba con esa letra. Para que tenga

una idea, un sistema común por el que se asignaban valores numéricos a las letras, en aquella época, era más o menos así —señaló, dando la vuelta a la hoja que tenía al principio y escribiendo sobre ella:

A B C D E F G H I K L M

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12

N O P Q R S T V W X Y Z
13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24

—De esta forma, si alguien quería citarme de forma subrepticia en algún texto, escribía «60» de alguna forma que sólo los entendidos entendieran… qué sé yo, disponiendo 60 letras itálicas en cada página. ¿Por qué? Muy simple, porque si de acuerdo a este alfabeto usted suma las letras que componen mi apellido, Verne, le dará 60. La «cifra K», que ya mencionamos, empezaba por la «K», a la cual se le asignaba su valor establecido según el alfabeto simple; es decir 10, y así sucesivamente. Pero al llegar a la «Z», es decir, el 24, Bacon decidió arbitrariamente saltarse el 25 y el 26 y recomenzó el alfabeto asignándole el 27 a la «A», terminando el alfabeto de la «cifra K» en el 35, que es la «I». Lo más probable es que lo haya hecho para confundir a los espías que pudieran haber interceptado mensajes cifrados, haciéndoles creer que si traducían desde la «K» a la «Z» estaban en presencia de un mensaje cifrado en forma simple. Esta cifra —agregó el anciano— quedaba así:

K L M N O P Q R S T V W
10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21

X Y Z A B C D E F G H I
22 23 24 27 28 29 30 31 32 33 34 35

—Ahora bien —siguió Doyle—, para los rosacruces el 287 es un número especial, pues lo repiten en muchos escritos y lugares, y sucede que en las obras de Shakespeare se encuentran 287 por todas partes, lo que muchos interpretan como la suma interna de las palabras «Fra Rosi Crosse» usando la «cifra K», es decir, «Hermano Rosa Cruz». Por ello muchos creen que las obras de

Shakespeare, escritas por Bacon, eran en realidad una suerte de inmenso manifiesto rosacruz sobre secretos que sabe quién sobre qué versarían, y que la forma de que los miembros de ese grupo supieran dónde buscar esos mensajes era reconocer las páginas en que hubiera un 287.

—Es bastante enrevesado, «Fra» Doyle —se burló Bell—. De entrada, aunque fuera verdad, no veo qué tendría que ver con ello el pobre Newton, y, por lo demás, no creo que el espionaje alemán ande preocupado por libracos en los que está escrito el número 287 por todos lados.

—Le insisto en que creo que el 287 es sólo una cifra de reconocimiento. Los mensajes son parte de otro sublenguaje que debería de encontrarse en alguna parte del *Folio* y que seguramente podría entenderse si se encontraran los manuscritos originales de sus obras, pero esos documentos desaparecieron, algo bastante incomprensible para cualquier escritor. Yo mismo poseo un arcón lleno de textos originales garrapateados con mi nombre, e imagino que lo mismo sucede en el caso del señor Verne.

—En realidad, tengo varios baúles —asintió éste.

—Recapitulemos, señores, que creo que me estoy perdiendo —terció Bell —: en resumidas cuentas, según eso, la verdadera identidad de Shakespeare sería la de Francis Bacon, que fue dejando pruebas de ello a través de claves numéricas relacionadas con los rosacruces, pruebas que podrían verse confirmadas si se hallaran los manuscritos originales de sus obras, actualmente desaparecidos… pero pudieron pasar muchas cosas con los textos originales de William Shakespeare. No creo que se pueda concluir que no escribió nada sólo porque no están los originales. Allí tiene todos los libros con su nombre.

—Hay cientos de pruebas más que echan por tierra a los *stratfordianos*, señor Bell. Supongo que ignora el hecho de que no existe ni un solo documento firmado por el señor Shakespeare, salvo su testamento, donde aparece un nombre que pareciera decir Shakespeare, pero que más bien parece escrito por un niño. El testamento en sí es muy curioso, pues suponiendo que Gugielmo fuera el erudito que la historia oficial reconoce, es como mínimo raro que legue algunas posesiones y dinero a sus parientes y ni hable de libros… curioso, ¿no?, que un hombre de la cultura de quien firmaba como Shakespeare, un hombre erudito en historia internacional, un verdadero maestro de las leyes, un intrigante de las cortes, no tuviera al menos una modesta biblioteca pero sí se preocupara de dejar «su mejor cama» a su mujer y su «segunda mejor cama» a su hija mayor… Más aún, nada se menciona en el libro sobre el reparto de utilidades futuras a cuenta de sus obras, nada. Sé que parece antojadizo, pero esa cifra 287 era de uso frecuente en 1600 y sí, filósofos como Bacon o Burton se tomaban muchas molestias en sus obras, pues una cosa era el significado literal de éstas y otra muy distinta los mensajes subversivos que llevaban cifrados. No hay que olvidar que los rosacruces eran unos verdaderos herejes que criticaban duramente al papado y a los

musulmanes, acusándolos de degenerar las enseñanzas cristianas —agregó Verne.

—¿Que el papado subvertía el cristianismo? ¿Eso decían?

—Exacto, y se hicieron muy conocidos con los tres libros que le acabo de mencionar.

—Que fueron escritos por un tal Johann Valentin Andreae, un alemán que era seguidor acérrimo de Lutero. Ahí puede explicarse usted por qué tanto encono hacia el papado —musitó Verne.

—Que se supone —Doyle remarcó la palabra— fueron escritos por Andreae, pues no existe constancia alguna de quién los redactó, señor Verne. En agosto de 1623, París amaneció prácticamente empapelado con una proclama en la cual los rosacruces decían salir de las sombras para sacar a los hombres de su error mortal. Se iniciaron todo tipo de investigaciones y nunca se dio con un solo rosacruz, debido a que los rosacruces no sólo captan a los mejores cerebros que hay en el mundo, sino que además se mueven con un completo sigilo, un sigilo muy estricto que obliga al grupo a permanecer en silencio a lo largo de un período de ciento veinte años. Durante los ciento veinte siguientes pueden enviar mensajes, mediante libros o proclamas, después no, después sí… El secreto con que actúan es tan estricto que se dice que el hecho de que alguien se proclame rosacruz es la mejor prueba de que no lo es, a diferencia de los masones, que son más «públicos», pese a lo que muchos creen. ¿No le parece al menos coincidente que la primera manifestación pública de los rosacruces, que dicen salir de las sombras pero a quienes nadie ve, se realice justo el mismo año en que se publica el *Folio*, el cual está lleno de mensajes cifrados?

Verne se mantenía en silencio, pero Bell se interesó genuinamente en el asunto y le pidió a Doyle que le explicara más en detalle en qué consistía ese peculiar grupo rosacruz. El escritor escocés le contó que existen tratados de historia del siglo XIV en que ya se menciona a una organización de ocho sabios que usaba como emblema la Rosa y la Cruz, ocho sabios que habrían sido convocados —según el *Fama Fraternitatis*— por Christian Rosenkreutz, nacido en 1378, quien a los dieciséis años viajó a Oriente Medio en busca de sabiduría. Explicó que ese libro relata que, tras pasar por Siria, Egipto, la Tierra Santa y Marruecos, Rosenkreutz llegó a una misteriosa ciudad de Arabia llamada Damkar, donde estuvo tres años recibiendo adiestramiento en matemáticas, física, astronomía y otras ciencias.

—Allí también —precisó Doyle con gran emoción— tradujo al latín un ejemplar del libro que los rosacruces llaman el texto más importante del mundo después de la Biblia, un manuscrito llamado el *Libro T*, que nadie sabe de qué trata…

—Es una alegoría, Arthur. No puedo creer que tome al pie de la letra todo lo que dice el *Fama Fraternitatis*…, porque si usted cree en ello, también

debería creer que Rosenkreutz, es decir, Rosa Cruz, murió a los ciento ocho años —criticó Verne.

Doyle se vio un tanto contrariado, pero retomó su idea sin mostrar ni un ápice de molestia hacia el francés.

—El mundo es una gran alegoría, señor Verne, y me limitaré a recordarle que a Heinrich Schliemann le dijeron miles de veces que la historia que contaba Homero era sólo eso, una alegoría, un cuento épico diseñado para entretener a las masas en épocas en que no había diarios ni folletines ilustrados. Y ahí tiene usted los restos de Troya, encontrados unos años atrás por Schliemann. No voy a entrar en el asunto de la edad porque efectivamente puede ser una alegoría, pero también un error de quien escribió el libro o incluso un error de cálculo, aunque es de justicia reconocer que médicamente es posible. Creo firmemente que el *Libro T* existió y que aún existe en alguna parte, quizá codificado en los escritos que Bacon disfrazaba con el nombre de Shakespeare. ¿Se imagina una mejor forma de mantener en secreto un libro tan secreto como ése, del cual los mismos escritos rosacruces dicen que es mejor que no sea del conocimiento público, y evitar así que se pierda por cualquier motivo?

—Concuerdo con el señor Verne, Arthur, en que el relato es sumamente fantasioso, pero al mismo tiempo me resulta muy intrigante. Continúe, por favor, y explíqueme qué buscaban o proponían estos señores —pidió Bell.

—Nadie lo tiene claro. Lo que cuenta el *Fama* es que Rosenkreutz, después de regresar a Alemania, reunió a un grupo de siete sabios, ocho contándolo a él, muchos de los cuales eran alquimistas, que empezaron a estudiar como posesos todas las ciencias existentes con el fin aparente de aumentar el *Libro T* y crear así un compendio del saber del mundo. Se reunían una vez al año en lugares previamente fijados para ello y tenían un especial culto hacia la muerte. Su mayor secreto era el lugar donde los sepultaban, pues siguiendo a los egipcios no sólo enterraban sus cuerpos, sino que con ellos depositaban sus libros y pertenencias. En el *Fama* sólo se mencionan dos sepulcros: uno está situado en Inglaterra y habría pertenecido a un rosacruz llamado I. O. El otro al que se refieren, sin decir en qué país se encuentra, es la cripta de Rosenkreutz, que era una bóveda subterránea con forma de heptaedro, de siete pies de ancho y ocho de alto, con un sol en el techo, un altar circular en el centro y una placa de cobre que contenía extrañas inscripciones. Debajo del altar estaba la tumba, sobre un suelo conformado por triángulos. Había allí también dos cofres, uno con los escritos de Rosenkreutz y otro con fabulosos aparatos, como una lámpara que nunca se apagaba. Hay que mencionar que en el primer cofre los autores de el *Fama* habrían encontrado el *Libro* T, en forma de pergamino escrito con letras de oro.

—Y el cuerpo del señor Rosenkreutz intacto, cuando abrieron la tumba —

se burló Verne.

—Sí, eso dicen, y una vez más le admito que puede ser una alegoría… o un cuerpo momificado. En todo caso, eran profundamente cristianos y sus libros están llenos de referencias a Jehová y a Jesús. Le recuerdo que, si de ser incrédulos se trata, tampoco podríamos admitir la resurrección de Jesús y su ascensión a los cielos, por poner un solo ejemplo, pues médicamente es imposible.

—Pero ¡no puede poner dos situaciones tan distintas en un mismo plano! —le reclamó Bell un tanto airado.

—¿Y por qué no? Yo fui educado como católico, eso lo sabe usted bien, Joe, pero no puedo dejar de pensar que en el caso de Cristo la única evidencia que existe de su vida son testimonios escritos mucho tiempo después de su muerte y que describen un evento sobrenatural, por cierto. Si lo aceptamos como un hecho, ¿por qué no aceptar otros eventos del mismo carácter, como el caso de Rosenkreutz?

—Sencillamente porque estamos hablando del hijo de Dios, Arthur, eso no se discute.

—Yo no lo discuto ni usted tampoco, porque nuestro país es cristiano, pero vaya a contarles eso a los budistas o los judíos. Es nuestra versión de la historia, no la historia definitiva, y en todo caso, Joe, mi intención no era discutirle sobre los milagros de Jesús, sino darle a entender que, al menos yo, estoy abierto a la existencia de fenómenos que quizá tardemos milenios en entender. Por último, le recuerdo que éste no es el centro de la discusión. Más aún: yo le estaba diciendo que los rosacruces eran profundos seguidores de Cristo.

—En ese sentido puedo entender que usaran una cruz como símbolo, pero… ¿y la rosa?

—Mi querido profesor Bell, usted debe de saber que la rosa es uno de los símbolos más universales de todas las civilizaciones. Es un símbolo hermético por excelencia para los musulmanes, emblema del saber que eclosiona cuando llega el buen tiempo… y para los cristianos muchas veces se parangona la rosa con el cáliz donde se guardó la sangre de Cristo, y también se la identifica con los cristales que formaron las gotas de su sangre.

—Ya tengo una idea más clara, pero aún sigo sin entender el cuadro completo… —se quejó el médico de Edimburgo.

—Más adelante le podré explicar con detalle lo que une a los rosacruces con todos ellos. Mejor aún, le pediré a Lord Mycroft que lo haga. Si alguien en esta época merece ser distinguido como un filósofo a la antigua usanza es él. Por de pronto ya está cayendo la noche, y creo que si no nos apresuramos, por mucho aprecio que me tengan en la biblioteca no nos dejarán pasar. E imagino, señor Verne, que querrá ver lo antes posible el manuscrito, ¿o me equivoco? —preguntó el creador del detective londinense, provocando en el

francés una sonrisa semejante a la de un niño al que le regalan un enorme caramelo.

Llegaron en medio de una fuerte neblina a Russell Street y se detuvieron ante la inmensa mole del Museo Británico. A Doyle le fascinaba ver la iluminada fachada del edificio, que contaba con electricidad desde 1879, y caminar despacio por entre sus múltiples tesoros, reunidos desde su fundación en 1753, cuando el museo empezó a funcionar en una pequeña mansión que abandonó un siglo después, debido a que sucesivas donaciones llevaron a que, en 1852, se iniciara la construcción del enorme edificio de Russell Street. En 1857 se levantó dentro de éste el que para Doyle era el mayor tesoro de todos, la inmensa sala circular de lectura. Se trata de una gigantesca bóveda de piedra marmórea a la cual se entra por dos escaleras circulares que recorren la estructura a sus costados, como si fueran arterias rodeando un músculo. De noche, las débiles lámparas aledañas a las paredes daban un fantasmagórico aspecto a las escaleras, que se acentuaba por las columnas dóricas situadas en los muros ubicados a ambos lados.

El interior de la sala recordaba al de los antiguos *scriptorium* de las capillas medievales, y seguramente el arquitecto Robert Smirke los tuvo en cuenta para su creación. La alta cúpula estaba rodeada por estantes llenos de millones de libros y sobre ella se veían las ventanas que daban a las salas de lectura, tenuemente iluminadas.

Se aproximaron al acceso de la calle, el cual estaba habitualmente flanqueado por un guardia. Pero éste no se veía por ninguna parte.

—¿Qué hacemos? —preguntó Verne.

—Esperemos a que aparezca el vigilante. Me da la impresión de que ya terminó la hora de las visitas, aunque no hay que preocuparse por ello. Deben saber ustedes que hay varias secciones de la biblioteca que están restringidas a miembros de la cámara de los lores y de los comunes, y precisamente gracias a una gestión efectuada por Lord Mycroft Lamont la semana pasada, antes de que viajara al continente, me prepararon un pequeño despacho en la biblioteca, donde tengo acceso a todo lo que requiero. De hecho, allí cuento, entre otras obras, no sólo con el libro de Seleni que usted tanto ansia ver, señor Verne, sino con una edición original del *Folio*, del cual se estima que no quedan más de ciento veinte ejemplares.

—*Merde!* —exclamó Verne de pura alegría.

—En todo caso, creo que tendremos que esperar bastante rato para pasar —intervino Bell señalando al guardia, que se encontraba en una de las esquinas, de espaldas a ellos, coqueteando con una mujer que a todas luces no era la suya.

—Entremos —sugirió Doyle, que antes de que Bell pudiera protestar ya había empujado una puerta lateral—. A la vuelta le explicaremos al guardia por qué hemos entrado sin su permiso. Creo que entenderá nuestro gesto de

solidaridad masculina hacia él —dijo el creador de Sherlock Holmes con una sonrisa socarrona y frotándose las manos.

Los dos escritores y el médico comenzaron a caminar por el pasillo principal en medio de una penumbra que parecía invadida por la neblina empalagosa que surgía desde el Támesis, provocando una sensación de irrealidad que se magnificaba por la ausencia absoluta de personal. Comentaron que quizá los guardias del interior estuvieran en alguna ronda.

Doyle conocía de memoria los recovecos del moderno edificio neoclásico del museo, por lo que los guió con rapidez hacia el segundo piso, aunque Verne, de lento andar y que había olvidado su bastón en el hotel, tropezó varias veces, siéndole además bastante penoso el ascenso por la escalera.

—Me parece muy oscura y extraña la disposición de la luz… parecen verse algunas sombras —comentó el francés mientras arrastraba su pierna herida por los escalones.

—Es producto de la fusión de estilos. Al clásico que domina toda la fachada se mezclan las columnas dóricas talladas en el interior y otras. Además, como sucede en el Louvre, también aquí abundan las historias de fantasmas. Quizá fue uno de ellos lo que vio usted —le contestó sarcásticamente y entre susurros el escritor británico.

Entraron en la sala de lectura, que permanecía casi a oscuras, a excepción de la claridad que aportaba una bombilla que titilaba en el fondo. Por la amplia bóveda ojival del techo, satinada de vidrio, se filtraban débiles rayos de luz que generaban un impresionante juego de sombras y brillos, haciendo aún más evidente la magnificencia del edificio en el cual se encontraban, probablemente uno de los mayores receptáculos de saber del mundo civilizado después de la biblioteca de Alejandría.

—Esperen aquí —ordenó Doyle dirigiéndose hacia la lámpara, donde un hombre vestido de levita negra, que timbraba algunos libros, levantó la cabeza apenas entraron, un tanto sobresaltado. No obstante, al ver quién era el visitante, el hombrecillo lo recibió con gran alegría, a juzgar por la forma en que movía los brazos. Tras una breve conversación con Doyle se puso de pie.

La biblioteca del museo estaba en ese tiempo conformada por tres colecciones principales de manuscritos. La primera era la del propio Sloane; la segunda, la de Robert Cotton; y la tercera era la de Robert Harley. Todas ellas contenían innumerables escritos medievales de distinto orden, algunos claramente heréticos y esotéricos, así como mucha literatura cristiana, y en medio de ellas se encontraban otras tantas estanterías con innumerables publicaciones. Doyle regresó donde Bell y Verne.

—El bueno de Johnson ha ido a buscar la llave del pasillo por el que se entra al despacho. Nos hace un gesto. Vamos —indicó el escritor, seguido por los otros. Caminaron hacia el centro de una gran librería que se interrumpía en una puerta de color caoba abierta por el servicial empleado. Detrás se podía

ver un breve pasillo y al fondo una escalera, que subía a las salas de lectura del segundo piso, visibles a través de los ventanales que irrumpían en las faldas del techo abovedado.

—Tómese el tiempo que necesite, señor Doyle.

—Aquí tiene la llave del despacho —le indicó Johnson, pasándole un grueso manojo.

—Muchas gracias —se limitó a responder el aludido. Caminaron un par de metros y Doyle metió la llave en una puerta situada antes de la escalera, que abrió el paso a una sala a oscuras. Buscó el interruptor y de pronto todo se iluminó. Se hallaban en una de las oficinas donde se confeccionaban las fichas bibliográficas, a juzgar por las miles de ellas que había desparramadas sobre una mesa al fondo, a medio llenar, así como por las cajas que se amontonaban por todas partes y que contenían fichas en blanco. En una pared había cientos de libros arrumbados, relativamente nuevos, y al otro lado un pequeño escritorio soportaba decenas de textos de antigua factura, ordenados unos sobre otros.

—¡El *Folio*! —gritó Verne lanzándose sobre el primero de los volúmenes, que en efecto era una edición original del *Folio* impreso por Iaggard y Blount en Londres, en 1623, encabezada por el título:

MR. WILLIAM
SHAKESPEARES

Debajo del nombre había un detallado retrato del presunto Shakespeare dibujado por Martin Droeshout, quizá la efigie más famosa de «El Bardo».

—Imagino que ha visto usted esta imagen antes, profesor Bell —le dijo Doyle.

—Por supuesto. Es casi igual de famosa que la cara del señor Holmes que tan graciosamente me inventó ese dibujante amigo suyo del *Strand*.

—¿Se ha fijado en los detalles que tiene ese retrato de Shakespeare? —le preguntó Doyle.

—¿Como cuáles?

—Mírelo como médico.

—Si esto fuera una fotografía, y por tanto, una reproducción exacta del individuo al que retrata, y en el supuesto de que el dibujante dominara las proporciones del cuerpo humano, diría que el pobre Gugielmo tenía hidrocefalia. Su cabeza está evidentemente desproporcionada.

—Muy bien, pero eso no es todo. Mírelo de nuevo —le pidió Verne.

—El único otro detalle que me llama la atención es que, siendo retratado como un hombre más bien delgado o de contextura media, aparezca una especie de arruga por sobrepeso bajo su cuello.

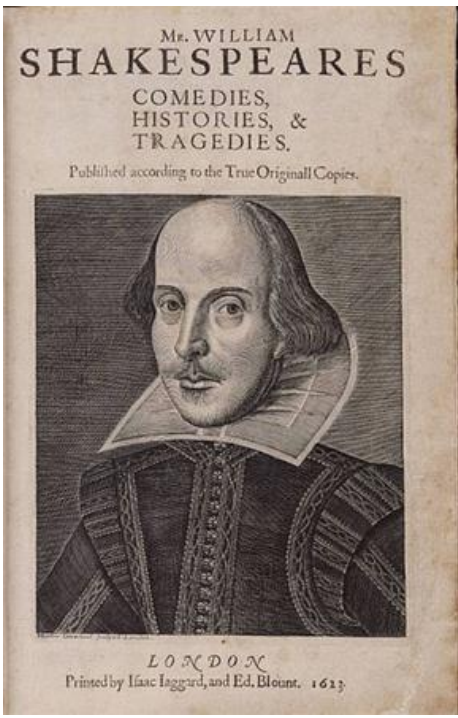
—Eureka, profesor. Tiene toda la razón. Hay que suponer que el bueno de

Droeshout dibujó esto a partir de las descripciones que alguien le tuvo que dar, porque no se olvide que el *Folio* se imprimió casi siete años después de la muerte de Shakespeare y por tanto es muy probable que el retratista no conociera al señor que tenía que dibujar en la portada. Si es así, y debiendo tratar de favorecerlo, como haría cualquiera al que le pagan por ello, ¿para qué dibujar esa arruga?

—¿Está sugiriendo que lo dibujó con una máscara, que por eso su cabeza se ve más grande de lo que debiera ser y que la arruga no es tal, sino el borde de la máscara? —le preguntó Bell, generando el regocijo de Verne.

—Sólo una vez he visto un caso tan claro de parecido entre el personaje y el hombre que lo inspiró. Si ustedes conocieran a mi buen amigo Gaspar Tournachon, en quien me inspiré para crear al aventurero Miguel Ardan en *De la Tierra a la Luna*…

—Pues bien, profesor, ha dado en el clavo. Mire bien el retrato de Shakespeare allí y ahora observe este de Bacon que figura en la portada de uno de sus trabajos, impreso hacia 1679. Fíjese justo debajo del retrato y observe cómo están escritas las palabras, en una mezcla de itálicas, romanas, superíndices y subíndices… y aprecie el asombroso parecido entre Bacon y Shakespeare —dijo Doyle.



—Mmm… hay un parecido, pero… no sé, me da la impresión… de que puede ser producto de que ese tipo de cara era lo que se consideraba el

estereotipo de belleza clásica de aquellos años. No obstante… creo que Bacon parece tener la nariz completamente recta, mientras que el señor de la máscara da la impresión de tener una leve desviación en el tabique nasal. Imagino que quien dibujó a *Sir* Bacon en 1679 tampoco lo tuvo a la vista, ¿no? Si no me equivoco, Bacon estaba bien muerto ya en esas fechas.

—Exacto. Bacon murió en 1626, diez años después que Gugielmo, por lo cual no deja de ser pasmoso que todos los que dibujaban a Bacon lo retrataran igual que los cuadros de Shakespeare. Sin embargo, todo esto es más evidente cuando se realiza un pequeño experimento… —expuso el escritor británico, sacando de una caja ubicada a un lado varios negativos de fotografía y una gran lupa de aumento—. Usted recordará, doctor Bell, que desde siempre he sido aficionado a la alta tecnología, y desde hace un tiempo he podido darme algunos caprichos en ese aspecto, el último de los cuales ha sido adquirir una cámara fotográfica que trabaja con negativos de Kodak en vez de daguerrotipos, lo que permite reproducir una foto todas las veces que usted quiera, pues cuando capta una imagen lo que hace en realidad es grabar en forma inversa y sobre una película emulsionada los objetos que la lente capta, imagen que posteriormente se revela como una imagen completa e inversa de lo captado en una película fílmica, la que usted después puede pedir en el laboratorio que se positive sobre papel especial cuantas veces quiera. Es como una matriz, realmente asombrosa. Si hace ochocientos años alguien hubiera dicho que en el futuro iba a ser posible aprehender trozos de la realidad y dejarlos congelados para siempre le habrían dicho que era magia, hechicería, algo imposible… y lo más seguro es que el autor de tan audaz idea hubiera terminado castrado en algún calabozo.

—Es como si hoy en día alguien dijera que es posible ir a la Luna —replicó Verne con ironía.

—O viajar en el tiempo —agregó Doyle para no ser menos—. Pues bien, lo que tengo en la mano son dos negativos de fotos de las caras de Bacon y de Shakespeare, que tomé de las portadas de sus respectivos libros. Pongamos la imagen de Bacon mirando en el mismo sentido de Gugielmo, así:

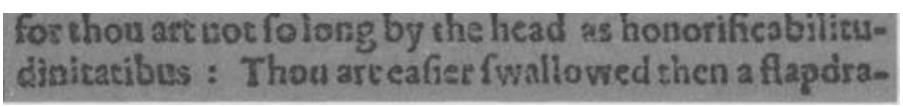
—¿Y qué piensa hacer con ellas? —inquirió Verne.

—Las va a superponer, me imagino —intervino Bell—. Sin perjuicio de que me parece evidente que el resultado será favorable a su tesis, pues de otro modo no nos lo mostraría. Debo decirle, Arthur, queme parece que está ideando algo que en el futuro —Verne levantó las cejas, como tomando nota mental de lo que se estaba diciendo— podría ser una excelente fuente de identificación de personas. Incluso podrían llegar a existir fotos de todos aquellos que tienen dieciocho años, que es una edad en la que los rasgos ya están casi complemente definidos. Ello podría utilizarse después para identificar cadáveres desconocidos.

—Sería magnífico, pero el coste de algo así llegaría a las nubes. En todo caso, tiene razón en lo relativo a que obviamente ya probé mi teoría y no tengo empacho alguno en admitirle que, pese a tratarse de grabados, no es que haya parecido entre ellos, sino que sencillamente se trata del mismo sujeto. Observe —indicó superponiendo la foto de Bacon a la de Shakespeare y sujetándolas contra la luz de la lámpara:

»Ahora, si revisan las dos imágenes superpuestas con la lente de aumento, verán que los bordes de los grabados coinciden casi a la perfección, incluyendo los bordes de la nariz, lo que prueba que la aparente deformidad del tabique de Shakespeare no es más que un fenómeno óptico, producto de los claros y oscuros. Parece como si hubieran copiado uno y otro retrato usando una cuadrícula, y que el único detalle del retrato de Shakespeare que no se encuentra en el de Bacon es el del cuello. A mi juicio, ello deja de manifiesto el hecho de que la máscara que lleva Shakespeare sobre su verdadero rostro es una reproducción de la cara de Bacon —manifestó satisfecho.

—Impresionante, tan impresionante como esto —expresó Verne, que había abierto el ejemplar del *Folio* y lo hojeaba suavemente, como buscando algo—. ¿No lo cree, mi joven Arthur? —le preguntó mostrándole la página 136.


for thou art not ſo long by the head as honorificabilitu-
dinitatibus : Thou art eaſier ſwallowed then a flapdra-

Otro de los enigmas dejados por el señor que se escondía detrás de la máscara de Shakespeare. ¿Ha oído esta palabra, señor Bell?: Honorificabilitudinitatibus. Aparece en el acto V del *Love's Labour Lost*[3] uno de los primeros textos firmados por un tal «Shakespeare», impreso por Cutbert Burby en 1598 y reimpreso en el *Folio*. Se supone que, con 27 letras, es la palabra inglesa más larga jamás escrita, aunque nadie sabe qué significa, y pese a que muchos creen que la inventaron Bacon o Shakespeare, ya aparecía en un diccionario latino anterior a ellos, el de Uguccio. Aun así, los *baconianos* más fanáticos creen que si se descompone la palabra y se reordenan las letras…

—Un anagrama —acotó Bell.

—Exacto. Si se reordena, diría algo así como «*Hi ludí F. Baconis nati tuiti orb*», es decir, «Bacon es el autor de estas obras», aunque para mí tiene mucho más sentido el juego de los números, una vez más. Esta palabra, en la página señalada, es la número 151, y aparece inserta en medio de un contexto que no se entiende, y que sólo es posible explicarse si se suma a su posición el número de página, es decir, el 136. Ello da 287. Ahora, si suma sus letras usando el alfabeto simple, le dará…

—Ya sé, ya sé. Supongo que será 287. Debo decirle, Arthur, que todo este asunto de los números no me convence. Podríamos poner cualquier cifra arbitraria y comenzar a buscarla por todas partes —apuntó Bell.

Doyle no pudo ocultar su molestia ante la pulla. Prácticamente le quitó de las manos el ejemplar del *Folio* a Verne y comenzó a revolver las páginas como un poseso, y a medida que iba pasando las hojas caían papelillos con anotaciones suyas.

—Sé que de buenas a primeras suena raro, pero ésa no es la única coincidencia en esa palabra. Observe y juzgue: la dedicatoria de la primera parte del *Folio*, en su segunda página, tiene 287 letras. En la dedicatoria de la segunda parte, encabezada «a la gran variedad de lectores», hay 279 palabras románicas y 8 en itálicas, es decir, 287. Lo mismo ocurre con los versos a Ben Jonson en la primera parte: 289 letras en itálica y 2 en tipos más grandes; 289 menos 2 da 287 de nuevo. Los versos a Digges contienen 220 itálicas y 67 románicas; el verso a los lectores en *El rey Juan* tiene 310 itálicas y 23 románicas, o sea, 287. En los nombres de los actores hay 332 letras en itálicas y 45 en románicas… 287 también. Sumando y restando, el 287 se encuentra en la primera y última página de las comedias, las historias y las tragedias. Y mire esto otro —argumentó, removiendo el montón de libracos que se encontraban a la izquierda de la mesa—. El *Art of english poetry*[4], de 1589, tiene 287 letras itálicas en la dedicatoria. Aquí está el *Adancement of learning*, de Bacon, publicado en 1605, con 320 letras románicas en la última página, menos 33 itálicas… ¡da 287 indefectiblemente!

—Arthur, Arthur… —intentó interrumpirle Verne en vano.

—¡No sólo eso! Vean este otro libro, el *Wisdom of the ancients*[5], de Bacon,

publicado en 1620, con 287 románicas en la dedicatoria, y el *Bacon's Letters*[6], de Stephens, publicado en 1702, con 287 letras en su última página. ¿Creen acaso que todo ello es casualidad? —preguntó Doyle casi exhausto y sentándose en una vieja silla cubierta de fichas bibliográficas, varias de las cuales cayeron al suelo al recibir su humanidad.

—Arthur, honestamente su apasionamiento es capaz de convencer a cualquiera, pero en este momento lo más importante es que veamos ese enigmático mensaje que le fue enviado. Una vez lo hayamos descifrado, podremos lanzarnos de lleno a estas disquisiciones —trató de razonar Verne.

—Sí, claro. Aquí está —dijo incorporándose y abriendo el cajón del escritorio. Dentro había un montón de fichas bibliográficas y sobre ellas un sobre blanco e inmaculado, mas Doyle no le hizo caso y comenzó a revolver un tanto desesperado.

—¿No es ése el sobre donde estaba el mensaje? —preguntó Verne.

—No —contestó Doyle casi con enfado—. De hecho, ayer no había ningún otro sobre en este cajón, y además el sobre donde dejé el escrito era amarillo. Debe de estar por aquí…

—Piense bien, Arthur. ¿No existe la posibilidad de que le haya comentado a alguno de los bibliotecarios que había dejado un importante documento allí y que éste, por prevención, lo hubiera guardado en otra parte? —planteó Bell.

—No es siquiera una posibilidad, doctor, pues nadie en la biblioteca sabe de la existencia del manuscrito. Como ya le dije, usando mis influencias pedí a Lord Lamont que me consiguiera una oficina reservada para hacer un trascendental trabajo sobre Shakespeare y Bacon, y por ello pusieron a mi disposición los ejemplares que acabo de mostrarles, pero no tenía intención alguna de revelar a nadie lo que tenía entre manos hasta que no lo tuviera descifrado.

—¿Y no pudo haber venido Lord Lamont y gastarle una broma? —preguntó Verne.

—Cuando lo conozcan se darán cuenta de que no hay nada más lejano a su carácter que las bromas, y menos aún una de este tipo. Por lo demás, es de mi más absoluta confianza y, por último, él se limitó a hacer la gestión hará unos diez días, justo antes de marcharse al continente, de donde regresa hoy mismo.

—¿Y no se lo habrá llevado usted mismo a su casa? La mente a veces hace misteriosas jugarretas… —sugirió Bell.

—Estoy seguro de que entre los papeles que me llevé ayer no estaba el manuscrito. Más aún: recuerdo perfectamente haberlo puesto allí y puedo asegurarles que este sobre blanco no estaba.

—Muchas veces uno sale de casa y no recuerda si apagó la luz… —insistió el médico de Edimburgo.

—Puede que tenga razón. He estado demasiado embebido en este asunto todos estos días. A lo mejor dejé ahí el sobre y no lo recuerdo —admitió

Doyle tomando el sobre blanco, que no tenía lacre alguno. Al palparlo sintió algunas protuberancias en su interior—. Qué… ¡diantres es esto! —exclamó al ver que dentro había cinco semillas de pequeño tamaño, que se le cayeron de la mano. Doyle observaba con el semblante de un muerto.

—Cinco pepitas de naranja —acotó Verne, mirando de soslayo a su colega británico.

—¡Eso es un invento mío! ¡No existe ninguna referencia seria que indique que el Ku Klux Klan haya enviado nunca sobres con semillas de naranja! ¡Es una licencia literaria muy barata y de mi propia invención! —gritó Doyle, completamente fuera de sí.

—No importa si no existía. Desde que usted lo plasmó en su cuento cobró realidad. Yo sugerí determinados usos para el globo aerostático y mire cómo terminaron los confederados por culpa mía, bombardeados por los globos de los yanquis. Cada letra que usted escribe en una novela es realidad que se construye —le reconvino Verne.

—Perdón por interrumpirles, pero quisiera que me pusieran un poco al día. No tengo ni idea de qué están hablando —pidió Bell.

—Parece evidente que usted no leyó *Cinco pepitas de naranja*. Se trata de uno de mis peores cuentos, de la serie final de Holmes, que escribí el año pasado. En él se relata la muerte de tres personajes, uno de los cuales había estado en América del Norte durante los años sesenta y regresado a Inglaterra cubierto de fortuna, pero que fallece tras recibir un sobre con cinco pepitas de naranja y tres letras «K» en su interior, además de un mensaje en el que le ordenan entregar ciertos documentos. Las letras «K» aludían a las siglas del Ku Klux Klan, una siniestra organización secreta fundada en 1865 por ex combatientes sudistas en Estados Unidos que se dedicaron durante varios años a vestirse con capuchas blancas y a quemar negros, católicos, judíos y cualquiera que no fuera de su agrado. No obstante, según las enciclopedias que pude revisar, este grupo fue suprimido por el acta de derechos civiles de 1871. Si hubiera sabido que estaba funcionando jamás lo habría utilizado para un cuento, y menos ése, que a mi juicio era malísimo. Por lo demás, se trata de una banda de animales, unos brutos iletrados del sur. No puedo imaginarme a alguien que pudiera estar menos interesado en un escrito de este tipo que ellos.

—Curioso nombre el de esos encapuchados, ¿eh? —apuntó Bell.

—Sí… es muy especial, como todo lo que sucede en Estados Unidos. Se dice que el nombre del Klan proviene del ruido que produce una carabina al montarse para el combate. Este grupo fue fundado en un pueblo llamado Pulaski por ex combatientes confederados influenciados por algunas extrañas ideas, que dicen que las dos tribus perdidas de Israel llegaron a Gran Bretaña, donde una se habría asentado dando origen a los ingleses, mientras que la otra se habría embarcado en el *Mayflower*, dando origen a los norteamericanos.

—Particulares teorías…

—Como todas las que se dan en Estados Unidos. Usted habrá leído en *Estudio en escarlata* la historia de los mormones, que se creían iluminados por Dios y se fueron al desierto de Utah. Es un país extraño, pero fascinante.

Verne lo miró casi con compasión. Se pasó la mano sobre su barba y retomó la palabra.

—No le discutiré el tema de la calidad de su cuento, pero me doy cuenta de que, a pesar de estar más lejos y menos emparentado que usted con Estados Unidos, probablemente los conozco mejor, mi querido Doyle. Además de que me llegan mensualmente todos los periódicos de la costa oeste, cuento allá con numerosos amigos. Hace al menos tres años que el Klan comenzó a funcionar de nuevo, después de que secretamente eligieran un Gran Dragón, que es como llaman al máximo líder de la organización. Se ha sugerido que están pensando en llevar un candidato a las próximas elecciones presidenciales, y que incluso habrían desarrollado sus actividades muy poco después de la prohibición. Es más: durante mucho tiempo se rumoreó que Charles Guiteau, el hombre que asesinó a tiros al presidente James Garfield, en 1881, había sido pagado por el Klan. Se equivoca al creer que se trata sólo de una banda de racistas iletrados. Le asombraría saber cuántos prohombres de Estados Unidos, muchos de ellos enquistados en la más rancia intelectualidad, se adhirieron a la primera ronda de vida de ese grupo.

—Usted me comentó que hace poco estuvo en Estados Unidos, Arthur… —intervino Bell.

—No sólo ahí, sino también en Canadá, y en ambos fui agasajado como un príncipe y participé en numerosas actividades. Si alguien de allá hubiera querido hacerme daño o intimídame podría haberlo hecho perfectamente cuando estaba en su tierra. No tiene sentido atravesar el Atlántico para efectuar una amenaza tan burda, suponiendo que yo fuera el destinatario.

—Esto es bastante raro. Sugiero que revisemos las cerraduras de la puerta, a ver si han sido forzadas. Usted, Arthur, debería ir a interrogar al bueno de Johnson, para saber si alguien entró aquí —recomendó Bell, que vio acogida su moción.

Mientras los dos hombres mayores se dedicaban a inspeccionar el marco de la puerta, Doyle se dirigió afuera, donde Johnson seguía estampando timbres.

—Mande, señor —le dijo éste al verlo acercarse, frunciendo unos arcos superciliares parecidos a los de una comadreja.

—Perdone por la pregunta, Johnson, pero… ¿usted sabe si alguien entró hoy en la oficina? Creo haber dejado allí un papel muy importante y ahora no lo encuentro.

—Cuando usted llegó la llave estaba en el mismo casillero en que yo la dejé la última vez, y mis instrucciones al respecto son bastante claras, en el sentido de que nadie más que usted puede entrar en esa oficina… aunque me

apena decir que es probable que alguien pueda haberse desentendido de ello y haya entrado, quizás a buscar fichas. ¿Es muy valioso lo que se le ha perdido?

—Bastante. ¿No ha visto a Lord Lamont por aquí?

—Que yo recuerde, la última vez que lo vi fue junto a usted, hará cosa de dos semanas.

—Tiene razón.

—¿Le puedo ayudar en algo más, señor? ¿Quiere que llame a la policía?

—No, Johnson, todavía no. Aún debo buscar en mi casa. Probablemente dejé allí el documento que busco. De todo modos, quiero agradecerle sus molestias y pedirle que me avise si llega a encontrar en alguna parte un sobre amarillo con un documento muy antiguo dentro, que parece una ristra de letras «a» y «b» inconexas —dijo pasándole media guinea y asegurándose de esa forma de que no preguntara nada más.

—Muchas gracias. No podía esperar menos de usted, pero me sentiría sumamente honrado si, en vez de darme dinero, tuviera la gentileza de firmar este ejemplar de *Estudio en escarlata*. Cuando usted entró estaba pensando qué le podía regalar a mi hija, que pasado mañana cumple años, y como ella es una gran fanática suya, bueno, qué mejor que un libro autografiado…

—¿Lo trajo de su casa? —preguntó Doyle al ver un ejemplar recién salido de imprenta a su lado.

—Eh… no, es de una partida que acaba de llegar y que aún no ha sido catalogada… pero mañana mismo lo repondré. Nadie se dará cuenta —confesó compungido.

—No hay problema, hombre.

—Por favor, use mi pluma. Es muy fina, pero tenga cuidado porque la tinta tarda en secarse y ya me he manchado varias veces los cubremangas —dijo Johnson recobrando los colores.

—¿Cómo se llama su hija, buen hombre? —preguntó Doyle.

—Lilith.

—Hermoso nombre.

El escritor trazó una pequeña dedicatoria que decía: «Para Lilith, con afecto, de Arthur C. Doyle», y luego estampó la fecha. Acto seguido volvió a la oficina junto a Bell y Verne, que dictaminaron que no había señales de violencia en la puerta o en el marco y que había llegado la hora de irse.

Mientras salían, Verne los invitó a cenar, pero Doyle precisó que quería revisar de inmediato si había dejado el manuscrito en su casa. Tomaron un coche, que dejó a Bell y Verne en las afueras del Langham, y quedaron en verse muy temprano al día siguiente. Finalmente, Doyle pidió ser conducido a su morada, ubicada en el 12 de Tennison Street, a una media hora al sur de Londres.

Capítulo 4

Una visita de madrugada a la casa de Doyle — Scotland Yard les pisa los talones — Homicidio en la biblioteca del museo — Un libro autografiado, un problema — La agencia de detectives Pinkerton de Chicago, Estados Unidos — Una admiradora incondicional y también poco convencional

El creador de Holmes entró apresurado a su pequeña mansión. Como siempre que estaba abrumado, se dirigió hasta la biblioteca ubicada en el segundo piso de la casa, pensando —además de dónde había dejado el maldito papel— en que debía ordenar aquel desastre en la mayor brevedad, para tener todo a punto en el momento del traslado. Había comprado un terreno en Surrey y se estaba construyendo allí una casa con la intención de trasladar su residencia; tenía la esperanza de que el clima más seco de aquellos parajes ayudaría a Louise a superar su tuberculosis. Pero ahí seguían la babucha persa con tabaco, clavada en la pared de la chimenea, el viejo violín tirado en el suelo y los tubos de ensayo y las probetas amontonadas en los rincones, esperando que nuevamente su dueño experimentase con ellos, para reflejar sus resultados en alguna novela corta y de fácil venta.

Una vez más, no tuvo ánimo para limpiar todo aquello (aunque tampoco permitía que nadie tocara su particular desorden y en público negaba que su casa se pareciera en lo más mínimo a Baker Street 221-B), así que comenzó a buscar por todos los estantes y los papeles amontonados sobre el escritorio, pero todo fue en vano. El documento no aparecía. Tratando de calmarse, se preparó un té en una taza que llevaba varios días sin lavar y se fue a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Daba vueltas entre sus sábanas de seda mientras pensaba qué había hecho con aquel documento o quién se lo podía haber robado, y en los rincones de su apesadumbrada mente flotaba una serie de preguntas acerca de cómo había llegado a sus manos.

Cerca de las tres de la mañana decidió levantarse, pues en algún momento de su vigilia cruzaron por sus ojos entrecerrados imágenes bastante fidedignas de las secuencias de letras del manuscrito. Con la esperanza de al menos poder reconstruir las primeras líneas se puso un batín y se sentó ante el escritorio, donde comenzó a llenar papeles como un endemoniado.

A eso de las cinco lo despertó el sonido de la reja de acceso, gracias a lo cual se dio cuenta de que en algún momento se había quedado dormido, con la cabeza ladeada sobre el papel que estaba escribiendo. Al mirar la hoja vio una gran mancha de tinta provocada por su saliva, y al tocarse el labio inferior sintió que estaba manchado. Se limpió con el dorso de la mano y, sin saber bien qué estaba ocurriendo, se asomó a una ventana y vio una figura furtiva que entraba sigilosa a su casa, tras haber traspuesto el portón de entrada. Corrió a su dormitorio y regresó con un revólver del calibre 22.

Armado y tiritando, ya fuera por el frío o por los nervios, bajó la escalera y se ocultó detrás de la puerta.

Una voz ronca y femenina se preocupó de despejar las dudas.

—¡Señor Doyle, abra la puerta! —gritó desde el otro lado una mujer que se escondía debajo de un capuchón y que hablaba en un inglés muy cerrado y difícil de entender.

—¿Qué quiere? —le respondió.

—Tengo que hablar con usted sobre su visita al Museo Británico.

Una gota de sudor corrió por la frente del escritor.

—¡Váyase o llamaré a la policía! —gritó, amartillando su arma.

—Scotland Yard ya viene en camino. ¿Prefiere irse con ellos? Abrame, no le voy a hacer daño, de verdad —le dijo la mujer. Con la cadena puesta, Doyle entreabrió la puerta, mostrándole el cañón del revólver.

—¿Qué? ¿Quién… es usted? —le preguntó titubeante.

—Sheila Smith, señor, detective de la Agencia Pinkerton, de Chicago, Estados Unidos —le contestó la mujer bajando el capuchón que la cubría. No era una belleza ni nada semejante. Se trataba de una mujer de unos treinta y cinco años, de rasgos toscos, piel pálida y brillantes ojos pardos, cuyo rostro parecía reflejar muchas horas sin descanso, como si hubiera dormido mal. Pese a ello, y a que llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho, resultaba atractiva.

—¿Por qué viene a mi casa a estas horas, qué quiere?

—Necesito hablar con usted antes de que Scotland Yard le eche el guante en relación al homicidio de Silas Johnson, bibliotecario de turno en el Museo Británico.

—¿Homicidio dice usted…? ¿De qué diantres me está hablando?

—El cuerpo de Johnson fue hallado hace unas cuatro horas por el guardia interior del museo. Aparentemente el crimen se produjo poco antes de ello, ya que el cuerpo no presentaba rigidez cadavérica, pero el guardia de las afueras estaba coqueteando en los aledaños con una mujerzuela y no sabe la hora exacta en que pudo haber sucedido el crimen. El señor Johnson fue encontrado tirado en el suelo de la biblioteca del museo, con el cuello cercenado de cabo a rabo, si me permite la expresión. Scotland Yard lo tipificó como robo con homicidio, dado que los ladrones se llevaron varias cosas de

una oficina ubicada en el pasillo que conecta el segundo piso de la biblioteca —soltó la mujer.

—Yo no tengo nada que ver —contestó Doyle nervioso.

—Scotland Yard piensa que sí, pero por favor deje de apuntarme, mire que está muy nervioso y se le podría escapar un tiro. En la mesa de Johnson encontraron un ejemplar de *Estudio en escarlata*, firmado por usted, que entre paréntesis debo decirle que es casi mi libro de cabecera. Pero ya tendremos tiempo de hablar de ello.

—Eso no tiene nada de raro. He autografiado miles de libros.

—El problema es que éste lo autografió esta noche, dado que la tinta aún no se había secado del todo y porque…

—No tienen modo de probar que esa firma es la mía, no antes de que un experto en caligrafía dictamine lo contrario —le contestó recobrando el aplomo, al ver que las pruebas eran mínimas.

—Iba a decirle que además está la fecha de hoy, ayer más bien, al lado de su firma, con la misma letra. Concuerdo con usted en que podría dilatar un poco las cosas pidiendo que comparen las firmas, pero eso se lo puede decir a Scotland Yard, señor Doyle, no a mí. Yo lo vi entrar y salir, pues yo era la mujer que estaba coqueteando con el guardia.

—¿Usted es la mujerzuela? ¿Y qué hacía allí?

—Ya habrá tiempo para explicarlo. Me imagino que entiende que mi testimonio podría ser fundamental para encarcelarlo, pero no tengo ninguna intención de hacer algo así, ya que es evidente que usted no fue el autor del crimen, ni tampoco sus acompañantes.

—Pase —le dijo resignado, sacando la cadena de la puerta.

—No, salga usted. Ya le dije que Scotland Yard está recabando la orden de detención en su contra. Llegarán en cualquier momento. Salvo que quiera pasar la noche en sus calabozos, es mejor que me acompañe. Le recomiendo que traiga ropa de abrigo, pues está haciendo mucho frío, y que lleve también algo de dinero. Dudo que vuelva a su casa pronto. El revólver también podría ser necesario.

—¿Dónde me llevará?

—A mis oficinas, que da la casualidad de que son también mi residencia particular, si es que ello no lo escandaliza.

—Dadas las circunstancias, creo que quien más se puede escandalizar es el señor Smith.

—No hay tal, así que decídase de una vez.

Doyle subió rápidamente a la biblioteca, guardó el escrito manchado con saliva y bajó envuelto en un grueso abrigo. La mujer lo esperaba en un coche guiado por un sujeto de innegable ascendencia africana.

—Suba. Henry, vamos —ordenó al cochero con un enérgico ademán. Justo cuando se alejaban, otro coche se detuvo frente a la casa de Doyle y

descendieron de él tres sujetos jóvenes que estuvieron golpeando infructuosamente la puerta. Esperaron largos minutos a que alguien respondiera, hasta que se dieron por vencidos y decidieron regresar al cuartel de Scotland Yard, no sólo frustrados por no haber podido encontrar al famoso escritor, sino también porque el juez les había denegado una orden de detención contra Doyle.

—Se la daría sólo si me trajeran a un par de testigos que le hubieran visto cercenándole el cuello al hombre. Si no, ¡sería un escándalo! —les dijo el magistrado, que sólo les autorizó a tomarle declaración si el escritor accedía voluntariamente a ello.

Mientras el coche rodaba a gran velocidad en dirección a Londres, Doyle comenzó a hablar.

—¿Quién es el hombre que conduce? —preguntó a la detective.

—¿Henry? Oh, no se preocupe por él. No sólo es de confianza, sino que también es sordomudo, así que no hay problema.

—Me dijo que es usted de Chicago.

—Sí, de la agencia Pinkerton. Creo que la mencionó en algún cuento.

—Sé de su fama, pero no es mucho lo que conozco.

—Me siento orgullosa de pertenecer a ella —dijo entusiasmada—. Fue fundada por Allen Pinkerton, Lafayette Baker, George Sharpe y Grenville Dodge, los mejores espías con que contó la Unión. Son famosas las historias sobre la infiltración que hicieron en las líneas telegráficas de los confederados y las observaciones aéreas que efectuaron desde un globo aerostático… Allen Pinkerton, que en paz descanse, fue quien descubrió un complot destinado a asesinar al presidente Lincoln. Llegó a decirle al presidente que suspendiera dos discursos que tenía programados en Washington, pues en uno de ellos iba a ser asesinado. El presidente le creyó y logró salir con vida, aunque la fatal predicción se cumplió cinco años después.

—Muy interesante, pero para serle franco en este momento no me interesa la historia de su agencia. ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué me ayuda, si es que efectivamente me está ayudando?

—En primer lugar, soy una consumada admiradora suya y, si tenemos la ocasión, en algún momento me explicará por qué se decidió a matar…

—¡Acaba de decirme que soy inocente y ahora me sale con esto!

—… matar a Holmes. Creo que está usted muy nervioso. Sé que no tiene nada que ver con la muerte de Johnson.

—Disculpe, es que todo esto es muy raro. La salud de mi mujer es muy precaria y no sé qué podría pasar si me acusaran de algo tan espantoso como un homicidio…

—Lo entiendo perfectamente. Por su velocidad en obedecer a mi requerimiento deduzco que no había nadie más en su casa.

—En efecto. Mi mujer se encuentra descansando con mis hijos lejos de

Londres y el personal doméstico está de vacaciones, a excepción de la señora Marple, que viene cada día a limpiar y a dejarme comida. ¿Podría continuar explicándome cuál es el papel que juega usted en todo esto?

—Una mujer siempre debe tener sus misterios, señor Doyle, pues de lo contrario pierde su encanto, así que de momento no se lo explicaré. Sólo le diré que hace bastante tiempo que me encuentro trabajando en Londres por encargo de mi compañía, que está desarrollando una investigación muy delicada, solicitada por un importante cliente. Dicha investigación…

—Su cliente es el gobierno de Estados Unidos, ¿no es cierto?

Sheila Smith le sonrió con evidente coquetería y él sólo alcanzó a ver cómo sus enormes ojos bailaban ante la afirmación.

—El gobierno de Estados Unidos es uno de nuestros clientes. Incluso se rumorea que, copiando la forma en que trabajamos, están pensando en crear algo así como una oficina federal de investigaciones, pero no lo creo posible. En fin, también tenemos como clientes a otras instituciones, empresas y particulares. Incluso se desarrollan algunas indagaciones *pro bono*… pero usted entenderá que no le puedo dar a conocer la identidad de nuestros clientes. Por lo demás, eso es algo que Holmes cuidaba con extremo celo —le dijo con una nueva y gran sonrisa. La mujer tenía una hermosa dentadura.

Doyle se quedó callado y ella adivinó de inmediato el motivo.

—¿Se ha molestado por la mención de Holmes? ¡Dios santo, qué británico es usted! Francamente, tienen ustedes muy poco sentido del humor. Sólo lo dije para pincharle, no sea tan niño. Para que no se siga enojando, le voy a contar que dentro de esta investigación tengo entre mis deberes vigilar quién entra y sale del Museo Británico a determinadas horas, y para ello asumo el papel de María, la joven viuda que cada noche, de regreso de la fábrica a casa de sus chiquillos hambrientos, va a coquetear un rato con el crápula de Beyton, el vigilante del museo. El hombre habla como un loro… cuando no está tratando de ponerme las manos encima.

—Estimo que debimos de haber salido del museo a eso de las ocho de la noche, a lo sumo, y me dice que el homicidio fue descubierto hará unas cuatro horas, lo que implica que sucedió entre las ocho y la una de la madrugada. ¿Cómo le consta que en ese lapso no volví a entrar?

—No me consta porque yo me retiré como a las ocho y media, después de terminar el coqueteo diario con Beyton, maldito patán repugnante… si le contara lo que me estaba proponiendo esta noche, y yo allí, haciéndome la indecisa cuando él me hablaba de su amigo albanés y de lo bien que lo habían pasado unos días antes con una prostituta brasileña. Le habría pateado los… Perdón, es que llevo muchos años trabajando como detective en un mundo casi exclusivamente masculino, y se me pierden un poco los modales. No, no tengo constancia de que usted volviera, pero dudo que lo haya hecho. Lo que no sé es qué estaba haciendo dentro y qué tenían que ver el otro hombre y el

anciano de barba que lo acompañaban.

—Tendría que hablar con ellos para ponerlos en antecedentes de lo que ocurre y después se lo contaríamos, aunque me parece que hay algo que no me está diciendo. Usted tiene mucha seguridad de que yo no cometí ese homicidio.

—Me parece justo que hable con sus amigos y después decida. En cuanto a eso de que me estoy callando algunos detalles… por supuesto que hay mucho que aún no le puedo explicar, pero quédese tranquilo, que ello es suficiente como para saber que usted es inocente.

—Eso se lo agradezco, pero aun así, si es verdad que usted se retiró a las ocho y media, ¿cómo demonios sabe entonces que allí se cometió un homicidio, que había un libro con mi firma y con la fecha y que estaban pidiendo una orden de detención en mi contra?

—Sin ánimo de molestarlo, una de las cosas que aprendí leyendo sus libros es la necesidad de contar con fuentes en todas partes, incluso en los fumaderos de opio.

—Ya entiendo. Usted soborna a alguien de Scotland Yard…

—No, a quien soborno es a un periodista de sucesos policiales, un miserable personajillo con siete hijos a quien el dinero que le entrego le sirve para que no le desalojen de la chabola en que viven todos hacinados y que con lo que le sobra soborna a un inspector de Scotland Yard. El cronista fue quien me avisó de lo que estaba ocurriendo, ya que le había pedido especialmente que solicitara a su hombre en Scotland Yard información sobre cualquier hecho anómalo sucedido en las inmediaciones de la Biblioteca Británica o en ella misma.

—Eso significa entonces que mañana aparecerá en titulares lo que está ocurriendo… —agregó el escritor desconsolado.

—Probablemente el crimen se publicará en la gacetilla de mi informante, pero dudo mucho que salga algo relativo a usted, ya que al periodista que me entregó la información le advertí que no podía escribir ni una palabra al respecto, so pena de no recibir su paga de este mes. De hecho, lo convencí con los mismos argumentos que me dio usted respecto de que cualquier persona puede tener un libro firmado por Arthur Conan Doyle, ¡y más aún en una biblioteca!

—Scotland Yard se lo dirá a los demás periodistas. Da lo mismo, aunque se lo agradezco.

—Dudo que lo hagan público si no cuentan con algún hecho concreto para vincularlo con el crimen.

—¿Usted cree? Harían lo que fuera por hundirme, pues atribuyen a mi personaje gran parte de la falta de simpatía popular que les aqueja. Además, necesitan un culpable para el crimen.

—Me parece que es poco lo que conoce a Scotland Yard. No se arriesgarán

a decir nada contra usted si no tienen algo definitivo, pues una acusación en falso contra el escritor británico más famoso del momento sería un suicidio de no tener bases concretas. Respecto al culpable, ya existe. Aunque no tiene nada que ver, el maldito de Beyton está detenido. Cogieron a todo el que estuvo cerca de la biblioteca anoche.

—¿Por qué dice que es inocente? ¿No acaba de describirlo casi como si fuera un sátiro?

—Es un degenerado, un cochino, pero no un homicida. El corte que le propinaron en la garganta a Johnson, de oreja a oreja y desde la espalda, fue hecho por un profesional, alguien que tiene mucha fuerza o sabe cómo cortar. Beyton es un enclenque y lo sé de forma fehaciente, ya que hace unas noches trató de propasarse conmigo y de un solo empujón lo dejé en el suelo. Bien, hemos llegado.

El coche se había detenido frente a un bloque de apartamentos bastante elegante situado junto a Regent's Park.

—Es lo más cerca que conseguí de Baker Street —dijo ella con una gran sonrisa. En efecto, a un par de calles de allí se encontraba la corta calle Baker.

Tras bajarse, la mujer hizo una serie de gestos al conductor, que partió raudo hacia el sur, mientras ella sacaba unas llaves de su cartera.

—Henry volverá a las ocho de la mañana. Mientras tanto, tengo un sofá bastante cómodo en el cual puede dormir un poco antes de que veamos a sus amigos —le indicó mientras entraban al edificio.

Su apartamento se encontraba en el primer piso, con vistas a la calle. Estaba modestamente amueblado, pero con gusto. Tenía sólo dos dormitorios, uno de los cuales poseía un escritorio de caoba y una pila interminable de diarios y papeles sobre él. En la sala de estar, donde aún ardían algunos leños en la chimenea, había un estante sobre el que se amontonaban decenas de libros de Holmes, entre ellos las primeras ediciones de *Estudio en escarlata* y *El signo de los cuatro*, impresos por Lippincott, además de varias copias de los *Strand* originales ilustrados por Sidney Paget, con los primeros cuentos de Holmes. Más allá había libros de Edgar Allan Poe. Al lado se encontraban los de Dickens y otros autores, aunque Doyle no alcanzó a ver todo lo que tenía. Si lo hubiera hecho, habría observado que estaban casi todos *Los viajes extraordinarios* de Verne y una serie de libros de Shakespeare.

—Soy una coleccionista, como podrá ver, y no sólo de los textos de Holmes —le dijo extendiéndole *Micah Claree*, lo que sorprendió notablemente a Doyle. Éste guardó silencio sin saber cómo reaccionar, así que ella siguió hablando—. Si no fuera pedir demasiado, ¿podría firmarme un autógrafo? —le pidió con ojos divertidos y danzarines, generando el desconcierto del novelista, que por segunda vez se quedó mudo hasta que entendió la broma.

—Perdón, me ha cogido por sorpresa. Entenderá que estoy un poco sensible con esto de los autógrafos. Además, concedo que efectivamente los

británicos somos demasiado circunspectos.

—¡Y qué me dice de los alemanes! ¡No se ríen ni aunque les pasen una piel de búfalo por los pies! —exclamó ella sentada en cuclillas sobre el sofá, al tiempo que daba cuenta de un pan cubierto de mermelada que seguramente llevaba varias horas sobre la mesa, pues tenía un par de mordidas antiguas.

Doyle, por tercera vez, se sintió desconcertado ante la mujer. ¿Le quería insinuar algo con lo de los alemanes?

—En realidad no me gustan los alemanes —le contestó.

—A mí tampoco, pero sí admito que son diferentes a todo el mundo.

—¿Qué? ¿Acaso se ha tragado las fantasías germanas de superioridad?

—No, me refiero a que son diferentes porque la mayoría de los alemanes que yo he conocido no titubean ni un segundo para conseguir lo que quieren, aunque ello implique cortarle el cuello a un pobre británico como si fuera una pata de jamón, y sin que ello les genere siquiera un mínimo remordimiento de conciencia. Créame que es así.

Capítulo 5

Una verdadera dama — Dios y Patria, Mobili in mobilis: ¿Secuestro en el Langham? — Un mensaje completo aparecido al calor — Lord Mycroft Lamont, asesor de la reina — De cómo nacen los baconianos y la señorita Delia Bacon — La Sociedad Británica de Investigaciones Psíquicas — Ectoplamas

Tapado con un chalón seguramente tejido por la abuelita de la señorita Smith, Doyle no podía pegar ojo. Daba vueltas una y otra vez, incómodo en el pequeño sofá que le habían asignado, hasta que finalmente concilio el sueño. Menos de quince minutos después Sheila Smith estaba tocándole el hombro.

Se sorprendió al verla. Llevaba el pelo recién lavado y su cara lucía mucho más lozana. Los rasgos de su cara, que unas horas antes le habían parecido muy toscos, parecían ahora relucir ante la luz de la lámpara, angulosos y bien delineados, aunque no por ello armónicos en el sentido clásico. Se acababa de duchar, pues algunas gotas de agua corrían aún por su cuello, que despedía la inconfundible fragancia de mujer recién acariciada por una barra de jabón perfumado. Estaba enfundada en una bata de algodón muy ceñida que hacía resaltar un cuerpo bien formado. Sin ningún impulso en particular, no pudo evitar fijar sus ojos en el vértice que se dibujaba entre sus senos. Ella lo notó de inmediato.

—¿Qué? ¿Acaso pensaba que voy por la vida vestida como un estropajo? Soy una dama, pese a lo que pudiera pensar. En la mesa he dejado café caliente y tostadas. Henry llegará en cualquier momento y debemos estar listos. El baño está a su izquierda.

Doyle se lavó la cara varias veces antes de salir de nuevo. Para su sorpresa, la mujer ya estaba sentada y tomando desayuno, vestida a la usanza de la *socialité*, con un vestido oscuro ceñido en la cintura y de cuello alto, botas de cuero y un elegante tocado sobre el cabello que terminaba en un velo.

—Se ve muy bien —comentó un tanto turbado por la sorprendentemente atractiva presencia femenina.

—Gracias. Dígame dónde están sus amigos para ir a buscarlos —contestó ella con coquetería, escribiendo el nombre «Langham» en un papel, luego que Doyle le confesara dónde se alojaban.

Terminaron de desayunar y salieron a la calle, en medio de un frío alienante. El cochero los saludó con una gran sonrisa. Ella se acercó y le mostró el papel, que luego rompió en mil pedacitos.

—¿Quiénes son sus amigos? —le preguntó la detective mientras traqueteaban rumbo al hotel.

—En realidad no son amigos cercanos. Uno de ellos es el doctor Joseph Bell, que fue…

—¡Por Dios! ¡El verdadero Sherlock Holmes! ¡Esto es más emocionante de lo que jamás pensé!

—Le pido que por favor guarde la compostura —le rogó Doyle absolutamente superado por la franqueza y campechanía de la mujer.

—Es que es imposible, imagínese, una pobre chica de Cicero, sentada aquí con usted… y ahora voy a conocer al señor Bell… ¿quién es el anciano de Barba que cojeaba?

—Un francés llamado Julio Verne —contestó resignado.

—¡Verne! ¡Verne! ¡Creo que me voy a orinar! —exclamó, tapándose de inmediato la boca al darse cuenta del exabrupto que había lanzado.

Doyle la miró con severidad.

—Perdón, perdón, es que yo… ni se imagina usted todo lo que he leído. Alguna vez, soñando despierta con los libros de Verne que mi padre me compraba, pensé en ser escritora. Gracias a ellos empecé a leer compulsivamente y… bueno, la vida quiso que terminara trabajando en la agencia, así es que la perspectiva de conocer al señor Verne es, es… ¡Es lo máximo!

Apenas llegaron al imponente frontis del hotel Langham, situado en la esquina de Portland y Regent's Street, a pocas manzanas del parque del mismo nombre y a menos aún de Baker Street, Smith indicó a Doyle que se quedara sentado en el carruaje mientras ella iba a buscar a Verne y a Bell. Cuando Sheila bajaba del carruaje, un chico de unos diez años pasó voceando el *Times*. Ella compró uno y se lo pasó a Doyle.

—Para que se entretenga un poco.

Por la hora —pensó tras revisar con ansia los titulares—, no habría noticias sobre los sucesos del Museo Británico. Seguramente el *Evening Standard* lo traería como su noticia principal de la tarde.

A los cinco minutos regresó la mujer, sola.

—¿Se están vistiendo? Habíamos quedado en reunirnos a las ocho y media —le interrogó Doyle.

—No están. El encargado de la recepción dice que anoche no vinieron a dormir.

—Imposible. El coche les dejó en la puerta. Debe de ser un error —contestó Doyle sintiendo cómo un relámpago helado descendía por su médula espinal.

—No lo creo. De hecho, tengo la impresión de que fueron secuestrados. No puedo dejar de reconocer que ello me produce una gran frustración. ¡Tenía tantas ganas de conocer al señor Verne!

—¿De qué demonios está hablando? —le inquirió Doyle violentamente, molesto porque ella parecía apenada por no conocer al héroe de su adolescencia más que por el hecho de que dos personas hubieran sido secuestradas.

—De que se los llevaron, sin duda —explicó ella con naturalidad, como si fuera normal que todos los días dos distinguidos caballeros fueran secuestrados desde uno de los más glamurosos hoteles del mundo moderno.

—¿Cómo lo sabe?

—Después de que el empleado de recepción me dijera que ni Bell ni Verne habían llegado anoche le insistí en que debía de haber un error, pero él me aseguró que no, y para ello incluso me mostró las llaves de sus habitaciones. «¿Ve? Aquí están las llaves. Seguramente se fueron de parranda», me dijo el muy petulante. Así las cosas, se lo agradecí, y justo en ese momento le llamaron desde una oficina interior, lo que aproveché para escabullirme hacia las habitaciones cuyos números me había mostrado involuntariamente el palurdo. Entré en la habitación de Bell y…

—¿Entró? ¿Cómo? ¿Robó las llaves?

—No. Con esto —dijo ella llevándose la mano a su bota, de cuya caña extrajo un pequeño y delgado trozo de lata con un borde muy afilado—. Es muy útil ante cierto tipo de cerraduras, ya que al introducirlo entre la puerta y el marco hace saltar la chapa, aunque en otras situaciones puede convertirse en una verdadera arma mortal. El asunto es que en la habitación del señor Bell estaba todo en orden y la cama sin deshacer, además de una maleta con sus efectos personales. Entré a la otra habitación, la del señor Verne, y allí, en el suelo, encontré esto —le dijo mostrándole una hoja de papel con el membrete del hotel, de las que facilita en recepción, con un mensaje de dos líneas escrito con letras redondeadas:

Mobilis in Mobili
Dios y Patria

—He leído lo último en alguna parte, pero no recuerdo dónde —dijo Doyle tomando la hoja.

—Yo sí, dado lo fanática de Verne que soy, aunque no se vaya a ofender, pues soy igual de fanática de usted. La primera línea era el lema del *Nautilus* y del capitán Nemo, «Siempre en movimiento», en latín. «Dios y Patria» son las dos últimas palabras que pronuncia Nemo antes de morir en el interior del *Nautilus*, casi al finalizar *La isla misteriosa*. Creo que la amenaza de muerte es más que evidente, y por ello estimo que ya es hora de que me cuente qué pasó

anoche. En caso contrario, voy a pedirle a Henry que nos lleve a Scotland Yard, donde le aseguro que le deben estar esperando con los brazos abiertos.

Doyle se quedó en silencio un segundo. Pensó en omitir algunos detalles, pero ¿para qué, si él era inocente? Pese a ello, sentía cierto resquemor ante esa mujer, ante esos ojos de gata coqueta que parecían cobrar vida propia cada vez que levantaba los párpados. Mientras cavilaba, Henry puso en marcha el coche sin que Doyle supiera adonde se dirigía, pero al llegar a la esquina frenó con mucha brusquedad, al atravesársele un hombre que gritaba algo.

«Scotland Yard», alcanzó a pensar, esperando lo peor. Por el rabillo del ojo vio que la mujer echaba mano a su bolso y buscaba un pequeño revólver. Doyle pensó por un segundo en coger el suyo, pero recordó que lo había olvidado en el sofá de su casa, a pesar de lo que ella le había aconsejado. Adelantó un poco el cuerpo para ver mejor y casi se desmaya al percatarse de que quien había bloqueado el paso del coche era nada menos que Bell, que reía a mandíbula batiente.

—Espero no haberles asustado con esta pequeña broma —indicó entre risas.

—¡Me indigna su conducta! —le gritó Doyle bajando del carruaje.

—Oh, perdone usted, pero no pude resistir la tentación de gastarle una broma… Estábamos llegando al hotel cuando lo vi, como un niño, sentado allí, hojeando el *Times*. Nos íbamos a acercar por un lado, para asustarlo, pero en esas apareció esta agraciada dama y se pusieron en movimiento. Como imagino que ya debe de estar enterado de los sucesos de anoche, quise darle un susto, ¡y vaya si lo logré! ¿Encontró el manuscrito? —le preguntó, a lo que Doyle negó con un movimiento de cabeza que no dejaba lugar a dudas.

Asomando por detrás de una columna, una nueva imagen enojó al escritor: Verne, enfundado en el mismo abrigo que la noche anterior, se reía a más no poder al tiempo que se balanceaba peligrosamente debido a su cojera.

—¡Y usted, señor, de qué se ríe! —le gritó Doyle, pero Verne siguió riéndose sin parar.

—Dígale a sus amigos que nos acompañen. Es peligroso que estén allí, pues cualquiera podría darle el chivatazo a Scotland Yard —ordenó la detective. Sin que Bell y Verne entendieran muy bien quién era ella, accedieron al requerimiento de Doyle.

—Ella es la señorita Sheila Smith. Éstos son los señores Joseph Bell y Julio Verne —la presentó mientras el francés trataba, con mucho trabajo por cierto, de acomodar su pierna enferma.

—Ah, sí… señor Bell y… ¿cómo me dijo que se llamaba el caballero?

—Verne, lo oyó bien.

—¿Verne? Sí, creo que he leído algunas cosas de usted. Es francés, ¿verdad? —le preguntó con un aire de femenina ligereza.

—No tiene por qué sobreactuar, señor Verne. Ella sabe perfectamente

bien quién es usted. Lo que pasa es que le gusta fingir ingenuidad —espetó Doyle ante los exagerados ademanes de su colega.

—Como a todas las mujeres, nada más —respondió el anciano, generando una mirada de aprobación de Doyle y de Bell.

—La misoginia que ambos dejan de manifiesto en sus obras, salvo por el detalle aquel de Irene Adler, señor Doyle, queda en evidencia al oírlos, señores. Si no fuera por esta molesta mujer, usted estaría ahora durmiendo con las pulgas que habitan en los calabozos de Scotland Yard, e imagino que ustedes dos ya saben de qué les hablo —dijo Sheila Smith, mirando a Verne y Bell.

—No muy bien, a decir verdad y…, ¿por qué supone que podríamos estar enterados de algo que ni siquiera ha mencionado, más allá de lo que yo pudiera haber comentado? —le preguntó Bell tratando de enredarla.

—Muy simple. Anoche no se alojaron en sus habitaciones y, es más, cuando el señor Doyle les acompañó hasta el hotel no llegaron a traspasar la puerta, por lo que es evidente que algo de lo que se enteraron en los escasos metros situados entre la acera y el vestíbulo les hizo retroceder y buscar otro lugar donde pasar la noche. ¿Qué podría alejar del Langham a dos celebridades como ustedes? Sólo el temor a que algo muy humillante les sucediera…, como ser detenidos por la policía, por ejemplo.

—¡Pardiez! Esta *madame* es un fenómeno —gritó Verne, haciéndole ruborizar levemente. Ella les extendió el papel que había encontrado en la habitación, y el anciano escritor francés palideció.

—Tiene razón, aunque no del todo. El Langham es uno de los mejores hoteles del mundo, sin duda, pero la verdad es que la carne que almorcé a mediodía de ayer estaba bastante irregular, menos que cocida, y además, apenas entramos anoche vi que el comedor estaba completamente repleto. Así las cosas, sugerí a Verne que fuéramos a otro lugar, y salimos del hotel sin pasar por la recepción. Le pedimos a un cochero que nos llevara al mejor restaurante que conociera y nos condujo a una pequeña posada ubicada a un lado del puente Southwark, con vista al río incluida, donde comimos el mejor pescado que había probado en años… —relató Bell.

—Entonces supieron lo que pasaba al regresar esta mañana, pero por algún motivo decidieron no entrar a sus habitaciones —observó Smith.

—Es usted sagaz, pero no tanto —la criticó Verne. Ella prefirió no hacerle caso.

—Aún le falta aprender un poco, señorita Smith. Lo simple y lo obvio no es siempre lo lógico, aunque a primera vista así lo parezca, y generalmente lo sea —agregó Bell—. En realidad, lo que nos hizo ponernos sobre alerta ocurrió mientras estábamos en el local. Se trataba, para ser franco, de un tugurio bastante indecente, pero muy discreto y de buena mesa. Además de que llegamos allí pasadas las diez, debido a que el cochero nos llevó a ver otros

sitios antes, la conversación se nos hizo interminable. Debo decir también que, a pesar de que el señor Verne me dijo que se acostaba muy temprano, resultó ser un gran bohemio y un mejor conversador, y así seguimos varias horas, hablando de lo humano y lo divino, aunque puntualmente… ¿Recuerda, Arthur, aquella mención de un aparato en el que almacené miles de datos? ¿Sí? Bien, llegamos al convencimiento con el señor Verne de que es posible crearlo usando algoritmos basados en códigos o números binarios, semejantes a los usados en la cifra biliteral, para el procesamiento de datos. Hasta lo bautizamos como «ordenador»… ¿Qué le parece? No estoy seguro de qué hora sería cuando entró en el local un sujeto que se acercó a la barra y pidió a Harry, como ya sabíamos que se llamaba el mesonero, un café. Debido a que anteriormente nos habíamos enfrascado con el señor Verne en una conversación sobre el arte de la deducción, que ya habíamos ensayado con varios parroquianos antes, descubriendo —¡se acuerda, Julio!— que una discreta señorita que se encontraba en la mesa del fondo era en realidad una prostituta a la espera de clientes, que el mesonero había sido antes policía municipal y que…

—Abrevie, por favor —le pidió Doyle.

—En fin. Tras un rápido vistazo, determinamos que el recién llegado era agente de Scotland Yard. Así lo indicaban su levita, calcada a las que dibujaba Sidney Paget en las historias de Holmes, el hecho de que anduviera a esas horas sin mayores preocupaciones y el que pidiera un café.

—¿Eso les bastó para saber que era de Scotland Yard? —preguntó la mujer intrigada.

—En realidad no —prosiguió el francés como pillado en falta—. Lo que sucedió es que ello se desprendía de su conversación. Comenzó a contarle a Harry, a quien era evidente que conocía, que lo habían ido a despertar para ayudar en un caso de homicidio ocurrido en el Museo Británico, donde habían asesinado a un bibliotecario, pero que lo habían despachado de inmediato a casa al saberse que había alguien «importante» involucrado, por lo que sólo «los peces gordos» seguirían en el asunto, habiéndose dado a los demás la orden de no mencionar quién estaba implicado. Pese a que no dijo el nombre de ese alguien «importante», sí comentó que andaba con dos desconocidos…

—Ancianos… ésa fue la palabra que usó, por mucho que nos duela, Julio. Y sé que usted la oyó perfectamente. Ante ello, terminamos de comer y a la salida pedimos un nuevo coche, a cuyo conductor solicitamos que nos llevara a algún otro hotel, presumiendo que quizá podrían averiguar quiénes éramos y, por tanto, pudiera ser que nos fueran a buscar al Langham. Por eso nos alojamos en el Northumberland, donde nos registramos con nombres falsos. Esta mañana nos levantamos temprano y vinimos aquí, suponiendo que si Arthur no estaba detenido vendría a buscarnos. Por eso estábamos en la esquina, y no dentro del hotel, pues estimo que no tenemos por qué facilitarles

el trabajo a los inspectores, aunque sería deseable al menos enterarnos de por qué nosotros, o más bien usted, Arthur, ha pasado de ser víctima de un robo a ser sospechoso de un homicidio —explicó Bell.

—¿Y cómo supieron que la señorita no era una agente de Scotland Yard? —inquirió Doyle, sin responderle.

—Primero, porque nunca he visto a una mujer en Scotland Yard. Segundo, porque aun cuando no descarto que ello pudiera suceder algún día, y que incluso en estos tiempos alocados que corren ya hubiera inspectores mujeres, todavía no conozco al policía que sea tan desprendido como para comprarle un diario a un detenido; y, por último, no me imagino un coche de Scotland Yard guiado por un negro —apuntó Bell.

—Es un razonamiento machista y xenófobo, pero certero —comentó la detective mientras el coche corría por los adoquines de Londres.

Algunos minutos más tarde llegaron a una antigua casona ubicada en las afueras de la ciudad. Tras aclararles del todo a Verne y Bell quién era Sheila Smith y qué había hecho por él tras los sucesos que costaron la vida a Johnson, ella a su vez les relató que su agencia arrendaba esa casa para que la usaran sus ejecutivos durante sus viajes a la capital británica.

—Pues sí que tiene dinero su agencia —exclamó Verne al ver las dimensiones y elegancia del lugar, que constaba de cinco habitaciones y una espaciosa chimenea en torno a la cual se distribuía una serie de sofás y sillones de cuero de gran calidad, a los que se lanzaron con gestos de gran cansancio, casi como si acabaran de correr una maratón.

—Mi agencia no trata con cualquiera. Es la agencia de detectives privados más grande del mundo. Pero les reitero lo dicho antes al señor Doyle: mi trabajo es confidencial. Ustedes entraron en él de forma tangencial y ayudarlos me puede significar resolver el caso que me asignaron, aunque eso no significa que yo les vaya a contar qué es lo que investigo.

—Creo que, de todas formas, merecemos una explicación más detallada —exigió Bell con el ceño adusto.

—Se la daré cuando sea pertinente.

—Pues bien, dado que esta agradable señorita no nos va a contar nada de interés por ahora, creo que sería útil, Arthur, que tratáramos de ordenar un poco la situación y ver de qué modo podemos resolverla. Pese a sus temores, yo creo que lo más lógico es contratar un abogado y acudir a Scotland Yard —argumentó Bell.

—No me niego a la opción, pero preferiría llegar a ellos con una respuesta de lo acontecido. De otro modo, lo más probable será que nos carguen con el muerto, vaya.

—Debo decir que, conociendo los métodos de Scotland Yard, es muy probable que suceda algo como eso, así que ¿por qué no me cuentan qué está pasando? —pidió la detective. Sus palabras cayeron en el vacío, y ella pensó

que no sería fácil que le dijeran de qué trataba el documento robado en la biblioteca. Pero muy pronto se enteraría.

—Julio, anoche en el restaurante le iba a pedir ver de nuevo el manuscrito que interceptaron sus amigos franceses, pero justo en ese momento irrumpió nuestro buen inspector. Imagino que todavía tiene consigo los papeles, ¿no? —preguntó Bell sentado en una de las cómodas butacas.

—Así es. Tome —le dijo el aludido sacando el portafolios de cuero que tenía doblado dentro de un gran bolsillo interior de su gabán. Bell lo comenzó a revisar. Primero miró por todos lados el documento cifrado y luego acometió la misma tarea con el diario, sin encontrar detalles de relevancia. Aburrido, comenzó a pasar el dedo índice por la primera página.

—Mire, Arthur, aquí hay algo que seguramente le va a interesar. Si suma todas las letras de la segunda columna, les resta las del último párrafo de la sexta, las divide por la raíz cuadrada de las letras que forman los títulos y las multiplica por el coseno del triángulo que parece verse en este grabado… ¡da 287! —exclamó entre grandes carcajadas, provocando también las risas de Verne.

—Muy gracioso, doctor. Veo que se está tomando todo esto muy en serio. Mejor páseme esos papeles —le pidió Doyle. Tras mirarlos en el mismo orden, sacó del portafolios la hoja en blanco en la cual venía envuelto el criptograma.

La tomó y pasó varias veces la yema de los dedos sobre ella mientras pensaba que era ilógico que se incluyera esa hoja para proteger el mensaje si éste ya venía envuelto en el diario. Luego observó el papel a trasluz entrecerrando los ojos, se miró las huellas dactilares del dedo índice de su mano derecha y, finalmente, se lo llevó a la boca, sintiendo un sabor amargo y un tacto grasiento. Entonces exclamó excitado:

—¡Yo sabía que de algo servían todas las jugarretas que nos hacía de estudiantes, Joe!

—¿De qué habla, Arthur?

—¡Deme una cerilla! O no ¡mejor una vela! —pidió a la mujer, sin hacer caso a la pregunta de Bell.

—¿Para qué? —inquirió ésta.

—Hay algo escrito aquí. No es posible verlo a simple vista, pero no tengo dudas de que algo fue escrito sobre esta hoja, pues su superficie tiene una casi imperceptible capa de algún aceite o producto químico. La revelaremos sometiéndola a calor —explicó al tiempo que tomaba la vela que Bell acababa de encender.

Pese a que al principio se quemó un poco una de las esquinas, ya que Verne puso la vela muy cerca del documento, Doyle la movió hacia atrás y, cuando el papel se encontraba a unos cinco centímetros del fuego, comenzaron a aparecer letras color café por toda la superficie, haciendo que el creador de

Holmes casi cayera en el paroxismo.

—¡Verne! ¡En el alijo venía oculta una copia del documento de Newton y usted ni siquiera lo sabía! —gritó extasiado al ver el revelado completo:

aaaabaabaaaaabaaaaaabaabbbaaabaabaaabbab
aababbaaaaabaaaaaabaaabbbaaaaabaaaaaaabb
aababbaaaaabaaaaaabababbaaaaaaaaaabbaaaaaba
abaaabaaabbaaabbaabaabbababbbaabbbaaabaa
aaabbaaaabaabaaabaaaabbaaaabbaaabababbaaaaa
aaaaaabbaaaaabaabaaabaaabaaaaaabbaaaaabb
aaaabaabaaaaabaaaaaaaabababbaabaaaabbabaabb
aabbaabaaaaabaaabababaababbbaabbbaaabbaaba
aabbbaabaaabaabaabaabababbaaabababbabbaaaaa
abbabbaaaaabaaaaabbaabaaaabbaaaaaaaababa
abbbaababaaaaaaabababbabaaabbabaaabbabbaabb
ababaaaabbaaaabaabaaaabababbabbaabbabbaa
aaabbaaaaabaabaaaaabbabbabbaabbabbabbaaab
baabbaaaaabaabbbaabbababbabbbaabababaaaaa
aaabaaabaa

JSU

Sin embargo, para asombro de todos, tras las iniciales apareció otra extraña línea de texto:

qxfemo ronzcx id revir ztr fwsj sioq ozmxzk ho nrro

En ese momento Verne cayó en un estado de *shock*, como si le faltara el aire. Fue tanto su entusiasmo que en el afán de tomar el documento volcó la vela. Doyle alcanzó a retirar el papel a tiempo, dirigiendo una mirada de moderado reproche a su par francés, que entrecerró los ojos como pidiendo disculpas.

—Se trata, sin duda, del mismo documento, pese a que el original, como ya les dije, llegaba sólo hasta las iniciales. Francamente no entiendo qué significa esta última línea de garabatos, aunque no dudo que es la parte que falta del documento que me enviaron… El manuscrito que yo tuve a la vista estaba escrito en una letra románica, muy propia del siglo XVIII, mientras que

ésta es una letra de imprenta común y corriente en nuestros días. El generoso autor del criptograma que le fue enviado, Julio, quería asegurarse de que si no me llegaba la mitad del original que me mandó, o éste desaparecía, como así ocurrió, al menos quedara una copia, pero añadió algo al final, probablemente también de Newton. Es un verdadero quebradero de cabeza, ¿no? —comentó el creador de Holmes, aunque Verne apuntó que la última línea no tenía por qué necesariamente ser invención del descubridor de la gravedad. De hecho, razonó que ello explicaba muy bien por qué el manuscrito ahora perdido parecía cortado por unas tijeras.

—Plantéese una hipótesis muy simple, mi querido Arthur, sólo para ordenar un poco las cosas: por algún motivo, alguien se entera de la existencia de este documento en Francia y sabe que los alemanes darían lo que fuera, vaya usted a saber por qué, por quedárselo. Probablemente nuestro benefactor, el tal Watts, que lo más probable es que sea un *baconiano* convencido que tuvo acceso al documento que tenían los alemanes, decidió que eso no podía quedar así y pensó: «¿a quién se lo puedo enviar?, a alguien tan inteligente que lo pueda descifrar»… y se acordó de usted. Consigue su dirección y le manda la parte principal, quizá como medida de seguridad. Quizá su intención era contactar con usted más adelante y, de acuerdo a sus avances, decidir si le entregaba o no la segunda parte, en caso de que efectivamente tuviera relevancia. Pero los alemanes se dan cuenta de ello y salen detrás de ese misterioso sujeto con el fin de apoderarse del documento, aunque no contaban con que el espionaje francés iba a enterarse también, ni mucho menos con que en un miserable papel estaría escrito el mensaje completo, con lo cual parece ser que en este momento somos los únicos que lo tenemos. Es evidente que los alemanes, suponiendo que ellos sean los villanos de esta novela, no lo sabían, pero lo constatan cuando, entre ayer y hoy, roban el documento original en el museo. Muertos de rabia, y ya enterados de que Verne puede tener esa hoja en blanco, que en realidad es el manuscrito completo, lo que se demuestra por el anónimo dejado en su habitación, montan esa escena en el museo, asesinando al pobre Silas y tendiendo de esa forma un manto de dudas sobre usted, dejándole además un mensaje que culpa a un grupo de homicidas racistas norteamericanos, para enredar más el asunto. ¿Qué les parece? Todo cuadra.

—Suena plausible, doctor Bell, pero un *baconiano, stratfordiano*, newtoniano o martinista, o lo que sea, no creo que vaya a cercenar así como así un documento de esta importancia, pues ¿dónde está la segunda parte del manuscrito original? —se quejó Doyle.

—Obviamente hay una parte de la historia que no conocemos, pero creo que este papel nos ayudará a reconstruirla.

Sin embargo, después de inspeccionar detenidamente el documento, concluyeron que era muy poco lo que se podía hacer en ese momento. Bell observó que quizá las letras de la línea final estuvieran invertidas y que, de ser

así, en medio se podía leer la palabra *river*, insistiendo en que era tan simple como aplicar el alfabeto de Bacon al primer bloque de texto para descifrarlo, pues dado que había otro código al final, lo más lógico era suponer que allí estuviera la clave para resolver el enigma, y no en el primer criptograma. Verne se mostró en desacuerdo, apoyando la tesis inicial de Doyle en el sentido de que era impensable que Newton hubiera dejado un mensaje tan simple.

—Entonces tendremos que ir a casa de Lord Lamont. Cuenta con una biblioteca incluso más especializada en algunas materias que la del Museo Británico y, por lo demás, podrá aconsejarnos sobre los pasos a seguir —sugirió Doyle.

Por el camino, mientras Henry les llevaba, Bell pidió a Doyle más referencias sobre el enigmático lord, de quien jamás había oído hablar.

—Es muy probable que después de ahora tampoco vuelvan a oír de él, pues Lord Mycroft Lamont, como es evidente, lleva el nombre de pila del personaje de Mycroft Holmes, el hermano mayor de mi muerto más célebre y, tal como lo hice con usted, profesor Bell, la personalidad de Mycroft Holmes es prácticamente igual a la de Mycroft Lamont. Lord Lamont pasa la mayoría de sus días en un club para fumadores donde no se permite hablar ni hacer ruidos de ningún tipo y, aunque muchos dirían que es un antisocial, en realidad es un hombre profundamente preocupado por su país, hasta tal punto que sólo puedo decirles que presta servicios de alto nivel a la corona. Por eso debe tratar de pasar lo más inadvertido posible. Es un hombre muy inquieto intelectualmente… quizá el último gran filósofo que queda, entendiendo la palabra como la definimos ayer, cuando hablábamos de Newton o Pitágoras. En estos momentos está efectuando una serie de estudios sobre algunas ciencias… poco ortodoxas.

—¿Y la personalidad de ese Mycroft es semejante a la que describe de él en sus cuentos?, es decir, ¿estamos en presencia de un sujeto frío como un témpano y semejante a Philéas Fogg? —inquirió la detective.

—Lord Lamont es un observador sagaz, muy agudo, y también es acertada la descripción de él en tanto una suerte de cerebro del gobierno británico. No desempeña cargo alguno en términos formales, pero recibe un estipendio simbólico por los valiosísimos servicios que presta desde hace años a la reina. Jamás he cometido la impertinencia de preguntarle acerca de su profesión, pero es difícil adivinarla, pues sabe de todo, y no podría ser de otro modo, dado el volumen de su biblioteca. Le consultan regularmente el Foreign Office, Scotland Yard, el gabinete de la reina, la Armada Real y cualquier organismo que necesite algún consejo estratégico. Muchas veces ha sido encomendado para viajar a otros países a resolver delicados problemas diplomáticos. Al igual que Mycroft Holmes, es un hombre poco amigo de hablar, pero sí de observar, muy taciturno; y sí, tiene algunas manías un tanto exóticas del mismo orden de las que mostraba su personaje Fogg, Verne,

aunque ¿quién no las tiene? Sin embargo, para hacerle justicia, es necesario precisar que en privado es un excelente conversador y un verdadero sabio. Ya les decía que su biblioteca es un verdadero templo. Tiene decenas de libros originales del mago John Dee, por ejemplo, al igual que las obras completas de Shakespeare, Bacon, tanto las de Roger como las de *Sir* Francis Bacon, tratados de criptografía y miles de libros más. Es quizá el mayor experto que existe en estos momentos en la polémica de Bacon y Shakespeare.

—Hey, hey…, ¿me está diciendo que no son ustedes dos los únicos chiflados que tienen una obsesión con este asunto? —preguntó Bell de forma bien poco académica.

—La cuestión *baconiana* respecto de la autoría de las obras de Shakespeare es una polémica que tiene más de un siglo, estimado doctor —le explicó Verne —, y se basa en un hecho muy evidente, del cual se dio cuenta, hacia 1780, el reverendo James Wilmot. Para darle un ejemplo…: ¿Sabe algo de la vida de… mmm… Cervantes o Dante?

—No. Sé tanto acerca de sus vidas como de la de Shakespeare.

—Es comprensible. No es su campo. Sin embargo, si mañana usted decidiera saber algo más sobre Dante, que murió allá por 1321, se encontrará una montaña de biografías y datos fidedignos que incluyen, por ejemplo, su filiación política, los viajes que hizo, dónde estudió, cuáles eran sus estudios e incluso detalles pormenorizados sobre el amor de su vida, la bella Beatriz, a la cual dedicara su primer libro, la *Vida nueva*, y que se convertiría en la musa que lo acompaña en su descenso al infierno de *La divina comedia*, junto a Virgilio. Sabemos con exactitud que estudió en la Universidad de Bolonia y que, cuando comenzaron las luchas entre güelfos y gibelinos, se unió a los primeros y luego se pasó al bando de los segundos. Perteneció al gremio de médicos y boticarios de Florencia, estuvo a cargo de una misión diplomática, fue magistrado de Florencia, de donde lo expulsaron posteriormente, y vivió su exilio en Verona, tras lo cual desapareció por un plazo de dos años, aunque mucho tarde se supo que durante ese lapso vivió en París, adonde se fue con el fin de presenciar el proceso en contra de los caballeros de la Orden del Temple. Escribió en latín, estuvo en…

—Ya veo, señor Verne. No tiene por qué ser tan exhaustivo.

—Le pido que me perdone por ello, pero es imprescindible que entienda las bases lógicas sobre las cuales descansa este razonamiento. Dante murió hace más de seiscientos años, y Cervantes murió en 1614, un par de años antes que Shakespeare. De Cervantes también conocemos mucho: que su padre y abuelo eran funcionarios del Tribunal del Santo Oficio, que vivió en varias ciudades españolas en su infancia, que fue educado por los jesuitas en Sevilla y Córdoba, que huyó a Italia tras ganar un duelo y ser condenado a la amputación, que combatió en la batalla de Lepanto, donde quedó para siempre incapacitado de la mano izquierda, que fue hecho prisionero por los

moros y estuvo cinco años preso en Argel, que…

—Perfecto, me doy cuenta de que sabemos todo sobre Cervantes y Dante. Imagino que de Shakespeare no sabemos nada.

—Exacto —intervino Doyle—, y es por ello que en 1780 Wilmot empezó a investigar respecto a su vida, intrigado por la falta de datos sobre él y aguijoneado por hechos como que en la primera edición de *Los mayores poetas del siglo*, de Henry Peache, ni se le mencionara. Claro, uno podría pensar que era relativamente poco el tiempo que había pasado desde la muerte de Shakespeare, en 1616, hasta la publicación del libro de Peache, en 1622, pero aunque no es poco, razonemos así: el *Folio* se publica en 1623, pero resulta que en las tres ediciones sucesivas del libro de Peache, una verdadera biblia de los literatos ingleses, nunca se habla de Shakespeare. Es como si algún iluminado elaborara hoy un compendio de los mayores escritores franceses del siglo y no mencionara al señor Verne. Yo podría entender que quizá a alguien no le guste, pero nadie puede desconocer que se trata de uno de los escritores más prolíficos de esa nación, probablemente el más popular de su historia y quizá uno de los más ricos —disparó ante un Verne profundamente abochornado, al cual le costó un poco articular palabra.

—Me halaga en demasía, Arthur, y… a esta edad uno tiende a emocionarse un poco… Le ruego me perdone —dijo sonándose la nariz—. Quizá podría pecar de falsa modestia y decirle que está equivocado en todo lo que dice, pero no es así. Sólo en un punto no ha acertado, pues ni de lejos soy rico. No me puedo quejar, pero fueron los editores quienes se llevaron la tajada del león con mis obras.

—No es el único, Julio. Pero en fin, doctor Bell, creo que ha entendido la idea. Wilmot, como le decía antes, viajó a Stratford Upon Avon, un pueblecillo situado cerca de Birmingham y a unas cien millas de Londres, donde nació y murió William Shakespeare según la historia oficial, y allí se encontró con una serie de curiosos antecedentes, como que en los registros de la ciudad nunca había nacido nadie de tal nombre. El más parecido era nuestro ya conocido Gugielmo Shakspere, un carnicero analfabeto devenido en actor de compañías pobres, quien de hecho tuvo cierto éxito como comerciante. Wilmot quedó tan impresionado con esto que prefirió quedarse callado con su descubrimiento, por temor a la reacción que pudiera generar. Si aún hoy en día hay gente que se escandaliza ante la sola posibilidad de que Shakespeare no haya sido quien se supone, imagínese en aquellos años. No obstante, el padre Wilmot no sólo confió a Dios sus conocimientos, sino que se los contó a un amigo, James Cowel, quien tuvo la falta de delicadeza de exponerlos delante de los miembros de la Sociedad Filosófica de Ipswich, y de ahí en adelante nada pudo detener la polémica. A partir de entonces se han publicado decenas de libros sobre la controversia, como el de William Smith y el de la señorita Delia Bacon, cuyo apellido es mera coincidencia con el de Francis

Bacon, que decía de Gugielmo que era un vulgar iletrado, un ganapán y un mozo de establo. Así fue como poco a poco se fue determinando que nuestro buen Gugielmo no dejó ni una miserable nota escrita de su puño y letra, salvo la petición de un préstamo por treinta libras al pie de la cual figura una especie de firma amorfa que pareciera decir algo así como Shakespeare, y que parece hecha por un primate; y el testamento que ya mencionábamos, en el cual deja una serie de posesiones muy terrenales y simples a sus hijas, a su abogado, a los pobres de Stratford… y no menciona derechos de autor, obras inconclusas o manuscritos. Nada, como ya decíamos. En el detalle de sus bienes no figura un solo libro. Un poco raro para un hombre que se considera el mayor escritor en lengua inglesa de la historia de la humanidad, ¿no cree? El afamado lingüista Max Miller está preparando un libro que seguramente se publicará en breve, en el cual, según me ha contado en una carta que me llegó hace sólo dos días, incluirá cifras que son impresionantes y que guardan relación con que un inglés culto domina un vocabulario de tres a cuatro mil palabras. El Antiguo Testamento tiene casi seis mil y Milton llegó a usar ocho mil. Shakespeare utilizó quince mil, en seis idiomas. ¿Podía hacer algo así un carnicero de pueblo, que escasamente conoció Londres, que no fue a la universidad ni a la escuela, que firmaba como si fuera un niño? ¿Podía alguien así conocer todos los usos de las cortes de la mayoría de las casas reales? ¿Podía alguien así saber de Derecho y política como el más consumado de los abogados? Vaya a preguntar a la academia de Stratford Upon Avon si Shakespeare estudió allí. Le dirán que «probablemente» lo hizo, pese a que tienen las listas de todos los alumnos que han pasado por sus aulas, en las cuales obviamente no figura Gugielmo.

—Es raro, mas no determinante. ¿Y de dónde sale Bacon? ¿Y Newton? —exigió saber Bell una vez más.

—Mejor pregúnteselo a Lord Lamont, pues ya estamos llegando a su casa.

En ese momento la detective Smith, que había permanecido en completo silencio escuchando las explicaciones, retomó la palabra.

—Me inquieta un asunto, señor Doyle. Si Lord Lamont es, como se desprende de sus afirmaciones, un funcionario de Su Majestad, ¿por qué cree que nos va a ayudar? ¿No sería lo más lógico, dada su posición, dejarnos cómodamente sentados en un salón y luego llamar a Scotland Yard? —interrogó.

—No, no lo hará. Existe una especie de… de… —Doyle no encontraba las palabras adecuadas— una especie de lazo, de fraternidad, que no lo llevaría a hacer algo así. Como mucho nos urgiría a entregarnos, pero jamás lo haría por propia iniciativa.

—¿Qué lazo puede ser tan fuerte para ello? ¿Acaso ambos son masones? —le preguntó violentamente Bell. Doyle pareció titubear un instante, como escogiendo las palabras adecuadas.

—No, Joe, Lord Lamont no es masón, pero junto a otros destacados londinenses participamos de una sociedad de la cual evitamos hablar mucho para esquivar burlas y prejuicios —musitó, sin saber cómo terminar aquella conversación.

—Probablemente me apresuré demasiado, mas no puedo evitar instarle a que me cuente qué es esa sociedad —insistió su mentor.

—Mmm… quizá se vaya a reír. Es la Sociedad Británica de Investigaciones Psíquicas. Ya sé lo que va a decir, que cómo un hombre de ciencia como yo, que construí una carrera sobre la base de las ciencias lógicas y racionales, puede creer en supercherías, fantasmas y ectoplasmas.

—¡Está en lo correcto! Me es imposible no cuestionarme cómo hombres de su talla llegan a integrar este tipo de organizaciones, aunque con todo lo que he visto y presenciado en estas últimas horas no puedo dejar de cuestionarme también a mí mismo. Quizá he sido demasiado ciego, quizá no he abierto bien los ojos y haya muchas cosas más allá de mi entendimiento y que usted ya ha percibido. ¿Hay algo sobre el mundo que usted sepa y yo no?

—Hay muchas cosas que no entendemos y para las cuales la ciencia parece, de momento, no tener respuestas, pero yo tampoco las sé. Estoy buscando.

—Ya habrá tiempo para hablar de ello con más detalle, pero déjeme hacerle una última pregunta. Recuerdo que en la universidad usted era de misa dominical y todo eso. ¿Sigue creyendo en Dios?

—Con más fervor que nunca. Es imposible entender todo lo que sucede sin la intervención de un creador omnisciente —le respondió mientras el coche entraba en el parque que antecedía a la enorme vivienda de Lord Lamont, una clásica casa victoriana de unas veinte habitaciones.

—Imagino que Lord Lamont tendrá servidumbre, y presumo también que los sirvientes le conocen, Arthur, ¿no será un problema? —le preguntó Bell a Doyle mientras caminaban hacia la puerta principal por un sendero formado por unas extrañas piedras planas y de grandes dimensiones que el señor de la casa había hecho importar desde los Andes argentinos unos años antes.

—En caso alguno. Hay un solo mayordomo, Maxwell, que es discreto como una tumba, un clásico mayordomo británico, criado y formado para ello. Ni aunque lo torturaran diría algo que no tiene que decir. De hecho, él ha presenciado varias sesiones mediúmicas en las cuales han participado conspicuos personajes de la sociedad local.

—¿Eso es cierto? ¿En serio hacen sesiones para invocar espíritus y cosas semejantes?

—Se sorprendería de los resultados, Joe, y probablemente al escuchar los extraños ruidos que se generan sobre las mesas de sesiones, es decir, los golpes que producen los espíritus, le aseguro que trastocaría por entero sus creencias. Sin hablar del efecto que produce en cualquier persona el ver un espíritu corporizarse a través del ectoplasma.

—Me está tomando el pelo…

—Lamentablemente yo aún no lo he visto con mis propios ojos, pues es un fenómeno raro y selectivo que sólo se produce bajo determinadas condiciones. No obstante, conozco a decenas de personajes de intachable honestidad y posición social que relatan en forma inequívoca estas manifestaciones.

—Debe de haber alguna explicación… imaginería colectiva, una sugestión muy fuerte, sin entrar a pronunciarme respecto de las condiciones personales de sus amigos.

—Las sugestiones no dejan manchas. Lord Lamont lleva varios años analizando una pequeña colección de muestras de ectoplasma que se han recogido en diversas sesiones, no sólo aquí, sino también en Estados Unidos. Yo integro desde hace muy poco tiempo la sociedad, no más de dos años, pero lo que he visto y oído supera con creces cualquier realidad en la que creyera. Desde que maté al condenado de Holmes he podido cooperar un poco con Lord Lamont en los exámenes de las muestras.

—¿Y qué han determinado?

—Nada concreto de momento, salvo que la estructura celular que hemos observado bajo el microscopio indica inequívocamente que se trata de elementos orgánicos, mas no hemos podido determinar de qué tipo: obviamente, no es sangre ni nada semejante. Se parece mucho al líquido amniótico, aunque también hay otras experiencias que lo señalan como una suerte de muselina. Usted sabrá que el ectoplasma no se genera de la nada, sino que surge de la boca o narices del médium, y no se entiende cómo médiums hombres, o médiums mujeres que no estén embarazadas, puedan tener líquido amniótico; y aunque así fuera, ¿cómo podría el líquido salir por los conductos respiratorios?

—¿Usted lo ha visto personalmente?

—Como ya le decía, no he tenido la fortuna de presenciar una materialización, pero sí he visto los frascos con muestras. Es realmente asombroso.

—Tanto como usted, Arthur. Mire, están abriendo la puerta.

El hombre que apareció debajo del ennegrecido dintel de madera de roble parecía sacado de una caricatura. Era muy alto y delgado, ligeramente encorvado de hombros y llevaba una levita negra. De su ojo derecho pendía un monóculo ajustado casi a la perfección. De unos sesenta y cinco años, miraba de forma despectiva pero solícita a la vez.

—Señor Doyle, buenas tardes. ¿En qué puedo servirle? —saludó sin expresión alguna.

—Necesito ver de inmediato a Lord Lamont, Maxwell. Dígale que me acompañan tres amigos.

—Háganme el favor de esperar en el vestíbulo y veré si el señor les puede atender.

El mayordomo les hizo entrar a una amplia sala de cuyas paredes se desprendían tapices persas de grandes dimensiones. El mobiliario estaba conformado por una serie de sillas Luis XV y varias mesas de pared, ornamentadas con delicadas figuras talladas en sus esquinas.

Dos minutos después el mayordomo les anunció que Lord Lamont les atendería en su biblioteca, hasta donde los hizo pasar. A Bell le sorprendieron no sólo las enormes dimensiones del lugar, sino que la disposición de los altos muebles en que descansaban los miles de libros allí reunidos era igual a la de la biblioteca del museo, es decir, semicircular. Ello significaba —pensó— que en los extremos había un vértice de espacio útil, una gran cantidad de espacio que quedaba atrapado entre la pared posterior y los tablones perfectamente pulidos que servían de soporte a esa enorme cantidad de textos, que Bell calculó a ojo que debían de ser por lo menos cinco mil.

Lamont era un hombre de casi dos metros de estatura, de constitución muy fuerte y vigorosa y prácticamente de la misma edad que su mayordomo. Bell se sorprendió cuando Lord Lamont se volvió, al percatarse de que su rostro guardaba un innegable parecido con Maxwell, tanto que por un momento pensó que podían ser hermanos. El hombre tenía una cara de preocupación innegable, y lo dejó ver apenas oyó los pasos de los recién llegados.

—Oh, Arthur, por Dios, ¡en qué lío se ha metido! —declamó mirando detrás de ellos—. Y usted, señor Verne, ¿sabe el problema en que están metidos?

Capítulo 6

Sir *Francis Bacon, rosacruz — La Nueva Atlántida — Ricardo II, una obra muy subversiva — Malditos sean los que muevan mis huesos (y aun así, los movieron) — La cifra biliteral — «douosvavvm» — La Sociedad de los Hombres Libres en los libros de Verne y Doyle — El doctor Watson, masón — Shugborough Hall, cerca de Great Haywood*

Doyle quedó asombrado ante la mención de Verne, pues suponía que nadie sabía que estaba con él. Lord Lamont se lo explicó de inmediato.

—Todo el mundo bien relacionado en Londres conoce lo que ha ocurrido, Arthur. Esta mañana registraron las habitaciones del Langham, después de que un botones dijera haberle visto allí buscando al señor Bell el día anterior. El botones dijo que ayer usted estaba muy exaltado y que le había tratado muy mal.

—¡El botones! Pero si no le dije nada malo…

—El hombre dijo que sí, que prácticamente lo había insultado.

—¡Diantres! ¿Qué más se sabe?

—Hay sospechas muy graves en contra de ustedes tres, Arthur. Ya me explicarán qué tiene que ver esta dama en el entuerto, aunque me imagino que debe de estar metida en el meollo del asunto. Las cosas se están complicando. Si sus nombres no han sido publicados en los diarios ha sido sólo porque he ejercido todas mis influencias para que ello no ocurriera, pero no sé cuánto tiempo más lograré que alguien de Scotland Yard ceda a la tentación de contarlo. Debo advertirles además que están corriendo un riesgo muy serio al venir aquí, aunque suponía que lo harían.

—¿Nos va a entregar? —preguntó Bell muy compungido.

—Arthur, entienda que están investigando todo su círculo íntimo, y no me extrañaría que llegaran hasta aquí. Yo también, debo decírselo, corro un riesgo muy grande teniéndoles en mi casa.

—Lo entendemos perfectamente, y si ello le inquieta… —decía Doyle cuando el hombre lo interrumpió.

—Mi buen Arthur, sé que debe de haber una explicación más que razonable para que usted se haya visto implicado en esta exótica charada. Ni por un segundo he podido pensar en que los cargos fueran ciertos. Quisiera

escuchar de su boca lo que ha sucedido.

—Más bien de boca de Verne, que es quien ha armado todo este embrollo.

—¡Maxwell! —gritó Lord Lamont, apareciendo de inmediato el empleado — Sírvanos el mejor *brandy* que encuentre en la bodega. Luego despache este telegrama —garabateó algunas palabras en un papel— y déjenos solos.

Tras explicarle entre todos a grandes rasgos lo que había sucedido y la participación que la mujer tenía en ello, Lamont quedó pensativo durante algunos minutos.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es pasar de inmediato a ver qué dice ese condenado papel, Arthur.

—Opino lo mismo —dijo Doyle, asintiendo también Verne. Pero Bell se opuso, exigiendo que alguien le explicara de una vez por todas qué tenían que ver Bacon y Newton en el asunto.

—Trataré de hacerlo lo más sucintamente posible, señor Bell —dijo Lord Lamont—. Pese a que nadie sabe muy bien de dónde surge la teoría de que el verdadero autor de los libros de Shakespeare es *Sir* Bacon, parece ser que la primera vez que se postula seriamente es en el libro de la señorita Delia Bacon…

—Que nada tiene que ver con *Sir* Francis, eso ya lo sé —dijo Bell.

—Exacto. De hecho, la señorita Bacon era norteamericana. Lo importante es saber quién fue Bacon, y se lo resumo: nació en 1561, es decir, tres años antes que el crápula de Gugielmo aunque, a diferencia de éste, lo hizo en una familia de nobles. Su padre, Nicolás, había sido custodio del sello real, y su madre, *Lady* Anne Cocke, era hija de Anthony Coke, quien fuera tutor de Eduardo VI. Se educó en el Trinity College de Cambridge y se graduó como abogado. Entre 1577 y 1578, y éste es un dato no menor, fue enviado en misión diplomática a Francia…

—¿Recuerda que lo mencionamos cuando le dije que Bacon había escrito cómo desarrolló su cifra biliteral mientras permaneció en Francia? —intervino Doyle.

—Así es —afirmó Lord Lamont—. A su regreso fue elegido para la Cámara de los Comunes y en 1584 entró en las grandes ligas, como consejero de la reina Isabel, pero al mismo tiempo comenzó a crear un gran tratado, el más grande jamás escrito…

—Ahí tienen de nuevo el *Libro T* —masculló Doyle.

—Si admitimos que era rosacruz, sí. Este tratado versaba sobre un nuevo sistema de ciencias, en el cual puso los cimientos para un método que usted conoce muy bien, estimado doctor Bell, que es el de la ciencia empírica, utilizando para ello métodos como la deducción y la inducción. Comenzó también a escribir poemas y una serie de tratados sobre los más diversos temas, al tiempo que se le adjudica el haber pertenecido a la hermandad de los Rosacruces y una estrecha relación con los círculos allegados al nigromante

John Dee, que no sólo oficiaba como espía de la corona, sino que además efectuaba ejercicios alquímicos y decía estar en comunicación con espíritus que le transmitieron un lenguaje secreto, contenido en *El libro de los pases enochianos*. ¿Me sigue?

—Va bastante rápido y alguien me va a tener que explicar después un poco más acerca de los rosacruces, pero sí, le sigo.

—Pese a que hacia finales del siglo XVI el ambiente general en Inglaterra era propicio para el ocultismo y la crítica, en los círculos reales aquello no caía nada bien, por lo cual Bacon comenzó a llevar una especie de doble vida: en público era un exitoso abogado y un reputado miembro de la Cámara, y en privado, como lo atestiguan sus numerosos escritos, se dedicaba a la contemplación científica, la alquimia, la criptografía, el estudio del griego y el latín, la filosofía y cualquier materia que supusiera conocimientos más allá de los públicamente afianzados. Son numerosísimas las obras que dejó, pero probablemente la más conocida de ellas es *La Nueva Atlántida*, donde propone la existencia de una suerte de sociedad ideal, un escrito claramente subversivo para la época y que muchos ven como una especie de proclama acerca de los ideales de los rosacruces. Hacia 1593, por estos motivos y otros más, aunque específicamente por una crítica que hizo a un tema de impuestos, Bacon perdió la confianza de la reina y se convirtió en asesor del conde de Essex, Robert Deverouax, un sujeto con carisma y ganas de gobernar, aunque de vez en cuando aún le pedían a Bacon su opinión sobre algunos asuntos de la corte. Una de esas ocasiones ocurrió en 1598, cuando se publicó una obra atribuida al tal Shakespeare, aunque las versiones originales iban firmadas con otro nombre: se trata de *Ricardo II*, en que se relataba cómo Enrique VI intentaba derrocar al inoperante y mal asesorado Ricardo. La obra estaba dedicada al conde de Essex y…

—Mal indicio —intervino la detective.

—Muy malo, en efecto —continuó Lord Lamont—, hasta tal punto que la propia Isabel comentó desolada: «Yo soy Ricardo», entendiendo perfectamente a quién se referían en forma velada con aquello del rey inoperante. La idea original de la reina Isabel era colgar al autor, pero antes pidió consejo legal a Bacon, quien le dijo que no existía traición en el texto, pero sí felonía, pues aseveró que muchas de las frases de la obra habían sido copiadas textualmente de los escritos de Cornelio Tácito… Era obvio que afirmara eso, ya que él mismo lo había escrito. Cabe mencionar que antes incluso de publicar esa obra Bacon usaba el nombre del carnicero, porque sabía de los terribles efectos que puede causar la literatura, pues por más inocua que parezca, la palabra siempre es la peor arma que existe. De hecho, su padre había sido procesado en 1564, acusado de haber escrito una obra subversiva llamada *Una declaración de la corona imperial de Inglaterra*, en la cual se abogaba por una vuelta al poder de los descendientes de la casa de Suffolk, que estaba

firmada por un tal John Hales. Como nunca se pudo probar la autoría de Bacon padre, éste fue finalmente absuelto, pero se le censuró para siempre en la corte. Los antiguos privilegios de la familia fueron restablecidos por *Sir* Francis.

—O sea, la polémica venía de familia —apuntó Bell.

—Exacto. La verdadera reivindicación de Bacon ocurrió en 1603, cuando Jaime I fue coronado rey y lo tomó de inmediato como asesor, invistiéndolo caballero y aumentando su participación en la política activa hasta que, en 1613, fue designado fiscal general del reino. En 1616 fue nombrado miembro del Concilio Privado y Guardián del Gran Sello Real, el cargo que había tenido su padre, y también fue designado canciller, nombrándosele barón de Verulam y vizconde de Saint Alban, de donde era originaria su familia. Hacia 1621, ya en la cúspide de su carrera, sobrevino el escándalo: fue acusado de haber aceptado sobornos en su trabajo como fiscal, siendo enjuiciado por el Parlamento, donde admitió su culpabilidad. Yo no quiero pronunciarme sobre el particular, pero como *baconiano* que soy me adhiero a la tesis de que sólo lo hizo para evitar que el escándalo salpicara a la corona. Como fuere, debido a ello perdió sus cargos, por lo que dedicó sus últimos cinco años de vida al trabajo literario, época en que intentó terminar *Instauratio Magna Scientiarum*, el tratado de todas las ciencias que ya había enunciado de algún modo en el *Advancement ofleaming* y que ya habíamos mencionado, pero obviamente no lo pudo finalizar. Un dato curioso es que murió a consecuencia de una neumonía que contrajo mientras realizaba experimentos con hielo, relacionados con la temperatura del cuerpo humano. Ése, en un breve resumen, fue *Sir* Francis Bacon. Comprenderá que existe consenso en que en los años en que vivió, que coinciden con los de Gugielmo, se trataba del sabio más grande de su época, y sólo un hombre así podría haber sido capaz de escribir todo lo que escribió Shakespeare. Sobre los motivos por los cuales escondió el nombre hay muchos, pero quizá el más determinante sea el episodio de Ricardo II, donde además se decía que…

—No se preocupe, que ya lo he entendido.

—En todo caso debe saber que no es lo único. Hay muchos otros motivos que pudo haber tenido para esconder su nombre real, principalmente vinculados con su linaje aristocrático. No estaba bien visto que un noble de esa alcurnia anduviera escribiendo obras de teatro popular. También está la tesis rosacruciana, que entre otras cosas obligaba a quienes pertenecían a esa orden a mantener en secreto su filiación durante al menos cien años… y hay muchas referencias a la Rosa Cruz en las obras de Bacon, especialmente en *La Nueva Atlántida*, pero también en las de Shakespeare, como en *Love's Labour Lost, Venus y Adonis*, los *Sonetos* y otros.

—Gracias, milord. Me queda claro. No obstante, todo lo que se me ha expuesto hasta aquí son motivos por los que Bacon debería ser Shakespeare,

todos muy lógicos, incluyendo las interesantes trasposiciones fotográficas de Arthur que me imagino ha visto, por cierto, pero aparte de ello no hay nada concreto que pruebe la tesis de los *baconianos*.

—Lo único concreto que podríamos tener serían los manuscritos originales —precisó Lamont con una expresión de vivacidad que aún no había mostrado —. No obstante, existen muchos indicios que conectados lógicamente confirman esta teoría…

—Me gustaría escucharlos, dejando de lado, por supuesto, los juegos aritméticos que el buen Arthur ya tuvo la delicadeza de exponerme.

—Como usted quiera. ¡Maxwell, tráiganos más *brandy*! —pidió el noble —. Empecemos por la tumba de Gugielmo.

—¿La tumba? —preguntó Bell.

—Exacto, el lugar donde la pobre Delia Bacon, que se volvió loca como el Quijote con este asunto, creía a pies juntillas que se encontraban los manuscritos perdidos. Sobre su tumba, en la iglesia de la Santa Trinidad de Stratford Upon Avon, figuraba un monumento que mostraba a un Gugielmo flanqueado por dos ángeles y que tocaba con sus manos un saco de algo… gravilla, heno, maíz, vaya a saber de qué se trataba, pero en todo caso era un saco, quizá uno de los símbolos más evidentes de un comerciante. En 1656, *Sir* William Dugdale publicó *The Antiquities of Warwickshire*[7] donde, espere un segundo —dijo sacando un libro de la estantería—, tuvo el buen tino de incluir una ilustración de la lápida, que a todo esto es bastante vulgar, y en la que aún puede verse un texto que dice así:

GOOD FREND FOR IESVS SAKE
FORBEARE, TO DIGG THE DVST
ENCLOASED HEARE.
BLESE BE YE MAN YT SPARES
THES STONES, AND CVRST BE
HE YT MOVES MY BONES[8]

—Al menos tenía buen sentido del humor, el pobre Gugielmo —acotó Bell.

—Los *stratfordianos* se mueren de vergüenza cada vez que alguien les recuerda la falta de delicadeza de la placa del mayor genio de la literatura británica, maldiciendo a diestra y siniestra a aquellos que quieran remover sus huesos. No obstante, y convencida como estaba Delia Bacon de que *Sir* Bacon le había pagado a Gugielmo una generosa suma para usar su nombre y, en definitiva, disponer de su vida, la pobre señorita se obstinó en que los manuscritos estaban en la tumba; pero ello no tenía fundamento, pues aunque así hubiera sido, en el 1749 se hicieron remodelaciones en el interior de la iglesia de la Santa Trinidad y el cadáver fue cambiado no sólo de lugar, sino

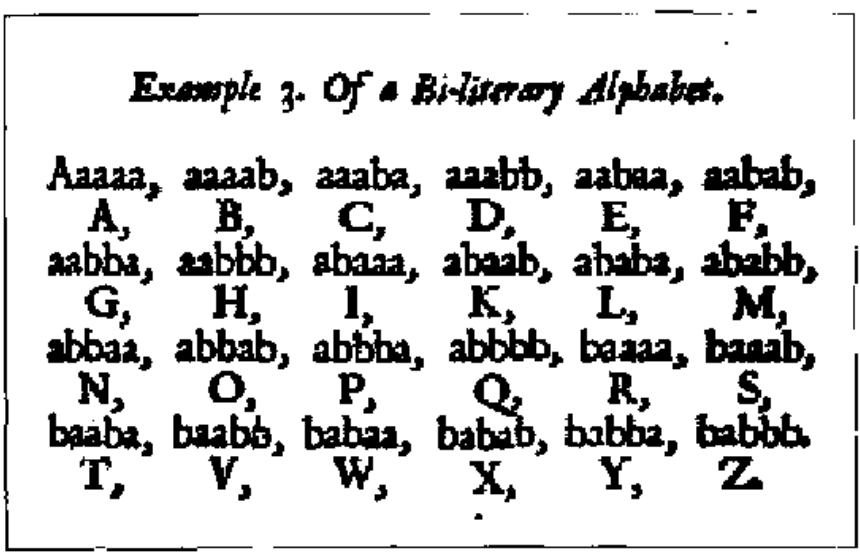
que además el monumento se vio desplazado. Si usted viaja hoy a dicha iglesia, verá una efigie bastante más delicada que la de un tendero con un saco, pues tras la remodelación se instaló una imagen de Shakespeare con una pluma en una mano y una hoja en la otra, como todo el mundo habría esperado que fuera. Y hay mucho más. Hay más evidencias, pero, señor Verne, ¿no le parece ya que es tiempo de que veamos ese manuscrito que tiene en su poder?

—Oh, sí. Quisiera saber si usted tiene idea de cómo traducirlo —le indicó pasándole la hoja revelada al calor, al tiempo que Doyle lo ponía al tanto acerca de sus temores respecto a la simpleza que entrañaría el haber cifrado algo de este valor de un modo tan rudimentario y conocido.

—Creo —intervino Bell— que el resultado más importante no lo encontraremos en el trozo principal de texto, por lo que no me extrañaría que efectivamente estuviera cifrado de la misma forma en que lo narró Bacon. Lo interesante será ver cómo solucionamos la línea final.

—Coincido con usted —dijo de inmediato Lord Lamont—. Tengo el honor de contar con una edición del *Advancement of learning*. Si no me equivoco, al principio del libro sexto se encuentra la historia dela clave que aquí estamos viendo, por lo que si la usaron textualmente será un juego de niños descifrarla. Pero antes, mis amigos, permítanme invitarles a almorzar. Al menos yo estoy muerto de hambre. Con el estómago lleno podremos no sólo descifrar este documento, sino pensar de qué forma pueden salir de este embrollo.

Después del almuerzo regresaron a la biblioteca, donde Lamont les mostró la clave descrita por Bacon en su libro, bajo el título «Example 3. Of a Biliterary Alphabet»[9].



Example 3. Of a Bi-literary Alphabet.

Aaaaa,	aaaab,	aaaba,	aaabb,	aabaa,	aabab,
A,	B,	C,	D,	E,	F,
aabba,	aabbb,	abaaa,	abaab,	ababa,	ababb,
G,	H,	I,	K,	L,	M,
abbaa,	abbab,	abbba,	abbbb,	baaaa,	baaab,
N,	O,	P,	Q,	R,	S,
baaba,	baabb,	babaa,	babab,	babba,	babbb.
T,	V,	W,	X,	Y,	Z.

—Ahí lo tienen. Veamos entonces qué dice el primer trozo de texto… pero antes separemos el párrafo completo en bloques de cinco letras «a» y «b» para así saber de qué estamos hablando —exclamó Lamont mientras Doyle se ponía a escribir:

aaaab aabaa aaaba aaaaa baabb baaab aabaa abbab
aabab baaaa abaaa aaaba aabbb aaaaa baaaa aaabb
aabab baaaa aaaaa aabab baaaa aaaaa abbaa aaaba
abaaa baaab baaab baaba abbab abbba abbba aabaa
aaabb aaaab aabaa abaaa abbaa aabba aabab baaaa
aaaaa abbaa aaaba abaaa baaab aaaaa abbaa aaabb
aaaab aabaa aaaba aaaaa ababb aabaa aabba baabb
aabba abaaa aabaa ababa ababb baabb baaab baaba
aabbb aabaa abaab aabaa babba aabab abbab baaaa
abbab baaaa abaaa aabba abaaa abbaa aaaaa ababa
abbba ababa aaaaa babba baaab babaa abbab baabb
ababa aaabb aaaab aabaa aabab abbab baabb abbaa
aaabb aaaaa baaba aaabb abbab baabb abbab baaab
baabb aaaaa baabb baabb ababb abbba ababa aaaaa
aaaba aabaa

—Parece bastante simple. Aplicando el alfabeto biliteral, tendríamos entonces que la primera letra, es decir «aaaab», es en realidad una «b». La segunda es «aabaa», por lo tanto es una «e». La tercera… y la cuarta… —musitaba Verne—. Aquí está. La primera palabra es *becavse* o *because*. Sigamos… y aquí está el mensaje completo:

Becavse of Richard fra francis stopped being
francis and became gvgielmvs the key for original
plays wovld be fovnd at dovosvavvm place.

—«Debido a Richard Fra Francis dejó de ser Francis y se convirtió en Gugielmo S. La llave para las obras originales podrá ser encontrada en el lugar dovosvavvm». Francamente, no entiendo la parte final —leyó en voz alta la detective.

—¡Lo ven, lo ven! —gritó Doyle a su vez—. Newton habla de «Fra Francis», es decir, *frater* Francis. ¡Hermano! La forma en que tradicionalmente se designan entre sí los rosacruces, *frater*. ¡Esto prueba que Newton y Bacon eran efectivamente rosacruces! ¡Ello despeja el porqué Newton no participa en la fundación de la masonería! —gritaba.

—¿No son los masones quienes se llaman «hermanos» entre sí? —preguntó Bell. Doyle le respondió con rapidez.

—Sí, efectivamente se llaman «hermanos», pero empleando la palabra

brother, que se abrevia «bro». Los rosacruces usan *frater*.

—Parece saber mucho sobre el tema… —comentó la detective Smith.

—¿Qué insinúa? —le preguntó Doyle con brusquedad.

—No es una insinuación… es que yo, es que yo… —no sabía cómo salir del paso— es que tengo la impresión de que usted puede ser miembro de la francmasonería, aunque, claro está, puede negarlo. De paso, debo decir que tengo la misma impresión del señor Verne —se atrevió a insinuar.

—¿Y por qué supone eso, señorita Smith? —le preguntó Verne, intrigado.

—Mire, honestamente no es mucho lo que sé de masones, salvo que en Chicago hay muchos y he conocido a algunos que en general me han parecido personas correctas y respetables. Sin embargo, como ya saben, soy una admiradora de ustedes dos como escritores, una verdadera fanática, ya se lo decía en el coche, señor Doyle. He leído todos sus libros, algunos varias veces. Y en varios de ellos, tanto en el caso de usted, señor Verne, como en los de usted, señor Doyle, hay referencias masónicas.

Verne pareció complacido con ello.

—¿Y cuáles serían esas referencias, si me lo permite?

—A ver… En *El castillo de los Cárpatos* el narrador, o sea usted, señor Verne, describe la aldea de Werst como una edificación de escuadras y compases, o algo así, y cualquiera sabe que los símbolos de los masones son la escuadra y el compás.

—La cita en realidad es que las construcciones de Werst se veían sometidas a la regularidad de la escuadra y el compás, una frase masónica, por cierto. Muy perceptiva, señorita. La felicito. ¿Y qué más?

—Ohhh… mi libro favorito de usted, señor Verne, es *De la Tierra a la Luna*. Allí menciona en varias ocasiones la masonería, como cuando dice que América es un país que no albergaba más que hombres libres, y que una vez comenzada la excavación para instalar el cañón en que se enviaría a los hombres a la Luna los masones comenzaron a trabajar.

—Me deja anonadado. Claro que en esos textos jugué con la palabra masones[10] y masones libres[11], pero efectivamente el sentido era ése.

—También habla de masones en *Los hijos del capitán Grant* y en otras obras, pero la verdad es que no lo recuerdo bien…

—En efecto, hay varias otras obras en las cuales los menciono, y muchas más en las que, si bien no se señala expresamente, siempre hay alusiones a esta institución. No obstante, lamento desilusionarla, mi encantadora detective, pues no soy masón. Quien sí lo era fue mi editor, Julius Hetzel y, en honor a él, porque me lo pidió varias veces, incluí algunos comentarios como los que menciona en mis libros. Ah, y le aclaro que yo tampoco soy masón, no es que lo sea y me acoja a esa cláusula que les permite negar su condición. Sin embargo, ¿qué nos puede decir de Doyle? —quiso saber el francés.

—Lo mismo, aunque obviamente después de escucharle a usted, señor

Verne, ya no me atrevo a afirmar tan directamente lo que unos minutos atrás dije tan ligeramente. En todo caso, en su primera novela, *Estudio en escarlata*, el señor Doyle decía abiertamente que Enoch Drebber, cuando fue asesinado, portaba un anillo de oro con el emblema masónico, es decir, el compás y la escuadra. En *Un escándalo en Bohemia*, Holmes dice que entre la gente que trabaja en las caballerizas existe una gran hermandad masónica… ¿para qué iba a ponerle apellido a esa hermandad si el autor no fuera masón? Si así fuera, sólo habría bastado con que señalara que había una gran «hermandad». ¿O no? —preguntó mirando a Doyle.

—Debo aceptar que tiene razón. Es muy lógico.

—También los menciona en *La liga de los pelirrojos*. Allí dice que Wilson, que si no me equivoco es el nombre del protagonista, llevaba en la solapa un alfiler con un compás y una escuadra. Agrega Holmes que eso, es decir, llevar públicamente ese alfiler, contravenía los principios de la Orden. Yo no lo sabía, y dudo que alguien que no sea masón sepa que eso es una metedura de pata.

—¡Pues claro que lo fue! —rió Doyle de muy buena gana ante los conocimientos de la dama y aceptando su filiación—. Y lo puse ahí precisamente para reírme de un querido amigo, el doctor James Watson, a quien tras haber estado en una logia se lo olvidó sacar el alfiler de su abrigo, y al día siguiente… Oh… no debí mencionar su nombre… —musitó contrariado. Verne se rió un poco y tomó la palabra.

—Ésa —rió Verne— sí que es una grave contravención de las normas internas de la masonería, señorita Smith, pues si bien entiendo que los masones pueden decir libremente si lo son o no, les está vedado revelar la condición de masones de otros, aunque muchas veces a algunos se les escapan nombres, como acaba de suceder. Me imagino, Arthur, que ese doctor Watson al que tan graciosa e imprudentemente acaba de mencionar tiene algo que ver con el doctor Watson de sus historias…

—En efecto, en efecto. James Watson es un antiguo amigo, mucho mayor que yo, de quien tomé prestado su físico y personalidad para crear al acompañante de Holmes. Él efectivamente es médico, y estuvo muchos años sirviendo en el extranjero, aunque no en Afganistán, como contaba en las novelas de Holmes, sino en China.

—Un Sancho Panza para Holmes —acotó Bell.

—Podría considerarlo así. Debo decirle, señorita Smith, que mi concepto de su condición femenina acaba de subir numerosos puntos en mi valoración, en especial porque me parece impresionante que alguien que se dedica a un oficio tan… tan rudo como el suyo, tenga además el tiempo necesario como para leer tanto y de forma tan aguda. Es extraordinario —la alabó Verne.

—Sumamente extraordinario —remató Bell—. Realmente me parece fascinante que usted, Arthur, pertenezca a tan estrambótica orden, e imagino

que usted también debe de ser miembro de la francmasonería —dijo a Lord Lamont, que le contestó de inmediato.

—No, en eso se equivoca. Me han invitado en varias oportunidades a unirme a esa agrupación, de la cual tengo el más elevado concepto, pero mis múltiples obligaciones e intereses no me dejan el tiempo necesario para ello, y permítame que cambie de tema, pero sigo pensando —mostró el documento cifrado— que lo principal es resolver este enigma lo antes posible… y para ello es necesario avanzar. De momento, lo que nos lo impide es la palabra «dovosvavvm», sobre todo porque presenta tres letras «v», que también pueden ser letras «u». ¿Alguna idea? —preguntó muy serio a los demás— ¿Ninguna? Bien. Déjenme buscar la solución en mi biblioteca —les indicó, dirigiéndose al extremo derecho de la estantería.

Se subió a una corta escalera y desde uno de los anaqueles más altos extrajo un pequeño libro.

—Ésta es una especie de guía turística de Staffordshire, donde se encuentra también el pueblo de Great Haywood, junto al que se emplaza Shugborough Hall, la casa del almirante Anson… —decía Lord Lamont, cuando Verne emitió una interjección de gusto al escuchar el apellido.

—¿Quién era él? —preguntó Bell al tiempo que Doyle también miraba con cara de interrogación. Verne carraspeó un poco, más que nada para dar a conocer su enfado frente a tamaño desconocimiento, aunque realmente no le molestaba: era una excelente oportunidad para exhibir sus conocimientos de historia, geografía y matemáticas.

—No entiendo cómo ignoran a uno de los personajes más destacados de la Armada Británica. George Anson no sólo fue el primer almirante en ser nombrado lord, sino que además efectuó una navegación completa al globo, entre 1740 y 1744, en medio de la cual capturó un galeón español que le reportó una fortuna de cuatrocientos mil libras. Me extraña que usted lo desconociera —regañó a Doyle con un cierto deje de naturalidad.

—El señor Verne tiene razón. Lord Anson es muy conocido por ello, pero también pasó a la historia por otras cosas, especialmente por el extraño monumento que junto a su hermano construyeron en la casa de Shugborough, hacia 1760, y que posee una serie de referencias a Arcadia, la principal región del Peloponeso griego, lugar de residencia de los pelasgos… un lugar rodeado de valles, ríos y vegetación donde se desarrolló una cultura vinculada al pastoreo. De ahí viene el concepto de «bucólico», que se acuñó por primera vez en los poemas creados en el siglo III antes de Cristo por el italiano Teócrito, en los cuales se describía la apacible vida de los pastores de Arcadia, donde lo más emocionante que sucedía eran las latosas ceremonias dedicadas a los dioses locales, el principal de los cuales era Pan, que representaban como un macho cabrío —explicó Lamont—. Esperen un minuto… miren —les indicó, mostrando una reproducción de un cuadro muy oscuro, contenida en

una de las hojas del libro.

En el cuadro se veía a dos pastores agarrados de unos trozos de madera, ambos jóvenes y con expresión de dolor, mirando una calavera de expresión siniestra sobre una losa con la frase «*Et in Arcadia ego*».

—Y en Arcadia… ¿soy? —intentó traducir Verne.

—Me inclino más bien por «estoy» —le respondió Doyle mirando de cerca la reproducción.

—O sea, algo así como que en la Arcadia, ese lugar de felicidad, también está presente el horror —acotó Bell.

—Un dualismo clásico, propio de los sofistas —apostilló Verne.

—Guercino, que era el sobrenombre del italiano Giovanni Francesco Barbieri, empezó con la moda de pintar este tipo de escenas —prosiguió Lamont—. Después lo siguió Poussin, que pintó dos cuadros con el mismo nombre. Poussin pintó *Los pastores de Arcadia* en 1629…

—¡Por la reina! —saltó alterado Bell—. Yo he visto esta imagen antes, aquí en Inglaterra —gritó casi saltando de su asiento.

—No lo creo, doctor. Recuerdo claramente que este cuadro se encuentra en Francia, en el museo del Louvre —precisó Verne.

—Quizá el cuadro esté en Francia, pero el doctor Bell tiene razón en lo medular —agregó Lord Lamont—. Eso es lo que conecta todo esto con el almirante Anson, pues la imagen que les estoy mostrando es una copia del cuadro que se encuentra en un extraño monumento de piedra ubicado en el parque de la casa de la familia Anson, Shugborough Hall, en el condado de Stafford. Se trata del mismo cuadro, una réplica exacta, a excepción de que en el grabado que mandó hacer George Anson la imagen está invertida respecto del original pintado por Poussin, como si la hubieran esculpido mirándola en un espejo.

—¿Y qué tiene que ver esa palabreja, dovos… no sé cuánto con el cuadro? —preguntó Verne.

—Es algo muy complejo, que incluso desveló en algún momento a cerebros como Dickens y Darwin. Lo que más llama la atención es el grabado mismo, eso es obvio, pero si se fijan bien, justo debajo de la reproducción, en la losa de mármol donde se encuentra la imagen invertida de Poussin, se leen las letras que venían en el mensaje cifrado:

Capítulo 7

Newton esotérico — Nullius in Verba, la esencia de la Roy al Society — El capitán Enrique de Basfyerville — Un suicida ladrón — El francés del hotel — Ignatius Donnelly — En la biblioteca de Lord Lamont — The rosicrucian: their rites and mysteries, de Hargrave Jennings

—¿Y qué significa eso? —preguntó Bell.

—Nadie lo sabe exactamente, y eso es lo bello de la situación. Muchos eruditos, entre los que ya les decía que estuvieron Dickens y Darwin, han tratado de escudriñar el significado de esas letras, viendo en ellas un mensaje masónico o rosacruz. Otros las vinculan a la leyenda del rey Arturo y el Santo Grial, con los caballeros de la Orden del Temple, con la supuesta tumba de María Magdalena que según algunos estaría en Glastonbury… pero parece que la explicación es mucho más pedestre y nos lleva indefectiblemente a que esas letras, dejadas por Newton a sus seguidores, muestran el camino a seguir para encontrar los manuscritos perdidos de Gugielmo —exclamó Lamont.

—Perdón… ¿en qué año murió Newton? —inquirió Bell.

—En 1727 —respondió Verne.

—Y usted decía que este grabado fue erigido hacia 1760, ¿no es así? —preguntó dirigiéndose a Lord Lamont.

—En efecto. Quizá unos años antes, diez o doce.

—¿Cómo podría entonces un Newton ya fallecido haber escrito sobre algo que no había sido aún esculpido? ¿Me van a decir ahora que también era vidente?

—Intentaba ser vidente, pero parece que no le funcionó. Existen algunas referencias sobre un documento suyo hasta ahora desaparecido, como muchos otros, en el cual habría determinado que el Antiguo Testamento no es más que un inmenso criptograma que revelaría el fin del mundo, que Newton calculó que llegaría hacia finales del siglo XXI. Sin embargo, lo que nos parece querer decir aquí Newton es que la llave para hallar los documentos se encontrará, en el futuro, en algún lugar que tenga impresa dicha clave, si asumimos que es una clave. Es un plan cuidadosamente urdido. Obviamente esto fue orquestado en el seno de la Royal Society, y los ejecutantes no pueden haber sido más que integrantes de ella misma.

—¿Se refiere a la Sociedad Real de las Ciencias? ¿La Royal Society? Ya sé que han hablado de ella antes, pero… ¿a qué demonios se refiere? ¿Está diciendo que los mayores cerebros de Gran Bretaña están implicados en una especie de conspiración literaria? —se quejó Bell.

—Así parece, profesor —respondió Lord Lamont—. La Royal Society fue fundada hacia 1660 por varios miembros provenientes de la Fraternidad Rosa Cruz, entre ellos Elias Ashmole, quien se sabe fue el primer francmasón reconocido de Inglaterra y que parece que se convirtió en masón siendo ya rosacruz. Estos hombres se juntaban, antes de la fundación de la Sociedad, en un círculo conocido como El Colegio Invisible, que tomó como divisa el lema *Nullius in Verba*, es decir, «en las palabras de nadie». Suena extraño a primera vista, pero deja de ser raro si se piensa que todos los que conformaban el colegio eran seguidores de Francis Bacon… y es en su honor que adoptan dicho lema y fundan posteriormente la sociedad, siguiendo los preceptos *baconianos* relativos al método científico, pero sin abandonar para nada el lado esotérico que todos ellos enarbolaban. Obviamente, en los tiempos que corremos en que el mundo está completamente tecnificado y podemos incluso enviar mensajes a través de cables, lo que habría sido magia mil años atrás, nos parece muy exótico y poco digno de hombres de ciencia, pero era parte del saber universal de entonces. Usted sabe que *Sir* Isaac Newton fue director de la Royal Society muchos años, alternando su tiempo entre la física, la óptica, la teología y la alquimia, y llegando incluso a poner en práctica una serie de experimentos en su propio cuerpo: frecuentemente ingería pócimas que él mismo confeccionaba siguiendo métodos alquímicos, a los que se atribuyen los frecuentes raptos de demencia que padecía.

—¿Le resulta conocido, profesor? ¿Recuerda lo que ya le contamos acerca de la forma en que falleció *Sir* Francis Bacon? —preguntó Doyle.

—Tal como lo anunció Arthur cuando desciframos la primera parte del mensaje en clave, efectivamente el que Newton se refiera a Bacon como «fra» deja clara la pertenencia de ambos a la Rosa Cruz y explica en alguna medida por qué Newton nunca participó de la masonería, algo bastante extraño dadas sus inclinaciones esotéricas, y más raro aún porque varios de los sujetos que formaron la primera Gran Logia de Londres, en 1717, eran amigos suyos, por lo cual era lógico suponer que él probablemente también podría haber participado. De hecho, muchos masones se obstinan en presentarlo como uno de los fundadores de la institución, cuando no hay constancia alguna de ello, a diferencia de los demás. Uno de los más destacados, y que si no me equivoco fue el segundo o tercer gran maestro de la orden, fue Jean Desaguliers, que en 1717 era el ayudante de campo de Newton en la Royal Society. Más aún, Newton es el primer sabio de su talla de quien se dice que escribió una monografía sobre el templo de Salomón, que es precisamente la piedra fundacional de la masonería, documento que, al igual que el otro que les

mencionaba, tampoco ha sido hallado. Tampoco existía constancia del manuscrito que habría dejado sobre los textos originales de Gugielmo hasta que ustedes lo descifraron. Así las cosas, la explicación más lógica para esta marginación es que probablemente Newton no quiso participar de la masonería por la sencilla razón de que ya era parte de una fraternidad sin duda más hermética y misteriosa, la Rosa Cruz, a la cual, como hemos dicho antes, también perteneció Bacon.

—Creo que en alguna parte mencionó que Ashmole era masón y rosacruz. ¿Por qué no lo podría haber sido también Newton? —inquirió Bell a Doyle.

—No lo sé. No hay contradicción entre ambas filiaciones, que yo sepa, pero me da la impresión de que algo pudo tener que ver el carácter de la masonería que se funda en 1717, que se denomina «especulativa». Ashmole, pese a no ser del gremio de los picapedreros, se integró en una logia «operativa», es decir, una logia original, donde efectivamente sus miembros se dedicaban a la construcción, divididos en grados y comunicándose entre sí los secretos de su arte, que habrían heredado desde la construcción del templo de Salomón. Se cree que el declive de estas corporaciones tuvo mucho que ver con el fin de la época de las grandes catedrales, que ellos erigían, y por eso comenzaron a admitir a algunas personas adineradas en su seno y que no tenían idea de cómo coger un martillo, como Ashmole. Quienes fundan la Gran Logia en 1717 ya eran en su totalidad «especulativos», sujetos que utilizaban alegorías sobre la edificación para exponer sus ideas sobre la mejora del individuo y cómo éste podría divulgar sus conocimientos a la sociedad. No hay que olvidar que pese a los avances científicos que forjó, Newton era un ortodoxo que buscaba desentrañar los secretos de la Biblia para entender el futuro. Quizá, como rosacruz que estoy seguro era, pudo compartir las ideas generales de los nuevos masones, pero lo más seguro es que le pareciera un poco extraño que no hubiera ningún albañil de verdad entre ellos.

—Muy interesante, pero… ¿cómo llegamos a Shugborough Hall? —preguntó la detective, bastante aburrida de la explicación del escritor escocés, logrando que Lord Lamont retornara el hilo de la conversación.

—En 1720 los hermanos Thomas y George Anson heredaron la mansión familiar de dicho nombre, ubicada en una finca de novecientos acres, a unas cuatro millas al suroeste de Stafford. Mientras George se hacía a la mar, como contaba hace unos minutos el señor Verne, Thomas se dedicó a estudiar, y así fue como en 1730, con Newton ya fallecido, pues como decíamos murió en 1727, fue designado *fellow*[12] de la Royal Society. Se hizo muy conocido en los círculos intelectuales, llegando a formar junto a Lord Sándwich el Club de los Diletantes, sujetos interesados en todas las ciencias y artes, un concepto muy rosacruciano, si me permiten usar ese término. Mientras su hermano seguía navegando en nombre de la corona él viajó por todo el mundo, interesándose mucho por Egipto y Grecia, donde adquirió un acervo cultural

enorme. Hacia 1745 George regresó a Inglaterra bañado en el oro de los doblones españoles, gracias a los cuales, además de a la fortuna familiar, comenzaron a remodelar la finca, creando un parque que contiene rincones inspirados en diversas culturas, amén del grabado en cuestión y la inscripción.

—Tenemos que ir a Shugborough Hall —exclamó Doyle entusiasmado.

En ese momento, Maxwell abrió la puerta de la biblioteca de una forma que Doyle estimó bastante insolente. Se acercó rápidamente a Lamont, que seguía cómodamente sentado en una poltrona de cuero, y le musitó algo al oído. Doyle sabía que ése no era el tratamiento que un mayordomo —y menos Maxwell— brindaba a su señor.

Algo andaba mal.

—Debo ausentarme. Por favor, pónganse cómodos hasta que regrese —les explicó el noble, ofreciéndoles una sonrisa muy seria. Los cuatro quedaron en silencio. ¿Qué podían pensar? ¿Que los habían atrapado? ¿Que Lamont los había vendido?

Sus peores temores se vieron confirmados cuando Lamont regresó de nuevo a la biblioteca seguido de un hombre de unos treinta y cinco años, de corto pelo rubio y muy delgado, con una perfilada nariz aguileña que sobresalía en medio de un mar de pecas. Pese a que vestía un elegante chaqué de Saville Row, su forma de caminar, con pasos firmes y rígidos, su estricto corte de pelo y su porte militar revelaron de inmediato que no era una visita que les fuera a agradar. Lamont venía con el ceño fruncido cuando lo plantó delante de ellos.

—Señores, soy el capitán Enrique de Baskerville. Pertenezco a la sección de Operaciones Especiales del Ejército de Su Majestad y he sido encomendado para encontrarles.

De nada habría servido —pensó Doyle— insultar a Lord Lamont. Si bien había representado bastante bien el papel de amigo acongojado, al escritor británico no le cabía duda alguna de que todo estaba cuidadosamente preparado. Pese a que Lamont era un hombre muy frío en situaciones difíciles, le resultaba excesiva la tranquilidad que demostraba. Lo mismo pensó Bell, quien sin embargo no logró reprimir su ira y alcanzó a soltar un par de exabruptos en voz baja y de un modo bastante poco flemático. Verne, mientras tanto, permanecía impasible, y Sheila Smith se frotaba las manos, entre nerviosa y ansiosa.

Doyle creyó oportuno aclarar la situación y balbuceó algunas frases, pero Verne puso orden en el asunto.

—Mi querido Arthur, creo que este buen oficial que se encuentra frente a nosotros no vino a llevarnos detenidos ni nada semejante. Él no es policía, es militar, por lo que acaba de decir. Hasta donde yo sé, los hechos en los cuales estamos supuestamente envueltos nada tienen que ver con el fuero militar. Le sugiero que se calme y escuche lo que tiene que decirnos el capitán.

—Muchas gracias, señor Verne —respondió el oficial—. La imagen que su persona genera es exactamente igual a la que uno puede forjarse de usted leyendo sus libros y, por favor, tómelo como un cumplido. En cuanto a ustedes, señores Doyle y Bell, me los imaginaba con la cabeza un poco más fría, sobre todo en vista de las impresionantes peripecias que han vivido en las últimas horas; y respecto de usted… —señaló a la mujer—, no tengo idea de quién es, así que, si no tiene nada que ver con estos señores, le ruego que se retire.

—Me va usted a disculpar, señor, pero estoy con ellos casi desde el principio y con ellos quiero seguir —apuntó firme la señorita Smith.

—De acuerdo. En ese caso, y de momento, puede quedarse; y tiene usted razón, señor Verne, al decir que no los vengo a detener. En efecto, no soy policía ni tengo nada que ver con ella. En lo que sí se equivoca es en lo relativo al fuero militar. Están en medio de un potencial conflicto bélico trilateral, y tengo que decirles que probablemente ustedes sean el detonante de dicha situación. No se trata sólo de los libros robados anoche, sino también de los dos homicidios que…

—¡Dos homicidios! ¡Robo de libros! ¡De qué está hablando! —gritó Doyle.

El capitán pareció sorprenderse bastante con la pregunta.

—De las muertes de los señores Silas Johnson y James Watts, así como del robo de una serie de valiosos ejemplares de la sección reservada de la biblioteca del Museo Británico, pero…

—¡Ellos no tienen nada que ver! —gritó la mujer, poseída por la indignación.

—Lo sabemos —replicó con calma el oficial, dejándolos a todos pasmados.

—¿Cómo lo saben? ¿Watts es el mismo sujeto que tenía en su poder el manuscrito de Newton? —preguntó Bell.

—Capitán, estos señores merecen una explicación razonable —le espetó Lord Lamont en tono tan imperativo que el militar recordó claramente frente a quién estaba, aunque a Verne le quedó claro que el noble también buscaba congraciarse con ellos.

—Es muy simple. Hasta hace un par de horas Scotland Yard lo buscaba a usted, señor Doyle, como posible partícipe en la muerte del señor Johnson, pues había cierta evidencia que indicaba que usted había estado trabajando en una oficina que le había sido conseguida por Lord Lamont, junto a otras dos personas. Pese a que nadie los vio, salvo el fallecido, el guardia nocturno, un sujeto de apellido Beyton, asegura que mientras coqueteaba con una prostituta en el exterior del museo vio salir a tres figuras a lo lejos, sin lograr identificarlas. Unas horas después llegó el vigilante nocturno y se dirigió a revisar la biblioteca, extrañándose de que en la oficina del pasillo que da al

segundo piso hubiera luz. Se trataba de la oficina en que trabajaban ustedes, señores, y allí se encontró el cuerpo ensangrentado del pobre Johnson junto a un libro suyo, señor Doyle, autografiado muy poco rato antes a juzgar por la tinta, que aún no estaba completamente seca. Además, faltaba un *Folio* de las obras de Shakespeare, un tratado sobre criptografía, algunos libros de Bacon y…

—Dios santo, es terrible —murmuró Doyle, sobresaltado por la pérdida de los libros más que por la muerte de Johnson, lo cual no le pasó inadvertido a Verne.

—Cuando la policía llegó, notó que Beyton parecía tener una de sus manos levemente manchada de sangre. Al registrar sus vestimentas se encontró en su abrigo un cortaplumas, también manchado. El infeliz argüyó que lo había encontrado tirado en el césped un minuto antes de que el vigilante saliera gritando, y que lo iba a entregar, pero se le había olvidado. Si bien el sujeto no tenía motivos lógicos para hacer algo así ni tampoco se le encontró lo robado, que debe valer unos buenos miles de libras, la tenencia del arma era motivo más que suficiente para incriminarlo. Pero era obvio que quien cometió ese homicidio tenía un cómplice, pues de otro modo no se explica que se hayan podido llevar cerca de cincuenta libras de peso en textos.

—¿Y cuándo he dejado de ser un sospechoso? —preguntó Doyle.

—Hoy a mediodía, una mujer que pasaba junto a un apartamento ubicado en un primer piso de la City vio un cuerpo tirado dentro, cubierto de sangre. La policía entró y descubrió que se trataba de James Watts, un anticuario especializado en libros raros, que agonizaba a consecuencia de profundos cortes en ambas muñecas, en un aparente suicidio. Por más que trataron de reanimarlo, había perdido demasiada sangre y no sobrevivió ni dos minutos. Entre los cientos de libros que había en su casa encontraron también los sustraídos en el museo. Scotland Yard sigue con ganas de interrogarlo y saber quiénes eran sus acompañantes, señor Doyle, pero el juez de instrucción incluso les retiró la orden para ello, dado que todo parece incriminar al presunto suicida…

—Que es imposible que se haya suicidado, imagino —comentó Bell.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el oficial.

—Primero, porque usted habló de dos homicidios, y no de un «presunto suicidio» y un homicidio; y segundo, porque si al hablar usted de «profundos» cortes en ambas muñecas se refiere a heridas de más de un centímetro de profundidad, es médicamente imposible que lo haya hecho él mismo, dado que un corte de tal magnitud en cualquier muñeca cercena no sólo las arterias, dificultando en extremo su movimiento, sino también los tendones, con lo cual queda inutilizada. Así, si se hizo un corte de grandes dimensiones en una mano es imposible que tenga dos cortes iguales en las muñecas, pues no habría tenido cómo infligirse el segundo.

—Está en lo cierto. Los cortes son extremadamente profundos, y no crea que Scotland Yard no reparó en ello, pero el juez no tiene ganas de complicarse la vida con el asunto. En todo caso lo que les exonera a ustedes de ello no es eso, sino el telegrama que me ha enviado esta mañana Lord Lamont, advirtiéndome de la presencia de ustedes aquí y diciéndome que sólo viniera cuando él me avisara o cuando ocurriera algo que los ayudara… y así sucedió. Ustedes ya estaban aquí cuando el aparente autor del robo agonizaba.

—Lord Lamont, debo decirle que me indigna su actitud —se quejó Doyle, del todo molesto por la actitud de quien consideraba su amigo.

—Lo sé, Arthur, lo sé, pero entienda que el capitán es de mi entera confianza y no iba a hacer nada por perjudicarle. Al contrario. De hecho, en este momento soy la coartada que tienen.

—Lo que nos ha descrito hasta ahora, capitán, es un asunto de corte estrictamente policial, así es que creo que, aunque diga lo contrario, usted no tiene mucho que hacer aquí —le desafió Bell.

—En eso se equivoca. Desde hace dos horas este caso ha pasado por entero a mis manos. Si bien Inglaterra y Francia se han visto últimamente envueltas en una situación un tanto tensa, nuestros respectivos servicios de inteligencia siempre mantienen un…, ¿cómo llamarlo?, un intercambio amistoso de información, cuando son intereses comunes los que se ven amenazados… y mucho más cuando hay ciudadanos de uno u otro país implicados en hechos de trascendencia. Lord Lamont podría ilustrarlos mucho mejor que yo al respecto. Por dichos canales nos enteramos esta mañana de la visita del señor Verne a Londres, cuando los agentes franceses instalados aquí, y que llevan un registro de todos sus conciudadanos, supieron que había viajado. Intrigados por tratarse de quien se trata, pidieron información a París, y desde allá se les explicó un curioso episodio protagonizado por el señor Verne, los agentes del servicio especial y una carta en la cual se implicaba al señor Doyle. Es por ello que cuando acudieron a mí, con dicha información, inmediatamente dedujimos que debían de estar juntos. Se informó del asunto a Scotland Yard y fueron ellos los que allanaron sus habitaciones en el Langham.

—Creo que usted acaba de decir que los franceses supieron esta mañana que el señor Verne estaba aquí…, ¿no?

—Exacto, tal como lo acaba de oír, señor Bell.

—¿Será alguno de esos franceses… mmm… «residentes» en Londres, de casualidad, de apellido Carras o algo semejante?

—¿Cómo lo sabe? —interrogó el oficial de nuevo sobresaltado.

—¿Carras es un sujeto joven, alto y de nariz aguileña? —insistió Bell, sin contestar a la pregunta que le había formulado el militar.

—Sí…, ¿cómo lo supo?

—Creo que le mintieron con la información que le dieron. Ese señor nos

andaba rondando en el Langham ayer. Estuvo bastante rato sentado en el mismo sofá que yo mientras esperaba a Arthur. Durante varios minutos permaneció entretenido con el crucigrama del diario que leía y en algún momento lo abandonó, aparentemente frustrado por su complejidad. En ese instante se puso a hacer dibujos abstractos en la misma hoja, ya saben… triángulos, cubos tridimensionales y letras aparentemente al azar. No pude evitar echar una mirada a los jeroglíficos que trazaba y me llamó la atención que dibujaba muchas «A» y muchas «C», hasta que en una esquina escribió «Carras». Presumo que su nombre de pila debe de comenzar con «A», pues dibujó esa letra antes del apellido.

—En efecto. Su nombre oficial es Alex Carras, aunque obviamente es un seudónimo que usa para encubrir su nombre verdadero. En todo caso, no vislumbro cómo logró deducir que dichas letras tenían que ver con su nombre, pues de hecho ni siquiera suena a un apellido.

—Oh, es simplemente un ejercicio de lógica, señor De Baskerville, aunque evidentemente también presumo que ése no es su nombre —le indicó mirándole a los ojos sin que el aludido evadiera la mirada—. Ese tipo, el tal Carras, debe de tener un alto concepto de sí mismo. Desconozco si están al tanto de las teorías de un emergente y joven médico vienés, el doctor Freud, que utiliza la hipnosis para diagnosticar a sus pacientes y señala que es prácticamente un hecho que el cerebro trabaja de un modo misterioso y lleva a las personas a efectuar actos de forma inconsciente y sin un significado aparente. No obstante, dichos actos, vistos por un ojo experto, revelan como una fotografía lo que está pensando el sujeto del estudio. Freud dice que es lo mismo que sucede con los sueños: simples simbolismos de nuestras preocupaciones cotidianas, de nuestras ideas y nuestros proyectos. Obviamente Carras, o como quiera que se llame, no pensaba en Verne ni en nada más que en él. Lo más probable es que usara ese nombre por algún motivo subconsciente, y por ello lo escribía una y otra vez. Creo, de hecho, que Verne estaba vigilado desde que salió de Francia y que, como la mente de este super espía estaba puesta en otro asunto, se le perdió de vista en algún momento, probablemente cuando regresamos y luego salimos del hotel. Más allá de lo anecdótico y enredado que resulta todo esto, sigo sin entender cómo un hecho policial termina en manos del espionaje de la reina, pues de lo que estamos hablando aquí es de delitos comunes: robo y homicidio.

—Hay una explicación muy lógica, tan lógica como la que usted me acaba de dar, y que explica una información muy vaga que me entregó Carras. Según él, obtuvieron informaciones relativas a que un presunto agente del Departamento Tercero del *Reich* llegó también a Londres y estuvo rondando por el hotel…

—No me diga. Un sujeto de pelo rubio, delgado y joven, con una cicatriz en la mejilla derecha.

—¿También lo vio?

—Estuvimos prácticamente abrazados en el vestíbulo del hotel, mientras el torpe de Carras nos rondaba. En ese sentido, el alemán resultó ser bastante más discreto que su compatriota, Julio —se rió el médico.

—Aún no sabemos cuál es el interés que reviste para el *Reich* este manuscrito ni por qué lo buscan tan enconadamente ni, mucho menos, por qué están dispuestos a matar por él. El asunto de fondo es que, más allá de las apariencias, lo que tenemos son dos ciudadanos británicos asesinados de forma brutal, un robo al Museo Británico y un documento relativo a nuestro más grande dramaturgo que los alemanes quieren para sí. Hasta aquí lo que yo entiendo. Ahora bien, quisiera que me explicara quién es usted y qué hace aquí, señorita —dijo el oficial dirigiéndose a la mujer, que no pudo ocultar su sorpresa al verse interpelada.

—Mi nombre es Sheila Smith. Soy detective de la agencia Pinkerton.

—¿En Londres?

—Tal como lo acabo de decir.

—¿Y no era un tal Wilson el encargado de la agencia aquí? Yo al menos lo conocía a él.

La detective dudó un par de segundos antes de responder.

—No sé de quién está hablando. Mi agencia nunca ha tenido un detective que trabaje oficialmente en Londres. Yo me encuentro aquí desde hace algún tiempo por un asunto que indaga mi compañía a petición de un cliente. Puede ser que en el pasado haya habido algún detective de apellido Wilson, pero no lo sé.

—Oh, está bien, señorita. Sólo la estaba poniendo a prueba. La verdad es que no conozco a ningún Wilson, pero me gustaría mucho saber qué tienen que ver usted y su agencia en este caso —le dijo De Baskerville, cuyas palabras hicieron recordar a Doyle las persistentes evasivas de ella cuando él le preguntó por el asunto que estaba investigando y que la había llevado a Londres.

—Sí. Creo lo mismo que el capitán. Debería explicarnos qué diantres hacía esa noche en el museo, por qué llegó a casa de Doyle y todo lo demás —la acosó Bell.

—¿Qué? —exclamó alarmado De Baskerville, mientras detrás de él Lord Lamont apuraba una copa de jerez y levantaba la ceja izquierda en señal de intriga.

—Tranquilos, tranquilos, que se lo puedo explicar. El problema es que… mi cliente se enfurecerá si se entera de que he roto la cláusula de confidencialidad que pactó con la agencia.

—Es preferible que la acusen de un incumplimiento contractual que de algún delito, detective —le espetó Verne.

—Sí, tiene razón. Las cosas se han descontrolado un poco. Mi cliente es el

honorable señor Ignatius Donnelly, ex gobernador del estado de Minessota, ex miembro de la cámara de representantes y autor del libro *La Atlántida*…

—… *el mundo antediluviano* —completó Verne la frase.

—¿Conoce su libro? —preguntó la mujer un tanto asombrada.

—¡Por supuesto! Dudo que exista alguien en el área de las ciencias que no haya leído las doce tesis de Donnelly sobre la existencia de una supracivilización de la cual descienden egipcios, mayas, aztecas y todos los demás. Me parece fascinante… pero ¿qué tiene que ver el señor Donnelly en todo esto?

—Supongo que si se conocieran harían buenas migas muy rápidamente, y de hecho me extraña que aún no se hayan topado. Como les resultará evidente, él comparte con ustedes esa especie de fascinación sobre el asunto de los manuscritos del señor Shakespeare desde hace mucho tiempo y planea escribir un libro al respecto, por lo cual ha viajado varias veces a Inglaterra a efectuar averiguaciones, lo que lo ha hecho bastante conocido entre algunos estudiosos del tema. Mi agencia fue contactada por él un par de meses atrás, cuando también le llegó un mensaje criptografíado a su casa de Estados Unidos. Dicho documento, que lamentablemente yo nunca vi, puesto que recibí mis instrucciones directamente de mi supervisor en Chicago, advertía al señor Donnelly de que un importante manuscrito relacionado con el paradero de los documentos perdidos de Shakespeare iba a ser robado de la biblioteca del Museo Británico a principios de este año. Es por ello que contrató a nuestra agencia, pensando que podríamos impedir el robo, y tras haber constatado que no había documento alguno de este tipo en el museo. Pensaba que si podía proteger la biblioteca, una vez llegara el texto se le franquearía el acceso a él. Sin embargo, al explicársele que no tenemos competencia legal en suelo británico, y que por tanto lo que correspondía era avisar a Scotland Yard, pidió mantenerlo en reserva y solicitó que vigiláramos el interior del museo de día y sus alrededores de noche, en sistemas de rondas aleatorias, casi en un acto de filantropía, si ustedes lo quieren ver así. Originalmente trabajaba conmigo otro detective, Spender, pero hace una semana debieron enviarlo a un asunto urgente a Luxemburgo, y por eso estaba yo haciendo doble turno. Debido a ello me encontraba en los alrededores del museo y los vi salir.

—Disculpe…, ¿dice usted que a su cliente le advirtieron de que un importante documento sería robado de la biblioteca hace ya dos meses? —la interrogó Bell.

—Eso dije.

—¿Y cómo podría alguien saber dos meses atrás que mi buen Arthur tendría el mal tino de dejar allí el documento? ¿Tiene alguna explicación para ello?

—Lo único que tengo en este caso son dudas, igual que ustedes, y no crea que entre ayer y hoy no me he devanado los sesos pensando en esto, pero

tiendo a creer que quizá exista otro documento, o algún criptograma similar, entre los libros que se robaron. La verdad es que no lo sé.

—Pues bien, caballeros, no sé ustedes, pero mañana a primera hora partiré a Staffordshire, a visitar la finca de Shugborough Hall. ¿Alguien me acompaña? —proclamó Doyle.

Verne y Bell levantaron de inmediato la mano.

—¿Y usted, Lord Lamont? ¿No nos va a hacer el honor? Sus conocimientos serían de un valor inestimable —le preguntó Doyle.

—Nada me encantaría más, querido Arthur, pero mis obligaciones oficiales me fuerzan a permanecer en Londres varios días. Si consigo desocuparme antes, se lo haré saber y me uniré a ustedes.

—¿Y usted, señorita Smith? —preguntó, en un tono más meloso de la cuenta, el escritor británico, mirándola de soslayo mientras ella se alisaba el pelo.

—Oh… por supuesto que me gustaría, pero para hacer algo así debo solicitar autorización a mis superiores.

—Telegrafíe a Chicago —sugirió su interlocutor.

—Dudo que a esta hora encuentre a alguien en la oficina…

—Allá es más temprano que aquí —le recordó Verne tratando de convencerla.

—Cierto.

—Yo mismo le acompaño a la oficina de telégrafos, si quiere, y así aprovecho para enviar un mensaje a mi querida Honorine, que debe de estar preocupada por mí, dado que no fui muy claro respecto de mi estancia en Londres —agregó Verne.

—No podría pensar en una mejor compañía —argumentó ella, coqueta, incorporándose de inmediato para salir, mientras Bell hacía un comentario malicioso acerca de lo «prendado» que estaba Verne de su esposa, a lo que éste respondió diciendo que si había podido escribir de manera tan prolífica se lo debía precisamente a ella.

Sin embargo, cuando la detective avanzó para salir, De Baskerville la detuvo con la mano de forma suave pero imperativa.

—Debo expresarles mi objeción ante esta idea. Si bien no les puedo impedir que se desplacen libremente, es mi deber decirles que me parece muy arriesgado que viajen a Staffordshire. Ha habido dos homicidios y tenemos evidencias de sobra para suponer que hay agentes del *Reich* actuando en nuestro suelo y buscando lo mismo que ustedes. Dichas muertes nos muestran prístinamente de lo que son capaces, y por ende…

—Venga con nosotros también, capitán —le sugirió Bell.

—No es tan simple. Igual que en el caso de la señorita, debo pedir permiso a mis superiores, y para que me dejaran acompañarles debería hacerles ver la necesidad de que ustedes viajen, necesidad que, a pesar de no conocer aún

todos los detalles, no observo por parte alguna.

—Entonces le deseo una feliz estancia en Londres, capitán. Somos hombres viejos, y si algo nos sucede le autorizamos a que diga a la prensa que somos unos irresponsables. ¿Por casualidad sabe si algún tren parte temprano a Stafford? —le preguntó Bell.

Viendo que no tenía cómo impedir el viaje, les aconsejó que al menos no usaran el transporte público y que ocultaran sus identidades, a fin de evitar al máximo la posibilidad de ser seguidos o localizados.

—De aquí a Birmingham hay unas cien millas, y de allí a Staffordshire unas veinte más. Si hacemos el viaje sin parar, saliendo muy temprano y rogando para que mañana no nieve, podríamos llegar en la madrugada del día siguiente —razonó Doyle en voz alta.

—O bien pueden hacer una parada turística a medio camino —intervino Lord Lamont.

—¿Dónde? —preguntó Verne.

—En Stratford Upon Avon, claro está, setenta y ocho millas al noroeste de Londres. Les significará sólo un pequeño desvío. Pueden llegar allá al anochecer, visitar la casa de Gugielmo durante la mañana siguiente y proseguir el viaje más descansados.

—Me parece una excelente idea, pero yo quisiera irme al hotel. La pierna me está matando, y recuerden que debo telegrafiar a mi esposa —pidió Verne.

—Si me hicieran el honor, quisiera invitarles a cenar y alojarles en mi casa. Así pueden salir todos del mismo lugar y pierden menos tiempo reuniéndose y, por otra parte, honran esta solitaria mansión con su presencia y a mí con sus ilustres compañías. Por lo demás, les puedo facilitar un coche y a Maxwell para que les guíe. Capitán, ¿tendría usted la amabilidad de enviar a alguien a por el equipaje de los señores Bell y Verne? —pidió Lord Lamont, asintiendo el oficial con la cabeza como el porteador al *sahib*.

Tras ello, Verne y la detective Smith salieron a telegrafiar mientras Maxwell comenzaba a preparar la cena. Doyle le explicó todo lo ocurrido en la biblioteca y la noche anterior al capitán, que más tarde se retiró, indicándoles que pronto les traerían sus equipajes. Todavía en la biblioteca, y después de pedir una pipa a Lord Lamont, Bell comenzó a recorrer la casi inteminable *estantería* seguido por Doyle.

Encontró un viejo ejemplar del *Timeo* de Platón, y no pudo evitar abrir esas páginas añosas y comenzar a leer algunos pasajes de la descripción de la Atlántida contada por Solón. Más allá había un compendio artesanal de los mapas de Atanasio Kircher. También encontró la colección completa de *Los Viajes extraordinarios* de Verne en francés, así como un tratado sobre Galeno que lo mantuvo absorto varios minutos. Contempló con asombro los libros sobre el lenguaje enochiano de John Dee y también una edición sin fecha, pero indudablemente muy antigua, de las historias del *Quijote de la Mancha*. Dos

textos que le llamaron la atención fueron el *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, de Nicolás Copérnico, y *De Occulta Philosophia*, de Cornelius Agrippa, fechado en 1533.

—Puro ocultismo mezclado con ciencia, como verá doctor —le dijo el noble.

—Ya veo. Debo decir que me asombra mucho todo esto. No habría imaginado que hombres de su talla se dedicaran a ello con tal fruición.

—El saber es un conocimiento hermético, doctor. Sin desdeñar para nada el determinismo científico, que irónicamente comienza con Newton, estoy convencido de que hay muchísimo en los escritos de los antiguos que hemos despreciado con el paso de los años, pero que tienen aún mucho que enseñar. Mire esto. Es *Les Basses Entrées Trevisanes*, que ni siquiera tiene autor o fecha de imprenta y que los círculos esotéricos consideran como uno de los más terribles libros jamás escritos. Aquí hay otros verdaderos lujos… el *Mundus subterraneus*, de Kircher; el *Mysterium Cosmographicum*, de Kepler… y esto me encanta: una copia original del *Malleum Maleficarum*, el Martillo de las Brujas, el manual de procedimientos utilizado para reprimir a las brujas —dijo Lord Lamont subiéndose a una escalera para sacar un libro desde el otro lado de la estantería—. Presumo que éste no lo conoce, Arthur —dijo a Doyle extendiéndole un ejemplar titulado *The rosicrucian: their rites and mysteries*[13] de Hargrave Jennings, e impreso en 1870.

—No, en efecto. Nunca lo había visto —comentó Doyle mientras ojeaba sus páginas.

—Oh, no pierda tiempo buscando algo interesante. La mayoría del libro son puras farfullerías. Váyase al segundo capítulo. Creo que le resultará edificante.

—¿De qué trata? —inquirió Bell.

—Allí se reproduce un extraño artículo aparecido en el número 379 del diario *El Espectador*, con fecha… páseme el libro, Arthur…, con fecha quince de mayo de 1712. Sucintamente, relata que un tal doctor Robert Plot, que entre paréntesis fue uno de los fundadores de la Royal Society, cuenta en un texto sobre la historia de Staffordshire que un buen día un campesino se encontraba haciendo un hoyo en la tierra, en un lugar de Stafford que no se especifica…

—¿Shugborough Hall quizá? —preguntó Bell.

—Oh… puede ser, pero le insisto en que no se detalla, lo mismo que la fecha en que esto sucedió. Sólo se dice que esta historia transcurrió en la época de Carlos II; es decir, hacia 1660. Vuelvo al relato. Ya estaba anocheciendo cuando la pala del hombre se topó con algo muy duro. El campesino, intrigado, excavó los contornos del objeto durante bastante rato, hasta que al final quedó al descubierto una losa muy larga y angosta que tenía una aldaba de hierro de forma redonda en un extremo. Trató de levantar la losa, pero le

fue imposible. Entonces ató una cuerda a la aldaba y pasó el otro cabo por detrás de un árbol, haciendo palanca. De esta forma consiguió moverla. Al asomarse vio un gigantesco agujero negro, pero venció su temor y penetró en él, descubriendo una escalera. Llegó a una especie de bóveda subterránea y vio un nicho en una pared y otra escalera que seguía descendiendo. La bajó. Según el relato, el hombre olió incienso y comenzó a ver una especie de luz pálida al final, por lo que se asustó, creyendo que estaba entrando en el mundo de los gnomos…

—¡Menuda idea! —exclamó Bell. Pero Doyle le reprendió, haciéndolo callar.

—El campesino siguió bajando y finalmente llegó a una losa, de cuyo fondo venía la luz. En el centro había una rosa exquisitamente tallada en mármol oscuro y se fijó en que el brillo se originaba en un portal gótico situado al fondo. Fue entonces cuando vio la figura de un hombre que parecía estar enmascarado y que estaba leyendo un libro de gran tamaño. Al ver al intruso el encapuchado se puso de pie, con una especie de batuta en la mano derecha…

—El hombre dirigía la orquesta, ¿eh? —ironizó Bell. Pero esta vez Doyle ni siquiera le hizo caso. Simplemente pidió a Lamont que siguiera con el relato.

—… con la batuta le hizo un gesto como ordenándole detenerse, pero como el hombre seguía avanzando, el dueño del recinto golpeó fuertemente con la batuta una lámpara que colgaba sobre su cabeza, la cual se apagó de inmediato. Para su frustración, Arthur, el relato termina ahí, señalando que era conocido en Stafford que allí se encontraba la tumba de un rosacruz.

—Hay que encontrarla, entonces. Lo más probable es que esté conectada con todo esto —comentó Doyle, casi exultante.

—Por favor, Arthur… ¿Cómo se puede dejar llevar por un escrito casi apócrifo y de carácter netamente fantasioso? —lo criticó su mentor.

—Nuestro mundo es mucho más fantástico de lo que usted cree, doctor Bell. Si está dispuesto, después de la cena podríamos hacer una pequeña *seancé*… una sesión de espiritismo. Le aseguro que los resultados lo dejarán impactado —lo desafió Lord Lamont.

Bell se rió entre dientes.

—¿Qué es lo que lo asusta, doctor? ¿Es acaso su simple escepticismo o la posibilidad de que efectivamente tuviera que cambiar de manera radical su forma de pensar si llega a comprobar que los espíritus se manifiestan? —le espetó Doyle.

—Me río por mi escepticismo. Nada de ello es posible, se lo digo con todo respeto.

Doyle y Lamont se miraron de forma cómplice.

—Honremos a *Sir* Bacon y aplique el método empírico para fundar sus

dichos, doctor. Acompáñenos después de la cena —pidió Lamont, encontrando, para su sorpresa, una respuesta positiva por parte del médico.

Unos minutos más tarde llegó Verne solo, pues al parecer la detective Smith había recordado algunos asuntos pendientes y le había indicado que regresaría apenas pudiera, aunque estimaba que sería muy difícil que esa misma noche tuviera alguna respuesta desde Chicago. Doyle le habló a Verne de la existencia de la presunta tumba rosacruz y encontró en el sabio francés una respuesta similar a la de Bell, aunque se mostró francamente encantado con la posibilidad de asistir a una sesión de espiritismo.

Capítulo 8

Espíritus sensibles — En las catacumbas de la mansión, una seancé de Ouija — Secuestro en Regent's Park — El manuscrito Northumberland — Increíbles coincidencias a favor de la tesis baconiana — Stratford Upon Avon, cuna y tumba de Gugielmo el analfabeto — Great Haywood — El aprendiz de mago norteamericano — Un truco con las manos en la espalda

Maxwell sirvió una contundente cena, en la cual la carne de ciervo adobada a la pimienta causó las delicias de los comensales y pareció excitar al máximo el escepticismo de Bell, que comenzó a rebatir a Lord Lamont cuando éste —a petición de Verne— les habló un poco más sobre el espiritismo. Según Bell, él mismo había conocido a personas que poseían tal control sobre sus movimientos peristálticos que eran capaces de vomitar, sin el más mínimo esfuerzo, cualquier cosa que depositaran en sus estómagos, desde ranas hasta trozos de sábana, que él creía eran los espectros fantasmales que aparecían frente a los sugestionados espiritistas cuando parecían materializarse ante su audiencia bañados por los ácidos estomacales del presunto médium. Doyle zanjó el tema con diplomacia diciendo que había mucho que investigar al respecto, mientras Lord Lamont —que incluso parecía divertirse frente a tamañas impertinencias— aseguraba que había fenómenos que él había presenciado que ninguna ciencia sería capaz de explicar jamás.

—¿Ha pasado alguna vez al lado de un mastín, Joe? —le preguntó Lord Lamont a Bell remarcando las palabras.

—Muchas veces.

—Pues bien, los perros, así como otros seres vivos, y probablemente también los espíritus, poseen un sentido que detecta estados de ánimo, temores y esperanzas que los humanos no vemos. Usted dijo hace unos minutos que estaba dispuesto a participar en la *seancé*, pero para hacerlo me resulta imprescindible advertirle que lo óptimo es que quienes están allí crean fervientemente que dará resultado. Ya sé que no le vamos a convencer de ello, pero sí le pediría, si sigue dispuesto, que al menos trate de ir con la mente abierta. Muchas veces hemos incluido escépticos y el resultado es invariable: lo más habitual es que los espíritus no se manifiesten, lo que refuerza el pensamiento del escéptico. En otras oportunidades los espíritus exigen

directamente que los escépticos se vayan, y en algunos casos se han producido experiencias realmente chocantes en las que algunos espíritus mal intencionados agreden a los humanos que les molestan golpeándoles, causándoles inmensos dolores de cabeza e incluso manifestándose ante ellos en días siguientes, a modo de espectros. Puede ser una experiencia realmente peculiar, Joe, y créame que sucede.

Dichas palabras surtieron un efecto inmediato en el médico.

—Nunca podré dejar de ser un incrédulo en estas materias, pero mi curiosidad es superior y, por otra parte, viniendo estas recomendaciones de hombres tan sensatos como ustedes, no me queda más que prometer que seré respetuoso y que al menor incidente me retiraré.

Finalizado el postre Lord Lamont les pidió que le acompañaran. Juntos caminaron hacia la biblioteca. Una vez en ella el dueño de la casa se dirigió hacia uno de los extremos del monumental mueble. Sacó la letra «S» de uno de los tomos de la Enciclopedia Británica y metió la mano hasta el fondo. Se oyó un chasquido y una porción considerable del mueble se deslizó hacia delante. Era una puerta cuyos goznes giraron sin ningún esfuerzo cuando el noble la movió hacia la derecha, dejando al desnudo una escalera construida en piedra y flanqueada por paredes en las que cada cierto trecho había antorchas. Mientras Bell y Verne miraban asombrados hacia abajo, notando que el descenso era bastante profundo, Doyle había regresado con unas pinzas de gran tamaño en las que transportaba brasas ardientes de la chimenea. Con ellas encendió las dos primeras antorchas. Entonces Lord Lamont invitó a sus comensales a bajar.

—Esta mansión fue construida hace tres siglos por mis venerables antepasados, que no hallaron nada mejor que levantarla sobre los restos de una antigua catacumba romana que debe de tener por lo menos unos quince siglos de antigüedad. Es esta catacumba la que provee la ventilación que se irriga a través de los conductos que hay en las habitaciones.

—Probablemente la erigieron como bodega, o quizá como parte de algún sistema de canales, pues estamos a poco distancia del río. No obstante, fue utilizada por cristianos, pues mi abuelo descubrió allí un crismón —dijo mostrando una vaga forma redondeada que se observaba en una columna de piedras que flanqueaba el acceso a una bóveda.

—¿Un crismón? —preguntó Bell.

—Yo lo hacía más versado en cristianismo, señor Bell. El crismón es un monograma circular, tallado generalmente en piedra o confeccionado con barro cocido, que está formado por las dos primeras letras griegas del nombre de Cristo, la X, de «Xristos», y la P, que se deformó en tal a partir de la letra «rho», es decir, la «r». Estas dos letras se entrecruzan y forman algo que parecería actualmente una «P» atravesada por una línea horizontal, que no es más que una cruz rotada 45 grados. La línea vertical de la «P» sigue hacia

abajo y contiene entrelazada una «S», de «Sóter», es decir, Salvador. En el punto medio de la línea central se cruzan otras dos líneas. La cavidad que nace a la izquierda contiene la letra alfa del alfabeto griego, y la de la derecha, la omega… —indicó.

—Alfa y omega…, el principio y el fin —agregó Bell.

—Exacto. Si bien las catacumbas fueron levantadas originalmente por los romanos, en los primeros siglos del cristianismo fueron utilizadas para fines religiosos clandestinos por parte de los cristianos, aunque la verdadera eclosión surgió a partir del año 313, después de que Constantino dictara el Edicto de Milán, que daba a los cristianos la posibilidad de manifestar públicamente su credo. Ello les posibilitó además comenzar a utilizar las catacumbas como cementerios, que es el fin que tuvieron prácticamente todas. En realidad, la idea de enterrar a los muertos de forma subterránea tiene que ver con asemejar la muerte de cualquier cristiano a la de Cristo y, de ese modo, posibilitarle la resurrección hacia la vida eterna. Pese a que las catacumbas más famosas son las de Roma, existen en casi todas las ciudades europeas y, de hecho, las más grandes son las de París, donde se calcula que hay seis millones de cadáveres de muerte bastante reciente, no más de doscientos o trescientos años. Imagino que usted las conoce, Julio —precisó Lord Lamont, sin escuchar la respuesta del francés.

Ya habían terminado de bajar y estaban en una amplia bóveda con un recibidor circular y un techo de unos quince pies de alto formado por piedras calzadas entre ellas con una precisión asombrosa y sostenido por arcos de piedra, lo que se apreciaba bastante bien gracias a las antorchas laterales que Doyle había ido encendiendo.

Al fondo de esa especie de vestíbulo se veían tres túneles completamente oscuros. Lamont les comentó que sólo uno de ellos se mantenía en pie, aunque su entrada se había visto sellada por un derrumbamiento, pero que había contratado a unos ingenieros de minas que habían logrado destaparlo, y que ahora sus hombres estaban asegurándolo mediante apoyos y tablas, en un trabajo muy lento y costoso destinado a la localización de unas antiguas tumbas que él estaba convencido de que se hallaban en su interior. En un extremo de la estancia yacían decenas de vigas de roble junto a algunas carretillas, palas y picos, y sobre una mesa artesanal situada a un lado se encontraban las herramientas de los ingenieros que Lamont había contratado.

Más allá había varias toneladas de escombros, producto de lo extraído en la limpieza del túnel, junto a una escalera de madera que subía hasta una trampa ubicada en un sector derruido de la pared lateral. Al otro lado, hacia la derecha, había una mesa circular de madera y seis sillas dispuestas a su alrededor. Una pequeña y modesta cajonera cerrada con candado completaba el mobiliario.

—Si este lugar fue efectivamente usado para decir misa y, más aún, existe

la posibilidad de que haya difuntos que descansen aquí… ¿No le parece que es un tanto sacrilego realizar una sesión de espiritismo en este mismo lugar? —preguntó Bell.

—Si yo fuera un sacerdote probablemente pensaría lo mismo, pero no lo soy. Para serle honesto, el contacto con los muertos que rodean este lugar tiene un efecto amplificador… puede sonarle tétrico, pero el ambiente a muerte que se respira en este lugar es una suerte de imán para aquellos espíritus deseosos de contactar con los vivos. Y, por lo demás, no olvide que el cristianismo fue en sus orígenes una religión profundamente esotérica. Los cátaros, los templarios, los gnósticos… todos eran grupos muy ocultistas, pero al final la versión cristiana que prevaleció fue aquella que trató de restar valor a los conocimientos de este tipo. Pues bien, señores, si están listos, podemos comenzar. He pensado que para esta ocasión podemos utilizar un método menos intimidante que el tradicional, una tabla de Ouija —explicó Lord Lamont extendiendo sobre la mesa una tabla de madera de unas veinticinco pulgadas de diámetro que tenía grabada en su parte superior un abecedario completo formando dos semicírculos, uno debajo del otro. El primero abarcaba desde la «A» hasta la «N» y el segundo desde la «O» hasta la «Z». Debajo de estas letras, en línea recta, estaban los números i, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y o, y un poco más abajo la palabra «Adiós». En las dos esquinas inferiores había estrellas, y en las superiores una luna con la palabra «No» y un sol que rezaba «Sí».

»Es una tabla original, fabricada en Estados Unidos por los hermanos Fuld, que fueron los primeros en difundir esta impresionante técnica de comunicación —indicó el noble, poniendo en el centro de la tabla, debajo del semicírculo de las letras y sobre los números, un curioso artefacto: una tablilla de madera de unas cuatro pulgadas de lado con una forma triangular vagamente similar a la de un corazón y con un agujero en medio, que les dijo se llamaba *planchette*, y que tenía unos pequeños topes en sus vértices para facilitar su desplazamiento.

»Les voy a explicar cómo funciona esto. Lo primero que hay que hacer es relajarse. Coloquemos las sillas. Arthur, muévase y formemos un semicírculo frente a la tabla —instruyó, quedando él y Doyle frente a la Ouija mientras Verne se ubicaba a su derecha y Bell a la izquierda de Doyle.

»Pues bien —continuó—, una vez que se lo ordene debemos mantener todos el más estricto silenció y actitud de recogimiento ante lo que está por venir. No existen fórmulas ni técnicas únicas para esto. Hay muchas formas de relajarse y manifestarse dispuesto a recibir los mensajes del más allá, pero lo más honesto es pensar en lo esperanzados que estamos en comunicarnos con inteligencias que ni siquiera comprendemos. Una vez que yo perciba que existe el ambiente necesario daré comienzo a la sesión, y cuando lo indique tenemos que posar suavemente nuestros dedos índices sobre la parte inferior de la

planchette, dejando libre el agujero, para así ver las letras. La idea es que no presionen la *planchette* y, de hecho, ni siquiera se la debería tocar, pero ello es imposible dada la necesidad de tener que apoyar en algo la mano al tener el brazo estirado.

—¿Qué debería pasar entonces? —preguntó Bell.

—Arthur o yo haremos algunas preguntas en voz alta. Él o los espíritus que se manifiesten se harán presentes haciendo que la *planchette* se mueva hacia las letras que van a ir conformando sus respuestas. De acuerdo a lo que yo vaya notando, eventualmente ustedes también podrán hacer preguntas, aunque no hay cómo saberlo hasta que no entremos en contacto.

—Les advierto —intervino Doyle— que el movimiento de la *planchette* es muy brusco y rápido la mayoría de las veces. Es uno el que la sigue a ella. Como deducirán, es imposible que los dedos de cuatro personas que no se han concertado previamente se muevan todos en la misma dirección ante preguntas que no conocen de antemano.

—¿Y qué vamos a preguntar? —quiso saber Bell.

—Una vez que yo lo autorice, cualquier cosa que quieran saber, entendiendo que el lenguaje de los muertos es habitualmente simbólico y muy hermético. ¿Alguna idea? —preguntó Lord Lamont.

—Sí. Yo comenzaré —dijo Doyle.

—Bien, entonces es el momento de poner nuestras almas en reposo. Relájense, por favor. Es necesario que nos tomemos las manos. Espero que no les incomode.

Como nadie dijo nada, se tomaron por los dedos y agacharon sus cabezas. Doyle semicerró los ojos, aspirando y espirando aire con gran fuerza, hasta el punto de que sus mostachos se movían completos con cada exhalación. Lord Lamont, por su parte, se mantuvo ligeramente erguido, pero sus ojos parecían estar en medio de la nada. Bell y Verne ni se movían. Al principio el mentor de Doyle sintió una ligera tentación de reírse, pero no sólo se reprimió, sino que logró que su mente divagara. Pasó mucho menos tiempo del que esperaba, quizá dos minutos, cuando Lord Lamont anunció que estaba todo listo, invitándoles a poner los dedos índice sobre la *planchette*, siempre con la cabeza levantada pero con sus ojos clavados en el infinito, como si mirara sin ver a quienes lo rodeaban.

—¿Hay alguien allí? —preguntó Doyle con una voz muy ronca para la que le habían escuchado antes.

Pasaron algunos segundos sin respuesta. A Verne le comenzó a temblar levemente el brazo a consecuencia de la tensión, y Lamont volvió a hacer la misma pregunta. Transcurrieron un par de segundos sin respuesta, hasta que la *planchette* se movió con gran violencia hacia la palabra «No», haciendo que el dedo de Bell incluso resbalara. Verne se sobresaltó y trató de tirar su dedo hacia fuera, pero Doyle se lo impidió, presionándolo suavemente con el

pulgar. Después la pequeña plancha regresó a su centro.

Doyle y Lamont se miraron preocupados. El escritor repitió la pregunta y una vez más, quizá con mayor velocidad, la respuesta fue la misma.

Verne hizo el ademán de preguntar algo, pero Doyle se llevó la otra mano a la boca indicándole que se quedara en silencio.

Lamont preguntó entonces quién era y la *planchette* se movió hacia la «m», luego a la «u», la «j», la «e» y finalmente la «r».

«Mujer» era la respuesta.

—¿Sabes dónde está la tumba? —intervino entonces Doyle.

—«Sh» —indicó el supuesto espíritu, quedando la *planchette* en la letra «h».

Bell interrogó a los espiritistas si podía preguntar algo. Doyle y Lamont intercambiaron miradas entre ellos.

—Con prudencia —respondió el último.

—¿Sheila? —fue toda la pregunta de Bell. La *planchette* se movió lentamente hacia el centro. Insistió—. ¿Sheila? —volvió a preguntar, causando una ligera indignación en Doyle, que tuvo el impulso de exigir alguna explicación pero prefirió callar.

La *planchette* se quedó quieta. Bell repitió la misma pregunta y la *planchette* comenzó entonces a trazar una respuesta a tanta velocidad que incluso perdieron algunas letras.

—Parece decir «lo sabe todo» —susurró Doyle.

Se produjo un silencio un tanto incómodo mientras Bell pensaba en la pregunta siguiente. Sin embargo, antes incluso de que hablara, la *planchette* giró bruscamente sobre sí. Verne y Doyle se sobresaltaron y soltaron sus dedos. Sólo apoyado en los índices de Lamont y Bell, el instrumento trazó un insulto: «váyase al infierno».

—Es mejor que se retire, señor Bell. Nos hemos topado con un espíritu agresivo. Será mejor que usted salga.

—Preferiría seguir. Esto no me provoca miedo.

—Puede hacerlo, pero será bajo su cuenta y riesgo.

—Bien, porque quisiera hacer otra pregunta —decía cuando se escuchó un fuerte golpe, tan sonoro y seco que erizó los pelos de todos. Instintivamente levantaron la cabeza, tratando de adivinar de dónde venía, cuando tronó un segundo golpe más fuerte que el primero. Lamont reaccionó alarmado.

—Es un espíritu agresivo. Hay que terminar… —decía justo en el momento en que alguien gritó su nombre.

Era la voz de Maxwell, que pedía que le abrieran la puerta de arriba.

—Algo malo debe de haber sucedido. Maxwell sabe que sólo si llama la reina me puede interrumpir —dijo saliendo hacia las escaleras seguido por todos.

El mayordomo estaba muy serio a la entrada de la puerta falsa, pero su

cara denotaba una evidente preocupación.

—Milord, lamento haber tenido que interrumpir así, pero el capitán De Baskerville prácticamente me lo exigió y…

—No se preocupe, Maxwell. Imagino que será algo muy urgente —le respondió saliendo a la biblioteca. El oficial estaba en el vestíbulo—. Capitán.

—Milord, esto es mucho más grave de lo que pensábamos. La señorita Smith acaba de ser secuestrada —recitó de sopetón, sudoroso y excitado.

—Eso es lo que el espíritu trataba de decirnos… —comentó Lamont.

Bell no le hizo caso y pidió detalles del suceso ante la mirada compungida de Doyle.

—Hará cosa de una hora, Scotland Yard fue avisado por la policía de que una mujer había sido secuestrada cerca de Regent's Park. Fue un suceso muy escandaloso. Según una vecina que se encontraba en su ventana, a eso de las diez de la noche llegó un coche guiado por un negro del que descendió una mujer joven. Cuando estaba abriendo la puerta de la casa aparecieron de repente dos sujetos vestidos con ropas oscuras, la tomaron por la fuerza, la introdujeron en un coche que apareció de la nada y se la llevaron. En el piso quedó tirada su cartera. Cuando la policía llegó, comprobó que los documentos correspondían a Sheila Smith. Toda la policía y Scotland Yard están buscando, pero no existe pista alguna. En vista de ello, debo exigirles que no hagan el viaje que planean, pues si mal no recuerdo ella sabe que ustedes iban a ir mañana a Stafford, por lo cual, como es evidente, si esto se encuentra conectado con el asunto del documento de Newton, en breve los secuestradores sabrán dónde están ustedes.

—¿Usted cree que la pueden torturar? —preguntó Bell alarmado.

—Casi lo podría asegurar.

—En ese caso, Arthur, creo que lo mejor es escuchar al capitán y…

—… y adelantarnos, mi querido Joe. Es terrible lo sucedido con la detective, y demando de ustedes y de Scotland Yard que la encuentren sana y salva, si no, ¡se lo garantizo!, armaré un escándalo público, capitán. Está claro que lo que quieren es inhibirnos, evitar que sigamos avanzando. Al menos yo no les daré el gusto.

—Arthur, piénselo bien… —intentó mediar Verne.

—¡Usted! ¡Usted es quien llegó con todo este embrollo, Julio! —le gritó.

—Arthur, no sea injusto. Probablemente esto habría pasado igual aunque él no… —decía Bell cuando Doyle lo interrumpió de nuevo.

—No, doctor, no me diga eso. Usted está tan implicado como el señor Verne. ¿No fue usted quien me llevó engañado a su presencia? Lord Lamont… ¿todavía está disponible su oferta de coche y conductor?

—Soy un hombre de palabra, Arthur, y si lo quiere se lo proporcionaré, pero coincido con ellos.

—Le tomo la palabra entonces. ¿Quién va conmigo?

Bell y Verne se miraron azorados. Verne, apoyado en una mesa, se alisó la barba durante un par de segundos.

—Olvídelo. Yo voy con usted.

—Tiene razón Arthur. Sigo pensando que es una locura, pero… —empezó a decir Bell cuando De Baskerville le interrumpió.

—Pero nada. Les prohíbo que salgan de esta mansión. Tengo orden de ello.

—¿Posee alguna orden judicial que nos impida desplazarnos libremente? —inquirió Doyle.

—No, pero mis superiores me lo ordenaron.

—Entonces tendrá que usar la fuerza para impedírnoslo, capitán, pues nos vamos en este mismo momento —anunció Doyle dando por cerrada la conversación.

De Baskerville intentó protestar, pero Lamont se lo impidió.

—Mi buen capitán… imagino que usted dio cuenta al comandante Gray sobre la intención de estos señores de viajar, ¿no?

—En efecto.

—Y él le dijo que no los dejara salir bajo ningún concepto, máxime tras enterarse del secuestro.

—Así es.

—Pues bien, dígale al comandante que cuando usted llegó aquí ellos ya se habían ido. ¡Maxwell! ¡Prepare el carruaje, café y algo de ropa! —gritó, dirigiéndose a continuación a su escritorio—. Arthur, lo prometido es deuda. Hace dos semanas usted me preguntó por la posibilidad de conseguir alguna copia del documento de *Sir* Bacon que se encuentra en el castillo de Alnwich. Hoy me llegó una copia de muy buena calidad de la primera página. Creo que le servirá.

—Muchas gracias. No sé cómo agradecérselo.

Quince minutos más tarde, Verne, Doyle y Bell rodaban hacia el norte de Londres en un cómodo carruaje guiado por Maxwell, que parecía un oso con su gigantesco gorro de piel y el abrigo que vestía con el fin de capear la densa neblina que caía a esas horas por la capital del Imperio. Cerca de media hora después ya estaban de camino a Birmingham.

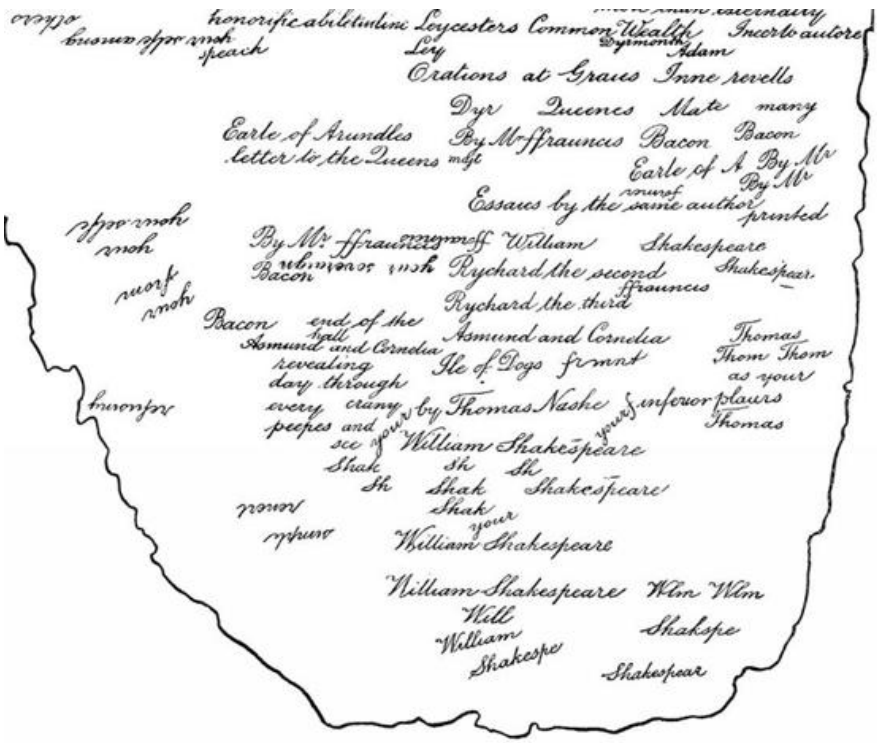
—Pues bien, Arthur, creo que cuando todo esto comenzó dijo en algún momento que trataría de convencerme con más evidencias acerca de que Bacon es Shakespeare, así es que… ¿Por qué no lo intenta, para matar el tiempo mientras los ágiles sabuesos de Scotland Yard tratan de buscar a la señorita Smith? —pidió Bell.

—Con todo gusto, profesor. Para ello me será de mucha utilidad el documento que me acaba de conseguir Lord Lamont. Es una copia del llamado documento Northumberland, encontrado en el castillo de Alnwich en 1867. Consta de unas noventa páginas de escritos inéditos de Bacon, pero lo

más interesante es la primera página, pues es el único documento que existe en el cual se encuentran juntos los nombres de *Sir* Bacon y Shakespeare, dando la impresión de que se trata de una especie de divagación como la que usted comentaba que estudiaba el señor Freud… una divagación involuntaria.

—Inconsciente, Arthur —apuntó Verne.

—Exacto. Es como si *Sir* Bacon hubiera estado probando su pluma y escribiendo cosas casi sin sentido, algunas al revés y otras no, y como si hubiera estado tratando de ver cómo quedaba mejor escrito el apellido que usaba para sus obras de teatro. Allí se mencionan Ricardo II y Ricardo III, junto al nombre de Bacon escrito con dos letras «f», es decir, «ffrancis», y el del pobre Gugielmo. Sin embargo, lo más interesante creo que no es eso. Descúbralo usted mismo —le dijo a Bell pasándole un facsímil del documento, que éste comenzó a examinar en medio de los saltos y traqueteos del carruaje y tratando de que la poca luz que venía desde fuera lo ayudara a ver mejor.



—Mmm… *Honorificabilitudini*, en la primera línea de las que me mostró. Sigue sin convencerme. Digan lo que digan, Shakespeare era un tipo famoso. Quizá Bacon divagaba… no es nada determinante.

—Se lo concedo, dado que no se conoce la fecha exacta en que fue escrito el documento Northumberland, pero aun así existen otras evidencias

circunstanciales que a mi juicio son igual o más fuertes. Un texto que no alcancé a mostrarles en el Museo Británico, porque sencillamente no me dejaron sacarlo de su lugar, es el *Promus*…

—El almacén —tradujo Verne.

—Exacto. Es un cuaderno de notas que tenía Bacon y al cual llamaba así porque ahí iba almacenando todas las frases y palabras en inglés, francés, español, italiano, latín y griego que por algún motivo le llamaban la atención, y que utilizaba para las obras teatrales que firmaba después como Shakespeare. Muy poco de lo allí escrito tiene que ver con sus obras científicas o filosóficas, pero en cambio hay miles y miles de términos usados en las obras de Shakespeare. Lo interesante es que el *Promus* fue escrito entre 1594 y 1597, eso está determinado, y la primera obra que se publica con el nombre de Shakespeare es de 1598, el *Love's Labour Lost*, donde entre paréntesis le recuerdo que uno de los personajes señala que «la fama sólo llega cuando uno está en la tumba» y en cuya página 136, como recordarán, se encuentra la palabra *honorificabilitudinitatibus*. Pues bien, ésta también se encuentra en el *Promus*, pero ni siquiera aparece cortada o perdida entre otras, sino que figura al final de una pirámide que empieza con «ho». La siguiente línea dice «hono». La tercera, «honori»; la cuarta «honorifi»; la quinta…

—Está bien, Arthur. Ya lo hemos entendido —musitó Bell.

—Hay mucho más, doctor. No le quiero aburrir citándole frases textuales, algunas en latín, que están en el *Promus* y que luego aparecieron en los escritos de Shakespeare, pero sólo le comento un caso, el dela palabra «albada», escrita en español y que significa «buenos días». Esta se encuentra en el *Promus* y luego en el *Rey Lear*, publicado en 1600.

—Eso suena un poco más coherente, pero aún no me convence del todo.

—Otro tema que es muy trascendente son las menciones a lugares y hechos que hace Gugielmo, que en realidad son situaciones que vivió o conoció Bacon. Por ejemplo, en *Hamlet*, publicado en 1604, se habla del rey Jester, que murió en 1580. Jester era en realidad John Heywood, último de los Jesters, íntimos amigos de Bacon.

—Un dato anecdótico: una de las pocas obras firmadas por Shakespeare en las cuales hay constancia de que actuó Gugielmo es precisamente *Hamlet*, donde el carnicero de Stratford Upon Avon interpretó al fantasma —acotó Verne.

—En *Enrique VIII* —se entusiasmó Doyle— se mencionan varias zonas de Francia, que son las mismas en las cuales Bacon estuvo durante su viaje con Lord Bugley. La batalla de Saint Albans, descrita en la misma obra, ocurrió a menos de dos millas de la casa de Bacon… De hecho, no hay que olvidar que cuando Bacon es reivindicado recibe, además del nombramiento de Verulamio, el de barón de Saint Albans. En *La tempestad* se relata un episodio prácticamente idéntico al vivido por Bacon y su amigo Lord Pembroke cuando

viajaron a Estados Unidos y encallaron en Bermudas. Otro detalle significativo es que en el año 1601 Shakespeare no publicó, y ello coincide con un *annus horribilis* en la vida de Bacon, pues en esos doce meses se produjeron una serie de acontecimientos dramáticos para él: la detención del duque de Essex, que creo habíamos mencionado antes, así como la muerte de su hermano Anthony Bacon y, quizá peor aún, la demencia que atacó a su mujer, *Lady* Anne, que lo llevó a usar el tema de la locura en varias de las obras que firmó como Shakespeare después de ello. Ya que le mencioné a Pembroke, quizá debería saber usted que los poemas de *Venus y Adonis* fueron dedicados por Shakespeare a los duques de Southampton y Pembroke, pero tiempo después, Bacon se enemistó con ellos debido a su alianza con el duque de Essex y, curiosamente, la dedicatoria de Shakespeare cambió y los poemas aparecieron dedicados al duque de Essex.

—Ya me está convenciendo. ¿Algo más?

—Hay mucho, pero le relataré sólo tres episodios más. El primero es que Alexander Pope, insigne francmasón y rosacruz, dijo de Bacon que «fue el genio más grande que Inglaterra haya producido» hacia 1740, cuando Shakespeare ya era idolatrado en todas partes. Pope, a todo esto, fue quien construyó los monumentos de las tumbas de Newton y Bacon. Rowe, por su parte, declara en *Vida de Shakespeare*, publicada en 1709, que «aún no es tiempo de revelar la verdadera autoría de las obras». No obstante, lo más revelador, a mi juicio, son las cartas que Bacon intercambiaba con *Sir* Tobbie Matthews, en las cuales *Sir* Francis habla de sus escritos «de esparcimiento». En una de estas misivas Matthews le dice en un *post scriptum* que «el genio más prodigioso que jamás conoció nuestra nación es vuestro nombre, aunque deba ser conocido como otro».

—¿Saben? Más allá de todo esto me preocupa lo que pueda pasar con esa inteligente jovencita. No sé si habremos hecho lo correcto viniéndonos aquí tan a la ligera mientras ella se encuentra quién sabe en qué situación —se lamentó Verne.

—A mí también me preocupa mucho, pero por lo poco que hemos visto de ella creo que sabe arreglárselas sola. No obstante, no quiero culpabilizarme por ello. Ella se metió voluntariamente en esto —balbuceó Bell, al tiempo que el sueño lo comenzaba a vencer. Ante la sola mención de la mujer, la mirada de Doyle brilló con fuerza.

Ya era bien entrada la mañana siguiente cuando arribaron a Oxfordshire, donde se encuentra Stratford Upon Avon, un clásico y pequeño pueblo inglés situado a un lado del río Avon, en medio de un paisaje arbolado y en el cual la Edad Media parecía abatirse aún con furia, a juzgar por las cuidadas y recargadas casas que se descolgaban al lado norte del río. En Bridge Street encontraron un pequeño hostal en el cual, y acompañados por un fatigado y aterido Maxwell —que no se quejó ni un segundo—, pidieron el desayuno.

Tras reponerse un poco, decidieron dejar a Maxwell descansando en el coche y preguntaron al dueño del hostal qué podían ver. Les recomendó conocer la casa en que nació Shakespeare, muy cerca del canal Avon, y luego les recomendó que regresaran por Chapel Street para poder visitar en la esquina de Chapel Lane la casa llamada New Place, donde murió. Por supuesto, les aconsejó que finalizaran el recorrido a casi tres calles de allí, a orillas del río, donde se emplaza la iglesia de la Santa Trinidad, para ver la tumba del *stratfordiano* más famoso.

Tras dejarle algunas guineas de propina salieron caminando hacia Henley Street, donde estuvo el primer hogar de Shakespeare. Al llegar observaron una típica casa de la campiña, de tres pisos y con mansarda. Nada fuera de lo común.

Sin embargo, Doyle quedó muy sorprendido al ver la casa en la que falleció, una vivienda de ladrillo de gran tamaño, casi tan grande como la suya. Un guía instalado en las afueras, que no logró hacerlos entrar, les comentó que fue edificada en 1483 por Hugh Clopton, el mayor benefactor que alguna vez tuvo el pueblo y que posteriormente fue alcalde de Londres. Según precisó, Shakespeare la compró por sesenta libras en 1597, siendo heredada tras su muerte por su hija Susana.

—Justo antes de que se publicara *Love's Labour Lost*. Qué coincidencia que dispusiera entonces de una pequeña fortuna. Queda claro que es el estipendio que el carnicero recibió por prestar su nombre —razonó Doyle.

Verne renqueaba ya un poco y se sentaron a descansar unos minutos en las afueras de la iglesia, una imponente construcción cuya puntiaguda torre dominaba todo el pueblo. La edificación estaba precedida por un sendero de baldosas flanqueado por seis árboles de Lima a cada lado, que según les dijeron representaban a las doce tribus de Israel. La nave interior estaba demarcada por imponentes arcos ojivales, que Verne comentó le recordaban a los de la catedral de Amiens, su ciudad de residencia. A un lado encontraron el famoso y tosco monumento de Shakespeare, que aparecía vestido de rojo, con una pluma en una mano y un papel en la otra, y que se encuentra empotrado en una de las paredes. A unos metros de distancia se veía la losa con la polémica inscripción.

—Hermoso pueblo, pero creo que estamos perdiendo el tiempo —observó Doyle.

—Pienso lo mismo —comentó Bell.

No obstante, Verne estaba demasiado cansado como para seguir caminando, así que regresaron al hostal. Entonces Doyle ordenó a Maxwell que tomara el camino a Birmingham y que fuera a toda velocidad, pues el cielo encapotado que estaba cerniéndose sobre ellos anunciaba nieve.

A una prudente distancia partió el coche que les había seguido desde Londres, guiado por dos sujetos jóvenes y rubios.

Ya anocheciendo llegaron a Great Haywood, un pueblo más pequeño aún que Stratford Upon Avon pero con un encanto impresionante. La mezcla de colores era realmente bella: verde por todos lados, satinado de colores ladrillo, rosado y celeste que emergían de entremedio de las casas, de los cercos, del cielo y de los dos canales, el Trent y el Mersey, que lo rodean y que iluminaban el lugar con coloridas embarcaciones, pozas y pequeños puentes que parecían sacados de las ilustraciones de un cuento de Hans Christian Andersen.

Les costó bastante encontrar alojamiento. El hotel más cercano quedaba en Lichfield y prácticamente todos los hostales estaban repletos de visitantes, atraídos en su mayoría por los canales y los hermosos parajes. Finalmente, y a pesar de ello, encontraron acomodo en una casa de dos pisos convertida en hostal, de muy bajo precio y con huéspedes de mal talante.

Tras registrarse en una habitación para tres (Maxwell decidió dormir en el coche), y sin que ni siquiera les pidieran sus nombres —pese a lo cual todos ellos tenían listos sus seudónimos—, bajaron hasta el atestado comedor, en el que unos veinticinco bulliciosos parroquianos se amontonaban en varias mesas y una barra. Sentados en un rincón, y tratando de eludir las bocanadas de tabaco barato que emergían de todas las mesas, degustaron un conejo escabechado muy grasiento pero de buen sabor. El mozo del lugar se les acercó para preguntar si necesitaban algo más.

—Sí, quisiéramos algún vino de la zona… si tiene. Ah, y también preguntarle si conoce a algún estudioso lugareño que nos pudiera orientar. Somos de Londres y nos gustaría visitar alguno de esos lugares tan enigmáticos que hay por aquí —dijo Doyle.

—¿Y cuál sería? ¿Shugborough Hall? —les preguntó con indiferencia, habituado a tratar con sujetos que preguntaban lo mismo todos los días.

—No, no necesariamente eso. Soy escritor, y hay una leyenda que me interesa mucho, usted sabe, para una obra de teatro, de una tumba que un campesino habría encontrado…

—¡Faltaría más! Con usted son dos los chalados que preguntan por lo mismo en menos de cuarenta y ocho horas.

Obviando la ofensa, Doyle le interrogó sobre quién más había preguntado por ello.

—Un muchacho, norteamericano, a todas luces, que llegó anteayer, pero no le he visto de nuevo. Probablemente… ¡ahí viene, es ése que entra ahora mismo! —indicó mostrando a un hombre de aspecto muy pobre y muy joven, quizá de unos veinte años, que venía tapado hasta las orejas con un deslucido gabán. Era de piel muy blanca y ojos grises, con una expresión de viveza que llamaba mucho la atención. Su nariz era levemente aguileña, lo mismo que su mentón. Tras sentarse pidió un plato de comida y se quedó absorto, mientras bebía una jarra de cerveza. Sus botas estaban completamente embarradas.

Doyle quiso levantarse de inmediato para conversar con él.

—Arthur, sea prudente. Mejor no vaya. Podría ser un espía alemán —insinuó Verne.

—No creo que sea alemán. Sus rasgos son más latinos —comentó el autor de Sherlock Holmes dirigiéndose hacia él.

—Buenas noches —le dijo sentándose a su lado.

—Para usted serán buenas —le respondió lacónicamente el desconocido con un fuerte acento americano y una voz muy aguda, cercana al registro de una mujer.

—Mi nombre es Ignatius Leighton, joven.

—Le felicito —le respondió el otro sin prestarle atención.

—No es mi intención molestarle, pero… no he podido evitar acercarme a usted luego de preguntarle al mozo acerca de un enigma de por aquí que me interesa mucho, y que aparentemente a usted también.

Por primera vez el joven levantó la cara para mirarle.

—¿Y…? —preguntó desconfiado.

—Una tumba que según una descripción efectuada en un diario antiguo se encontraría ubicada cerca de Stafford, y en la cual…

—¿Por qué le interesa eso? —inquirió el muchacho.

—Soy escritor y ando buscando inspiración para una novela. Leí esa historia y me gustó mucho. ¿Usted sabe algo al respecto?

—Depende —le respondió atragantándose con una patata.

—¿Dinero?

—No, de momento. Depende de lo que usted sepa.

Doyle dudó un segundo sobre qué decirle, pero al final se decidió. Después de todo, mucha gente debía de conocer la historia relatada en el periódico, así que se la contó. Cuando terminó, el desconocido lo miró extrañado, fijándose en que tras el dintel de la puerta había aparecido un sujeto de pelo rubio que intentaba esconder su cara bajo un sombrero.

—¿Un rosacruz dice usted? ¿Rosacruz? ¿Podría eso ser considerado un mago?

—¿Un mago? Quizá no en la forma que lo entendemos hoy, pero… los rosacruces tenían mucho interés en la alquimia y, bueno, sí, quizá. Hasta hace un par de siglos muchos los consideraban hechiceros. ¿Por qué pregunta eso?

—Lo que yo estoy buscando es la tumba de un mago, un mago venido de Oriente que dicen que podía crear las mayores ilusiones, y que habría sido enterrado junto a un libro donde están contenidos todos sus encantamientos. La historia me la contó dos meses atrás un viejo árabe que conocí años atrás en New Haven, y que me dio la localización exacta de la tumba.

—¿Y por qué le interesa? —^preguntó el escritor.

—También soy mago, aunque yo no me dedico a eso de la alquimia que usted dice, sino que lo hago para vivir. Me casé hace muy poco —dijo

mostrando un anillo de matrimonio—, y apenas supe de esta historia cogí todos mis ahorros y me vine a buscar ese libro, aunque a mí no me contaron nada de rosas de mármol ni espectros enterrados bajo tierra. Sólo la historia de la tumba y lo que había en ella.

—Perdón, pero… ¿cómo se llama usted?

—Erik.

—Erik. ¿Por qué vino de inmediato, sólo por una historia que le contaron?

—No es sólo una historia. El viejo árabe, Manmouth, asegura que su maestro tuvo un maestro que tuvo otro y así sucesivamente que aprendieron de ese libro.

—¿Y no teme que el viejo le haya engañado?

—No, y mucho menos después de que usted me preguntara por lo mismo… pero le voy a demostrar por qué confío en el viejo. ¿Sabe algo de nudos?

—He estado embarcado.

Se inclinó hacia un morral que tenía a su lado. Lo abrió y extrajo un cabo de cuerda de aproximadamente tres metros de largo, muy sucio, con tierra fresca adherida a sus filamentos.

—Acompáñeme afuera —le pidió levantándose.

—¿Para qué? —le respondió Doyle, temiendo que quizá le quisiera asaltar.

—Para demostrarle por qué creo en el viejo Manmouth.

—Eh… lo que pasa es que estoy cenando allá, con dos amigos.

—Bien, dígales que vengan. Nunca me ha molestado el público.

Dos minutos después estaban todos fuera. Erik se ubicó debajo de una farola y le pidió a Doyle que le atara sus manos por la espalda.

—Haga todos los nudos que se le ocurran. Ni siquiera le voy a decir qué tipo de nudos podría hacer, a fin de que no piense que lo estoy sugestionando. Use toda la cuerda si puede.

Doyle obedeció. Ayudado por Bell hicieron nudos ciegos, de mariposa, marineros, de cabo… todo lo que pudieron. La cuerda restante la enrollaron entre las muñecas, subiendo incluso a los antebrazos dejando sólo medio pie suelto.

Con los brazos atados, Erik le pidió que dejaran el cabo hacia abajo, para que se viera entre sus piernas.

—Pues bien, lo único que necesito es que miren a mi cara por dos segundos… uno… y dos —proclamó, al tiempo que la cuerda aún enrollada, pero ya sin nudos, caía a toda velocidad a sus pies. Bell se abalanzó para revisarle las manos.

—Dios santo. Es uno de los trucos más impresionantes que he visto. Sus manos no presentan ni un solo eritema y la cuerda pareciera no haber tenido nunca un nudo… ¿cómo lo hizo?

—Pregúntenle a su amigo de los bigotes quién es el viejo Manmouth. Él

me enseñó éste y muchos trucos más. Es por ello que creo a pies j un tillas lo que dice. Si él asegura que hay una tumba con un libro sobre magia como el que me dijo, la hay.

—¿Y cuál es ese lugar, si se puede saber? —preguntó Verne.

—Ustedes parecen buenas personas, pero sólo se lo diría a cambio de dos cosas: la primera son brazos.

—¿Brazos?

—Para excavar.

—No hay problema —indicó Bell.

—La segunda es que el libro es mío.

—Me parece justo que se lo quede, pero también me parecería justo que nosotros pudiéramos al menos hacer una copia —pidió Doyle.

—No hay negocio. Si alguien va a ser el mayor mago sobre la tierra ése seré yo, no ustedes. De hecho, ustedes no tienen idea de dónde está el libro. Si acepto su ayuda es porque estoy sin blanca y acabo de gastarme mis últimos ahorros en una pala que compré ayer y en esta comida, por nada más.

—¿Y si le sufragáramos sus gastos?

—Tampoco. Excavaré como pueda y regresaré de polizón a mi país.

—Está bien, está bien. Somos hombres de palabra, como se dará cuenta, y si bien nuestras historias tienen como rasgo común la tumba, todo lo demás difiere. Yo entiendo que si hay algún libro allí debe tener una gran «T» en alguna parte, y no se trata de magia exactamente.

—Mmm… si no es de magia podrían quedarse con él, pero a cambio deben pagarme el pasaje de vuelta a América.

—Perfecto. ¿Dónde está el lugar?

—Tengo un par de asuntos que revisar aún. ¿Les parece si nos reunimos mañana por la tarde, digamos sobre las tres? Partiremos de este mismo sitio. Está muy cerca.

—Perfecto. Nos vemos mañana. Eso nos da tiempo para visitar Shugborough Hall —indicó Doyle.

El sujeto rubio que acababa de llegar se hizo a un lado cuando el grupo pasó junto a él camino de las habitaciones, y no lo llegaron a ver.

Capítulo 9

Reaparece Sheila Smith, de la agencia Pinkerton — Verne se emociona — Shugborough Hall, un lugar increíble — El impenetrable monumento a los pastores de Arcadia — Un viejo roble en Walton on the Hill — Erik el americano, un muchacho demasiado listo

Cerca de las ocho de la mañana siguiente, mientras desayunaban y Bell alegaba que estaban dando palos de ciego, una voz conocida se escuchó desde la puerta. Era la detective Smith, bastante desgreñada y descompuesta. Al verla, Doyle corrió hacia ella con un fervor que seguramente habría enfadado a su esposa y le dio un fuerte abrazo. Una lágrima corrió por la mejilla de la detective al sentarse junto a ellos, tras dejar sobre la mesa un ajado ejemplar del *Times* de Londres del día anterior. Todos la bombardearon a preguntas, pero Verne pidió que la dejaran tranquila a fin de que pudiera contar lo sucedido.

—Estaba llegando a mi casa esa noche cuando se me aparecieron por detrás dos sujetos encapuchados, sin que yo pudiera reaccionar. Pese a que traté de sacar mi revólver fue imposible, pues me lo quitaron, y lo siguiente que recuerdo fue que desperté con un intenso dolor de cabeza. Apenas podía abrir los ojos del dolor que sentía sobre los párpados, queme pesaban como si fueran de hierro. Al principio lo vi todo negro, pero a medida que pude ir despegando los párpados y acostumbrarme al olor del cloroformo que aún tenía impregnado en el pelo entendí que estaba en un cuarto oscuro, en el que penetraban débiles chispazos de luz que se colaban por entremedio de unas rendijas. Había una colchoneta maloliente y, pese a que no encontré ventanas, pude percibir que estaba cerca del río, tanto por el olor nauseabundo que se colaba desde alguna parte como por el sonido de las sirenas —relató.

—¿La golpearon? —quiso saber Verne.

—No, que yo recuerde. Debido al atontamiento y al desconcierto por el efecto del cloroformo que me habían administrado, me costó varios minutos recomponer mis ideas. No recordaba nada en absoluto de lo sucedido, salvo el ataque de los sujetos de capas oscuras y el desvanecimiento. Tenía difusas imágenes y nada más. Pensé en gritar, pero me di cuenta de que de nada me serviría.

—¿Le preguntaron algo? —le interrumpió Bell.

—Supongo que no les di tiempo, pues logré huir antes. Señor Doyle, recordará que suelo andar con esto dentro de la caña de la bota —explicó sacando un trozo de lata de su bolsillo—. Mientras cavilaba sobre qué hacer, me acordé de ella. Desaté los cordones y ahí estaba. Luego me dediqué a tantear las paredes. Había una puerta, cerrada desde afuera. Lanzarse en contra de la cerradura, de tipo común y con doble seguro, no tenía ningún sentido, pues seguramente estaría atrancada por fuera, quizá con un trozo de madera.

—¿Qué hizo entonces? —inquirió Verne.

—Decidí probar con las paredes. Descubrí que la pared de tablas ubicada al fondo de la celda era lo único que me separaba de lo que parecía ser una calle. Tocando en toda su extensión los listones descubrí uno que parecía un tanto suelto, a la altura del suelo. Con mi lata comencé a tratar de aflojarla, hasta que finalmente escuché un crujido que me indicó que uno de los clavos había cedido. Por la forma en que entraban los rayos del sol calculé que ya debía de ser más de mediodía. Muerta de hambre, me aboqué al segundo clavo, en la misma esquina pero por la parte inferior. El maldito tardó más de una hora en ceder. Los otros salieron en pocos minutos. Cuando finalmente logré aflojarlos todos el sol ya empezaba a caer, pues sólo se filtraba oscuridad. Una vez tuve todos los clavos sueltos afirmé mis pies contra la tabla y ésta comenzó a ceder, hasta que cayó con un gran estruendo. Acto seguido traté de salir de allí con los pies por delante. Me raspé bastante —mostró sus vestimentas, bastante raídas en efecto— al pasar por el hueco de las tablas y caí de forma muy estrepitosa desde varios metros de altura, aunque por suerte no me rompí ningún hueso. Tras ello corrí a la estación y tomé el primer tren a Stafford, con el fin de unirme a ustedes.

—¡Impresionante! ¡Esta mujer es una verdadera heroína! —gritó Verne emocionado, mientras Doyle la miraba entre asombrado y enternecido. Bell, mientras tanto, se rascaba el pelo blanco y sus ojos brillaban casi con maldad, como habría dicho cualquiera que hubiese estado observándolos sin conocer el contexto.

—Perdón, pero hay algo que no entiendo. Usted nos cuenta todo esto y apenas pudo escapar tomó un tren y se vino hacia aquí… ¿Por qué no fue a la policía? ¿Y cómo supo que habíamos venido? Pudimos habernos quedado en Londres… más aún, ¿de dónde sacó el dinero para el billete de tren? ¿Y por qué no se fue de inmediato a casa de Lord Lamont, que es el último lugar dónde sabía que estábamos?

—Doctor Bell, me parece que su tono es francamente ofensivo —la defendió Doyle mientras la detective torcía la boca, en un mohín semejante al de una niña pequeña.

—Le pido disculpas si sonó así, señorita Smith. No era mi intención. Lo

que pasa es que en mi cabeza me gusta tener un cuadro completo de lo que ocurre. Los agujeros en la información me generan ansiedad. Como a Sherlock Holmes —admitió.

—¡Oh! Es muy comprensible, señor Bell, aunque no puedo negar que después de todo lo que me ha sucedido yo… yo… —y no pudo terminar la frase, pues rompió a llorar como una magdalena de una forma tan sincera que a Verne también se le llenaron sus ojillos de lágrimas.

—Tengo una pelusa en el ojo —se justificó el galo mientras se restregaba no uno, sino los dos ojos. Doyle, que la trataba de reconfortar, miraba enfurecido a Bell, y éste trataba de disculparse moviendo la cabeza y gesticulando. Tras tomar un poco de agua la mujer explicó entre hipos y sonándose la nariz lo que Bell quería saber.

—Es usted un poco cruel, señor Bell…, sospechar de mí de esa manera, cuando yo misma los saqué del embrollo en que estaban metidos… no fui a la policía simplemente porque sé que son incompetentes. Mi trabajo es lo primero, y mi trabajo ahora es recuperar ese documento. Tendría que haberme quedado toda la noche en una comisaría llenando papeles y haciendo retratos. Por otro lado, conociéndolos como los he logrado conocer, no dudaba que los encontraría aquí, por lo que cualquier pérdida de tiempo me habría parecido inútil… así que me fui a la estación, me lavé un poco en los baños públicos y usé lo que siempre llevo en la otra bota: dinero. Es tan simple como eso. Usted verá si me cree o no.

—Le debe una disculpa, Joe —declaró Verne.

—Ya le dije que mi intención no era ofenderla. Estábamos muy preocupados por su suerte y debe entender que todos estamos nerviosos aún. No podría afirmarlo, pero tengo la sospecha de que nos siguen.

—¿Ha visto a alguien? —preguntó ella sobresaltada.

—No. Es una sensación. Creo firmemente en las teorías de Darwin, y en ese sentido no somos muy distintos de los animales, y por tanto, seres instintivos.

—Pues bien, creo que lo mejor es irnos cuanto antes a Shugborough Hall para estar aquí a la hora acordada y reunirnos con Erik —manifestó Doyle. Sheila Smith preguntó a quién se refería con ese nombre. Doyle le indicó que se lo contaría por el camino.

Unos minutos después, tras atravesar el ancestral puente Essex, estaban en las afueras de la mansión de Shugborough, situada justo al otro lado del pueblo. Se trataba de un magnífico y elegante edificio de tres pisos y dividido en tres alas. El cuerpo principal tenía varias columnas en su fachada, lo que le daba un aire aún más señorial, similar al del Museo Británico.

La mansión estaba habitada por Thomas Francis Anson, tercer duque de Lichfield, casado con Mildred Coke, hija del segundo duque de Leicester, un matrimonio que tenía seis niños de entre dieciséis y seis años. Todos ellos, les

indicó el mayordomo cuando llegaron, se encontraban en Londres en ese momento. Pese a que era habitual recibir visitas, se excusó argumentando que esa semana estaban efectuando una serie de reparaciones, y que por ende la mansión no se hallaba abierta. Sin embargo, tras insistir un poco, accedió a dejarles visitar el parque, para lo cual atravesaron de lado a lado la gigantesca construcción.

Fueron recorriendo pausadamente los más increíbles rincones de ese fascinante lugar acompañados por un empleado de la mansión, que lo primero que les mostró fue la casa china construida por el almirante Anson, a la cual se llega después de pasar por el pequeño puente de estilo oriental que cruza la laguna. Después les llevó hasta donde se emplazaba la réplica de un templo dórico. También sobresalía a la vista una casa de los vientos, que en realidad parecía más bien un simple molino. Del mismo modo les mostró una reproducción del arco del triunfo de Adriano, ubicado en la parte más alta del terreno, así como La Ruina, una especie de palomar derruido. Finalmente llegaron al monumento a los pastores, una lápida en la que se emplazaba la magnífica talla en mármol efectuada a petición de los hermanos Anson en 1748, debajo de la cual figuraba la enigmática leyenda.

—Se lo deben de preguntar siempre, pero ¿sabe qué significan esas letras? —interrogó Verne.

—Ni idea —fue la lacónica respuesta del poco solícito empleado, a quien Doyle pasó algunas monedas, despachándolo y asegurándole que se irían en unos momentos.

Se quedaron mirando el monumento durante largos minutos, tratando de descubrir alguna clave oculta en el grabado de los pastores, algún arcano desconocido que les pudiera llevar a la solución del problema, pero nada. Aventuraron una serie de hipótesis, e incluso Doyle comenzó a sumar las letras —algo que no se le había ocurrido antes— usando el alfabeto cifrado. No obstante, con la suma simple daba 155. Usando la «cifra K» arrojaba un guarismo de 180. Pidió a Verne, que llevaba su portafolios de cuero bajo el brazo, que le prestara el manuscrito revelado a la luz de la vela. Lo miró por todas partes, garabateó cifras en una hoja, lo trató de hacer coincidir con la forma del monumento mirándolo al trasluz. Todo en vano.

—Nada que hacer. Creo que lo único que nos queda es confiar en el joven Erik —concluyó Doyle tratando de mantener el aplomo.

Estaban terminando de almorzar, a eso de las dos de la tarde, cuando apareció el joven americano.

—Si no les molesta podríamos partir antes, pues está comenzando a caer aguanieve y en cualquier momento puede empezar a nevar. Con el dinero que me dio el señor Leighton he alquilado un coche.

Tras presentarle a la detective Smith como Sofía Johnson, e indicarle a Maxwell que podía quedarse descansando, partieron con el carruaje, no sin

antes contarle a la mujer que Erik era un aspirante a mago y —por supuesto— su proeza con las manos atadas.

Según les explicó Erik, el lugar en cuestión estaba marcado por un viejo roble ubicado en medio del único bosque situado en el poblado conocido como Walton on the Hill, casi en la entrada de Stafford y a unas dos millas de Shugborough, hacia el oeste. Cabalgaron a toda velocidad y, efectivamente, un poco antes de llegar a la ciudad de Stafford, el muchacho viró el carruaje hacia la derecha, introduciéndose en un pequeño camino rural, donde se detuvo al llegar a un bosquecillo desolado.

Dando brincos para sortear el frío y los goterones de agua helada que caían ralos sobre ellos les mostró un árbol.

—Es por allá —les indicó avanzando por un pequeño sendero. Al fondo se alzaba un viejo roble, el más alto del lugar.

—Propongo que dividamos el terreno que rodea el árbol en cuatro cuadrantes y nos dividamos para buscar en ellos —dijo Doyle mientras avanzaban hacia allá.

—No hay nada que buscar. Ya encontré la tumba y desenterré la lápida. Quizá su cuento, amigo, sea verdad en parte, porque la losa tiene un tremendo anillo de hierro en un extremo. Desde ayer estuve tratando de moverla y no pude. Hoy por la mañana lo intenté haciendo el truco aquel de la polea…

—Para ver si te lo podías llevar tú solo, ¿eh?… Arthur, usted se está convirtiendo en un bocazas y tú, Erik el americano, estás demostrando ser un mentiroso. Por eso necesitabas hacer algunas cosas esta mañana. Creo que podríamos perfectamente llegar a prescindir de tus servicios y nadie lo llegaría a notar, pero ya que estamos aquí trabajaremos todos juntos y luego decidiremos qué hacer con lo que encontremos, si es que hay algo. Te advierto, muchacho, que vamos armados —le mintió Bell con una expresión de furia en la cara, tanta que el jovenzuelo trató de musitar alguna excusa. Pero se puso tan nervioso que de su boca sólo salieron frases incomprensibles.

Capítulo 10

Una lápida con aldaba en forma de anillo — Tratando de entender el mensaje del monumento — Una aparición inesperada — Robo en Berlín — Insinuaciones sobre Doyle y la detective Smith — Erik, el aprendiz de mago norteamericano, un hombre enamorado — Sanctasantórum

El muchacho no mentía, al menos en lo referido a la tumba. Tras el roble había un buen montón de tierra producto de su excavación y, en el interior de un agujero de unos tres pies de profundidad, se apreciaba una lápida de piedra de lo más corriente, con una aldaba circular del tamaño de un plato en uno de sus extremos, el más cercano al roble. Tras limpiar un poco las comisuras de la losa, y mientras los goterones de lluvia se convertían en una fina capa de nieve, ataron una cuerda al anillo y lo pasaron por detrás del roble cuya corteza, levemente mellada en el centro, demostraba los vanos intentos del aprendiz de hechicero.

La primera intentona de tirar —en la cual incluso participaron Verne y la detective— fue un fracaso absoluto, pues la cuerda estaba tan mojada que se resbaló, quemando un poco las manos del francés, que todos decidieron era mejor que les apoyara sólo moralmente.

A la segunda tentativa notaron un crujido, que evidentemente fue un buen indicio, pero nada pasó tampoco. A la tercera oportunidad se movió. Mientras Verne afirmaba una de las palas volvieron a hacer fuerza con la cuerda y la lápida cedió con una facilidad casi asombrosa.

Sin importarles estar ya completamente mojados y embarrados corrieron hacia allá como si hubieran encontrado la guarida de Alí Babá, asomándose a un agujero negro como la boca de la ballena donde Jonás pasó varios días. Se adivinaba el inicio de varios escalones que descendían. El joven americano encendió una lámpara de aceite, pero Bell se la arrebató de las manos de forma imperativa.

—Nosotros primero, tramposo —le recriminó empezando a descender, seguido por todos los demás. Doyle, que iba casi encima de él, trataba de mirar hacia delante, pero lo único que notaba era una pared de piedra de una factura muy similar a la de las catacumbas de la mansión de Lord Lamont. Y escalones, muchos escalones. Preparado como estaba para ello, apenas tocó el

primero los empezó a contar.

Iba ya por el cien, cuando la trémula luz que emitía la lámpara comenzó a mostrar una bóveda que se abría más abajo. Doyle hizo lo posible por contenerse, pero no pudo. Prácticamente arrolló al doctor Bell, quitándole la luminaria de las manos para bajar presuroso.

—¡Doscientos veinte! —murmuró con voz emocionada al llegar al final, retumbando por todos lados el eco de su voz.

Estaban dentro de lo que probablemente también había sido en algún momento una catacumba romana, un poco más grande que la de Lord Lamont, sin duda, pues ésta debía de tener unos noventa pies de diámetro. El techo era circular y estaba atravesado por vigas ojivales de piedra de gran belleza. No se observaba mobiliario alguno, a excepción de una cruz parecida a un trébol tallada en mármol negro. Medía cerca de tres pies y se encontraba empotrada en el suelo, muy cerca de la última pared que se divisaba.

—Vaya, sí que era cierto. Sin embargo, no se ve la famosa rosa por parte alguna, ni tampoco una tumba —dijo Bell bastante asombrado mientras el norteamericano correteaba por todas partes, husmeando como un hurón en búsqueda del libro.

—¡Aquí está la rosa! —proclamó con voz potente Doyle alumbrando la cruz, en cuyo centro se apreciaba el relieve de una rosa.

Todos se agolparon para verla.

—El nicho debe de estar empotrado en alguna pared —razonó el creador del detective más famoso de la historia mientras recorría las paredes con la palma de su mano derecha, al tiempo que sostenía la lámpara con la izquierda.

Pasados algunos minutos, la excitación había decrecido un poco. Doyle opinó que había que revisar todas las paredes, y en ese preciso instante Bell se volvió hacia Verne.

—Somos unos idiotas, Julio. Cuando el documento dice que en el escrito de Shugborough se puede encontrar la clave para hallar los manuscritos perdidos de Gugielmo es a eso a lo que se está refiriendo…

—No le entiendo.

—¿No lo ve? Se refiere a que «dovosvavvm» es el lugar donde está la clave; es decir, que ésa es la clave para descifrar la última línea del documento. Pásemelo.

—No lo creo… no entiendo cómo.

—Hágame caso. Usted mismo nos mostró cómo hacerlo. Pásemelo. Arthur, creo que vi que andaba con un lápiz. ¿Tiene otra hoja? Gracias.

Tras acomodarse un poco, Bell tendió la hoja blanca que Doyle le pasó en el suelo y transcribió la última línea del documento de Newton:

—Pues bien, tenemos que la línea infame es ésta, ¿no?

Qxfemo ronzcx id revir ztr fwsj sioq ozmxzk ho nrro

—Claramente.

—Pues bien, el ejercicio es muy simple. Son diez palabras, la misma cantidad de palabras que contiene el mensaje del monumento de los pastores en Shugborough. Creo que es tan simple, Julio, como aplicar la cifra que nos explicaba usted antes usando cada letra del mensaje para saber en qué letra está cifrado.

—¿Y qué alfabeto usamos? No se olvide de que en la época de Bacon el alfabeto inglés tenía sólo 24 letras, y hoy posee 26.

—Yo tengo la impresión —intervino Doyle— de que la última línea pudo ser añadida por Newton o alguien más contemporáneo, a juzgar simplemente por la letra del que lo puso allí. Pero ¿no dijo usted, Julio, que este sistema era bastante novedoso?

—Bueno, está en boga hoy por hoy, pero como hablábamos también antes, aquella idea de que en literatura ya está todo escrito y no hay nada nuevo, en realidad se puede extrapolar a cualquier campo de la humanidad.

—Intentémoslo usando el alfabeto actual. ¿Podría dibujar el diagrama que nos mostró al principio de todo esto, Julio? —pidió Bell. El escritor francés se puso de inmediato a ello, mientras el candidato a mago miraba todo sin entender ni jota, y sin que tampoco nadie le explicara nada, ni mucho menos por qué se llamaban entre ellos con otros nombres.

—A ver…, si la «D» es la primera letra, tendríamos que buscar allí la «q», la «x», la «f» y… no se entiende nada.

—Intentémoslo de nuevo con el alfabeto usado en ese entonces —sugirió la detective, por lo que Verne se puso a trazar líneas una vez más. Pero tampoco resultaba algo legible.

—Puede estar invertido el mensaje, como el primero. Demos vuelta a las letras —razonó Verne, que escribió:

orrn oh kzxmzo kois kwsj ktz river ki kcznor omefxq

—A ver, entonces… tendríamos que si usamos la «D» como primera letra… nos daría… la primera palabra sería… *¡look!* («mire») —gritó emocionado Doyle, justo en el momento en que la detective miraba nerviosa hacia la escalera, pues todos escucharon algo que parecían ser pasos. Se quedaron en silencio un par de segundos y… sí, eran pasos que descendían velozmente… de más de una persona.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Bell, pero Doyle se quedó fascinado mirando hacia arriba, como esperando que quizá apareciera un caballero rosacruz con el *Libro T* en las manos…

Sin embargo, quienes se asomaron fueron tres sujetos jóvenes con cara de muy pocos amigos, vestidos con gabanes oscuros y armados de revólveres. Eran rubios y altos, y el último de ellos llevaba una bolsa en la espalda.

Entraron rápidamente en la bóveda y encañonaron a todos los presentes sin mediar palabra alguna.

Al verlos, la detective Smith metió su mano izquierda en el impermeable, extrayendo un pequeño revólver del calibre 22. Doyle trató de razonar con ella, sin caer en la cuenta de que ella misma había relatado cómo supuestamente le habían quitado dicha arma.

—No, Sheila, déjelos. No saca nada con… —decía, cuando se dio cuenta de que la mujer no apuntaba a los desconocidos sino a ellos.

—*Guíe Nacht* —dijo Bell haciéndole un movimiento de cabeza al primero de los sujetos, el mismo que había visto en el vestíbulo del Langham. Para su sorpresa, el asaltante resultó ser un perfecto caballero, pues le respondió ceremoniosamente con una inclinación de cabeza.

—Lamento que hayamos llegado a este punto, caballeros, pero ustedes tienen algo que no les pertenece. Señor Verne, por favor, entréguenos el manuscrito —ordenó la mujer.

—¡No lo tengo! ¡Lo robaron de la biblioteca del Museo Británico! —trató de argumentar de manera muy infantil.

—Por supuesto, nosotros tenemos ese documento, pero estaba incompleto. El crápula de Watts lo cortó, y nos falta la otra parte. Usted sabe a qué me refiero, al manuscrito que revelaron con la vela. Ese es el que nos interesa.

—¡Jamás! —gritó el francés, apretando el escrito que mantenía en su mano derecha como una madre protegiendo a un hijo.

El primer alemán, el mismo del hotel, avanzó decididamente hacia él, poniéndole la boca del cañón en la sien. Lo amartilló.

—Señor Verne, no quisiera presenciar esto, por más que haya disfrutado sus obras, pero no tenga duda alguna de que lo haremos. Ese documento que usted posee es la única copia que queda del original, que fue robado hace cuatro meses de la Biblioteca Imperial de Berlín, donde estaba siendo estudiado por varios filólogos.

—No nos mienta más, Sheila —le pidió Doyle casi rogando, completamente abatido.

—No les estoy mintiendo. Ese documento es propiedad del *Reich*, y lo que salga de él también nos pertenece.

—¿Nos pertenece? ¿Desde cuándo es usted alemana? —le recriminó Bell.

—Desde siempre. Nací en Abben Flet, cerca de Hamburgo, y pese a que mi familia se trasladó a Estados Unidos, regresé a los diecinueve a mi país natal, donde estudié literatura, tras lo cual empecé a trabajar al servicio del *Reich*.

Verne titubeó un instante, aguijoneado por el frío cañón que presionaba su sien. Bell lo notó y le dijo que por ningún motivo se lo diera.

—Nos van a matar de todos modos. No pueden dejar testigos —

argumentó sin que nadie se lo rebatiera.

—Terminemos esto de una vez por todas —dijo la agente adelantándose y arrebatando el documento de las manos del anciano, que no reaccionó.

Tras ello se dirigió hacia el montón de papeles con diagramas tirados en el suelo y se los metió en el bolsillo. En eso se dio cuenta de que un par de papeles asomaban del bolsillo de la guerrera de Erik. Se acercó con cuidado a él y los sacó usando sólo la punta de los dedos.

—Bah… cartas de amor —comentó la mujer tras echarles una ojeada. Luego las tiró al suelo, generando una mirada de furia por parte del joven.

—Creo que usted tiene mucho en común con nuestro amigo galo —acotó Bell dirigiéndose al americano.

Acto seguido, la ahora alemana se retiró hacia la escalera sin decir palabra, pasando por detrás de los hombres armados. El primero de ellos hizo un gesto al del bolso y éste lo abrió, extrayendo de su interior varias cuerdas. Uno a uno los fueron atando con las manos en la espalda. Cuando llegaban al americano, que los esperaba muy impasible pero aún con cara de odio, la mujer, parada en el primer peldaño, les recomendó que tuvieran cuidado con él, pues era escapista y sabía cómo desatar nudos. Entonces uno de los agentes sacó dos pares de esposas, que le pusieron al joven en tobillos y muñecas. Mientras estaban en ello, Bell reparó en un pequeño tatuaje que tenía ese sujeto debajo de la muñeca y que rezaba SSGG.

Cuando los alemanes ya se iban, Doyle comenzó a gritarle a la mujer.

—¡Sheila! ¡Sheila! —logró atraer la atención de la falsa detective, que se asomó hacia ellos.

—No sea patético, hombre. Guarde la compostura. Por si acaso, me imagino que a estas alturas ya habrá entendido que ése no es mi nombre…

—¿Y cuál es? —le preguntó Doyle completamente descolocado, sin entender la frialdad con que actuaba ahora la que antes era una simpática y singular mujer.

—Puede llamarme Irene, si quiere. Irene Adler —fue lo último que dijo. Tras ello, el grupo de salteadores salió de allí sin mayores aspavientos, dejando incluso encendida la lámpara. Se escuchó cómo subían y luego algo que parecía fricción de metales: literalmente estaban poniéndoles una lápida.

—¿Se han ido ya? —preguntó el americano, que permanecía arrodillado en un rincón, tal como lo habían dejado.

—Sí. Mire, joven, de verdad lamentamos haberlo metido en… —se disculpaba Doyle cuando vio que el muchacho le mostraba las esposas abiertas.

—*Mon Dieu!* —gritó Verne—. ¡Usted podría hacerse rico con esos trucos!

—Eso es lo que pretendo, aunque parece que voy a tener que tomar el camino difícil, dado que no veo el famoso libro por parte alguna.

—Ya veré cómo lo compensamos. Venga, desátenos —pidió Bell.

El joven se plantó frente a él, mirándolo tan de cerca que sus narices casi

se rozaban. Levantando el mentón, en un gesto de arrogancia, exigió alguna reparación.

—Está bien. Me disculparé con usted, pero ¡no puede dejar de reconocer que actuó como un pillo!

—Eso no me suena a disculpa.

—Ok, entiendo, entiendo. Usted quiere que me humille. Bien, lo haré, pero no seré el único. Arthur, después usted deberá disculparse ante mí por haberme censurado cuando comencé a interrogar a esa arpía.

—No tengo palabras para describirle el tormento que ello me significa, doctor, pero… ¿cómo lo supo?

—Primero, mi buen Erik, desáteme y luego se lo explico.

El jovenzuelo le dirigió una mirada recriminatoria.

—Perfecto. Mil disculpas, Erik. No sé en qué estaba pensando al tratarle de esa forma.

—Me doy por satisfecho —anunció el aludido, desatándolos a todos en un santiamén.

Doyle insistió ante Bell para que le explicara cómo supo que la mujer era una doble agente.

—Tuve sospechas de ella desde el principio, Arthur, pero no se lo dije porque, a diferencia de Holmes, para quien todo es elemental y maniqueo, yo no soy juez de nadie. Claro, podría haberme puesto más pesado con ella, pero no soy infalible y ¡muchas veces me equivoco! La infalibilidad sólo está permitida en las novelas, y esto es mucho más serio, señores. La muestra más patente y patética de ello es que estamos aquí. Si hubiera sido más firme quizá otro gallo cantaría. Y créame que lo hubiera hecho, si no hubiese sido por la forma en que usted la miraba…

—¿Qué? ¿Insinúa acaso que yo…?

—Nada insinúo. Simplemente digo que me pareció evidente que usted parecía bastante achispado con ella, y a consecuencia de eso su cerebro andaba un tanto falto de irrigación sanguínea, la que probablemente estaba fluyendo por otra parte de su humanidad.

—¡Jamás! —gritó Doyle ofendido.

—Bueno, bueno. Lo que sucede es que la historia que ella contaba tenía muchos vacíos. Ya me llamaba la atención que estuviera esa noche en el museo, y que luego apareciera rescatándonos y todo lo demás. No tengo dudas de que su secuestro fue falso y que probablemente su intención era retenernos en Londres, sabiendo dónde estábamos, por lo cual les sería mucho más fácil robarnos el documento. Esta mañana, cuando me enfrenté a ella, creo que recordará que guardó silencio unos segundos, justo cuando usted, Arthur, se subió a su caballo blanco para salir en defensa de la heroína mancillada en su honor. ¿Lo recuerda? Pues bien, en ese instante la estaba mirando a los ojos y me fijé cómo sus pupilas se dilataban mucho. Eso es un gesto involuntario que

denota la aceleración del pulso al verse enfrentada a una situación de tensión. Sus pupilas se mantuvieron así por unas milésimas de segundo y se relajaron de inmediato cuando le di esa vaga explicación que urdí.

—Con todos esos conocimientos podríamos crear una máquina que detecte mentiras —sugirió Verne.

—El cuerpo humano es un mapa abierto. Por muy entrenada que esté una persona, un espía por ejemplo —siguió Bell—, hay ciertos movimientos, ciertos latidos y ciertos gestos que el cuerpo emite sin que la mente los pueda controlar y que delatan al que está mintiendo. Por supuesto que me parece que esa máquina es más que factible, Verne.

—Muy bien, señores, pero por extraño que sea todo esto… —musitaba el americano al tiempo que recogía sus cartas, sin que se le entendiera el final de la frase, pues Bell no pudo resistir la tentación de burlarse de él.

—Enamorado, ¿eh?

—Son cartas que le escribo a mi esposa. Otro de los consejos que me dio el viejo Manmouth fue escribirle una carta de amor a mi mujer todos los días, y así la tendría enamorada para siempre. Y vaya si me ha resultado —se rió.

—Hermoso —precisó Verne, que ya estaba bastante emocionado.

—Pues bien, aprovechando los pocos minutos que nos deben de quedar de luz, a juzgar por el combustible que aún tiene la lámpara, sugiero que subamos a la lápida para ver cómo la podemos mover desde abajo —urgió Doyle.

—Si bien me parece que eso es lo más obvio que podemos hacer, no deja de inquietarme el que nos dejaran con luz aquí abajo —murmuró Bell.

—Un mínimo gesto de humanidad —apuntó Doyle.

—No lo creo —prosiguió el médico—. Más bien me da la impresión de que no se tomaron mayores molestias porque saben que no vamos a salir con vida.

—Debe de haber alguna forma de mover la lápida —razonó el enamorado aprendiz de brujo.

—Tiene razón. En una de ésas entre los cuatro conseguimos levantarla y moverla… si es que no la han trabado desde arriba.

Verne llegó casi desinflado al final de la escalera, por lo que los otros tres, muy apretados, comenzaron a hacer presión hacia arriba durante un par de minutos, sin el menor resultado. Estaban intentándolo de nuevo en medio de grandes esfuerzos y jadeos cuando el francés los hizo callar.

—Shhhttt… oigo algo.

Todos se quedaron inmóviles, tratando de escuchar. El americano hizo un gesto de asentimiento.

—¿Lo oye?

—Sí, algo como… ¿una gotera?

Bell trató de aguzar más el oído, pero no percibía nada, salvo el roce de los zapatos contra las piedras de la escalera. Fue Doyle quien dio en el clavo.

—Es un tictac, casi imperceptible. Diría que de un reloj.

—Una bomba más bien, Arthur. Viene de afuera, creo que de este lado de la lápida. Será mejor que bajemos antes de que esto explote —apremió Verne.

—Eso va a estallar en cualquier momento. Por eso no se tomaron mayores molestias con nosotros, pues nos iban a hacer volar de todos modos. ¿Alguien tiene un cigarrillo? —preguntó Bell de forma irónica. Para su sorpresa, Erik sacó una bolsita con tabaco y papel, y comenzaron tranquilamente a liarse dos cigarrillos.

Doyle recorría el lugar mientras se tiraba los bigotes, por los cuales caían algunas gotas de sudor que se arrancaban de su frente, a pesar del frío que allí hacía.

—A ver, a ver. Esto es sin duda una catacumba muy antigua, y después fue intervenida por los rosacruces, que por ello dejaron allí ese monumento. Si es como la mayoría de las catacumbas, debe de tener otros pasadizos. La historia que estaba registrada en el diario tenía una serie de variaciones, pero en esencia era igual. Por ende, nos falta encontrar dos elementos básicos: la tumba, cripta o ataúd, y más escalones.

Bell no pudo evitar bromear con él.

—Le falta un tercer elemento, Arthur: el fantasma encapuchado que gusta de leer historias cómicas. Puaj, este tabaco es asqueroso —dijo escupiendo un trozo de hoja que tenía en la boca.

—Me lo vendió un irlandés tramposo en Jersey, antes de embarcarme —se excusó el americano.

—Un fantasma… que aparece de repente… no crea que es tan absurdo lo que dice, Joe. ¿Ha pensado para qué diantres podría estar allí el símbolo de la rosacruz?

—Como símbolo, presumo, pero usted que pertenece a esos círculos extraños es quien mejor debería saber de esas cosas —le respondió su mentor mientras Verne los escuchaba en completo silencio.

—Por eso mismo se lo pregunto. Si bien no soy rosacruz, creo que esto no es un templo ni nada semejante. Es muy extemporáneo… y por otro lado, si quisieron poner un emblema de ellos allí, ¿para qué tomarse el trabajo de empotrarlo en el suelo? ¿No habría sido más simple poner una estatua o una escultura?

—Seguramente lo dejaron empotrado para que no se lo robaran —argumentó el profesor de anatomía.

—Se suponía que éste era un lugar secreto, un *sanctasantórum* que nadie más que los iniciados podía conocer, sobre todo pensando, como dice la historia original, que esto era una tumba. ¿Para qué tomarse tantas molestias? Elemental, mi querido Joe: porque no es un simple adorno, sino una palanca.

—Arthur… yo estuve incluso apoyado contra esa supuesta palanca y no se movió ni un pelo —intervino Verne. Pero ya en ese preciso instante Doyle

estaba en el suelo revisando la base de la rosacruz. Aunque no se veían junturas o algo semejante, descubrió unas muescas a un par de pulgadas de la base, por ambos lados del pilar en que descansaba el símbolo rosacruz.

—La han movido antes. Erik, ayúdeme a empujar. Vamos.

Entre los dos hicieron fuerza hacia el lado que les pareció más lógico, es decir, contra la pared. Para sorpresa de todos, la palanca cedió casi de inmediato y un inmenso ruido siguió al movimiento de ésta, al abrirse una trampa del tamaño de una puerta, justo detrás, dejando un enorme agujero, oscuro como la garganta de una anaconda.

Capítulo 11

Un notable trabajo taxidérmico — 220 + 67 siempre da lo mismo — El cráter dejado por el meteorito — Una sola hoja superviviente — Erik, aprendiz de mago elevado a la categoría de hechicero — Un nombre artístico con el cual no llegará ni a la esquina

Avanzaron rápidamente hacia dentro con la poca luz que quedaba. Era un pequeño túnel, de no más de diez pies, detrás del cual se abría una bóveda tres veces más pequeña que la primera. En el centro de ésta se encontraba un ataúd abierto, con su losa reposando a un lado. Más atrás se observaba otro túnel.

Corrieron hacia el pasadizo del fondo, pero ninguno de ellos pudo resistir la tentación de mirar dentro del ataúd. Para sorpresa de Bell, que fue el primero en pasar junto a éste, dentro había un hombre vestido a la usanza medieval, con una cota de malla, que se veía casi en perfecto estado de conservación. Tenía una larguísima barba blanca, los ojos cerrados y los brazos cruzados, con las manos enlazadas sobre el abdomen. Al mirarlo más de cerca vieron que sus dedos cubrían una rosa disecada. De su cuello pendía una cruz.

El americano quedó impresionado.

—¿Está vivo? —preguntó alarmado.

—No, probablemente fue embalsamado. Llevará un buen par de siglos ahí, pero debo reconocer que los taxidermistas que lo cosieron hicieron un trabajo impecable —aseveró Bell mientras sus dedos escarbaban en la plateada nuca del muerto, provocando el espanto de Verne.

—¿¡Qué hace!? —le gritó el francés.

—Busco las costuras. Aquí está la de atrás. Ponga su mano aquí y notará cómo le cosieron a la altura de la nuca el tajo que le hicieron para sacarle el cerebro…

—¿Entonces está completamente muerto? —insistió el joven, observando el cuerpo con una fascinación morbosa.

—Ya le dije que sí, hombre. Si tuviera tiempo para abrirlo, lo que confieso me encantaría, vería que seguramente está lleno de paja, que es con lo que antiguamente se rellenaban los cadáveres tras extraerles los órganos con fines de embalsamiento. Lamentablemente, nos tenemos que ir de aquí lo antes posible. Le seguimos, Arthur —indicó a Doyle que, ya convencido de que no

había nada más que ver ahí, se estaba adentrando en el nuevo túnel. Esta vez el pasadizo ascendía, aunque los escalones les parecieron gigantescos—. Lo sabía, lo sabía —murmuraba Doyle mientras daba zancadas seguido por Verne.

Llevaban ya varios peldaños cuando Bell echó de menos al joven. Miró hacia abajo y vio al americano revolviendo todo el contorno del ataúd.

—¡Qué está haciendo! —le gritó.

—Buscando el libro.

—¡Venga de inmediato! ¡Aunque hubiera algo, de nada le serviría si revienta!

—¡Es que parece que el ataúd tiene un doble fondo! —se quejó.

—Allá usted. Nosotros seguimos y usted ya no tendrá luz.

El muchacho miró hacia la escalera y el ataúd varias veces, indeciso. Al final optó por seguirles.

Después de subir sesenta y siete peldaños exactos, lo que sumió a Doyle en el éxtasis, toparon con lo que parecía ser una trampa que tenía una especie de cerradura, por supuesto muy bien cerrada.

—*Merde!* —gritó Verne.

—Tranquilos, tranquilos. No hay cerradura ni mujer que se me resista en este mundo. ¿Alguien tiene un alfiler, una aguja o algo semejante? —preguntó el arrogante muchacho, sin que nadie le contestara hasta que Verne abrió su abrigo.

—Espero que le sirva. Es uno de mis motivos de mayor orgullo y… —decía Verne sacándose de un bolsillo interior un pequeño prendedor.

—Ya, ya, menos sentimentalismos y veamos qué puede hacer este joven con eso —lo apuró Doyle esta vez.

El muchacho tardó apenas unos segundos en lograr que sonara un click. Empujaron hacia arriba y salieron a una estrecha y diminuta caverna que dejaba entrar pálidos reflejos de luz. Se arrastraron como gusanos en medio de un suelo mojado y lleno de insectos tratando de alcanzar el origen de la claridad, hasta que finalmente Bell, que encabezaba la sucia columna, despejó las ramas que tapaban la oquedad y logró salir al exterior a través de éste.

Se dieron cuenta de que estaban muy cerca del roble. Más aún, el carruaje en el que habían venido permanecía en el mismo lugar. Corrieron hacia él, con Verne jadeando a más no poder y quejándose del dolor que sentía en su pierna, mientras la nieve comenzaba a caer copiosa sobre ellos.

El coche ya rodaba cuando oyeron el estampido, de una violencia tal que la tierra pareció abrirse en dos. Fue tan intensa la potencia del impacto que cientos de trozos de piedra pasaron volando por encima de ellos. De hecho, la impresionante fuerza de la explosión fue lo que los salvó de morir aplastados por el golpe de alguno de esos proyectiles, pues la mayoría de ellos cayeron a casi un tercio de milla de allí, como constataron posteriormente. Los caballos

relincharon y uno se quiso encabritar, pero el hábil americano lo controló de inmediato, frenando el carruaje.

Bell y Doyle, restregándose aún los oídos, se bajaron de inmediato para ver lo que había sucedido, mientras una nube de tierra y hojas flotaba en medio de la nieve sin querer hacer caso a la teoría de la gravedad de Newton.

El añoso roble se había pulverizado. En el lugar donde estaba el complejo de catacumbas parecía que acababa de aterrizar un meteorito. Sólo se veía un inmenso agujero negro y trozos de piedra y madera desperdigados por todas partes. La caverna parecía haberse hundido y no se notaban siquiera rastros de ella.

—Eso no fue dinamita. Debe de ser algún explosivo nuevo que inventaron estos condenados —dijo Doyle escuchándose a sí mismo como si estuviera debajo del agua.

Verne se bajó renqueando y, asombrado por la explosión, comentó que la creación de una bomba de dicha potencia, pero mil veces más grande, sería un buen argumento para una novela. Sin embargo, al ver de cerca todo aquello se cogió la cabeza con las manos y a punto estuvo de caerse, pálido de rabia.

—Cientos, quizá miles de años de sabiduría, de una ingeniería de precisión imposible en nuestros días, todo aniquilado por estos desalmados… Es terrible, sencillamente terrible —murmuraba, al mismo tiempo que los otros se acercaban al inmenso hoyo.

Bell se fijó en algo informe que reposaba al borde del sector donde calculaban estaba la segunda bóveda. Era un amasijo chamuscado que despedía un olor nauseabundo.

—¡Ja! ¿No les decía? El cuerpo tenía paja por dentro —indicó mostrando restos de pasto quemado adheridos a un pedacito de algo que parecía un trozo de cráneo, del cual se desgajaban unos pelos quemados.

Mientras comenzaban a caer el polvo y las hojas que flotaban por allí, Doyle, parado al lado del muchacho, se fijó en otro objeto completamente quemado que había a un lado. Era el lomo de un libro, del tamaño de una Biblia pequeña. Prácticamente todas las hojas se habían quemado, y sólo se distinguía la mitad de un bello grabado en la primera página, donde se veía la mitad de una rosa delante de una cruz.

—Entonces, ¿el libro de magia realmente existía? —le preguntó Erik.

—No sé si era un libro de magia pero, sin duda, era un libro mágico, amigo mío. Mejor vámonos de aquí. La policía de Stafford no tardará en llegar y prefiero telegrafiar a De Baskerville que explicarle lo sucedido a unos inspectores de pueblo.

Pocos minutos después estaban de vuelta en la posada. El americano les explicó que su equipaje ya se encontraba en el carruaje. Dijo que lo devolvería y desde allí trataría de llegar a Liverpool, para regresar a los brazos de su amada esposa.

—Imagino que necesita ayuda para ello. Sé que esto —dijo Doyle sacando su talonario— no puede compensar en modo alguno el que gracias a usted continuemos con vida, pero de momento no tengo otra forma de agradecérselo, aunque le pido que si algún día vuelve a Inglaterra no deje de contactar conmigo. Además, debo pedirle que prometa que nunca dirá palabra alguna de todo lo que ha visto, pues ni siquiera sabemos cómo puede terminar, y tengo la sospecha de que a estas alturas estamos metidos en un problema mayúsculo. ¿Puedo confiar en ello?

—Quizá no pueda confiar en mí como socio de negocios, por ese pequeño desliz que tuve, pero le doy mi palabra de que nada diré. Quizás algún día se lo cuente a mis nietos, pero la verdad es que no me interesa demasiado. Lo único que me importaba era el libro de magia, y ahora que está destruido sólo me queda volver a mi casa. Soy hombre de palabra y cuando digo que no voy a decir nada sobre algo, no lo digo. ¡No, señor! —proclamó dramáticamente, con tal afectación que Bell intuyó que sólo estaba tratando de congraciarse con Doyle para recibir algo a cambio. No se equivocaba, al menos en lo relativo al premio que esperaba.

—Le voy a hacer un cheque. Dígame su apellido, por favor —pidió Doyle.

—Weiss. Erik Weiss —indicó el joven, cuyos ojillos vivaces se iluminaron al ver el largo talonario de cheques del escritor. Al mismo tiempo observó que, tras haber escuchado su apellido, Verne hizo un gesto como de enfado.

—¿Tiene algún problema con apellidos como el mío, señor? —le preguntó el americano.

—Mmm… no, para nada, no soy antisemita, pese a lo que muchos crean. Lo que sucede es que, si quiere triunfar algún día, necesitará un nombre artístico, un nombre que sobresalga de los demás, un nombre que…

—Mi verdadero nombre es el que les acabo de decir, pero en Estados Unidos uso otro: Harry Houdini.

—Permítame un consejo, amigo: búsquese otro nombre. Con ese seudónimo no va a llegar ni a la esquina —le dijo Bell mientras Doyle extendía un generoso cheque a nombre del muchacho.

Capítulo 12

Cristina von Hagenau — Los alemanes empiezan a cooperar — Lo que llevó al difunto Watts hasta su última morada — La Santa Vehm, un grupúsculo incómodo hasta para los propios alemanes — Jonathan Wild, antecesor del profesor Moriarty, archienemigo de Sherlock Holmes — Se resuelven los homicidios — Un criptograma muy raro en la habitación de Doyle

Apenas entraron en la posada vieron una cara conocida que les esperaba: el capitán De Baskerville, que se alarmó en extremo al constatar el calamitoso estado en que llegaban. No obstante, antes de preguntarles qué les había pasado, les interrogó si sabían algo de la detective Smith.

—Vaya que si sabemos… ¿Qué sabe usted? —lo intentó probar Bell.

—Que nunca ha trabajado para Pinkerton, lo que comprobamos telegrafiando a su agencia, donde además nos dijeron que por supuesto el señor Donnelly jamás ha pedido nada a dicha empresa. Más aún, tenemos fuertes sospechas como para pensar que su secuestro no fue más que una representación teatral muy bien llevada a cabo para hacerla desaparecer de escena y disipar cualquier suspicacia hacia ella. Su identidad real sería Cristina von Hagenau, perteneciente a una familia aristócrata de Hamburgo.

—Bastante impresionante. No se veía muy cuidada en sus maneras —masculló Verne.

—Es una consumada actriz. De hecho, se cree que es la misma mujer que estuvo implicada en un robo de información ocurrido dos años atrás en la embajada de Estados Unidos en Bélgica, donde se perdieron unos importantes documentos militares después de que un secretario de la embajada cayera en amoríos con una mujer de la misma descripción física y que también se hacía pasar por norteamericana.

—Pues bien, la muy cínica se llevó el documento que buscaba. A todo esto, le cuento que el tremendo hoyo que quedó en el campo, a unas dos millas de aquí, lo hizo ella junto con Hans, Otto y Klaus, tras apuntarnos con armas y dejarnos maniatados para que la explosión nos convirtiera en carne picada. Si no es por un joven americano que tuvimos la fortuna de conocer y que acaba de irse, le aseguro que no lo estaríamos contando ahora —le explicó Bell.

—¿Una explosión? ¿Por eso están así?

—Obviamente. Creo que a todos se nos pasó el gusto por jugar con tierra hace bastantes años. Si no la escuchó está bastante sordo.

—No tiene por qué ponerse mordaz. ¿Qué les dijo la mujer?

—Además de reírse de mí —intervino Doyle— diciéndome que podía llamarla Irene Adler, como bauticé a la única mujer, alemana por lo demás, que vencía a Holmes en algún cuento, lo único que señaló fue que el documento había sido robado de la Biblioteca Imperial de Berlín, una burda mentira quizá fraguada para aliviar su conciencia por lo que estaban haciendo.

—No, en eso no les mintió. Nuestros agentes en Berlín averiguaron que hace pocos meses fue robado de dicha biblioteca un importante documento cifrado con el anagrama J S U, que pertenecía a una colección de manuscritos antiguos sin catalogar. Más aún, las autoridades alemanas, al enterarse esta mañana de lo que estaba sucediendo, nos ofrecieron toda su ayuda. Fueron ellos, de hecho, quienes nos informaron de la posible identidad de la mujer, aunque deslindaron todo tipo de responsabilidades, asegurando que no trabaja para el gobierno.

—Perdone, pero no entiendo… ¿Por qué los alemanes querrían ayudar, si son sus mismos agentes quienes están en esto? —preguntó Doyle.

—No sabemos quiénes son los sujetos que actúan con ella, pero las autoridades germanas aseguran que no trabajan para ellas, aunque estamos convencidos de que al menos la mujer fue agente del Departamento Tercero en algún momento. Según los antecedentes reunidos por los alemanes, el fallecido Watts se habría enterado de algún modo de la existencia del documento de Berlín, por lo cual contrató a un par de ladronzuelos para robarlo, seguramente sabiendo que habría muchas personas dispuestas a pagar una fortuna por él. Tras obtenerlo huyó a Francia, lugar donde operaba traficando con obras de arte, libros raros y cualquier cosa que se le pidiera, y donde aparentemente servía como correo para algunos espías vinculados al caso Dreyfus. Lo más probable es que se enterara de la existencia de dicho documento gracias a alguno de sus amigos espías, o que incluso alguno de ellos hubiera facilitado el robo a cambio de algún otro favor mucho más importante políticamente. La verdad es que si uno lo piensa desde la perspectiva de un estado, se trata de un robo común, molesto, claro está, pero un robo común al fin y al cabo. Los alemanes pueden parecemos muy desagradables, pero tontos no son. No enviarían a sus agentes oficiales a buscar algo así, sabiendo el lío que se puede armar.

—Un verdadero parásito, este Watts, con todo respeto.

—En efecto, señor Doyle. Un chupasangre que bien muerto está, si me perdonan la expresión. Pues bien, parece ser que un extraño grupo esotérico alemán también estaba tras la pista del documento… ya saben, espiritismo y todas esas prácticas extrañas —dijo, provocando una mirada cómplice entre los

tres—. A dicho grupo, según nos dicen los germanos, pertenecería esta «señorita». Aunque los alemanes se hacen los desentendidos acerca de cómo fue robado el documento, yo presumo que la ex detective Smith se enteró de quién lo tenía seguramente a través de sus contactos en el espionaje.

—¿De qué grupo se trataba? —inquirió Verne.

—Algo que jamás había escuchado. La Santa Vehm.

—*Mon Dieu*! ¡El señorío tortuoso! —gritó el galo.

—¿A qué se refiere?

—El señorío tortuoso era uno de los nombres que recibía el Vehm, una suerte de tribunal popular establecido por Carlomagno tras la conquista de Sajonia, allá por el año 700. Originalmente su objetivo era despaganizar la zona recién conquistada, actuando en contra de todos a quienes consideraban paganos, cuyos cuerpos aparecían colgados en las veras de los caminos después de que esta especie de tribunal determinara quién debía morir por su falta de fe.

—Antecesores de la Inquisición —opinó Bell.

—Mucho más terribles. El Santo Oficio, al menos, hacía la parodia de someter a juicio a sus acusados y no en pocas veces les perdonaba la vida, aunque los castigos terrenos eran terribles, como quitar todos los bienes materiales a quienes consideraban como herejes, con el fin de financiar la licenciosa vida de los comisarios de la Inquisición. Sin embargo, el Vehm decidía basándose en rumores, adoptando decisiones en sesiones secretas y ejecutando sin derecho a defensa, perdiendo enseguida sus orígenes cristianos y convirtiéndose en lo mismo que perseguía al principio: una secta pagana. Además, hay otra diferencia fundamental con la Inquisición. El Vehm, a poco andar, se transformó en una organización clandestina, lo que ocurrió cuando los propios emperadores se dieron cuenta de que se había vuelto demasiado poderoso y que además estaba eliminando a cualquiera que les pareciera que lo merecía, lo que implicaba que en cualquier momento incluso podría llegar a actuar en contra de algún emperador que les fuera incómodo. Se suprimió algunos años más tarde, pero estando en la clandestinidad se tornaron aún más feroces, haciéndose famosos por colgar a los paganos en los caminos y por utilizar un cuervo como emblema de condena. Cualquiera que una mañana

encontrara una daga con las palabras «Lazo, Piedra, Miedo y Pelea», o «*Stric, Stein, Gras, Grein*…».

—¡SSGG! ¡Ésas eran las siglas que uno de esos dementes tenía tatuadas en la muñeca! —gritó Bell.

—Ahí lo tiene. Es la mejor confirmación de que lo que están diciendo los alemanes es cierto.

—Continúe, por favor, señor Verne —pidió Arthur C. Doyle.

—Como les decía, cuando alguien encontraba una daga con esas letras fuera de su casa, sabía de inmediato que había sido condenado en ausencia por el tribunal secreto del Vehm y que tarde o temprano lo colgarían de algún árbol, sin que siquiera tuviera derecho a defenderse ni mucho menos a saber quién lo había denunciado.

—En realidad, el Santo Oficio parece que era un poco más legalista —apuntó Doyle.

—Probablemente. El Vehm siguió existiendo durante toda la Edad Media, incorporando nuevos miembros mediante iniciaciones que se hacían en medio de bosques pobremente iluminados. Como en la masonería, existían tres grados dentro de la organización: los *Schóffen*, que eran el equivalente a los aprendices; los *Freigrafen*, semejantes a los compañeros; y los *Sthulherr*, jefes o maestros. Hacia el siglo XIV reaparecieron de forma casi pública, eliminando de la faz de la tierra a cualquiera que consideraran un pagano, un hereje, un criminal, una prostituta o lo que fuera que nos les pareciera bien. Si desde el principio el Vehm fue una organización criminal, con el paso del tiempo se tornó un movimiento muy silencioso y esotérico que comenzó a atacar a grupos como los rosacruces, precisamente. Sin embargo, no sabía que existía aún ni mucho menos que admitieran mujeres. ¿Usted sabe algo más, capitán?

—Desconozco más detalles al respecto, señor Verne, pero por la información que nos ha llegado desde Berlín me queda claro que se trata de un grupúsculo incómodo incluso para ellos, por lo que están dispuestos a ayudar en lo que sea.

—¿Y qué piden a cambio? —preguntó Doyle.

—Algo que me parece bastante razonable: el documento, que al fin y al cabo es de ellos —dijo, generando un profundo silencio entre su audiencia.

—Hay un detalle que aún no entiendo, y espero que usted tenga la respuesta, capitán ¿Por qué mandarme a mí el documento, y más aún, enviarlo cortado por la mitad? ¿Para qué dejar una copia en tinta invisible en el mismo documento que estaba enviando a Inglaterra? ¿Por qué enviar una carta cifrada con una amenaza implícita a mi persona?

—Sólo puedo conjeturar al respecto, señor Doyle. En cuanto a enviarle a usted el documento, la única explicación lógica que se me ocurre es que Watts se hubiera enterado de alguna forma que lo estaban siguiendo y quisiera hacer como que se había deshecho de él, atrayendo la atención hacia alguien famoso

como usted. Él suponía que su código podría ser descifrado con facilidad y por eso criptografió el mensaje original, pero en realidad el destinatario supongo que iba a ser él mismo y, por tanto, en caso de que alguien hubiera podido interceptar y desencriptar el documento, le habría parecido que efectivamente Watts no sólo no lo tenía, sino que estaba desesperado por quitárselo a usted. Eso se llama diversionismo en materia de inteligencia, mi estimado amigo. Divertir para distraer, crear un espectáculo de fuegos artificiales para llevar a todos a mirar hacia arriba mientras les sacan sus billeteras por detrás. Según averiguamos, Watts fue detenido en Londres unos años atrás usando el alias de Jonathan Wild —explicó, provocando una carcajada en Doyle.

—¡Ja! Ahora entiendo por qué me eligió como destinatario.

—¿Podría explicarlo?

—Por supuesto. Jonathan Wild fue el más famoso criminal del Londres de 1700. El cerebro detrás de la prostitución, el juego ilegal, el soborno, el robo a viviendas…, un verdadero genio que tenía cuadrillas de ladrones que asolaban casas de ricos y pobres. Esperaba que los robos aparecieran en la prensa y luego él «ofrecía» datos a la policía para que ésta pudiera recuperar los bienes, cobrando a cambio las recompensas. Si encontraba algo que pudiera hacer a su dueño acreedor de una extorsión, lo chantajeaba. Si el robo no aparecía en la prensa, vendía las especies. Cuando otra banda cometía un robo, él la denunciaba ante la policía. Para el ciudadano común llegó a ser casi un héroe, aunque en realidad se trataba de una verdadera bestia y un genio al mismo tiempo. Es el personaje en el cual me basé para crear al archienemigo de Holmes, el profesor Moriarty. Imagino, Joe, que aplicando las extrañas teorías mentales del doctor aquel de Viena… ¿Cómo se llamaba?

—Freud.

—Ese mismo. Aplicando sus ideas, lo más probable es que mientras pensaba a quién demonios enviaba un pedazo del mensaje cifrado para tener alguna excusa en caso de que lo encontraran, se topó conmigo en su subconsciente y nada le pareció más genial. Quizá fue una simple asociación de ideas: Wild, Holmes, Doyle, Londres, Newton, Bacon, Shakespeare. Supongo que la copia en la hoja en blanco era para él, de respaldo, y que a mí me mandó un trozo del mensaje cifrado para que si por alguna razón me llegaban a engatusar para que les mostrara el documento, sabedores los alemanes de más o menos qué contenía, la historia de Watts fuera plausible.

—Exacto —razonó De Baskerville—. El sujeto era un falsificador de primer nivel, por lo cual lo más probable es que haya hecho una copia perfecta del original robado desde Alemania, incluso usando el mismo tipo de papel, para luego enviárselo a usted cortado por la mitad. Quizá la otra mitad ni siquiera llegó a copiarla alguna vez, por lo que es factible que el original esté en algún lugar que sólo Watts conocía.

—Otra pregunta, capitán. ¿Saben quién dio cuenta de los señores Johnson

y Watts?

—Se me había olvidado explicárselo. Tras allanar la vivienda de la supuesta señorita Smith, después de su supuesto secuestro, la policía encontró césped removido en un pequeño patio interior de su apartamento. Debajo de la tierra había varias piezas de ropa femenina manchadas de sangre, que Beyton identificó como las que usaba «María», a la cual había conocido esa misma noche. El documento robado no pudimos encontrarlo, pero no tengo dudas de que fue ella quien orquestó todo el asunto junto a sus compinches, asesinando al pobre bibliotecario antes de cerciorarse si estaba o no el documento. Al no encontrarlo, robaron los demás libros para justificar un robo, y de paso fraguaron la historia de la agencia Pinkerton. Y después de eso se fueron donde usted, señor Doyle, y comprobaron que tampoco tenía el original. Por ello atacaron a Watts: supusieron que allí estaba el condenado papel y, para incriminarlo en el robo y el homicidio, dejaron los libros en su casa. Negocio redondo.

—Pero tampoco hallaron el documento original —se consoló Doyle.

—Poco importa ya, porque se quedaron con la única copia completa que sabemos que existe —resopló Verne, que por más que trataba de seguir bien la trama estaba teniendo problemas para entender al capitán, que hablaba con la boca muy cerrada, como si su costosa chaqueta no le dejara abrirla mucho.

—Imagino que también atribuirá a la mujer las pepitas de naranja encontradas en el sobre que estaba en el museo y el mensaje con textos alusivos a los libros de Verne —comentó Bell.

—Por supuesto. No me quedan dudas de que ella quiso hacerle creer que sus amigos habían sido secuestrados con el fin de poder llevárselo a otro lado y birlarle el documento. Lo más probable es que los cómplices de ella siguieron aquella noche a Bell y Verne, sabiendo que no se alojaron en el hotel.

Para eso de las pepitas de naranja la explicación es muy simple, pues seguramente ella sabía que usted había viajado recientemente a Estados Unidos y de esa forma pensó que podría desviar la investigación hacia allá, en caso de que usted hubiera llegado a denunciar el robo a la policía.

—¿Y su cochero?

—Ya ha confesado que su nombre no es Henry, que nació en Etiopía y que trabaja para los alemanes desde hace más de quince años.

—¿Confesó? ¿No era mudo?

—Tan mudo como usted o yo, señor Verne. Ahora, si me permiten la impertinencia, creo que lo más lógico es regresar cuanto antes a Londres.

—La verdad, señor De Baskerville, es que me encuentro muy cansado para hacer un viaje tan largo nuevamente. Lo único que quisiera es poder telegrafiar a mi esposa, para que sepa que estoy bien, y luego dormir toda la noche —pidió Verne. Bell y Doyle estuvieron de acuerdo en pasar la noche allí y regresar temprano. De Baskerville, en tanto, debía enviar una serie de

telegramas alertando a las policías locales y a Scotland Yard acerca de la presencia de los sospechosos.

Sucios aún, los dos médicos pidieron algo para comer, mientras el oficial salía junto a Verne a buscar una oficina de correos. Tras cenar frugalmente decidieron irse a dormir. Bell entró en la habitación y se fue directo al baño, mientras que Doyle se tendió en la cama. En esas reparó que en el pequeño armario de la entrada había un sobre.

Caminó hasta allá y lo abrió, descubriendo un nuevo mensaje criptografiado, escrito con evidente letra de mujer:

C2 3 13 22 78 HURT 29
5 10 55 33
37 Baskerville 15 24
C4 22 6 222 6 empire
10 72 19 23 54 16
C3 7 1 5 43 sur vive 34 23 12
54 truly 23

Doyle se sobresaltó. No había visto jamás un papel escrito por la falsa detective, pero no le cupo lugar a dudas de que era su letra. Debía de haberla dejado allí por la mañana, probablemente antes de abordarlos cuando tomaban desayuno. Se lo mostró a Bell.

—Sabe, Arthur, sinceramente ya me está jodiendo este asunto de las letras y los numeritos. Yo, por lo menos, me voy a dormir —rezongó sin siquiera mirar el papel.

—¿No me va a ayudar?

—Definitivamente no.

—Está bien. Lo haré solo entonces.

—Déjelo para mañana. Algo he aprendido ya en estos días sobre criptogramas, y a ése le falta lo esencial: la clave.

—Eso es obvio, Joe, pero también me parece evidente que nuestra cruel amiga no debió desatender ese detalle, por lo que la clave estará en alguna parte, quizá en el mismo mensaje. De hecho, aparte de las palabras textuales, que me imagino no ha visto, pues de otro modo le habría llamado la atención la palabra «Baskerville» —la mención hizo que Bell abriera de inmediato sus entornados ojos—, hay varias constantes: las letras «C», acompañadas de números: C2, C4, C5, C3 y C5. ¿Qué le sugieren?

—Francamente, no lo sé, Arthur —dijo Bell tomando el pedazo de papel en las manos—. Mi cerebro no da para tanto. Han sido días muy difíciles y…

—Creo tener una idea. Sheila sabe perfectamente, porque yo mismo se lo conté, cómo encontró usted la clave del primer criptograma en el *Times*. Pues bien, recuerdo que esta mañana ella traía un ejemplar del *Times*, que

seguramente compró antes de subir al tren en Londres y que vi en sus manos por última vez mientras tomábamos el desayuno. Iré a ver si lo puedo recuperar.

Dos minutos más tarde regresó triunfante, explicando que el mozo lo había encontrado sobre una mesa y después, al verlo olvidado, se lo había llevado a la cocina para tratar de leer un poco, y allí estaba aún.

—Lo lógico es suponer que las «C» son las columnas, con lo cual «C2» sería «columna 2»; «C4», «columna 4»…; mientras que los números son los lugares en que se encuentran en cada columna las palabras a utilizar. Es muy simple. Las palabras completas que allí figuran son obviamente aquellas que no se encuentran en el o los textos periodísticos que usó para crear el mensaje.

—Me parece un razonamiento impecable, Arthur.

Ayudado de un cuaderno y una pluma, Doyle comenzó a revisar la segunda columna de la portada del ejemplar que la falsa detective había abandonado. La palabra cifrada con el 3 era «/» («yo»), la 13 era «*never*» («nunca»), lo que le hizo lanzar un pequeño «¡eureka!» y… la 22 «*ment*» («quise»). Siguió escribiendo enfebrecido, hasta que el mensaje cobró cuerpo en un extraño inglés:

I never ment to hurt you
You should'n believe anything
That Baskerville can tell.
He works for the german empire
I can't explain now what's going on
but if you can survive I'll do it
Yours truly, Irene[14]

Capítulo 13

Doyle, confundido una vez más — Noche de insomnio… y la respuesta al acertijo — El castillo de Chepstow, Gales del Sur — La familia De Baskerville, de Dartmoor — Birmingham — El inspector Glade comunica malas noticias — Los manuscritos de Gugielmo

Doyle quedó helado ante el texto, callado, dubitativo.

—Joe, mire… lo que nos está diciendo…: que el capitán podría ser…

—¡Olvídela de una vez, Arthur! ¡Está actuando como un crío! La muy desgraciada se dio cuenta de que podría manipularle como a un niño, y aún después de tratar de matarle le deja un mensajito para confundirle. ¿Hasta cuándo se lo tengo que decir?

—Tiene razón, Joe, toda la razón del mundo, pero déjeme aclararle que en ningún momento me sentí atraído por ella.

—Sí, sí, claro. También me va a decir que cree en las hadas.

—No tiene por qué ser burlón. Sólo quería decirle que ella me fue simpática porque nunca había conocido a una mujer así, con tantos conocimientos de literatura. Nada más.

—Lo entiendo, pero ahora déjeme dormir.

—No se preocupe. Saldré a caminar un rato y esperaré a Verne.

Unos quince minutos después, el capitán y Verne regresaron. Doyle les mostró el documentó y ninguno de ellos le dio la menor importancia. El capitán les indicó que pernoctaría allí junto con Maxwell, a quien había convencido de abandonar el coche. Andaba además con dos sargentos, los cuales se turnarían para vigilar la casona.

Mientras Verne y Bell roncaban de lo lindo, Doyle daba vueltas y vueltas en la cama, dolido por haber estado tan cerca de descifrar el documento sin haberlo logrado. Lo que más le aguijoneaba era el pensar que probablemente a esa hora los alemanes de mierda aquellos ya estarían leyendo los manuscritos originales de Shakespeare.

Mientras su mente divagaba fue cayendo en el típico sopor del sueño. Pero de pronto se sentó en la cama con los ojos completamente abiertos al recordar algo, percatándose de que la noche se acababa de convertir en una mañana fría y nublada, en la cual el aire se difuminaba tras una fina capa de nieve.

No tenía claro si lo que iba a hacer obedecía a la realidad o a un sueño, pero no le importaba. Abrió un poco las cortinas para que entrara algo de luz y cogió su abrigo. Metió la mano en el bolsillo interior derecho y allí descubrió lo que en la vigilia pensó que tenía: una serie de papeles garabateados, los que había escrito mientras estaban frente al monumento a los pastores de Shugborough. Con extrema ansiedad, los fue desarrugando hasta que gritó «¡Lo tengo!», despertando a sus compañeros de habitación.

—¿Qué sucede, Arthur? —preguntó Bell sobresaltado.

—¡Tengo una copia de la última línea! ¡La escribí cuando tratábamos de buscarle algún sentido a la frasecilla aquella de Anson! Seguramente la detective Smith no se dio cuenta de que yo escribía, y por eso no me registraron. ¡Aquí está, aquí está! —gritaba, cuando de una feroz patada la puerta cayó hacia atrás, dando paso al capitán De Baskerville y a un sargento, armados con pistolas y gritando «¡todos al suelo!».

Tras explicarle el motivo de tanta algarabía, el suboficial se retiró y encendieron la lámpara. Verne hizo de nuevo el mismo diagrama que había trazado ya en dos oportunidades y comenzaron a descifrar una vez más.

—Habíamos quedado en que debíamos invertir la frase original, por lo que resultaba una cosa así:

orrn oh kzxmzo kois kwsj ktz river ki kcznor omefxq

—Ahora bien, aplicando el alfabeto como ya sabemos, el mensaje entonces sería…:

Look
At
Secret
Cave
Near
Wye
River
In
Chepstow
Castle

—Miren en la cueva secreta cerca del río Wye, en el castillo de Chepstow —tradujo Verne.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Bell.

—En Gales, al sur de Gloucester. El castillo de Chepstow es famoso en historia militar, pues es el más antiguo que queda en pie en Inglaterra. Se dice que fue construido por Guillermo el Conquistador hacia 1067, en la orilla del

río Wye, un poco antes de que éste desemboque en el Severn, con el objetivo de contener a las hordas normandas y evitar que llegaran a Gloucester. Entiendo además que se usó con fines defensivos hasta fecha más tardía, pues si no me equivoco hubo allí una guarnición militar completamente operativa hasta 1690 —explicó el capitán.

—Bastante tiempo después de la muerte de Bacon y Gugielmo —comentó Bell.

—Sí, pero más o menos en las mismas fechas en que Newton era ya toda una celebridad nacional y estaba dando clases en el Trinity College, al tiempo que trabajaba en la Casa de la Moneda real. Era sin duda un hombre influyente, y probablemente cuando el castillo quedó deshabitado buscó la forma, junto a sus amigos de la Royal Society, de dejar allí los manuscritos. Debemos partir para allá de inmediato. Con un poco de suerte esos alemanes se habrán demorado un poco en averiguar dónde queda esto y cómo llegar, y quizá aún estemos a tiempo. Capitán, ¿tiene alguna idea de a qué distancia estamos de Chepstow?

—A ver, señor Doyle, deben de ser unas ochenta y una millas, al suroeste de aquí. Creo que podemos llegar hoy. Mientras ustedes se levantan, yo iré a la oficina de correos a avisar de esto.

—Lo acompaño, capitán. Anoche parece que hubo un problema con el telégrafo y no estoy seguro de que mi buena Honorine haya recibido el mensaje que le envié. Le dije que regresaría en dos días a lo sumo. Debe de estar desesperada.

—Bien, señor Verne.

Media hora más tarde rodaban velozmente en dirección a Birmingham. El coche delantero iba ocupado por De Baskerville, Doyle y uno de los sargentos, seguido más atrás por el vehículo guiado por Maxwell, en el cual el capitán instaló por seguridad a otro de los suboficiales, todos vestidos de paisano, junto a Bell y Verne.

Durante casi una hora el capitán y Doyle intercambiaron ideas sobre lo que podía estar pasando, pero pronto se les agotó el tema. Doyle comenzó a referirse a los hermosos parajes que había visto en Staffordshire y lo verdes que se veían los campos a medida que avanzaban al sur.

—Sin duda ésta debe de ser una de las regiones más hermosas del país, señor Doyle, y lo digo objetivamente: árboles, naturaleza, colores varios… muy bello, muy bello, pero uno tiene una cierta relación telúrica con el lugar en que nació que, por lo menos para mí, siempre será lo más hermoso sobre la tierra, aunque para muchos sea feo.

—¿De dónde es usted?

—Estudié en Plymouth, pero mi familia posee una finca en Dartmoor, un lugar casi desértico que mucha gente cree que es poco menos que un cementerio, por sus páramos desolados y el viento silbante que sopla todo el

día… pero para mí sigue siendo el lugar más hermoso del país.

—Quizá algún día lo visite. Suena como el lugar ideal para una historia de terror.

—Mejor aún, una historia de terror protagonizada por Holmes. ¿Se imagina algo así?

—Francamente no. Holmes ya está muerto y ahogado, y no tengo ninguna intención de resucitarlo.

—Qué lástima. Creo que seríamos miles los británicos agradecidos si lo reviviera.

—Así es la vida —comentó el escritor mientras se concentraba en el paisaje y en los feroces copos de nieve que caían por doquier, anunciando una tormenta que media hora más tarde estaba completamente desatada.

Consiguieron llegar a Birmingham a duras penas. Decidieron alojarse allí y continuar al día siguiente, en medio de una ansiedad que estaba a punto de quebrarle la espalda a Doyle. El capitán se comunicó con Londres y con un puesto de policía cercano a Chepstow, pero no había novedades.

Antes del amanecer, y cuando la tormenta ya hubo amainado, salieron de nuevo rumbo al sur. Era cerca de mediodía cuando apareció ante ellos la orilla del río Wye, un curso de agua extremadamente fangoso que corría a raudales hacia el sur, dibujando eses por todo su caudal. Chepstow era un pueblecillo pequeñísimo, ubicado en la margen occidental del río. Justo antes de una de sus vueltas se encontraba el castillo, emplazado en un breve promontorio y a una media milla del antiguo puente que comunicaba el pueblo con la orilla oriental del río, donde se ubicaba la parte británica.

El castillo era espectacular. De forma alargada, su parte principal estaba conformada por una torre ubicada al norte, detrás de la cual quedaba la fortificación que daba hacia el río. Hacia el sur se situaba la torre del medio y una galería, tras la cual seguían otras fortificaciones menores y la santabárbara, todo lo cual se descolgaba por un murallón de piedra que terminaba en el agua.

Verne estaba entusiasmado con la vista de la imponente construcción, pero no tuvieron tiempo de entrar, pues un inspector de la policía local los estaba esperando a los pies del castillo. Se trataba de un sujeto de edad indefinible y ojos sagaces, enfundado en un grueso abrigo de piel.

—Soy el inspector Glade, capitán De Baskerville. Les estaba esperando porque tengo una mala noticia que comunicarles. Hará cosa de unas dos horas, y después de que hiciéramos correr la voz en el pueblo de que unos fugitivos podían estar tratando de esconderse aquí, un tendero que iba a buscar su pedido de leche vio a tres hombres y una mujer saliendo desde la orilla del río, a casi una milla de aquí, donde comienza el bosque y en un sector en que hay varias cavernas. Fuimos a ver y encontramos una cueva natural situada a unos veinte pies de la orilla, llena de pisadas que entraban y salían. Lo increíble es

que una vez que entramos, a unos trescientos pies del acceso, encontramos ¡una puerta! Sí, aunque no me crean, señores, una puerta con bisagras y todo, que tenía una enorme cerradura que había sido forzada.

Adentro había una pequeña bóveda hecha de piedra y ¡otra puerta similar a la primera, que conducía a otra bóveda similar, todo dentro de la caverna!

—¿Y qué había en las bóvedas? —intervino el capitán.

—Nada. Estaban completamente vacías, aunque en la última era evidente que algo muy pesado había sido arrastrado y luego, seguramente, levantado para llevárselo, por las muescas que quedaron en el suelo y porque además había una zona de forma rectangular, del tamaño de un cofre mediano, en la cual no había musgo. Alertamos a todos los pueblos cercanos, pero hasta este momento no tenemos ninguna pista. ¿Quieren ir a ver el lugar?

—No. Muchas gracias —contestó Doyle interpretando el sentir de todos.

—Se van a perder algo realmente único… Jamás había visto nada semejante —trató de convencerlos.

—Créame que ya hemos visto muchos sitios semejantes. Muchas gracias.

El regreso a Londres fue extremadamente silencioso. Una vez de vuelta en la capital, los protagonistas de tales extraños sucesos fueron conducidos al cuartel donde trabajaba De Baskerville, en el cual se les tomaron extensas declaraciones sobre lo sucedido, aunque se omitieron sus nombres en todas ellas, timbrándose todo el montón de documentos como «secreto máximo», lo que se justificaba —explicó Lord Lamont, que los acompañó a prestar declaración— por la necesidad de evitar que cualquier incidente en que se vieran implicados ciudadanos de las tres naciones —justo en momentos en que se hacían ingentes esfuerzos diplomáticos por evitar una guerra— fuera malentendido por la opinión pública y se iniciara una escalada de declaraciones. Doyle insinuó que lo sucedido era el argumento inicial para una novela, pero accedió finalmente a no revelar nunca nada de lo ocurrido —igual que los demás— cuando De Baskerville, asumiendo una actitud que el escritor calificaría después de «cínica», le recordó que ello necesariamente haría saber todas las negligencias que cometió durante el desarrollo de los acontecimientos, lo que —aseveró— «no lo dejaría muy bien parado», lo mismo que a los otros. Por lo demás —lo desafió—, el gobierno negaría cualquier hecho semejante y sólo se expondría al ridículo al relatar una historia que —comentó muy convencido el oficial— sólo podría haberse gestado en el interior de una mente muy, pero muy afiebrada.

El asunto de Henry se zanjó cuando los alemanes solicitaron su extradición, una vez determinaron su identidad real, dado que era requerido por un tribunal de Berlín por una violación. Ante ello se visó la extradición con una velocidad nunca vista antes en el Foreign Office.

Beyton, en tanto, fue sobreseído y puesto en libertad algunas semanas más tarde, después de que su supuesto abogado defensor —que en realidad era un colega de De Baskerville— lo convenciera de que había sobornado al juez y que por ello estaba quedando libre, gracias a lo cual se aseguraron su silencio.

El juez, tras recibir una serie de recomendaciones por parte del gabinete de la reina, accedió a cambiar la orden de detención que había librado contra Cristina von Hagenau por otra en la que figuraba el nombre de Sheila Smith. Para convencerlo, le explicaron que había razones de estado en la decisión de evitar que se supiera que una ciudadana germana perteneciente a la alta aristocracia estaba siendo buscada por dos homicidios ocurridos en Londres. Durante varios días, los agentes del espionaje británico mantuvieron una estrecha vigilancia en varios puertos, pues recibieron una serie de informaciones relativas a la presencia de tres sujetos rubios y una mujer morena, pero de más está decir que Sheila Smith —o Cristina von Hagenau— nunca pudo ser localizada, así como tampoco fue posible determinar la identidad de sus compañeros de felonía.

Una vez terminados los trámites relativos al caso, Verne fue llevado a un barco con destino a Francia esa misma noche. La despedida fue bastante poco emotiva pues, al parecer, ya terminadas las peripecias de los días anteriores, los tres insignes caballeros que las perpetraron decidieron retomar sus vetustas y circunspectas personalidades. Bell se alojó esa noche en el Langham y partió al día siguiente a Edimburgo, sin que exista registro alguno de que Arthur C. Doyle, Joseph Bell y Julio Verne se hubieran vuelto a ver alguna vez. Tampoco existe posibilidad alguna de comprobar en fuentes oficiales todo lo que les ocurrió.

Capítulo 14

Catedral de Amiens, Francia, febrero de 1895 — Verne en actitud de rezo — Un hombre de unos cincuenta años, británico a todas luces — Un libro en forma de cartas que revolucionará la literatura mundial — Doyle, un buen hombre, pero cascarrabias — Los hombres de McGregors — Una visita frustrada en Londres — Misión para Verne — Una última clave

Hacia fines de febrero de 1895, Julio Verne estaba sentado en actitud de oración en una de las últimas filas de asientos de la hermosa catedral de Amiens, su ciudad natal, quizá una de las iglesias más bellas de toda Europa y cuya construcción se perdía en la historia de los picapedreros medievales.

Un hombre de unos cincuenta años, de porte distinguido, muy bien peinado y con una barba cuidadosamente recortada, comenzó a caminar desde el atrio de la iglesia hacia atrás. Moderó su andar cuando pasó al lado de un hombre de edad que estaba sentado en medio, pero tras mirarlo siguió hacia el fondo.

Observó con indiferencia a tres mujeres que rezaban el rosario y continuó hacia Verne. Sin acercársele mucho, miró el pecho del escritor, en una de cuyas solapas se distinguía un pequeñísimo alfiler y le dijo:

—Un placer conocerle. Tenía la sospecha de que era usted el que estaba sentado aquí atrás. Casi le confundo con el señor que está sentado más adelante.

—Para mí también es un placer poder verle al fin. Durante todos estos años en que nos hemos carteado he podido hacerme una imagen muy exacta de usted, y es tal como me lo imaginaba. Lógicamente, me habría gustado mucho que nos hubiéramos encontrado en Londres, pero usted sabe mejor que yo que fue imposible.

—Así es. A mí también me habría gustado mucho haberle conocido antes. Antes de entrar en materia, quisiera comentarle que tengo casi terminado el texto de la novela que he estado componiendo gracias a sus sabios consejos, Julio, y creo que será un gran éxito. No sabe cómo le agradezco la idea de redactarla en forma de epístolas.

—Revolucionará la literatura, mi buen amigo.

—Sinceramente espero lo mismo.

—Ahora que estamos cara a cara, ¿por qué no me explica bien por qué motivo no quiso ir usted a hablar con Doyle? La última carta que me envió, pidiendo que fuera yo quien lo abordara a través del doctor Bell, no explicaba nada sobre ello —preguntó Verne al desconocido, de origen británico, para más señas.

—Es que estaba muy apurado y además… Usted se habrá dado cuenta de que Arthur es un buen hombre. De hecho tengo la mejor impresión de él, pero es un poco cascarrabias y muy prejuiciado en algunos aspectos. Las veces en que nos hemos encontrado siempre ha sido educado y cordial, como con todo el mundo, pero me han llegado comentarios acerca de que no tiene una de las mejores impresiones sobre mi persona, por motivos que ni siquiera alcanzo a vislumbrar. Por eso quise evitar una reacción negativa de su parte si era yo quien se le acercaba, y por lo mismo, sabiendo la elevada opinión que tiene del profesor Bell, fue que le sugerí que contactara con él y lo usara como mediador.

—Arthur estuvo a punto de mandarme a buena parte. Fue muy difícil convencerle de la historia que le conté —se quejó el autor francés.

—Es que era difícil de creer.

—Pero en parte era la verdad.

—Sí, en parte.

—Aun así —remató Verne—, no deja de provocarme mucha vergüenza el haberle engañado de esa forma. También sé que me arriesgué mucho entregando tantos datos, pero no tenía otra opción. Debía convencerle de que estaba de su parte y hacer que creyera en mí. Incluso, en un primer momento, traté de quemar el documento que contenía la clave, pero lo evitó sin que se diera cuenta de mi verdadera intención. De ahí en adelante traté de ser más cuidadoso, y ello me llevó inevitablemente a asumir mi papel en la charada y seguir mintiéndole, lo que me da mucha vergüenza. Sigo pensando que se trata de un hombre honesto y muy inteligente. Por otro lado, me atormenta mucho el que haya existido violencia.

—A mí también, pero no quedó otra opción. A los hombres que contrató McGregors se les dieron instrucciones precisas de no cometer actos violentos, pero ya ve. Me provoca una gran contradicción, pero tiendo a pensar que quizá en este caso el fin justificaba los medios —decía el británico, cuando dos mujeres se sentaron en el otro extremo del escaño en que se encontraban. Ambos bajaron la voz y extremaron su actitud de contemplación.

—En todo caso, parece que mis telegramas fueron efectivos —comentó el francés.

—Absolutamente. Gracias a ello pudimos ir teniéndoles siempre localizados.

—¿Y cómo dieron finalmente con el alemán?

—Un golpe de suerte, nada más. Por su trabajo en el puerto, McGregors

conocía a varios sujetos que son de su absoluta lealtad, pero que se dedican a hacer trabajos sucios. Les pidió que estuvieran con los ojos muy abiertos y avisaran sobre cualquier alemán sospechoso que vieran. Fue así como tuvieron la fortuna de ver a los tres sujetos y la mujer. Les siguieron durante toda una mañana, entre el hotel en que se hospedaban y la agencia naviera donde estaban comprando los pasajes a Francia con nombres falsos. En uno de esos ires y venires uno de ellos se quedó solo en el hotel, y ahí fue cuando entraron. Según ellos, estaban seguros de que el sujeto había salido al baño, pero lo encontraron sentado en la cama de la habitación y alegan que no les quedó más que golpearle con la porra en la nuca. En todo caso, aseguran que cuando estaban saliendo de la habitación con la caja llena de manuscritos el alemán comenzó a recobrar la conciencia, así es que no fue más que un golpe bien dado.

—Insisto que de todos modos me parece muy brutal.

—No quiero justificar la violencia, pero creo que no había otro modo.

—Vamos a lo esencial. ¿Tuvo usted la fortuna de revisar los manuscritos que esos sujetos robaron de la cueva de Chepstow? —preguntó Verne, viendo cómo brillaban los ojos del inglés.

—Todos, Julio. Todos. Allí están prácticamente todas las obras… *Hamlet, Love's Labour Lost, El rey Lear, Ricardo II, Venus y Adonis*. Prácticamente todo, firmado por *Sir* Francis Bacon. La cifra 287 está en *la* mayoría de las *páginas*, como suponíamos.

—¿Comenzó ya el análisis?

—Sí. Están a buen recaudo, pero quizá lleve un par de años terminarlo y descifrarlos completamente, si es que podemos. Después buscaremos un nuevo lugar para ellos.

—No quisiera morirme sin verlos antes.

—Lo más probable es que los traigamos a Francia. Sería mejor Alemania, pero ya sabe cómo están las cosas…

—Se me ocurren muchos lugares en Francia.

—No me cabe duda, y es por ello precisamente que me enviaron a hablar con usted, pues el consejo de Londres decidió que una vez esté todo terminado y los manuscritos vuelvan a la oscuridad, sea usted quién determine el lugar donde queden y la forma de acceder a ellos. También se decidió cambiar la clave y el sistema criptográfico para que nuestros sucesores den con ellos. La clave está aquí —le dijo pasándole un sobre.

—Es un gran honor —respondió Verne extendiéndole la mano derecha.

—El honor es mío. Lamentablemente, debo regresar de inmediato a Londres —contestó el hombre, quien se puso de pie y le rozó el brazo al despedirse, tras de lo cual salió caminando muy tranquilo. Al abandonar la iglesia se topó con una mujer regordeta. El hombre le hizo una reverencia con la cabeza y siguió su paso.

La mujer se fue a sentar junto a Verne.

—¿Estás listo?

—Sí, Honorine. Vamos a casa. La pierna me duele mucho.

—Vamos pues. Imagino que el hombre que me crucé en la puerta era con quien te ibas a reunir. Me saludó muy cordialmente.

—Así es, Honorine. Es el escritor londinense con que siempre me escribo, y al que he estado ayudando a crear una historia de terror.

—¿Cuál era su nombre?

—Abraham Stoker, aunque sus amigos le llaman Bram.

—Se veía muy cordial. Vamos, Julio. Está haciendo mucho frío.

Cuando el matrimonio Verne salió a la calle un ventarrón húmedo les golpeó el rostro, pero Verne no pudo evitar la tentación de abrir el sobre y ver cuál era la clave. Honorine bajó la cabeza para eludir el viento y, al levantarla, observó que su marido aún llevaba en el pecho el alfiler que usó discretamente dentro de la catedral.

—Julio, Julio. Te estás convirtiendo en un viejo olvidadizo. ¿Y si alguien te ve con eso en la calle? —le reprendió indicándole el prendedor, mientras el gran escritor francés leía el breve texto que le habían encomendado y que algún día, encubierto en algún libro, indicaría el camino para encontrar nuevamente los manuscritos. Rezaba sólo una breve frase en latín: «*Stat rosa prístina nomine, nomina nuda tenemus*»[15]. Verne se sonrió al leer aquello, pensando que no podían haber encontrado una clave más adecuada. Devolvió el papel al sobre y lo metió en el bolsillo interior de su chaquetón.

—Honorine, ¿te he contado ya que este prendedor fue el que nos salvó la vida? —le preguntó guardándose el pequeño alfiler en su bolsillo, un alfiler con forma de cruz en el que apenas se distinguía una pequeña rosa en su centro.

Post scriptum

Cristina von Hagenau fue encontrada muerta en la habitación de un hotel de Madrid en 1917, donde se le había visto en varias ocasiones en compañía de un joven comerciante anglochileno que usaba un pasaporte a nombre de Reed Rosas, y que en realidad era un teniente de la Armada alemana llamado Wilhelm Canaris, que llegó ser jefe de la inteligencia exterior germana durante la segunda guerra mundial, ejecutado a principios de 1945 por su participación en un intento de asesinato contra Adolf Hitler. Nunca se pudo determinar la causa exacta de la muerte de la mujer, aunque se presume que pudo ser un suicidio. La policía española encontró en su habitación una larguísima novela sin título en la cual contaba una historia sobre el robo de un importante documento ocurrido en Inglaterra, que fue enviada al Juzgado de Instrucción, de donde nunca fue retirada.

Lord Mycroft Lamont falleció en enero de 1918, debido a una embolia cerebral. Su último trabajo oficioso para el gobierno británico lo efectuó en 1917, cuando —pese a que ya tenía más de ochenta años— contactó con el gobierno norteamericano para ponerlo en alerta sobre el contenido de un telegrama criptografiado que los especialistas británicos habían interceptado y que dejaba al descubierto un complot del gobierno alemán cuyo objetivo era incitar a México a invadir Estados Unidos, para lo cual ofrecían repartirse el territorio de la Unión. Este mensaje, que la historia recuerda como «el telegrama Zimmermann», determinó que Estados Unidos decidiera en ese momento participar en la primera guerra mundial, declarada en Europa tres años antes.

El capitán De Baskerville continuó con una brillante carrera en el ejército británico. Dos años después de los sucesos antes narrados fue ascendido a mayor, y en 1909 se retiró del servicio como coronel debido a un disparo que recibió en una pierna durante una misión reservada en el norte de África. Luego fue llamado a asesorar al gobierno en la gestación de la primera entidad de inteligencia de rango imperial que se creaba en Gran Bretaña, el Servicio de Inteligencia Secreta, más conocido como SIS, sus siglas en inglés, o MI 6, y cuyo nacimiento se vio forzado por la amenaza alemana. Lamentablemente, en

1912 fue asesinado en la ciudad de Hamburgo, en circunstancias nunca aclaradas y mientras utilizaba un pasaporte norteamericano a nombre de Julio Smith.

El doctor Joseph Bell regresó de inmediato a Edimburgo, donde continuó ejerciendo su profesión. En lo sucesivo, se convirtió en el médico de la familia real cada vez que uno de sus miembros visitaba Escocia. Se le considera como uno de los creadores de las ciencias forenses modernas. Falleció en 1911.

Doyle quedó profundamente resentido por todos los acontecimientos que había vivido. En 1896, tratando aún de reponerse, efectuó un viaje por Egipto junto a su esposa, insitiendo en su intención de convertirse en un escritor «serio», para lo cual escribió una novela titulada *La tragedia de Koroskp*. En febrero de 1900 se embarcó hacia África para participar como voluntario en la guerra de los bóer, la única prueba verídica y oficial que pudo pasar en su vida para mostrar su valía como británico. Su crónica *La gran guerra bóer*, publicada en Inglaterra a fines de ese año, cuando regresó del frente, le valió un importante reconocimiento en el ámbito nacional.

Poco después de la publicación de dicha crónica, y aprovechando un nuevo ascenso en su fama, decidió probarse como político, aspirando a un puesto en la cámara de representantes por Edimburgo, que perdió en gran medida por una inteligente campaña montada en su contra, en la cual se le acusaba de ser «un monigote» de la Iglesia católica, dada su educación en los jesuitas.

En 1901, y tras recibir decenas de peticiones para revivir a Holmes, decidió hacerlo. La historia oficial al respecto dice que la idea se le ocurrió mientras se hallaba en Devonshire, descansando en casa de su amigo Fletcher Robinson, quien le contó una serie de escabrosas historias rurales sobre perros fantasmales. Doyle se entusiasmó con la idea y sugirió que viajaran a los páramos de Dartmoor, que pensaba era el escenario apropiado para una historia de ese tipo. Al regresar, y ayudado por Robinson, Doyle escribió una historia situada en los páramos llamada *El sabueso de los Baskerville*, la cual tenía como protagonistas a Sherlock Holmes y al doctor Watson. A fin de ubicar el relato antes del fallecimiento de Holmes y así evitar el problema de revivirlo, lo fechó en 1889.

La historia se publicó en ediciones sucesivas del *Strand*, entre 1901 y 1902. Ese mismo año, el rey Eduardo VII le concedió el tan ansiado título de *sir*. Se cuenta que en realidad Doyle no reunía los requisitos para merecer dicha distinción, pero que el rey era un gran admirador de Holmes, por lo que en la recepción posterior a la ceremonia habría instado a Doyle a revivirlo de forma definitiva. En ese período Doyle se reincorporó a la masonería, en la cual participó activamente hasta 1911.

En 1903 el *Strand* comenzó a publicar los cuentos de *El regreso de Sherlock Holmes*, en los que Doyle relata que Holmes desapareció tres años después de simular que había caído en las cataratas de Reichenbach, cuando en realidad

había hecho eso para hacer creer a los seguidores de Moriarty que había desaparecido.

En uno de los cuentos de esa serie, *La aventura del constructor de Norwood*, se relata que el consultorio original del doctor Watson fue comprado por un tal «Verner».

En 1906, tras de un segundo intento fallido por llegar al Parlamento, su esposa Louise falleció de tuberculosis, y un año más tarde Doyle se casó con Jean Leckie, una mujer varios años más joven que él. Además, haciendo frontal su enfrentamiento con Scotland Yard, aceptó asumir la defensa de dos personas imputadas de delitos que finalmente, gracias a su intervención, se probó que no habían cometido.

Hacia 1912, y ya abandonando definitivamente sus pretensiones de ser un escritor «serio», hizo debutar a un nuevo personaje que se convirtió de inmediato en un héroe popular, el doctor Challenger, un sabio huraño y terco —una mezcla de Verne y Bell— que, en un libro de estructura muy similar a la de *Los viajes extraordinarios*, se salía de los marcos terrenales en que habitualmente vivían Holmes y Watson para viajar a Sudamérica y encontrar un exótico lugar lleno de dinosaurios, libro que se llamó *El mundo perdido*, al cual siguieron varios otros episodios.

En esas mismas fechas comenzó a alertar por medio de varios artículos sobre la inminencia de un conflicto bélico con Alemania, haciendo especialmente presente el peligro que representaba la naciente aviación germana. Despojándose de los prejuicios antifranceses de su juventud, preconizaba que la única forma de enfrentar la amenaza era que Francia e Inglaterra se unieran, y, para ello, propuso la construcción de un túnel subterráneo que comunicara ambos países, lo que fue calificado por muchos expertos como una simple fantasía al estilo de las de Julio Verne.

Ya iniciada la guerra, en 1914, el *Strand* comenzó a publicar *El valle del miedo*, una nueva novela protagonizada por Sherlock Holmes y, paralelamente, por un detective de la agencia Pinkerton de Estados Unidos. La historia se inicia cuando a Sherlock Holmes le llega un mensaje criptografiado que comienza así: «453 C2 13 127 36 31 4 17 21 41 DOUGLAS 109»… y termina relatando la historia de «Edward el Pajarraco», el detective de Pinkerton que se infiltra en una logia descarriada de un pueblo norteamericano, cuyos miembros habían comenzado a actuar como si fueran un sangriento tribunal popular.

Ese año publicó también *Su último saludo en el escenario*, un cuento en el cual saca a Sherlock Holmes de su retiro a petición del ministro de Asuntos Exteriores con el fin de descubrir las actividades de espionaje que un barón alemán llevaba a cabo en Inglaterra en agosto de 1914.

Hacia el ocaso de su vida, su afición por el espiritismo —que compartía con su segunda mujer y con una larga lista de personalidades famosas— se

tornó en verdadero fanatismo, a tal punto que llegó a escribir un libro titulado *La historia del espiritismo*. Asimismo, publicó un libro sobre la existencia de las hadas que le significó ser bastante ridiculizado. En 1929 escribió las últimas historias de Sherlock Holmes y también un libro que nada tenía que ver con sus obras anteriores: *Las profundidades de Maracot*, donde el protagonista, el profesor Maracot, desciende hasta el fondo del Atlántico en un submarino junto a otros dos aventureros buscando la ciudad perdida de la Atlántida, que situó en las cercanías de las islas Canarias. Un año antes había participado en una sesión de espiritismo en la cual había preguntado a la médium si podía interrogar al espíritu con que supuestamente habían contactado, un persa del siglo XII, sobre la fecha precisa del hundimiento de la Atlántida.

Arthur C. Doyle falleció el 7 de julio de 1930.

Erik Weiss, más conocido como Harry Houdini, se convirtió en el mago más famoso de la historia, al recrear actos como el tragarse una docena de agujas e hilo y regurgitarlas enhebradas, o el escapar de cualquier atadura o lugar en que lo pusieran, lo que incluso suscitó protestas de varios cuerpos policiales. La historia oficial lo sitúa entrando en contacto con Arthur C. Doyle en 1920, cuando comenzó un intercambio epistolar entre ellos relacionado con el espiritismo. Si bien Houdini era un escéptico, tenía un sincero interés por tratar de contactar con su fallecida madre. En 1922, Doyle viajó a Estados Unidos invitado por el mago, participando ambos de una sesión de espiritismo en que supuestamente se manifestó —a través de escritura automática— la madre de Houdini. No obstante, éste aseguró que hubo muchos errores en los mensajes entregados por su supuesta progenitora y comenzó a enfrentarse públicamente al escritor, al publicar una columna en el *New Yor\ Post* en la que denunciaba que era imposible comunicarse con los muertos. Ello generó una larga polémica pública que se agudizó al año siguiente cuando Houdini se integró al Comité Científico Americano para investigar a los médiums, quebrándose finalmente la amistad en 1924.

Dos años después, en medio de una gira, Houdini presentó síntomas de apendicitis, negándose a recibir tratamiento. Unos días más tarde se rompió un tobillo mientras ejecutaba su truco «la cámara de tortura», y en jornadas posteriores recibió un fuerte puñetazo en el estómago por parte de un asistente a su espectáculo al que había dicho que era capaz de resistir cualquier golpe. Ello le significó una peritonitis que le costó la vida. Tras saber de su muerte, Doyle dijo que aún le seguía teniendo mucho cariño y lamentó sinceramente lo ocurrido. La enamorada viuda de Houdini, a la cual éste decía haber escrito una carta de amor todos los días, estuvo efectuando sesiones de espiritismo hasta 1938 para tratar de comunicarse con su marido.

En 2007, un sobrino nieto de Houdini, George Hardeen, contrató a dos médicos forenses para tratar de exhumar el cuerpo de su tío y probar su tesis de que fue envenenado por los grupos espiritistas a los que había denunciado

como estafadores.

Julio Verne honró su juramento de no volver a mencionar jamás los acontecimientos vividos en Londres, viaje que no figura en ninguno de los múltiples libros que hablan de su vida y su obra, aunque se cree que unos meses más tarde de su regreso comenzó a escribir una novela basada en esos hechos, que nunca vio la luz.

De lo poco que se sabe, está claro que apenas regresó de Inglaterra acometió con furia una novela titulada *Ante la bandera*, que le valió una demanda por parte del inventor Auguste Turpin, creador de un explosivo conocido como Melinita, quien aseguraba que Verne lo había usado como modelo para el protagonista de dicha obra, acusación de la cual Verne fue absuelto. Esta novela contaba la creación de una fuerza explosiva de inmenso poderío.

Tras ello escribió varios libros más, pero su extraordinario ritmo de producción bajó exponencialmente al tiempo que aumentaban sus dolencias, que se vieron dolorosamente incrementadas a causa de la diabetes. En 1898, en un acto que para muchos no tiene explicación (y que se asemeja mucho a lo que hizo Newton antes de morir), quemó miles de manuscritos y documentos que guardaba en su casa de Amiens, evitando de esta forma que se conocieran definitivamente muchos aspectos de su vida y de su pensamiento, lo que hasta el día de hoy levanta decenas de especulaciones.

Falleció el 24 de marzo de 1905, y fue sepultado en una tumba cuya lápida muestra la fachada de lo que parece ser un templo rodeado por dos columnas, desde el cual aparece un hombre con su torso desnudo, elevando su mano derecha al cielo y derribando la lápida que lo cubría.

En 1897 Abraham Stoker publicó su novela *Drácula*, intensamente elogiada por Oscar Wilde y Arthur C. Doyle, con el cual forjó una cercana amistad tras ello. Su inclinación hacia el esoterismo fue bien conocida, y se cree que Stoker pudo formar parte de la Orden de la Golden Dawn, un grupo paramasónico creado en Londres a finales del siglo XIX y al cual pertenecieron otras celebridades como Arthur Machen. Sus últimos años de vida los pasó sumido en la locura a causa de una sífilis, falleciendo en 1912 a los sesenta y cuatro años.

El Ku Klux Klan pervive hasta el día de hoy. Después de que volviera a funcionar a fines del siglo XIX, vivió una época de gran apogeo hacia 1920, cuando sus adeptos incluso hicieron una gran marcha sobre Washington DC, que congregó a miles de encapuchados. Tras una serie de escándalos en los cuales se vio envuelto el Gran Dragón de la orden, fue mermando su adhesión, pero subsistió con mucha fuerza en el sur de Estados Unidos, donde varios de sus miembros fueron acusados por el homicidio de ciudadanos de raza negra en los años cincuenta y sesenta. Actualmente la llamada Nación Aria es el grupo racista de mayor poderío en Estados Unidos. El Klan también subsiste,

pero atomizado en varios grupúsculos que se adjudican el ser los verdaderos descendientes de la organización original.

Respecto del Vehm, nunca más se supo de algún intento por revivirlo como tal, aunque es un hecho comprobado que en 1908 los discípulos de Guido von List, un ocultista que se cree estuvo muy influido por las ideas del Vehm, fundaron la Sociedad Guido von List con el objetivo de perpetuar las doctrinas iluministas, que mezclaron con la teosofía. Un miembro de la Sociedad Guido von List, Philip Stauff, fundó en 1912 la Germanen Orden, un grupo esotérico que, exaltado por el panfleto conocido como *Los protocolos de los sabios de Sion*, se convirtió en la llamada Primera Logia Antisemita, donde sólo se aceptaban alemanes que pudieran probar la pureza de su sangre. Un papel preponderante en este grupo fue el que tuvo Rudolf von Sebbottendorf, quien logró que hacia 1917 ya existieran cien de estas «logias» por el país, que pronto se fundió con la Sociedad Thule, que es como los germanos llamaban al país donde según ellos había estado la Atlántida.

Adolf Hitler se incorporó a la Thule, lo mismo que Rudolf Hess y el jefe de las SS Heinrich Himmler, que se consideraba a sí mismo una especie de reencarnación del rey Arturo.

En cuanto a la Orden Rosacruz, hay numerosas asociaciones que en la actualidad se proclaman herederas de los misterios de Christian Rosen Kreutz, abundando en internet páginas de quienes se arrogan ser sus sucesores. Tal como decía Arthur C. Doyle, el sólo hecho de que alguien se proclame rosacruz es la mejor evidencia de que no lo es en realidad.

La polémica entre *baconianos* y *stratfordianos* fue muy cruda a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando se publicaron varios libros muy contundentes al respecto, dos de los cuales fueron escritos por Ignatius Donnelly. La discusión renace cada cierto tiempo. Se calcula que hasta la fecha existen cerca de quinientos libros que aseguran que Gugielmo no escribió ni el número de su casa, aunque ha sido imposible encontrar una prueba taxativa de ello, así como de la autoría *baconiana* de sus escritos. Respecto de los demás libros citados en *Los pasos perdidos de Shakespeare*, cuyos títulos constan en el idioma en que se encuentran disponibles, todos existen, a excepción de dos, de los que no hay constancia comprobable: *Les Basses Entrées Trevisanes* y el *Libro T*.

Del mismo modo, todos los lugares descritos, como Stratford Upon Avon, el castillo de Chepstow y Great Hay wood son sitios que poco han cambiado en el transcurso de los años. El último de estos lugares fue la residencia del escritor J. R. R. Tolkien entre 1916 y 1917, y sus paisajes habrían inspirado los parajes descritos en la saga de *El señor de los anillos* con el nombre de la Tierra Media.

En cuanto al castillo de Chepstow, se hizo muy conocido a causa de dos eventos ocurridos en él a principios del siglo XX. Uno de ellos fue la filmación

que allí se hizo, en 1913, de la película *Ivanhoe*. Un poco antes, no obstante, el doctor norteamericano Orville Ward Owen efectuó una serie de excavaciones en las cavernas ubicadas en sus faldas, donde creía que se podía encontrar una cámara secreta construida por *Sir* Francis Bacon para esconder sus obras de teatro, firmadas con el nombre de Shakespeare. En 1911, Owen dijo haber encontrado una recámara secreta construida con la metodología descrita por Bacon en su libro *Sylva Sylvarum*, que estaba vacía. Owen dijo creer que allí estaban los manuscritos originalmente, pero que alguien los había trasladado.

En 1936, tras una subasta efectuada en Londres, salieron a la luz cientos de documentos «perdidos» de Newton, entre los cuales se encuentran sus estudios sobre el templo de Salomón, alquimia, el fin del mundo y otros más. La mayoría de estos documentos fueron adquiridos por el célebre economista John Maynard Keynes, que calificó a Newton de «el último mago». En la actualidad se calcula que más del setenta por ciento de los escritos de Newton eran sobre temas esotéricos, alquímicos y teológicos, y sólo el treinta por ciento se refería a sus trabajos en el campo de la física y la óptica.

El misterio de las letras inscritas en el monumento de la casa Anson, en Shugborough Hall, persiste hasta el día de hoy, pues nadie se ha puesto de acuerdo respecto de su significado. Las dos últimas teorías conocidas indican que podría tratarse de una frase en latín que revela una especie de poema de amor o una frase relacionada con el lugar en que los templarios (que sobrevivieron en Escocia tras ser eliminados en el resto de Europa en 1307) habrían escondido el Santo Grial.

En el año 2005 se anunció que la administración de la casa Anson había pedido a los expertos del departamento de criptografía del Servicio Secreto británico que intentara descifrar el mensaje. Pese a que se indicó que los expertos habían asumido el desafío, hasta el momento no se conoce resultado alguno… lo que no significa que no lo haya.

En cuanto a la frase «*Stat rosa prístina nomine, nomina nuda tenemus*», el único libro conocido en el cual figura en la actualidad es *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, publicado en 1980.

¿Una nueva clave?

CARLOS BASSO PRIETO (Santiago, 1972) es un periodista y escritor chileno. Ha trabajado en diversos medios, y ha sido premiado por su tarea. También se ha dedicado a la docencia universitaria. Antes de la novela *Los pasos perdidos de Shakespeare* publicó varias obras de investigación periodística: *Los enigmas del caso Matute Johns* (2001), *De Sarajevo a Nueva York. Breve historia del terrorismo* (2001) y *El último secreto de Colonia. Dignidad, la desaparición de Boris Weisfeiler* (2002). Se confiesa admirador incondicional de Arthur Conan Doyle, Jules Verne, William Shakespeare (fuera quien fuese) y Umberto Eco. De nacionalidad italiana y chilena, reside en Concepción, donde trabaja como asesor de comunicación.

Notas

[1] «Doyle tiene el documento original de Jeovasanctusunus acerca de los manuscritos perdidos de Gugielmo. Consíganlo a cualquier precio». <<

[2] El avance del conocimiento. <<

[3] *Trabajos de amor perdidos*. <<

[4] *El arte de la poesía inglesa*. <<

[5] La sabiduría de los antiguos. <<

[6] *Cartas de Bacon*. <<

[7] Las antigüedades del condado de Warwick. <<

[8] «Buen amigo, te prohíbo, por Jesús, que excaves en el polvo que nos rodea. Bendito sea el hombre que pase de estas piedras y maldito el que remueva mis huesos». <<

[9] «Ejemplo 3. De un alfabeto biliteral». <<

[10] «Albañiles», en inglés. <<

[11] Free masons. <<

[12] Socio, miembro. <<

[13] Los rosacruces: sus ritos y misterios. <<

[14] «Nunca quise hacerle daño *no debería creerse nada* de lo que Baskerville pueda decirle. *Él trabaja para el Imperio Germano* no le puedo explicar qué está pasando, *pero si logra sobrevivir* lo haré. *Sinceramente suya* Irene». <<

[15] «De la primitiva rosa sólo nos queda el nombre, conservamos nombres desnudos». <<